# **Prólogo**

El cielo de Germania vomitó otro relámpago. Por un instante, la negrura dejó de ser una boca de lobo para convertirse en un infierno de lodo y siluetas de árboles que se retorcían como ajusticiados en una cruz. La lluvia no caía, se desplomaba. Era un torrente helado y furioso que convertía el suelo del bosque en un fango traicionero, un enemigo más en aquella tierra hostil.

Cayo Vipsanio apenas sentía el frío. El terror era un fuego que le quemaba las entrañas, más potente que cualquier helada. Dos sombras lo arrastraban por el barrizal. No eran hombres, sino moles de cuero endurecido y músculo, figuras anónimas cuya fuerza brutal lo anulaba por completo. Sus sandalias de patricio, diseñadas para los pulcros mosaicos de Roma, habían desaparecido hacía tiempo, engullidas por el lodo. Avanzaba descalzo, con los pies amoratados y heridos por piedras y raíces ocultas.

«Ha sido un error», balbuceó, con los dientes castañeteando. Las palabras se ahogaron en el estruendo de un trueno que pareció resquebrajar el mundo.

Ninguna de las dos figuras respondió. Su silencio era más aterrador que cualquier amenaza. Eran una fuerza de la naturaleza, implacables como la tormenta que los envolvía. Lo arrastraban hacia el corazón del bosque, lejos del campamento, lejos de la ilusoria seguridad de las águilas romanas. Cayo intentó clavar los talones en el barro, un gesto patético de resistencia que solo le valió un tirón que casi le disloca el hombro. Un quejido agudo escapó de su garganta.

No era un soldado. Era el sobrino lejano del Emperador, un joven enviado a la frontera para forjar un carácter que no poseía y ganar un renombre que no merecía. Odiaba los caballos, la disciplina y el olor a sudor y muerte que impregnaba la legión. Anhelaba el vino tibio de Falerno, la caricia de una esclava griega y el calor de las termas. Germania era su exilio, una pesadilla de la que estaba convencido de que no despertaría. Ahora, esa convicción se materializaba en el agarre férreo de sus captores.

Finalmente se detuvieron en un pequeño claro donde un roble milenario se alzaba como un dios oscuro y vengativo. Lo arrojaron al suelo sin miramientos. Cayo cayó de bruces, tragando barro y sintiendo el sabor metálico de su propio miedo. Intentó incorporarse, pero una bota pesada se aplastó contra su espalda, hundiéndolo de nuevo en el fango y robándole el aliento.

«Por favor…», suplicó en un suspiro ahogado. «Tengo dinero. Mi familia… pagará lo que sea».

La única respuesta fue una risa sorda, ahogada por la cortina de agua. Luego, la presión en su espalda disappeared. Una de las sombras lo agarró del cabello y tiró de su cabeza hacia atrás, obligándolo a mirar el cielo flagelado por los relámpagos. Vio un rostro fugazmente, oculto tras una barba empapada y una capucha de cuero, pero sus ojos eran dos pozos de oscuridad vacíos de cualquier piedad.

La otra figura se movió a su lado. Cayo giró la cabeza con desesperación y vio que sostenía una rama gruesa, casi un garrote. El pánico se convirtió en una certeza blanca y cegadora. No querían su dinero. No querían un rehén. Querían borrarlo.

Cerró los ojos, pero la imagen de su propia muerte ya estaba grabada en el interior de sus párpados. Entonces, sintió una presión brutal en el tobillo. Abrió la boca para gritar, pero el sonido fue ahogado por un crujido seco, un chasquido antinatural que pareció resonar por encima del fragor de la tormenta. Fue el sonido inconfundible de un hueso partiéndose. El dolor fue una explosión blanca que lo consumió todo. Después, solo hubo oscuridad.

# **Capítulo 1**

La Subura olía a vida y a descomposición. Era el hedor de la humanidad en su estado más puro: una mezcla densa de vino derramado, orina estancada en los desagües, sudor de mil cuerpos hacinados, especias exóticas de los puestos del mercado y el humo graso de las cocinas baratas. Para la mayoría de los habitantes de Roma, aquel olor era una ofensa, una prueba de la podredumbre que se escondía bajo la magnificencia del mármol. Para Aulo, era el aire que respiraba. Era su hogar.

En la pequeña habitación trasera de la botica de su mentor, Demetrio, el aire era distinto. Allí dominaba el aroma limpio y penetrante de las hierbas medicinales, el olor a antiséptico del vinagre hervido y un trasfondo casi imperceptible, metálico y dulce, de sangre seca. Era el santuario de Aulo, el único lugar del mundo donde el caos del exterior se rendía al orden de la razón.

De pie frente a una mesa de madera pulida por el uso, Aulo examinaba a su paciente. No era un hombre, sino lo que quedaba de él: un brazo amputado por debajo del codo, perteneciente a un cantero al que se le había venido encima un bloque de travertino. El muñón, envuelto en vendas manchadas, desprendía un calor febril que se sentía incluso a través de la tela.

—La herida está limpia, pero el mal ya está dentro —murmuró Aulo, más para sí mismo que para Demetrio, que observaba desde una esquina, sentado en un taburete bajo.

Su cojera era más pronunciada esa mañana. La humedad que se filtraba desde el Tíber se le alojaba en la cadera como un mal presagio. Demetrio, un griego de Esmirna cuya inteligencia era tan afilada como sus bisturíes, había sido el mejor cirujano de la legión hasta que una lanza germana le destrozó la cadera y lo condenó a una vida civil. Había encontrado a Aulo veinte años atrás, un bebé abandonado en una cesta a las puertas de su recién inaugurada botica, con la cadera dislocada de nacimiento. Quizás vio en la malformación del niño un eco de su propia herida. Lo acogió, le dio un nombre y le enseñó todo lo que sabía.

—El pus laudable —dijo Demetrio, con su vozarrón grave y un marcado acento jónico que nunca había perdido—. Galeno insiste en que es un signo de que la herida está sanando, de que el cuerpo lucha.

Aulo negó con la cabeza sin apartar la vista del muñón. Desenvolvió con delicadeza las vendas, revelando una carne hinchada y de un rojo violáceo. El olor que emanaba era dulzón, nauseabundo.

—Galeno es un gran médico, pero a veces su optimismo es peligroso —replicó Aulo—. Esto no es pus laudable. Es el aliento de la gangrena. El mal ya no está en la carne, Demetrio. Está en la sangre. Se está extendiendo por su cuerpo como una marea negra. Para cuando la fiebre se dispare, será demasiado tarde.

Su diagnóstico fue pronunciado con una certeza fría, casi cruel. Aulo no era un hombre de grandes esperanzas. La vida en la Subura le había enseñado que la esperanza era un lujo que pocos podían permitirse. Él se aferraba a los hechos, a lo que podía ver, tocar y oler. Y lo que veía en aquel brazo era la firma inconfundible de la muerte.

Demetrio suspiró. Conocía esa seguridad en la voz de su pupilo. Aulo rara vez se equivocaba. Su extraña habilidad no residía solo en la medicina, sino en una empatía casi antinatural con el cuerpo humano, sobre todo con su estructura más íntima: los huesos. Para Aulo, los huesos no eran solo el andamiaje de la carne; eran un libro de historia, un registro de la vida y, sobre todo, de la muerte de una persona. Podía leer en una fractura la dirección de un golpe, en el desgaste de una articulación los oficios de una vida, en una simple muesca la marca de un asesinato. Era un don oscuro, casi una brujería, que Demetrio había cultivado con una mezcla de fascinación y temor.

—¿Entonces no hay nada que hacer? —preguntó el viejo griego.

—Podríamos amputar más arriba, por encima del hombro —dijo Aulo, pensativo—. Pero el hombre es cantero. Un hombre sin brazos no es un hombre, es una boca que alimentar. Para él, sería una condena peor que la muerte. No. Lo único que podemos hacer es aliviar su dolor. Una infusión de adormidera y belladona. Que su viaje al Hades sea lo más plácido posible.

Volvió a vendar el muñón con una pulcritud metódica. Sus manos, a pesar de su juventud, se movían con la seguridad de un artesano consumado. Eran manos largas y delgadas, más propias de un escriba que de un cirujano, pero poseían una fuerza precisa y una delicadeza infinita.

La campanilla de la puerta de la tienda sonó, interrumpiendo la quietud de la trastienda. Demetrio se levantó con un gemido y salió a atender al cliente. Aulo se quedó solo con el brazo moribundo. Lo miró un instante más y luego se dirigió a un rincón de la habitación donde, sobre una serie de estantes, descansaba su verdadera pasión: su colección de huesos.

Había cráneos de gladiadores, con las marcas de los tridentes y las espadas. Fémures de legionarios, engrosados por años de marchas interminables. Costillas de aurigas, deformadas por incontables caídas en el Circo Máximo. Cada hueso contaba una historia, y Aulo era su único lector. Cogió un cráneo pequeño, casi infantil. Pertenecía a una joven prostituta que había sido estrangulada en un callejón cercano. La policía de la Subura, los *vigiles*, habían cerrado el caso como una muerte por enfermedad. Pero Aulo, al examinar el diminuto hueso hioides del cuello, había encontrado la fractura, la prueba irrefutable del asesinato. No dijo nada. En la Subura, la verdad era a menudo más peligrosa que la mentira.

La voz de Demetrio, alterada, lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Aulo! ¡Ven aquí, rápido!

Aulo dejó el cráneo y salió a la tienda. Lo que vio lo dejó sin aliento.

Dos hombres estaban de pie en el centro de la pequeña botica. No eran clientes. Eran pretorianos. La guardia personal del emperador. Su presencia en la Subura era tan incongruente como la de un senador en un burdel. Llevaban la armadura de gala, con las corazas de bronce pulido brillando bajo la luz que se filtraba desde la calle. Sus cascos con penachos de crin de caballo casi rozaban el techo bajo de la tienda. El olor a cuero, a aceite y a poder que emanaban parecía absorber todo el aire del local.

Uno de ellos, un optio con las insignias de su rango en el brazo, dio un paso al frente. Su rostro era una máscara de impaciencia y desprecio.

—¿Quién de vosotros es Aulo Cornelio? —preguntó, y su voz era el sonido de la autoridad acostumbrada a ser obedecida sin demora.

Aulo sintió una punzada de miedo. Los pretorianos no venían a la Subura a buscar médicos. Venían a arrestar a gente, a dar palizas, a recordar a la plebe quién mandaba en Roma.

Demetrio intentó interponerse.

—Yo soy Demetrio de Esmirna, el dueño de esta botica. Aulo es mi ayudante. Si ha cometido alguna infracción…

—No hemos venido a hablar contigo, griego —lo cortó el optio—. Nuestra orden concierne a Aulo Cornelio. El Prefecto del Pretorio, Lucio Elio Sejano, solicita su presencia de inmediato.

El nombre de Sejano cayó en la tienda como una losa de granito. Si la presencia de los pretorianos era alarmante, la mención de su jefe era aterradora. Sejano era el hombre más poderoso de Roma después del propio emperador Tiberio. Era el jefe de la Guardia Pretoriana, el confidente del César, un hombre cuya ambición era tan grande como su crueldad. Se decía que sus espías estaban en todas partes, que conocía los secretos de cada senador, que podía destruir a un hombre con un simple susurro al oído del emperador.

¿Qué podía querer un hombre así de un médico bastardo de la Subura?

Aulo dio un paso al frente, intentando que su cojera no fuera demasiado evidente.

—Yo soy Aulo —dijo, con una voz que sonó más firme de lo que se sentía.

El optio lo miró de arriba abajo, sin disimular su desdén. Vio la túnica barata, las manos manchadas de remedios, la cojera.

—Tú —dijo, con una incredulidad apenas velada—. Coge tus herramientas. Vienes con nosotros.

—¿Mis herramientas? ¿A dónde vamos? —preguntó Aulo.

—Haces demasiadas preguntas, médico —respondió el pretoriano—. El Prefecto te lo explicará todo. Ahora, muévete. No tenemos todo el día.

Demetrio le dirigió a Aulo una mirada cargada de advertencia. Aulo asintió levemente. Volvió a la trastienda y guardó en una bolsa de cuero sus instrumentos más preciados: sondas de plata, bisturíes de acero de Damasco, pinzas de bronce y una pequeña sierra para huesos. Al pasar junto a la mesa donde reposaba el brazo gangrenado, una idea loca y desesperada cruzó su mente. Con un movimiento rápido, cogió una de las vendas manchadas y la guardó en un bolsillo oculto de su túnica. No sabía por qué lo hacía, pero su instinto le decía que cualquier cosa que lo vinculara a su mundo, a la lógica de la medicina, podría serle útil en la locura a la que estaba a punto de ser arrastrado.

Cuando salió, los pretorianos ya lo esperaban en la puerta. No le dieron tiempo a despedirse de Demetrio. Lo flanquearon y lo escoltaron fuera de la tienda, a la luz sucia de la calle. La gente de la Subura se apartaba a su paso, abriendo un pasillo de silencio y miradas curiosas. Ver a Aulo, el médico cojo, escoltado por la guardia imperial era un espectáculo insólito.

Lo condujeron a través del laberinto de callejones hasta una de las vías principales, donde esperaba una litera cerrada, llevada por cuatro esclavos imponentes. La cortinilla se descorrió y el optio le indicó con un gesto que entrara.

—Tu carruaje, médico —dijo, con una sonrisa burlona.

Aulo entró. El interior era oscuro y olía a incienso. La cortina se cerró, sumiéndolo en la penumbra. La litera se levantó con un movimiento suave y comenzó a avanzar, alejándolo de la Subura, de su hogar, de todo lo que conocía.

El viaje fue un tormento. A través de las rendijas de la cortina, veía pasar fragmentos de Roma. Dejó atrás el caos y la mugre de los barrios bajos y entró en la Roma de mármol. Vio las columnas del Templo de Cástor y Pólux, el bullicio del Foro, los arcos triunfales que celebraban victorias en tierras que él apenas sabía nombrar. Cada paso que daba la litera era un paso hacia un mundo que no era el suyo, un mundo de poder, de intrigas y de peligros que no podía ni empezar a comprender.

Finalmente, la litera se detuvo. La puerta se abrió y la luz del sol lo cegó por un instante. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio que se encontraban en el patio de una *domus* de una opulencia que lo dejó sin aliento. Las paredes estaban cubiertas de frescos que representaban escenas de la guerra de Troya. Estatuas de mármol griego adornaban los nichos. En el centro del patio, una fuente susurraba, arrojando agua sobre un mosaico que representaba a Neptuno dominando a los hipocampos.

Y en medio de todo aquel lujo, esperándolo, había un hombre.

Lucio Elio Sejano no era un hombre físicamente imponente. Era de estatura media, con un cuerpo enjuto pero fibroso. Su rostro era anguloso, con una nariz afilada y unos labios finos y apretados. Llevaba una simple túnica blanca, sin adornos, pero la tela era de una calidad que Aulo nunca había visto. Lo que lo hacía destacar eran sus ojos. Eran de un gris pálido, fríos y penetrantes, y parecían verlo todo, analizarlo todo, juzgarlo todo. Eran los ojos de una serpiente.

—Aulo Cornelio —dijo Sejano, y su voz era suave, casi melosa, pero tenía un filo de acero—. Te estaba esperando. Me han hablado mucho de ti. Dicen que tienes un don. Un don para leer los huesos.

Aulo tragó saliva. Se sentía como un ratón ante la mirada de una cobra.

—Yo… yo solo soy un médico, Prefecto. Hago lo que puedo.

—No seas modesto, Aulo. La modestia es una virtud para los débiles. Y tú no eres débil, ¿verdad? A pesar de tu… impedimento. —La mirada de Sejano se desvió por un instante hacia la pierna de Aulo, y luego volvió a sus ojos—. Necesito tu don. Necesito tu pericia.

Condujo a Aulo a través de un peristilo con columnas de mármol africano hasta una pequeña habitación en la parte trasera de la casa. La habitación estaba vacía, a excepción de una mesa de piedra en el centro. Y sobre la mesa, cubierto por una tela de lino blanco, había un bulto de forma irregular.

—Hace tres días, los restos de Cayo Vipsanio llegaron a Roma —dijo Sejano, con su voz convertida en un susurro confidencial—. Un joven de una familia noble. Sobrino lejano del Emperador. Murió en la frontera de Germania. La versión oficial, la que me ha dado el legado de la legión, es que sufrió una desafortunada caída de su caballo durante una patrulla.

Sejano se detuvo junto a la mesa y retiró la tela de lino.

Aulo contuvo el aliento. Sobre la mesa no había un cuerpo. Había una colección de huesos. Estaban limpios, blanqueados, cuidadosamente ordenados: un cráneo, una columna vertebral, costillas, los huesos largos de los brazos y las piernas.

—Un accidente trágico —continuó Sejano, sin apartar la vista de los huesos—. Pero en Roma, Aulo, la tragedia es a menudo el disfraz de la ambición. Hay rumores. Murmullos en el Senado. Insinuaciones de que la muerte de Vipsanio no fue un accidente. Estos rumores son… inconvenientes. Para mí. Para el Emperador. Para la estabilidad de Roma.

Finalmente, levantó la vista y sus ojos grises se clavaron en los de Aulo.

—Necesito que estos rumores mueran. Necesito una confirmación. Una confirmación experta, irrefutable, de que la muerte de Cayo Vipsanio fue, en efecto, un accidente. Necesito que examines estos huesos y que escribas un informe detallado que demuestre que las fracturas son consistentes con la caída de un caballo. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo, médico?

Aulo entendió perfectamente. No le estaba pidiendo una opinión. Le estaba dando una orden. Le estaba pidiendo que usara su don no para encontrar la verdad, sino para certificar una mentira.

Miró los huesos sobre la mesa. Su santuario. Su lenguaje secreto. Y sintió una oleada de náuseas. Sejano lo había arrancado de su mundo no para que fuera un médico, sino para que fuera un cómplice.

—Entiendo, Prefecto —dijo, con la voz apenas un susurro.

—Bien —dijo Sejano, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Sabía que lo harías. Tienes hasta mañana por la mañana. Te quedarás aquí. Tendrás todo lo que necesites. Cuando termines, tu informe acabará con esta desagradable situación. Y tú serás generosamente recompensado. Roma sabe cuidar de quienes le son útiles.

Se dio la vuelta para marcharse. Pero antes de salir, se detuvo en el umbral.

—Ah, y una cosa más, Aulo —dijo, con su tono volviéndose repentinamente gélido—. Roma también sabe cómo deshacerse de quienes dejan de serlo. No me decepciones.

La puerta se cerró, dejando a Aulo a solas con los huesos. La luz que entraba por una ventana alta iluminaba el esqueleto silencioso de Cayo Vipsanio. Aulo se acercó a la mesa. Extendió una mano temblorosa y cogió el fémur. Era pesado, frío. Lo giró, y sus dedos, entrenados durante años, comenzaron a leer su superficie, a buscar las líneas de fractura, las fisuras, las marcas. A buscar la historia que Sejano quería que enterrara para siempre.

Y mientras sus dedos se deslizaban por el hueso pulido, Aulo supo, con una certeza que le helaba el alma, que acababa de entrar en un juego en el que la única regla era la mentira, y el premio por perder era una muerte rápida.

# Capítulo 2

—La podredumbre ya ha reclamado el miembro, pero ahora quiere al hombre entero —sentenció Aulo. Su voz era un murmullo grave, desprovisto de emoción, el tono de un artesano que evalúa una pieza de madera carcomida. Con la punta de unas pinzas de bronce, señaló una fina línea rojiza que ascendía por la piel del muñón, apenas visible bajo la luz temblorosa de la lucerna—. ¿La ves, Demetrio? La serpiente avanza. Sigue el camino de la sangre. Para cuando llegue al corazón, el cantero ya será pasto de los gusanos.

Demetrio se inclinó, y el movimiento le arrancó un gemido sordo. Apoyó una mano en la pared para estabilizarse, y sus nudillos, hinchados por la artritis, parecieron garras de ave sobre la piedra húmeda.

—Veo la fiebre en la piel y huelo la muerte en el sudor —replicó el anciano, con su marcado acento de las islas griegas que ni medio siglo en Roma había logrado borrar—. Pero también veo a una esposa y tres hijos que mañana no tendrán qué llevarse a la boca. Su patrón ya lo ha reemplazado. Un cantero manco no sirve para tallar la gloria de Roma.

—Su patrón no pagará por un hombre muerto —contestó Aulo sin levantar la vista del brazo. Con un cuidado infinito, comenzó a aplicar un emplasto de hojas de llantén y miel, una barrera casi inútil contra la infección que ya galopaba por las venas del desdichado. Su método era una contradicción andante: aplicaba los remedios tradicionales que Demetrio le había enseñado, pero lo hacía con el escepticismo de quien sabe que está tratando de apagar un incendio forestal con un cuenco de agua. Su verdadera fe residía en lo que podía ver y tocar: el hueso, el músculo, el pus. La verdad tangible de la carne.

—El patrón no pagará de ninguna manera —resolló Demetrio—. El bloque se desprendió por un andamio mal sujeto. Si admitiese su culpa, tendría que indemnizarlo. Es más fácil culpar a los dioses, o a la torpeza del obrero.

Aulo no respondió. Terminó de vendar el muñón con tiras de lino limpio, moviendo sus manos con una economía de gestos que contrastaba con la torpeza de su pierna tullida. Aquella era la ley de la Subura, la misma que regía en el Palatino pero sin el velo de la hipocresía. El fuerte devoraba al débil. El rico aplastaba al pobre. Y los médicos como ellos vivían de los despojos, recogiendo las monedas que se les caían a los cuervos.

Una vez terminado el trabajo, Aulo se lavó las manos en una palangana, frotándose metódicamente hasta eliminar el último rastro de sangre y enfermedad. El agua se tiñó de un color pardo. Mientras se secaba, su mirada se posó en el estante donde descansaban sus otros pacientes, los silenciosos, los únicos que nunca mentían. Una colección de huesos humanos y animales, cuidadosamente clasificados: el fémur de un legionario con una fractura consolidada de forma imperfecta, el cráneo de un mono con un orificio que delataba un tumor cerebral, las delicadas vértebras de una serpiente. Cada uno contaba una historia, un relato preciso de vida y muerte grabado en el calcio. Eran su biblioteca, su evangelio.

—Necesito más corteza de sauce —dijo, rompiendo el silencio—. Y agrimonia. La que tenemos está demasiado seca. Iré al mercado de Esquilino.

—Ten cuidado —advirtió Demetrio, que ya se había acomodado de nuevo en su taburete, masajeándose la cadera—. El aire está denso hoy. Las patrullas de vigiles están más nerviosas de lo habitual. Dicen que anoche encontraron a un mercader de aceite con la garganta abierta de oreja a oreja cerca del templo de Tellus.

Aulo se limitó a asentir. Se calzó las sandalias, se ajustó la túnica de lana basta y cogió su bastón, una pieza de madera de cornejo que él mismo había pulido hasta que se adaptó a la perfección a la palma de su mano. No era una ayuda, era una extensión de su cuerpo, el ancla que le permitía navegar por un mundo que no estaba hecho para él. Al salir de la trastienda, el santuario de la razón, el caos de la botica lo engulló. Estantes repletos de tarros de cerámica y vidrio, manojos de hierbas secas colgando del techo como pequeños ahorcados y el olor agridulce de las pociones y los ungüentos. Era el dominio de Demetrio, un mundo de sabiduría antigua y fe en el poder de la naturaleza. Aulo lo respetaba, pero no lo compartía. Para él, las plantas solo eran compuestos químicos esperando a ser comprendidos.

La puerta de la calle se abrió a la Subura, y la bestia rugió. El callejón era una garganta estrecha y oscura, encajonada entre ínsulas de varios pisos que parecían a punto de desplomarse unas sobre otras. El sol apenas lograba filtrar unos pocos rayos oblicuos que se perdían antes de tocar el suelo, un empedrado grasiento y desigual cubierto de basura y deyecciones. El aire era un caldo espeso que se podía masticar, una sinfonía de hedores que Aulo sabía diseccionar con la precisión de un anatomista: el tufo a amoníaco de las fullonicas cercanas, donde las túnicas se blanqueaban con orina; el aroma dulzón de la fruta que empezaba a pudrirse en los puestos callejeros; el olor a sudor rancio, a vino barato y a la desesperación de mil almas viviendo unas encima de otras.

Aulo avanzó apoyándose con fuerza en el bastón. Cada paso era un cálculo, una negociación con el terreno. Su cojera lo convertía en un blanco fácil, un punto de debilidad en un ecosistema donde la debilidad era una invitación al desastre. Pero años de práctica lo habían convertido en un experto en el arte de pasar desapercibido. Mantenía la cabeza gacha, la mirada fija unos pasos por delante, esquivando a un esclavo que acarreaba un ánfora, a un par de prostitutas que reían con estridencia y a un grupo de niños harapientos que perseguían una rata con un palo. Se movía por la corriente humana como un tronco a la deriva, invisible, insignificante. Era uno más de los desheredados, y en ese anonimato residía su seguridad.

El mercado era un torbellino de colores y gritos. Vendedores pregonando su mercancía, el martilleo de un calderero, el balido de una cabra que iba a ser sacrificada. Aulo se abrió paso hasta el puesto de una anciana siria que vendía hierbas y especias. La mujer, arrugada como una pasa, lo saludó con un movimiento de cabeza.

—El médico etrusco —dijo con una voz cascada—. ¿Vienes a por más remedios para los moribundos de la Subura?

—Dame corteza de sauce, la más fresca que tengas —pidió Aulo, ignorando la pulla—. Y un manojo de agrimonia.

Mientras la mujer pesaba la mercancía en una pequeña balanza de bronce, un alboroto cercano atrajo la atención de Aulo. Un hombre corpulento, un comerciante de tejidos a juzgar por su túnica teñida de un púrpura chillón, gritaba a pleno pulmón, con el rostro congestionado por la ira. A su lado, una mujer sollozaba mientras acunaba a un niño pequeño en sus brazos. El niño ardía de fiebre, tenía los labios azulados y respiraba con una dificultad agónica, emitiendo un silbido agudo con cada inspiración.

—¡Lleva así dos días! —bramaba el comerciante, dirigiéndose a un curandero charlatán que intentaba escabullirse—. ¡Me vendiste un amuleto de Isis y un ungüento de grasa de oca! ¡Me dijiste que alejaría a los malos espíritus! ¡Ladrón!

—La fiebre es un castigo de los dioses, yo nada puedo hacer… —se defendía el curandero.

Aulo observó la escena desde la distancia. No era asunto suyo. Su instinto le decía que se alejara, que no se involucrara. La Subura premiaba a los que sabían mirar para otro lado. Pero entonces sus ojos se cruzaron con los de la madre. Vio en ellos un abismo de terror, la misma mirada que había visto en cientos de pacientes antes de que la oscuridad los reclamara. Y vio al niño. Vio el aleteo de sus fosas nasales, la retracción de los músculos entre sus costillas, la lucha desesperada por cada bocanada de aire.

Maldijo por lo bajo. Pagó a la anciana siria y, con una lentitud que le exasperaba, se abrió paso entre la multitud.

—Apartaos —ordenó con una autoridad que sorprendió a los curiosos que se habían arremolinado.

El comerciante se volvió hacia él, listo para descargar su furia sobre el recién llegado. Pero al ver el bastón, la cojera y la mirada fría y analítica de Aulo, dudó.

—¿Y tú quién eres? —espetó.

—Un médico. No un vendedor de amuletos —dijo Aulo. Se arrodilló junto a la madre, un gesto que le costó un pinchazo de dolor en la cadera—. Permíteme.

Con una delicadeza inesperada, Aulo colocó dos dedos sobre el pequeño cuello del niño, buscando el pulso. Era rápido y débil, como el batir de alas de un pájaro atrapado. Luego, apoyó la oreja en su pecho. Cerró los ojos, ignorando el barullo del mercado, y se concentró. Escuchó el latido frenético del corazón y el sonido de la respiración: un estertor húmedo, un crepitar, como si sus pulmones estuvieran llenos de arena mojada. Se separó y examinó las uñas del niño. Tenían un tinte violáceo.

—¿Se ha caído o golpeado últimamente? ¿Una herida, por pequeña que sea? —preguntó a la madre, con la voz suavizada.

La mujer, entre sollozos, negó con la cabeza. —No… solo ha sido la tos. Empezó hace tres días. Y luego la fiebre…

Aulo frunció el ceño. Sus ojos escanearon el pequeño cuerpo del niño. Entonces lo vio. Una pequeña herida, casi cicatrizada, en la planta del pie. Seguramente se la había hecho corriendo descalzo por la calle.

—No es un mal espíritu —dictaminó Aulo, poniéndose en pie con dificultad—. Es la carne la que está enferma. La herida del pie se ha emponzoñado. La podredumbre le ha entrado en la sangre y ahora se le ahoga en sus propios humores.

El comerciante lo miraba con una mezcla de escepticismo y esperanza. —¿Puedes curarlo? Te pagaré. Te daré lo que pidas.

Aulo negó con la cabeza. —El dinero no puede comprar a un niño que ya camina por el umbral de Plutón. Pero podemos intentar que se dé la vuelta. Necesito una aguja fina y fuego. Y vino, el más fuerte que tengáis.

El resto ocurrió como en un sueño febril. Aulo, transformado, se convirtió en el centro de un universo de dolor y esperanza. Operó allí mismo, en medio del mercado, sobre una mesa mugrienta de un puesto de pescado. Mientras el padre sujetaba al niño, que había sido adormecido con vino, Aulo esterilizó una aguja en la llama de una lámpara de aceite y, con una precisión quirúrgica, abrió el pequeño absceso del pie. Un líquido espeso y nauseabundo brotó de la herida. Aulo drenó la infección por completo, limpió la cavidad con más vino y la cubrió con un trozo de lino limpio. Luego, le dio a la madre instrucciones precisas: paños fríos para la fiebre, caldos para que no se deshidratara y una infusión con la corteza de sauce que acababa de comprar para calmar el dolor.

—No prometo nada —dijo, mientras limpiaba sus instrumentos—. Las próximas horas son cruciales. Si sobrevive a la noche, quizá tenga una oportunidad.

Se negó a aceptar el pago del comerciante, que ahora lo miraba con una veneración casi religiosa. Se limitó a recoger su bastón y se perdió de nuevo entre la multitud, dejando tras de sí un murmullo de asombro y el apodo que algunos ya le daban en voz baja: *il zoppo che sussurra ai morti*, el cojo que susurra a los muertos.

Cuando regresó a la botica, el sol ya declinaba, tiñendo de rojo las nubes de humo que se cernían sobre Roma. Demetrio lo esperaba con una escudilla de potaje de lentejas. Comieron en silencio, un ritual que repetían cada día.

—Salvaste a ese niño —dijo Demetrio finalmente, rompiendo el silencio. La noticia había volado por la Subura más rápido que una plaga.

—Le di una oportunidad de luchar. El resto depende de su propia naturaleza —contestó Aulo, encogiéndose de hombros.

—Esa habilidad tuya… esa forma de mirar más allá de la piel, de leer el cuerpo como si fuera un papiro… es un don de los dioses, Aulo.

Aulo soltó una risa seca, carente de alegría. —Los dioses no me dieron nada, salvo una pierna torcida y un linaje manchado. Lo que sé, lo he aprendido de los muertos, no de los inmortales. Lo aprendí abriendo cadáveres de animales y estudiando sus entrañas, no rezando en los templos. Es conocimiento, Demetrio. Razón. No es ningún don divino.

Demetrio suspiró, un sonido largo y cansado. Dejó su escudilla a un lado. —El conocimiento es una antorcha, hijo. Y en una ciudad tan oscura como Roma, una antorcha atrae a dos tipos de seres: a los que buscan la luz y a las polillas que quieren apagarla. Un talento como el tuyo no puede permanecer oculto en la Subura para siempre. Se oirán rumores. Y los poderosos tienen oídos en todas partes. Son curiosos. Y cuando su curiosidad se despierta, suele terminar en desgracia para el objeto de su interés.

—Soy solo un médico cojo en el barrio más pobre de la ciudad. No soy nadie. ¿Qué interés podría tener un poderoso en mí?

—Eso mismo pensaba Zenón, el mejor arquitecto de Éfeso —repuso Demetrio, con la mirada perdida en los recuerdos—. Podía calcular el peso de un bloque de mármol solo con mirarlo. El procónsul lo contrató para construir un acueducto. Zenón descubrió que los contratistas del procónsul estaban usando materiales de peor calidad para embolsarse la diferencia. Advirtió que el acueducto se derrumbaría. Se lo dijo al procónsul. Y una noche, Zenón resbaló “accidentalmente” desde lo alto de uno de los pilares que él mismo había diseñado. El acueducto, por cierto, sigue en pie. Usaron los cálculos de Zenón, pero lo construyeron con los materiales adecuados después de su muerte. La verdad es una mercancía peligrosa, Aulo. Y a los poderosos no les gusta pagarla. Prefieren robarla y enterrar al dueño.

Aulo permaneció en silencio, removiendo las últimas lentejas de su cuenco. Las palabras de su mentor eran un eco de sus propios miedos, fantasmas que lo visitaban en las largas noches de insomnio. Sabía que Demetrio tenía razón. Su mente era su mayor tesoro y su mayor peligro.

Justo en ese momento, un golpe seco y autoritario resonó en la puerta de la calle. No era el golpeteo vacilante de un paciente, ni el aporreo borracho de un vecino. Eran tres golpes, precisos, duros, el sonido del poder llamando a la puerta de la miseria.

Aulo y Demetrio se miraron. El anciano tenía el rostro pálido, sus ojos reflejaban un terror que Aulo conocía muy bien. Era el miedo del hombre que ve cómo sus peores pesadillas se materializan.

Antes de que ninguno de los dos pudiera moverse, la puerta se abrió con un estrépito. El marco de madera, debilitado por la carcoma y la humedad, cedió con facilidad. Dos figuras se recortaron en el umbral, bloqueando la poca luz que quedaba del crepúsculo. Eran enormes, mucho más altos y anchos que cualquier hombre de la Subura. No vestían las túnicas de lana de los ciudadanos, sino la coraza de cuero y las placas de metal de los soldados. El casco de uno de ellos casi rozaba el dintel de la puerta. Llevaban la espada corta, la *gladius*, al cinto, y en el centro de sus petos brillaba el emblema inconfundible que hacía que incluso los criminales más duros de la Subura bajaran la mirada: el escorpión en relieve de la Guardia Pretoriana.

El soldado que estaba al frente recorrió la humilde botica con una mirada de desprecio. Sus ojos, fríos como el acero de su espada, se posaron primero en Demetrio, descartándolo como a un anciano insignificante, y luego se clavaron en Aulo. Lo examinó de arriba abajo, deteniéndose un instante en el bastón que reposaba junto a la mesa.

—Buscamos al médico Aulo —dijo el pretoriano. Su voz no preguntaba, afirmaba. Era una voz acostumbrada a dar órdenes y a ser obedecida sin réplica—. Vendrás con nosotros.

# Capítulo 3

El miedo tiene un sabor. Aulo lo conocía bien. Sabía a cobre y a bilis, el regusto que dejaba en la boca del gladiador herido o del enfermo desahuciado. Mientras los dos pretorianos lo flanqueaban, sacándolo a la fuerza de la penumbra de la botica hacia la luz moribunda del callejón, ese sabor inundó su paladar. Su primer instinto fue resistirse, clavar el bastón en el empedrado, pero la mano de uno de los soldados, un torno de cinco dedos que le atenazó el brazo, disipó cualquier idea de rebelión. Era una presión controlada, experta, que no pretendía hacer daño, sino comunicar una verdad incontestable: no había escapatoria.

Demetrio se había quedado paralizado en el umbral, una figura encogida y frágil. En su rostro no había sorpresa, solo la resignación amarga de quien ve cumplirse una profecía. Sus labios se movieron, pero ningún sonido brotó de ellos. Fue una despedida silenciosa, cargada de un pánico ancestral. Aulo desvió la mirada. Ver el terror en los ojos de su mentor era peor que sentir el suyo propio.

La aparición de la Guardia Pretoriana en las entrañas de la Subura fue como la irrupción de dos lobos en un gallinero. El bullicio habitual del callejón se extinguió, reemplazado por un silencio tenso y expectante. Las puertas se cerraron con sigilo, las caras desaparecieron de las ventanas. El barrio entero contuvo la respiración. Los vigiles, la inepta y corrupta policía de Roma, rara vez se aventuraban en aquel laberinto. Pero los pretorianos… ellos eran distintos. Eran el puño acorazado del Emperador, ejecutores de una justicia rápida y definitiva que no entendía de apelaciones. Su presencia allí no presagiaba nada bueno.

Lo condujeron a través de las arterias fétidas del barrio. Aulo, cojeando, luchaba por mantener el ritmo. Su bastón golpeaba la piedra con un compás irregular, un contrapunto patético al sonido rítmico y marcial de las sandalias con clavos de sus captores. Nadie se interpuso en su camino. La multitud se apartaba a su paso como las aguas del mar, dejando un pasillo de silencio a su alrededor. Las miradas que recibía eran una mezcla de curiosidad, lástima y un apenas disimulado alivio por no ser ellos los elegidos. En la Subura, la desgracia ajena era siempre un pequeño motivo de celebración.

Dejaron atrás los olores a descomposición y pobreza y emergieron a las calles más amplias que rodeaban el Foro. El aire se hizo más respirable, pero la opresión en el pecho de Aulo no disminuyó. Aquí, el poder no se manifestaba en la miseria, sino en la escala monumental de la arquitectura. Templos de mármol que arañaban el cielo, basílicas bulliciosas, estatuas de dioses y héroes que los observaban con ojos ciegos. Se sentía como una hormiga arrastrada a través del tablero de juego de los gigantes.

Sus captores no pronunciaron una sola palabra durante todo el trayecto. Su silencio era una pared, una demostración de disciplina que Aulo encontraba más intimidante que cualquier amenaza verbal. Analizó sus movimientos, la forma en que sus ojos escrutaban constantemente el entorno, la tensión relajada de sus cuerpos. No eran simples matones. Eran depredadores en su territorio.

Finalmente, llegaron a su destino. La Castra Praetoria. Más que un campamento, era una fortaleza, una ciudadela de ladrillo rojo y piedra que se alzaba ominosa en la colina del Viminal. Sus muros altos y sus torres de vigilancia eran una declaración de poder, un recordatorio permanente de quién ostentaba la verdadera autoridad en Roma. El trasiego de soldados era incesante, un organismo disciplinado que se movía con una eficiencia letal. El aire olía a cuero, a metal pulido y a sudor limpio, el perfume de la violencia organizada.

Cruzaron las puertas principales y el ruido de Roma se desvaneció, reemplazado por el eco de sus propios pasos en un patio inmenso. La simetría y el orden del lugar eran abrumadores, un contraste brutal con el caos orgánico del que Aulo provenía. Se sintió expuesto, vulnerable, un elemento discordante en una ecuación perfecta de ángulos rectos y líneas paralelas.

Lo guiaron al interior del *Praetorium*, el edificio principal, un palacio dentro de la fortaleza. Los pasillos estaban revestidos de mármol que brillaba bajo la luz de las antorchas, los techos artesonados mostraban escenas de victorias militares. Soldados con armaduras de gala montaban guardia a cada puerta, inmóviles como estatuas. Era una exhibición de lujo y poder diseñada para aplastar el espíritu de cualquier visitante antes de que llegara a su destino.

Por fin, se detuvieron ante una doble puerta de roble macizo, flanqueada por dos guardias que sostenían lanzas con punta de plata. Uno de los soldados que escoltaba a Aulo golpeó una vez. La puerta se abrió desde dentro sin hacer ruido.

—Esperad aquí —ordenó el soldado, y empujó a Aulo al interior de la estancia.

La habitación era grande, pero no estaba sobrecargada. La opulencia era sobria, calculada. Un gran mosaico en el suelo representaba al dios Marte en su carro de guerra. Las paredes estaban adornadas con mapas detallados de las provincias del Imperio. Un escritorio de madera de cidro, tan pulido que reflejaba la luz de las lucernas, ocupaba el centro de la sala. Y detrás de él, de pie, observando un mapa de Germania, se encontraba el hombre más temido de Roma.

Lucio Elio Sejano.

No se giró de inmediato. Dejó que Aulo esperara, un peón insignificante en su tablero de poder. Aulo aprovechó esos segundos para estudiar al hombre que sostenía el destino de Roma en sus manos. Era más alto de lo que imaginaba, con una espalda ancha y una complexión que delataba su origen militar. Llevaba una túnica sencilla de lana blanca, sin adornos, pero de una calidad exquisita.

Cuando finalmente se volvió, Aulo sintió un escalofrío. El rostro de Sejano era una máscara de control. Tenía una mandíbula fuerte, una nariz aguileña y unos labios finos que no parecían acostumbrados a sonreír. Pero eran sus ojos los que capturaban la atención. Eran oscuros, inteligentes y absolutamente desprovistos de calor. Eran los ojos de un observador, de un analista, de un hombre que lo veía todo y no revelaba nada. Aulo, que se enorgullecía de su capacidad para leer a las personas, se encontró frente a un texto indescifrable.

—Aulo, el médico de la Subura —dijo Sejano. Su voz era grave, calmada, pero resonaba con una autoridad que no necesitaba ser alzada—. El cojo que susurra a los muertos. Un apodo poético, aunque algo macabro. ¿Te hace justicia?

Aulo sintió la boca seca. Tragó saliva antes de responder, consciente de que cada palabra sería pesada y juzgada.

—Soy un médico, Praefectus. Nada más. Trato a los vivos. Y a veces… aprendo de los muertos.

Sejano esbozó algo que podría haber sido una sonrisa, pero que no llegó a sus ojos. —Una distinción interesante. He oído hablar de tu trabajo. De tu… método. Tu actuación de hoy en el mercado ha sido notable. Salvar al hijo de un comerciante de telas. Un gesto noble. Pero es tu habilidad para hacer hablar a la carne y a los huesos lo que me interesa.

Se movió de detrás del escritorio y caminó lentamente hacia Aulo. No cojeaba, pero se movía con la misma deliberación calculada de un felino. Se detuvo a apenas un par de pasos de él, invadiendo su espacio personal. Aulo tuvo que reprimir el impulso de retroceder.

—Roma es un cuerpo, médico —continuó Sejano, con la voz convertida en un murmullo confidencial—. Un organismo vasto y complejo. Y a veces, sufre heridas en lugares lejanos. Heridas que pueden infectarse si no se tratan adecuadamente. Una de esas heridas se ha abierto en Germania.

Dio media vuelta y regresó al escritorio. De un cilindro de cuero sacó un rollo de papiro y lo desenrolló.

—Cayo Vipsanio. Sobrino lejano del divino Augusto y pariente del Emperador Tiberio. Un joven patricio enviado a la frontera para aprender el arte de la guerra. Hace dos noches, su cuerpo fue encontrado en el bosque, a varias millas del campamento de la legión. El informe preliminar del médico militar es… conciso. —Sejano hizo una pausa, paladeando las palabras—. Causa de la muerte: una caída accidental. Al parecer, tropezó en la oscuridad durante una tormenta y se rompió el cuello. Una tragedia desafortunada.

Aulo permaneció en silencio. Sabía que aquello no era una simple narración de hechos. Era el prólogo de algo mucho peor.

—Sin embargo —prosiguió Sejano, y sus ojos se clavaron de nuevo en Aulo—, hay detalles que me inquietan. El cuerpo fue encontrado muy lejos de la ruta de la patrulla que debería haber seguido. Y su tobillo… estaba destrozado. Una fractura que el médico militar describe como “inusual”. No es el tipo de herida que uno sufre al tropezar.

Entonces lo comprendió. La sangre se le heló en las venas. Comprendió por qué estaba allí, por qué lo habían arrancado de su mundo. Era una pesadilla que superaba con creces las advertencias de Demetrio.

—El Emperador está en Capri —dijo Sejano, como si le leyera el pensamiento—. Está viejo, cansado. Una noticia como esta, la sospecha de que un miembro de su familia ha sido asesinado en una provincia bajo su mando… podría perturbar su paz. Y no queremos perturbar al Emperador, ¿verdad, médico? Queremos que el Imperio funcione con la precisión de un reloj. Mi deber es asegurarme de que las manecillas no se detengan.

—¿Qué queréis de mí, *Praefectus*? —preguntó Aulo, con la voz apenas audible.

—Quiero la verdad —respondió Sejano con una simplicidad brutal—. No la verdad para los anales de la historia, ni para el Senado. Quiero la verdad para mí. Quiero que vayas a Germania. Quiero que examines el cuerpo de Cayo Vipsanio. Quiero que leas sus huesos. Y quiero que me digas exactamente cómo murió. No lo que parece, no lo que es conveniente. Lo que *es*.

Aulo sintió que el suelo se abría bajo sus pies. ¿Germania? Aquel nombre era sinónimo de bosques oscuros, tribus salvajes y legiones masacradas. Era el fin del mundo conocido. Un cementerio de ambiciones romanas.

—Praefectus… soy un simple médico de la Subura. Mi lugar está aquí. No soy un soldado, ni un investigador…

—Precisamente —lo interrumpió Sejano—. Eres anónimo. Insignificante. Nadie esperaría que un tullido de los suburbios fuera enviado a investigar la muerte de un noble. Pasarás desapercibido. Irás como un auxiliar médico civil, asignado al cirujano de la legión. Te darán acceso al cuerpo y a todo lo que necesites. Harás tu trabajo en silencio y me informarás solo a mí.

La oferta era una sentencia. No había opción de negarse. Lo vio en la calma depredadora de los ojos de Sejano. Si se negaba, su vida, y probablemente la de Demetrio, no valdrían ni un sestercio. Su conocimiento, la misma habilidad que le había permitido sobrevivir, se había convertido en su jaula.

—Entiendo —dijo Aulo, y el sabor a cobre en su boca se intensificó.

—Sabía que lo harías —afirmó Sejano—. Eres un hombre de razón. Y la razón dicta que la supervivencia es el primer deber.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Uno de los soldados que lo había traído entró en la sala. Este era diferente. Más viejo, con el rostro surcado de cicatrices y una mirada que había visto demasiadas batallas. Su armadura estaba desgastada por el uso, no por la ostentación.

—Este es el centurión Marco Volusio —lo presentó Sejano—. Será tu escolta y tu enlace. Te proporcionará todo lo que necesites. Y se asegurará de que llegues a tu destino. Partiréis al amanecer.

Volusio posó su mirada en Aulo. Fue una evaluación rápida, profesional y desapasionada. No había en ella ni compasión ni desprecio. Para el centurión, Aulo no era un hombre, era un paquete. Un objeto frágil que debía ser transportado de un punto a otro.

—Vete a tu casa, médico —ordenó Sejano, volviendo a su escritorio, dando por zanjada la audiencia—. Recoge lo que necesites. Volusio te esperará en la puerta de tu tienda una hora antes del alba. No te retrases.

Aulo hizo una torpe reverencia y se dio la vuelta. Mientras caminaba hacia la puerta, con el bastón marcando su paso desigual sobre el mármol, sintió la mirada de Sejano clavada en su espalda. No era más que un insecto bajo la lupa de un dios cruel. Había salido de la Subura, sí, pero para entrar en una jaula mucho más grande y peligrosa. Una jaula cuyas paredes eran los bosques de Germania y cuyo carcelero era el hombre más poderoso de Roma.

# Capítulo 4

El camino de regreso a la Subura fue un descenso a través de los círculos de un infierno que ya no reconocía como suyo. Escoltado por los mismos dos pretorianos, Aulo recorrió a la inversa el trayecto que lo había llevado ante Sejano, pero todo había cambiado. El mármol del Foro ya no le parecía un símbolo de la gloria de Roma, sino la fachada de una tumba. Las multitudes anónimas no eran ya un paisaje indiferente, sino un recordatorio de la libertad que acababa de perder. Cada paso que daba con su pierna tullida era un eslabón más en la cadena invisible que ahora lo ataba al Prefecto del Pretorio.

Cuando finalmente lo dejaron en la entrada del callejón que conducía a la botica, el alivio de la familiaridad fue ahogado por una nueva angustia. El olor a podredumbre y vida desesperada de su barrio ya no era el aroma del hogar, sino el de una jaula de la que estaba a punto de ser expulsado. Los pretorianos se marcharon sin una palabra, desapareciendo entre las sombras como apariciones. Eran eficientes, impersonales. Habían entregado el mensaje y ahora se desentendían del mensajero.

Encontró a Demetrio sentado en su taburete, en la misma posición en la que lo había dejado. No había encendido más lucernas. La penumbra envolvía la tienda, haciendo que los tarros y las hierbas colgadas parecieran reliquias de un tiempo olvidado. El anciano levantó la vista cuando Aulo entró. Sus ojos, enrojecidos, buscaron una respuesta en el rostro de su pupilo.

—Germania —dijo Aulo, y la palabra sonó extraña, forastera, en la quietud de la pequeña tienda.

Demetrio cerró los ojos y un temblor le recorrió el cuerpo. No era sorpresa, sino la confirmación de su peor temor. La polilla, finalmente, había encontrado la llama.

—Sejano —susurró el anciano. No era una pregunta.

Aulo asintió, dejando caer el bastón sobre el mostrador con un ruido seco. —Quiere que examine un cuerpo. El de un noble. Cayo Vipsanio. La versión oficial es un accidente. Él no se la cree.

—Y te usa a ti para desenterrar una verdad que pueda servir a sus propios fines —completó Demetrio, con una amargura infinita en la voz—. Te envía a la boca del lobo para robarle la carroña. Si tienes éxito, él se llevará el mérito y tú te ganarás enemigos que ni siquiera conoces. Si fracasas, o si la verdad que descubres no le conviene, simplemente desaparecerás en esos bosques malditos. Nadie preguntará por un médico cojo de la Subura.

Las palabras del griego eran un eco preciso de sus propios pensamientos. Se sentía desnudo, expuesto, despojado de la única armadura que poseía: su anonimato.

—Parto al amanecer —anunció Aulo, dirigiéndose a la trastienda, a su pequeño santuario—. Un centurión vendrá a buscarme.

La noche transcurrió en un silencio denso, preñado de palabras no dichas. Aulo no tenía mucho que empacar. Su vida cabía en una pequeña bolsa de cuero. Seleccionó sus herramientas con el cuidado de un sacerdote que prepara un ritual: sus escalpelos de bronce más afilados, las pinzas de distintas formas y tamaños, una pequeña sierra de hueso, sondas, agujas. Eran extensiones de sus manos, de su mente. En un mundo de mentiras y poder, eran sus únicos instrumentos para alcanzar la verdad. Guardó también un par de túnicas de lana gruesa, más de las que solía usar, anticipando un frío que apenas podía imaginar. Sus dedos rozaron entonces el estante de los huesos, su biblioteca silenciosa. Por un instante, sintió el impulso de llevarse consigo alguna pieza, el cráneo de un perro o la vértebra de un gato, como un amuleto contra la ignorancia. Pero desechó la idea. A donde iba, no necesitaría ejemplos. Tendría el original.

Demetrio entró en la habitación cojeando, apoyándose en el marco de la puerta. Sostenía en la mano un pequeño rollo de papiro, sellado con cera.

—Esto es para ti —dijo, tendiéndoselo—. Es una carta de presentación para un hombre llamado Galeno, en Pérgamo. Es el mejor médico que he conocido. Si las cosas… si alguna vez necesitas desaparecer de verdad, ve al este, no al oeste. Busca el conocimiento, no el poder. Pérgamo, Alejandría… allí un hombre como tú puede encontrar un refugio. Aquí, solo encontrará la muerte.

Aulo tomó el papiro. El sello estaba tibio. Era el testamento de Demetrio, su última lección. No era una simple carta, era una ruta de escape, una esperanza envuelta en papel.

—Gracias, mentor —murmuró Aulo, y la palabra sonó inadecuada, minúscula frente a la magnitud de la deuda que sentía.

—No me des las gracias —replicó el anciano, con la voz quebrada—. Solo sobrevive. Usa esa mente brillante que tienes no solo para desentrañar los secretos de los muertos, sino para mantenerte entre los vivos. Sé astuto como una serpiente, no noble como un león. La nobleza es un lujo que los desheredados no podemos permitirnos.

Se quedaron un momento en silencio, dos figuras recortadas por la luz solitaria de una lucerna. Padre e hijo, maestro y aprendiz, unidos por la ciencia y separados por el destino.

El golpe en la puerta llegó puntual, una hora antes del alba. Sonó tan implacable y definitivo como el martillo de un juez. Aulo cogió su bolsa y su bastón. Al pasar junto a Demetrio, el anciano lo agarró del brazo. Su mano, de piel fina y quebradiza, temblaba.

—Que los dioses te protejan, hijo.

—No creo en ellos, Demetrio. Creo en lo que puedo ver y tocar —respondió Aulo, aunque en su voz no había arrogancia, solo una profunda tristeza.

—Entonces, cree en ti mismo —dijo el griego, soltándolo—. Es todo lo que te queda.

Aulo abrió la puerta. Afuera, la noche de Roma exhalaba su último aliento. El aire era frío y olía a pan recién horneado y a humo. La figura del centurión Marco Volusio era una silueta maciza recortada contra la penumbra. No llevaba la armadura de gala de la víspera, sino un equipo de viaje funcional: una coraza de cuero endurecido, grebas y un casco simple. La *gladius* y una daga colgaban de su cinturón. Su rostro, a la luz que se derramaba desde la tienda, parecía tallado en madera vieja.

—¿Listo, médico? —preguntó Volusio. Su tono era neutro, impaciente.

Aulo asintió y salió, sin mirar atrás. Sabía que si lo hacía, una parte de él se quedaría para siempre en el umbral de aquella humilde botica, junto al único hombre al que había llamado familia.

Comenzaron a caminar. La ciudad todavía dormía, envuelta en una neblina que ascendía desde el Tíber. El silencio solo era roto por el ladrido lejano de un perro o el traqueteo de las ruedas de algún carro de reparto. El ritmo de Volusio era rápido y constante. Para él, era un paseo. Para Aulo, era un suplicio. El dolor en su cadera se despertó, una punzada sorda que se agudizaba con cada paso en el empedrado desigual. Se concentró en el sonido: el chasquido metálico de las sandalias del centurión y el golpeteo hueco de su propio bastón. Un dueto desigual que anunciaba su partida.

Cerca de la Porta Flaminia se unieron a un pequeño destacamento de caballería que ya los esperaba. Una decena de jinetes, veteranos de piel curtida y miradas vacías, que ni siquiera se molestaron en fijarse en Aulo. Le asignaron una mula. Una bestia vieja y tozuda, con la misma expresión de resignación que el propio Aulo sentía.

—Tú irás en esto —le informó Volusio, sin el menor atisbo de cortesía—. Intenta no caerte. Nos retrasarías.

Aulo nunca había montado a caballo, y mucho menos a una mula. Subirse al animal fue una humillación. Su pierna tullida se negó a cooperar, y tuvo que ser ayudado por uno de los soldados, que lo hizo con una brusquedad que era casi un insulto. Una vez arriba, se sintió precario, ridículo, un saco de huesos a punto de caer.

Cruzaron las murallas de Roma justo cuando los primeros rayos de sol teñían de rosa el horizonte. El mundo de Aulo, su universo contenido en las siete colinas, quedó atrás. Por primera vez en su vida, se adentró en un paisaje que solo conocía por los mapas y los relatos. La Vía Flaminia se extendía ante ellos, una cicatriz recta y pálida sobre la piel verde de la campiña.

El viaje fue una tortura monótona. El sol ascendía, calentando el aire, levantando el polvo del camino. Aulo se aferraba a las riendas de la mula con los nudillos blancos, sintiendo cómo cada sacudida del animal repercutía en su cadera dolorida. Los soldados hablaban poco entre ellos, en una jerga militar llena de bromas crueles y referencias a batallas pasadas. Aulo era invisible para ellos. No era un compañero, ni siquiera un prisionero. Era carga. Un bulto incómodo que había que transportar al norte.

Volusio cabalgaba a su lado, erguido e impasible. No parecía afectado por el calor, el polvo o la incomodidad. Se movía con la fluidez de quien ha pasado la mitad de su vida sobre una montura. Aulo intentó observarlo con su mirada analítica, pero el centurión era una superficie opaca. Su rostro no revelaba nada, sus movimientos eran pura eficiencia. Era una máquina de guerra perfectamente engrasada.

Al mediodía hicieron un alto para abrevar los caballos y comer. La comida consistió en pan duro, queso salado y un trago de agua tibia de una bota de cuero. Aulo comió en silencio, apartado del grupo, bajo la mirada vigilante de Volusio. Los soldados lo ignoraban, pero sentía sus miradas de soslayo. Veían su cojera, su ropa de civil, su bastón apoyado contra una roca. Veían a un extraño, a un intruso.

—¿Por qué yo? —preguntó Aulo finalmente, dirigiéndose a Volusio. La pregunta flotaba en su mente desde la noche anterior.

El centurión masticó un trozo de pan antes de responder.

—Sejano no elige a sus herramientas por afecto, médico. Las elige por su utilidad. Eres un cuchillo peculiar. Nadie espera que se use para esta tarea. Eso te hace útil.

—Un cuchillo que se puede romper y desechar con facilidad —replicó Aulo.

Volusio se encogió de hombros. —Todos los cuchillos se pueden romper. Por eso el herrero siempre tiene la forja encendida. No te hagas preguntas que no tienen respuesta. Haz tu trabajo. Es el camino más seguro para seguir respirando.

Esa fue toda la conversación. Volvieron a ponerse en marcha. El paisaje cambiaba lentamente, las suaves colinas de Latium daban paso a los valles más escarpados de Umbría. Pasaron junto a granjas, villas patricias y pequeños pueblos. Para los soldados, no eran más que puntos en un mapa. Para Aulo, eran mundos extraños, atisbos de vidas ordenadas y sencillas que ya no le pertenecían.

La primera noche la pasaron en una *mansio*, una posta oficial para viajeros del gobierno. No era más que un recinto amurallado con unos establos y un edificio de piedra con varias habitaciones comunales. El lugar apestaba a paja húmeda, estiércol y sudor de viajeros. Aulo tuvo que compartir una estancia con media docena de soldados, cuyo estruendo y olor corporal eran una agresión a sus sentidos.

Se tumbó en un jergón de paja, exhausto. El cuerpo le dolía de una forma nueva y total. Cada músculo protestaba por el esfuerzo insólito. Cerró los ojos, pero el sueño no vino. En la oscuridad, escuchaba las risas groseras de los soldados, el relincho de los caballos en los establos, el sonido del viento contra los muros de piedra. Eran los sonidos de su nueva vida. Una vida sin la reconfortante presencia de Demetrio, sin el refugio de sus libros y sus huesos, sin el caos familiar de la Subura.

Entonces lo comprendió. No solo había dejado Roma. Había dejado de ser quien era. Sejano no solo lo había exiliado de su hogar, lo había exiliado de sí mismo. No era más que una pieza en un juego cuyas reglas desconocía, empujado hacia un tablero de bosques oscuros y secretos sangrientos. Y por primera vez, sintió un miedo más profundo que el que le inspiraba Sejano: el miedo a no saber en quién se convertiría para poder sobrevivir.

# Capítulo 5

Al décimo día de viaje, Aulo descubrió que el cuerpo humano era una máquina mucho más resistente de lo que sus estudios teóricos le habían hecho creer. Y mucho más cruel. El dolor en su cadera había dejado de ser una serie de punzadas agudas para convertirse en un fuego sordo y constante, el telón de fondo de su existencia. Los músculos de sus piernas, no acostumbrados a la tensión de montar, protestaban con cada sacudida de la mula. Su piel, habituada a la penumbra de la Subura, estaba quemada por el sol implacable de la campiña italiana. Había adelgazado. Su rostro, antes pálido, era ahora una máscara de polvo y agotamiento.

La rutina era una trituradora de tiempo. Se levantaban antes del alba, con el aire todavía helado y húmedo. Comían pan duro y reanudaban la marcha. Cabalgaban durante horas bajo un sol que ascendía hasta convertirse en un martillo de bronce sobre sus cabezas. Hacían un alto al mediodía para beber agua y comer queso salado. Y seguían cabalgando hasta que el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de colores violentos. Acampaban en postas oficiales o, cuando no había ninguna cerca, al raso, rodeados por la inmensa y amenazadora oscuridad del campo.

Aulo había dejado de pensar. Su mente, antes un torbellino de análisis y deducciones, se había vaciado. Ahora solo procesaba información esencial para la supervivencia: la irregularidad del terreno, la sed, el hambre, el dolor. El miedo a Sejano y a su misión en Germania se había convertido en una abstracción lejana, un fantasma eclipsado por la tiranía inmediata de su propio cuerpo.

Los soldados seguían ignorándolo. Para ellos, no era más que un equipaje molesto. Aulo los observaba en silencio, aplicando su método analítico a aquellos hombres. Eran duros, insensibles, casi primitivos en sus necesidades y en sus bromas. Hablaban de mujeres, de vino y de la violencia con la misma naturalidad con la que un artesano habla de sus herramientas. Pero Aulo veía más allá. Veía las cicatrices que surcaban sus cuerpos, la mirada ausente que a veces se apoderaba de ellos mientras contemplaban el fuego, la forma en que sus manos, incluso en reposo, nunca se alejaban demasiado de la empuñadura de sus espadas. Eran hombres rotos por dentro, reconstruidos con la argamasa de la disciplina y la camaradería. Eran un organismo, una manada, y él no era parte de ella.

Volusio era el cerebro de ese organismo. Rara vez daba una orden en voz alta. Le bastaba un gesto, una mirada, para que sus hombres supieran exactamente qué hacer. Se movía con una eficiencia que Aulo, a su pesar, admiraba. Inspeccionaba los cascos de los caballos, probaba el agua antes de que nadie bebiera, elegía el lugar para acampar con una pericia que delataba años de experiencia. Su mundo era un conjunto de problemas prácticos que requerían soluciones inmediatas. La duda, la reflexión, la abstracción… eran lujos que aquel mundo no permitía.

Una tarde, mientras cruzaban una región boscosa en las estribaciones de los Apeninos, la monotonía se rompió. El caballo de un legionario joven llamado Lúculo tropezó con una raíz oculta. El animal relinchó de dolor y se desplomó, lanzando a su jinete por los aires. Lúculo aterrizó con un ruido sordo y un grito ahogado.

El destacamento se detuvo al instante. Volusio ya estaba en el suelo antes de que el polvo se asentara. Los demás soldados rodearon al herido. Aulo, torpemente, desmontó de su mula y se acercó cojeando, apoyándose en su bastón.

Lúculo estaba pálido, con el rostro cubierto de sudor frío. Intentó incorporarse, pero un gemido agudo escapó de sus labios. Su brazo izquierdo colgaba en un ángulo antinatural.

—Está roto —sentenció uno de los soldados, un veterano con la cara como un mapa de cicatrices.

—Habrá que colocarlo —dijo otro, acercándose—. Gayo, sujétale los pies.

Aulo observó la escena con un horror profesional. Su intención era coger el brazo del joven y tirar de él con fuerza, un método brutal que podía desgarrar músculos, pinzar nervios y convertir una fractura limpia en una carnicería. Sabía que no debía hacerlo, pero el impulso de intervenir fue más fuerte que su instinto de supervivencia.

—Esperad —dijo. Su voz sonó delgada, fuera de lugar en medio de aquellas presencias imponentes.

Todos se volvieron hacia él. Las miradas eran de incredulidad y fastidio.

—Apártate, médico —gruñó el veterano—. Esto no es una sangría en una tienda. Es cosa de hombres.

—Es cosa de huesos —replicó Aulo, y en su voz había una autoridad que sorprendió incluso a sí mismo—. Y de eso sé más que vosotros. Si tiráis de ese brazo a ciegas, lo dejaréis tullido para el resto de su vida. No volverá a sostener un escudo.

Volusio, que había estado examinando al caballo, se levantó y se acercó. Sus ojos se posaron en Aulo, fríos, evaluadores.

—¿Qué propones? —preguntó.

Aulo se arrodilló junto a Lúculo, ignorando el pinchazo en su cadera. Con una delicadeza que contrastaba con la brutalidad del entorno, sus dedos comenzaron a palpar el brazo herido. El joven legionario se estremeció de dolor, pero no se quejó. Aulo cerró los ojos, concentrándose en el tacto. En su mente, no veía la piel ni el músculo, veía la estructura subyacente. Vio la fractura del húmero, una rotura oblicua, limpia, pero con los extremos del hueso desplazados.

—Necesito que lo sujetéis, pero sin violencia —ordenó, sin levantar la vista—. El hombro y el codo. Que no se mueva.

Los soldados intercambiaron una mirada, pero la presencia silenciosa de Volusio los obligó a obedecer. Aulo respiró hondo. Colocó una mano por encima de la fractura y la otra por debajo. No se trataba de fuerza, sino de conocimiento. Sintió los dos extremos del hueso bajo la piel. Con un movimiento preciso y firme, giró la parte inferior del brazo mientras empujaba los fragmentos a su sitio. Se oyó un chasquido sordo, casi imperceptible. Lúculo ahogó un grito contra su propia mano.

Aulo volvió a palpar el brazo. La línea del hueso era ahora continua.

—Ya está —anunció—. Ahora hay que inmovilizarlo. Necesito dos tablillas y tiras de tela.

Le trajeron lo que pedía. Con la misma pericia, Aulo entablilló el brazo, asegurándose de que la inmovilización fuera total. Luego, rasgó un trozo de su propia túnica para hacer un cabestrillo.

—Soldará en un par de meses —le dijo a Lúculo—. Si no haces ninguna estupidez, volverás a luchar. Ahora bebe esto.

De su bolsa sacó un pequeño odre. Contenía una infusión concentrada de corteza de sauce, amarga como la hiel, que había preparado en la última posta.

—Para el dolor y la fiebre.

El joven lo bebió sin dudar. Cuando Aulo se levantó, se encontró con la mirada de Volusio. No había gratitud en ella, ni siquiera aprobación. Había algo mucho más valioso: un reconocimiento de su utilidad.

—El caballo tiene la pata rota —informó el centurión con su tono neutro de siempre—. Hay que sacrificarlo.

Y con la misma naturalidad con la que Aulo había recompuesto un hueso, Volusio sacó su daga y degolló al animal con un solo movimiento rápido y limpio. La sangre brotó, oscura y caliente, manchando la tierra. Aulo apartó la vista. La facilidad con la que aquellos hombres transitaban entre la vida y la muerte lo sobrecogía. Esa noche, comieron carne de caballo asada. Lúculo, con el brazo en cabestrillo, compartiría la mula de Aulo. El incidente no se volvió a mencionar, pero algo había cambiado. Ya no era solo una carga. Era una herramienta útil.

Siguieron hacia el norte. Cruzaron el río Rubicón, poco más que un arroyo insignificante pero cargado de historia, y se adentraron en la Galia Cisalpina. El paisaje se volvió más llano, más vasto. Las granjas eran más grandes, los campos de trigo se extendían hasta el horizonte. Cruzaron el gran río Padus en una barcaza, una masa de agua lenta y fangosa que se arrastraba hacia el mar Adriático. El aire era más húmedo, el cielo más grande. Roma, con sus callejones y sus colinas, parecía un recuerdo de otra vida.

A medida que avanzaban, Aulo notó un cambio sutil en la gente, en la arquitectura. Las caras eran más pálidas, los cabellos más claros. Las casas de piedra daban paso a construcciones de madera. Se oían dialectos extraños, una mezcla de latín y lenguas celtas. Se estaban acercando a la frontera, no solo a una línea en un mapa, sino a una fractura cultural.

Y entonces, una mañana, lo vio. Al principio era solo una línea irregular y blanquecina en el horizonte norteño, como una nube que se negaba a moverse. Aulo pensó que era una ilusión óptica, un efecto del cansancio. Pero a medida que cabalgaban, la línea creció. Se hizo más nítida, más sólida. Dejó de ser una línea para convertirse en una serie de picos, luego en una muralla dentada de roca y hielo que se alzaba hasta tocar el cielo.

Los Alpes.

Se detuvieron en la cima de una colina. El destacamento entero guardó silencio, sobrecogido por la visión. Incluso aquellos veteranos, que sin duda habían cruzado las montañas varias veces, parecían empequeñecidos por la escala de lo que tenían delante.

Para Aulo, fue una revelación. Él era un hombre de espacios cerrados, de callejones, de habitaciones pequeñas. Su mundo era horizontal. Aquello era vertical. Era una agresión a la lógica, una obra de dioses o demonios que desafiaba cualquier escala humana. Las montañas eran de un color azul oscuro en su base, salpicadas de verde por los bosques, y sus cumbres estaban coronadas por una blancura tan pura y brillante que hería los ojos. Parecían cuchillas de un carnicero celestial, dispuestas a desollar a cualquiera que osara acercarse.

Sintió un vértigo que no era físico. Era la constatación visual de su exilio. Roma estaba detrás de él, al otro lado de la llanura. Germania estaba delante, oculta tras esa barrera infranqueable. Estaba atrapado entre dos mundos.

Volusio se acercó a su lado, con la mirada fija en las cumbres.

—Ahí empieza el verdadero viaje, médico —dijo, y su voz era apenas un murmullo—. El aire es más fino, las noches más frías y los caminos son traicioneros. A partir de aquí, Italia se acaba. Y Roma es solo un nombre.

Aulo no respondió. Siguió mirando las montañas, sintiendo su inmensidad en sus propios huesos. Comprendió que para llegar a Germania no solo tendría que cruzar esa muralla de piedra. Tendría que dejar atrás la última parte de sí mismo que aún se aferraba a la civilización. El hombre que había salido de la Subura ya no existía. Y el hombre que descendería por la otra ladera de los Alpes sería alguien a quien todavía no conocía.

# Capítulo 6

La inmensidad de los Alpes, observada desde la seguridad de una colina lejana, era una abstracción, una obra de arte pintada por los dioses. De cerca, era una bestia de roca y hielo. El arte se desvanecía, reemplazado por una física brutal y una geografía amenazante. El aire al pie de las montañas ya era diferente, más fino, con un filo helado que se clavaba en los pulmones a cada inspiración. El sol, aunque brillante, carecía de calor. Era una luz fría que se reflejaba en los picos nevados, creando un resplandor que obligaba a entrecerrar los ojos.

Comenzaron el ascenso por un camino que no era más que una cicatriz tortuosa excavada en la ladera de la montaña. Era una obra de ingeniería militar romana, diseñada para el paso de las legiones, pero la naturaleza la reclamaba constantemente. Las lluvias habían provocado desprendimientos de tierra en algunos tramos, y el hielo invernal había agrietado las piedras, convirtiendo el sendero en una sucesión de trampas. Avanzaban en una fila silenciosa: un explorador en la vanguardia, seguido por el resto de los jinetes, con Aulo y su mula en el centro, y Volusio cerrando la retaguardia.

Para los soldados, era un desafío físico. Para Aulo, era una agonía. La mula, acostumbrada a terrenos más amables, resoplaba nerviosa, sus pezuñas resbalaban a cada paso en las piedras sueltas. Aulo se aferraba a la silla improvisada, sintiendo cómo cada bandazo del animal enviaba una onda de dolor desde su cadera hasta la base de su cráneo. El golpeteo rítmico de su bastón había desaparecido, inútil en aquella pendiente. Ahora sus manos solo servían para agarrarse a la vida.

A medida que ganaban altitud, el mundo se encogía. Los valles de Italia quedaban abajo, envueltos en una neblina azulada, un recuerdo borroso de un mundo al que ya no pertenecía. El paisaje se volvió monocromático: el gris de la roca, el blanco sucio de la nieve en las umbrías y el azul profundo y vacío de un cielo cada vez más cercano. La vegetación desapareció, reemplazada por líquenes y arbustos raquíticos que se aferraban a las grietas de las piedras como náufragos a una tabla.

El silencio era lo más sobrecogedor. No era la ausencia de ruido, sino una presencia tangible. Un silencio profundo, antiguo, que lo envolvía todo. Solo se oía el silbido del viento, el jadeo de los hombres y las bestias, y el crujido ocasional de las piedras bajo las pezuñas. Aulo, un hombre de la ciudad, acostumbrado a la cacofonía constante de la vida humana, se sintió tragado por aquel vacío sonoro. Era como si el mundo hubiera muerto a su alrededor.

El aire se enrareció. Respirar se convirtió en un esfuerzo consciente. Aulo sentía una presión en el pecho, como si una mano invisible le estrujara los pulmones. Le dolía la cabeza, un martilleo sordo detrás de los ojos. Veía a los soldados, hombres en la plenitud de su fuerza física, con los rostros enrojecidos por el esfuerzo, los labios agrietados. El joven Lúculo, con su brazo todavía en cabestrillo, tenía una expresión de sufrimiento estoico.

Volusio parecía inmune. Se movía con la misma eficiencia implacable de siempre, sus ojos escrutando constantemente la senda, las laderas por encima de ellos, el cielo. Era un depredador en un entorno hostil, perfectamente adaptado. Su calma era la única ancla de Aulo en medio de aquel caos vertical.

La primera noche en las montañas fue una lección de humildad. Encontraron refugio en el esqueleto de una antigua posta militar, abandonada hace años. No era más que cuatro muros de piedra sin techo, un precario resguardo contra un viento que aullaba como un animal herido. El frío era una entidad viva y voraz. Se filtraba a través de la lana de sus túnicas, le entumecía los dedos de los pies y las manos, y convertía su aliento en nubes de vapor blanco.

Encendieron una hoguera con la leña seca que habían transportado, pero el fuego parecía pequeño y patético en la inmensidad de la noche. Se acurrucaron alrededor de las llamas, pero el frío les mordía la espalda. Comieron sus raciones en silencio, demasiado cansados para hablar. La comida, pan duro y carne seca, sabía a ceniza en la boca de Aulo.

No pudo dormir. Tumbado sobre la tierra helada, envuelto en su capa, escuchaba el lamento del viento y sentía el temblor de su propio cuerpo. El dolor de su cadera era una brasa al rojo vivo. Cerró los ojos y vio el rostro de Demetrio, la calidez de la botica, el bullicio caótico de la Subura. Eran imágenes de un paraíso perdido, de una vida que se le antojaba tan lejana como las estrellas que ahora brillaban con una intensidad gélida en el cielo sin luna. Entonces lo comprendió: el exilio no era solo un castigo geográfico. Era un despojo del alma. Le estaban arrancando todo lo que era, capa por capa, hasta dejar solo el hueso desnudo de la supervivencia.

Al segundo día, la tragedia, hasta entonces una amenaza latente, se materializó. Estaban cruzando una cornisa especialmente estrecha, con un precipicio de cientos de pies a su izquierda. La senda estaba cubierta por una capa de hielo traicionero, apenas visible bajo una fina capa de nieve. Una de las mulas de carga, la que iba justo delante de Aulo, perdió el equilibrio.

Todo ocurrió en un instante. El animal lanzó un rebuzno de pánico, sus patas traseras resbalaron y, por un segundo, luchó por encontrar un punto de apoyo que no existía. Luego, con una lentitud de pesadilla, se precipitó al vacío. No hubo un grito, solo el sonido del cuerpo al golpear contra las rocas y el eco de las alforjas al desgarrarse, esparciendo su contenido —raciones, herramientas, una tienda de cuero— como ofrendas inútiles al abismo.

El destacamento se quedó paralizado. Aulo sintió que el corazón se le detenía. Había estado a un paso de seguir el mismo destino. El silencio que siguió fue más profundo que el de antes. Nadie miró hacia el fondo del precipicio. No había nada que ver.

Volusio fue el primero en reaccionar. Su rostro no mostraba emoción alguna.

—Seguimos —ordenó, con la voz desprovista de cualquier inflexión—. Hemos perdido raciones para tres días. Tendremos que apretarnos el cinturón.

Y eso fue todo. No hubo lamentos por el animal, ni un momento de reflexión sobre la fragilidad de sus vidas. Solo un cálculo frío de las pérdidas y la orden de continuar. Aulo observó a los soldados. En sus rostros no había miedo, solo una resignación sombría. La muerte no era una tragedia para ellos, era una contingencia. Una variable más en la ecuación de la marcha. Se dio cuenta de que, para sobrevivir aquí, tenía que empezar a pensar como ellos. Tenía que matar al médico que llevaba dentro, al hombre que valoraba la vida por encima de todo, y alimentar al pragmático que solo veía causas y efectos.

El resto del ascenso fue un infierno blanco. Una tormenta de nieve los sorprendió cerca de la cumbre del paso. El mundo desapareció, reducido a un torbellino de copos helados que se clavaban en la piel como agujas. Apenas podían ver al hombre que tenían delante. Avanzaban a ciegas, confiando únicamente en la experiencia de Volusio, que parecía guiarse por un instinto animal. El viento rugía, intentando arrancarlos de la montaña. Aulo se inclinó sobre el cuello de la mula, ofreciendo la menor resistencia posible, sintiendo el calor del animal como su única fuente de vida.

Perdieron la noción del tiempo. Horas o minutos, daba igual. Solo existía el viento, el frío y el esfuerzo sobrehumano de dar el siguiente paso. Aulo entró en un estado de trance, su mente desconectada del sufrimiento de su cuerpo. Era solo un pasajero en una máquina de dolor que avanzaba lenta e inexorablemente hacia arriba.

Y entonces, tan repentinamente como había empezado, la tormenta amainó. El viento se calmó, la nieve dejó de caer. Salieron de la nube y se encontraron bajo un sol deslumbrante. Estaban en la cima.

El paso era una silla de montar de roca y nieve entre dos picos gigantescos. El mundo se extendía a sus pies en dos direcciones. Hacia el sur, la neblina ocultaba Italia. Hacia el norte, un paisaje completamente nuevo. Un mar de montañas más bajas, cubiertas por un manto oscuro e ininterrumpido de bosques. No había signos de civilización. No había campos cultivados, ni villas, ni caminos rectos. Solo una extensión infinita de naturaleza salvaje.

Germania. O, al menos, su antesala.

Se detuvieron, exhaustos, sin aliento. El aire era tan fino que dolía respirar, pero era un dolor limpio, purificador. El mundo parecía nuevo, recién creado.

—Hemos cruzado —dijo un soldado, con la voz quebrada por el asombro y el alivio.

Aulo desmontó, sus piernas temblaban tanto que apenas lo sostenían. Se apoyó en su mula, contemplando la vista. Había cruzado la barrera. El hombre que había llegado a la cima de aquella montaña no era el mismo que había empezado a subirla. El médico de la Subura, con sus miedos y sus certezas, se había quedado en algún lugar de la ladera sur, sepultado bajo la nieve y el agotamiento. El que estaba ahora allí era algo más duro, más simple. Un superviviente.

Volusio se acercó y se detuvo a su lado, con la mirada perdida en la inmensidad del norte.

—No te dejes engañar por la vista, médico —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Allá abajo, el frío no es tan limpio. Y el viento a veces lleva el olor de la sangre.

El descenso fue casi tan peligroso como la subida. La ladera norte era más empinada, más umbría. El hielo era más persistente. Pero ahora había una diferencia. Avanzaban hacia algo, no huían de ello. Cada paso los acercaba a su destino.

Al caer la noche, llegaron a la línea de los árboles. El aire se hizo más denso, más respirable. El refugio del bosque los protegió del viento. Acamparon bajo las ramas de unos abetos gigantescos, cuyo olor a resina era denso y embriagador. El fuego que encendieron esa noche parecía más fuerte, más cálido.

Aulo, acurrucado junto a las llamas, examinó sus manos. Estaban amoratadas, con la piel agrietada por el frío. Pero eran las manos de un hombre que había sobrevivido a los Alpes. Por primera vez desde que había salido de Roma, no sintió miedo. Ni angustia. Sintió una extraña calma. Una aceptación vacía. Había sido puesto a prueba y no se había roto. No sabía qué le esperaba en los bosques de Germania, pero ahora se sentía capaz de afrontarlo. Porque ya no tenía nada que perder. Se lo habían quitado todo en el camino.

# Capítulo 7

Si los Alpes habían sido un purgatorio de roca y hielo, los bosques de Germania eran un infierno verde y silencioso. El descenso desde las cumbres los sumergió en un océano de árboles tan denso que el cielo se convirtió en un recuerdo, una serie de fragmentos azules apenas visibles a través del dosel de hojas. La luz que lograba filtrarse era de un verde enfermizo, una iluminación de acuario que lo teñía todo con un velo de irrealidad. Habían dejado atrás el mundo de las líneas rectas, de los horizontes despejados y de la piedra domeñada por el hombre. Aquel era un mundo vertical, un laberinto de troncos que se alzaban como las columnas de un templo dedicado a un dios oscuro y primitivo.

El aire también era diferente. Abajo, en el bosque, era pesado, cargado de la humedad de milenios de descomposición. Olía a tierra mojada, a hojas podridas, a resina de pino y a algo más, un aroma salvaje y animal que se adhería al fondo de la garganta. El silencio aquí no era vacío, como en las cumbres, sino que estaba lleno de una vida invisible. Se oía el susurro constante de las hojas, el crujido de una rama en la lejanía, el zumbido de insectos que nunca llegaban a verse. Pero lo más inquietante era la ausencia de cantos de pájaros. Era un bosque que observaba en silencio.

Avanzaban mucho más despacio. El camino romano, que en Italia era una arteria de civilización, aquí no era más que una vena precaria, constantemente amenazada por el bosque que intentaba devorarla. Raíces como serpientes de madera levantaban las losas, y la vegetación crecía en cada grieta, deshaciendo la obra de los ingenieros legionarios con una paciencia geológica.

La disciplina del destacamento había cambiado. Ya no era la rutina monótona de la marcha, sino una tensión constante, una alerta afilada. Los soldados no hablaban. Sus ojos no se desviaban del borde del camino, escrutando la impenetrable maleza. El explorador que iba en vanguardia se movía ahora con el sigilo de un cazador, deteniéndose a cada rato para escuchar, con la mano siempre cerca de la empuñadura de su espada.

Aulo lo sentía en su propia piel. La sensación de ser observado era tan real como el frío que le calaba los huesos. Cada sombra parecía ocultar una figura, cada susurro del viento sonaba como una voz. Su mente, entrenada para encontrar patrones en el caos de un cuerpo destrozado, intentaba hacer lo mismo con el bosque. Analizaba la forma en que crecía el musgo en los troncos, siempre en la cara norte. Observaba las huellas de animales en el barro, intentando identificar al ciervo, al jabalí, al lobo. Era su forma de imponer un orden, de traducir aquella inmensidad salvaje a un lenguaje que pudiera comprender. Era su único mecanismo de defensa contra el miedo.

Volusio se había transformado. Ya no era solo un oficial al mando; era el alfa de una manada en territorio enemigo. Su rostro, siempre impasible, parecía ahora tallado en la misma madera oscura de los árboles que los rodeaban. Había una intensidad en su mirada que Aulo no le había visto antes. No se limitaba a mirar el bosque; parecía leerlo.

Al segundo día de marcha por aquel túnel verde, encontraron la primera prueba de que no estaban solos. En un recodo del camino, clavada en el tronco de un roble gigantesco, había una cabeza de lobo. Estaba fresca. La sangre oscura todavía goteaba, manchando la corteza. Los ojos del animal, vidriosos, parecían contemplarlos con una acusación muda.

Los soldados se detuvieron en seco. Aulo sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. No era solo la visión macabra; era el mensaje. Era una marca territorial, una declaración. Esto es nuestro. Vosotros sois los intrusos.

Volusio desmontó y se acercó al árbol. No mostró ni asco ni sorpresa. Examinó la cabeza con la misma atención que Aulo dedicaría a un hueso fracturado. Con la punta de su daga, levantó uno de los belfos del animal, dejando al descubierto unos colmillos amarillentos.

—Obra de los queruscos —dijo, y su voz sonó extrañamente resonante en la quietud del bosque—. Les gusta dejar señales. Creen que asusta a los lobos y a los romanos por igual.

—¿Y es así? —preguntó Aulo, incapaz de apartar la vista de los ojos muertos del animal.

Volusio se encogió de hombros, limpiando la daga en un trozo de musgo. —Solo asusta a los necios. A los veteranos nos recuerda que debemos mantener la hoja afilada.

Volvió a montar. —No nos detendremos hasta el anochecer —ordenó—. Quiero poner la mayor distancia posible entre nosotros y este lugar.

Siguieron adelante, pero el ambiente se había enrarecido. La cabeza del lobo era un presagio. Había hecho tangible la amenaza invisible que los rodeaba. Ahora cada soldado empuñaba su lanza o su jabalina. Las espadas estaban medio desenvainadas. Ya no eran un destacamento de viaje; eran una patrulla de guerra.

Esa noche, el campamento fue diferente. No buscaron un claro, sino un lugar defendible: un pequeño promontorio rocoso que les ofrecía una visión clara de los alrededores y protegía sus espaldas. Doblaron la guardia. El fuego que encendieron era pequeño, casi sin humo, para no delatar su posición. Nadie habló. Solo se oía el crepitar de las llamas y el sonido metálico de un soldado afilando su *gladius*.

Aulo no podía comer. El nudo en su estómago era demasiado prieto. Se sentó un poco apartado, con la espalda apoyada contra una roca fría, y observó el rostro de los legionarios a la luz del fuego. Eran jóvenes, la mayoría no mucho mayores que él. En Italia, habían sido fanfarrones, ruidosos, llenos de una arrogancia juvenil. Aquí, sus rostros eran máscaras de concentración sombría. La frontera los había envejecido.

Lúculo, el joven al que le había curado el brazo, se sentó a su lado. Su brazo seguía en el cabestrillo.

—El centurión dice que le salvaste el brazo, médico —dijo en voz baja.

Era la primera vez que uno de ellos se dirigía a él por iniciativa propia.

—El hueso es un buen sanador si se le da la oportunidad —respondió Aulo, sin mirarlo.

—Dicen que eres el mejor médico de huesos de toda Roma —continuó el soldado, ignorando la frialdad de Aulo.

—Roma está muy lejos —murmuró Aulo.

—Sí —convino Lúculo, y un silencio se instaló entre ellos. Un silencio lleno de la inmensidad del bosque y de la nostalgia por un hogar perdido—. Mi padre tiene una granja cerca de Capua. Viñedos. Ahora mismo, deben estar empezando la vendimia. El aire huele a uvas y a tierra caliente.

Aulo no respondió. No tenía recuerdos como esos. Su único hogar olía a hierbas y a desesperación. Pero, por primera vez, sintió una punzada de algo parecido a la camaradería con aquel joven soldado. Ambos eran exiliados, arrancados de sus mundos, aunque por razones muy diferentes.

Continuaron la marcha durante tres días más. El bosque no cambiaba, una sucesión interminable de árboles, sombras y silencio. La tensión era una cuerda a punto de romperse. Aulo empezó a notar los efectos de la fatiga y el estrés en los hombres. Estaban más irritables, sus movimientos eran más bruscos. La falta de sueño y la alerta constante estaban minando sus fuerzas. Él mismo se sentía agotado, pero de una forma distinta. Su cansancio era mental, el de un cerebro que no dejaba de analizar, de buscar patrones, de intentar anticipar una amenaza que no podía ver.

Entonces, una tarde, el bosque se abrió. Salieron de la penumbra verde a la luz del sol con la brusquedad de un despertar. Ante ellos se extendía un valle surcado por un río ancho y de aguas lentas. Y en una colina que dominaba el río, vieron las empalizadas de madera y las torres de vigilancia de un fuerte romano. *Castra Vetera*. El campamento principal de la Legio V Alaudae y la Legio XXI Rapax.

Era una visión extraña. Una isla de orden geométrico en medio del caos de la naturaleza. Las líneas rectas de los muros, la simetría de los barracones, el águila de bronce que brillaba en lo alto de la *porta praetoria*. Era un trozo de Roma trasplantado a la fuerza en el corazón de aquella tierra salvaje.

Una oleada de alivio recorrió el destacamento. Los hombres se relajaron visiblemente, algunos incluso sonrieron. Por primera vez en días, oyeron sonidos familiares: el latín gritado por un centurión dando órdenes, el martilleo de una forja, el murmullo de cientos de hombres.

Cuando se acercaron a la puerta, una patrulla salió a su encuentro. Intercambiaron contraseñas y saludos. La mirada de los legionarios del fuerte era curiosa. Los examinaban como se examina a los supervivientes de un naufragio. Veían el polvo del camino, los rostros demacrados, la mula de carga perdida.

Una vez dentro, el contraste fue abrumador. El fuerte bullía de actividad. Soldados entrenando en el patio de armas, herreros trabajando en las forjas, mercaderes vendiendo sus productos en un pequeño mercado improvisado. Era una ciudad en miniatura, autosuficiente y permanentemente en estado de guerra. El aire olía a sudor, a cuero, a estiércol de caballo y a gachas de avena. Era el olor del ejército.

Volusio condujo a Aulo directamente al principia, el edificio del cuartel general. Lo dejó frente a la tienda del legatus, el comandante del campamento.

—Aquí termina mi trabajo, médico —dijo el centurión. Su tono era tan neutro como siempre, pero había un matiz de finalidad en su voz—. El legado Cneo Léntulo Getúlico te está esperando. Él te dará tus próximas órdenes.

—¿Y tú? —preguntó Aulo, sorprendido por su propia pregunta. Se había acostumbrado a la presencia silenciosa y competente de Volusio.

—Yo regreso a mi cohorte. Mi misión era entregarte. Misión cumplida.

Sin una despedida, sin un apretón de manos, Volusio se dio la vuelta y se marchó, desapareciendo entre la multitud de soldados. Aulo se quedó solo, de pie frente a la tienda del hombre más poderoso de aquella parte del mundo, con su bolsa de cuero en una mano y su bastón en la otra. Había llegado a su destino.

Pero al mirar a su alrededor, a los rostros duros y desconfiados de los legionarios, al muro de madera que lo separaba del bosque infinito, Aulo comprendió que no había llegado a un refugio. Había llegado a la primera línea de la guerra. Y el viaje, el verdadero viaje, no había hecho más que empezar.

# Capítulo 8

La tienda del legado no era una tienda. Era un edificio de madera y adobe plantado en el corazón del *principia*, un símbolo de permanencia en una tierra que se resistía a ser conquistada. Dos legionarios de la guardia personal de Getúlico, con yelmos empenachados y corazas relucientes, flanqueaban la entrada. Sus rostros eran impasibles, sus miradas se perdían en un punto lejano por encima de la cabeza de Aulo. No eran hombres, eran estatuas, una extensión de la autoridad que protegían.

Aulo esperó. Un escriba de aspecto nervioso le había indicado que se quedara allí, junto a un banco de madera tosca, y que no se moviera. Y eso hizo. Durante más de una hora, observó el flujo y reflujo de la vida en el centro neurálgico del poder militar romano en Germania Inferior. Vio a centuriones entrar y salir con tablillas de cera, discutiendo en voz baja sobre suministros y patrullas. Vio a un par de exploradores auxiliares, de aspecto salvaje, con el pelo largo y pantalones de piel de animal, informando a un tribuno de rostro aristocrático. Vio a un decurión de caballería, cojeando visiblemente, discutir acaloradamente con un *optio* sobre la calidad del forraje.

Todo se movía con una eficiencia brutal. Cada hombre tenía un propósito, un rango, un lugar en la inmensa maquinaria de la legión. Aulo, con su túnica de civil manchada por el viaje, su bastón y su bolsa de médico, era una pieza ajena, un engranaje que no encajaba. Era invisible. Los soldados pasaban a su lado sin dedicarle una segunda mirada. No era más que un obstáculo a evitar, una anomalía en su mundo ordenado.

El frío de la mañana se estaba disipando, pero la humedad del Rin cercano se aferraba al aire, calando los huesos. Su cadera era un recordatorio punzante de su debilidad en aquel entorno donde la fuerza física era la moneda de cambio universal. Se apoyó en su bastón, redistribuyendo el peso, un gesto que se había vuelto tan natural como respirar. Se sentía como un mendigo a las puertas de un palacio, aunque aquel palacio estuviera hecho de barro y madera.

Finalmente, la pesada cortina de cuero que hacía las veces de puerta se descorrió. El escriba asomó la cabeza.

—El legado te recibirá.

Aulo respiró hondo y entró. El interior era sorprendentemente espacioso y austero. El suelo estaba cubierto por tablas de madera bien barridas. Las paredes estaban desnudas, salvo por un enorme mapa de la región clavado con tachuelas de bronce. Mostraba el curso del Rin, los territorios de las distintas tribus —sugambros, usípetos, queruscos— y la ubicación de los fuertes romanos, pequeñas islas de orden en un vasto mar de caos. En el centro de la estancia, una mesa maciza de roble estaba cubierta de rollos de papiro, tablillas y un casco de general pulcramente depositado a un lado.

Detrás de la mesa se sentaba Cneo Léntulo Getúlico. No era un hombre grande, pero la autoridad emanaba de él como el calor de un brasero. Tendría unos cuarenta años, con el cabello oscuro empezando a clarear en las sienes y un rostro afilado e inteligente que no revelaba nada. Sus ojos, de un gris acerado, evaluaron a Aulo de arriba abajo en un instante, catalogando su cojera, su ropa, su agotamiento. No era la mirada de un soldado, sino la de un tasador valorando una mercancía. Llevaba una túnica sencilla, pero de una lana de calidad excepcional. No se levantó.

—Aulo —dijo, y su voz era culta, con el acento impecable de la aristocracia senatorial—. El médico de huesos. Sejano me ha hablado mucho de ti. Aunque, para ser sincero, me cuesta creer la mitad de lo que dice. El Prefecto del Pretorio tiene una inclinación por el melodrama.

Hizo un gesto hacia una silla baja frente a la mesa. Aulo se sentó, aliviado de poder descargar el peso de su pierna. Colocó su bastón a su lado.

—He venido por orden del Prefecto, mi señor.

—Lo sé —le cortó Getúlico, juntando las yemas de los dedos—. Sé por qué estás aquí. Estás aquí por Cayo Vipsanio. Una desgracia. Un joven de buena familia, con un futuro prometedor. Un accidente estúpido.

Pronunció la palabra "accidente" con un énfasis casi imperceptible, pero Aulo lo captó. Era una invitación a confirmar, no a cuestionar.

—Eso es lo que debo determinar, mi señor. La naturaleza exacta de sus heridas.

Los ojos grises de Getúlico se estrecharon. —La naturaleza de sus heridas es la siguiente: estaba borracho. Galopaba como un loco por el bosque durante una tormenta. El caballo resbaló en el barro, cayó y lo aplastó. Fin de la historia. Una historia trágica, vergonzosa, pero sencilla. Necesito que tu informe refleje esa sencillez.

Aulo sintió un escalofrío. No había llegado hasta allí para confirmar una historia. Había llegado para encontrar la verdad escrita en los huesos.

—Mi señor, con el debido respeto, mi trabajo consiste en examinar las pruebas, no en corroborar una versión de los hechos.

Una sonrisa gélida, desprovista de cualquier humor, se dibujó en los labios del legado.

—Médico, pareces un hombre inteligente. No me obligues a pensar que me equivoco. Tu "trabajo" consiste en hacer lo que se te ordena. Y Sejano te ha ordenado que me obedezcas a mí. Y yo te ordeno que soluciones un problema.

Se levantó y caminó hacia el gran mapa. Su silueta se recortó contra las tierras salvajes de Germania.

—¿Ves esto? —dijo, trazando una línea con el dedo a lo largo del Rin—. Esto es más que un río. Es la frontera entre la civilización y la barbarie. Y es una frontera inestable. La mantenemos no solo con la espada, sino con la diplomacia, con alianzas, con matrimonios. Con mentiras, si es necesario.

Se volvió para encarar a Aulo. —Cayo Vipsanio no era solo un sobrino idiota del Emperador. Era la pieza clave de una de esas alianzas. Estaba prometido a la hija de Segestes, el jefe de los queruscos. Un hombre vanidoso y ambicioso, pero que nos es útil. Mantiene a raya a las facciones más hostiles de su propia tribu. El matrimonio iba a sellar nuestro pacto, a convertirlo en nuestro más firme aliado.

—Entiendo la importancia política, pero no veo cómo…

—¡Pues mira! —espetó Getúlico, y por primera vez su voz se endureció, adquiriendo el filo del acero—. La muerte de Cayo ha puesto todo en peligro. Segestes no se cree la historia del accidente. Sus rivales dentro de la tribu, liderados por un fanático llamado Arminio, le están susurrando al oído que hemos sido nosotros. Que hemos asesinado a Cayo para romper el acuerdo y humillarlo. Es una estupidez, pero es una estupidez peligrosa. Si Segestes se vuelve en nuestra contra, si une su facción a la de Arminio, tendremos una guerra en toda la frontera antes de la próxima luna.

Entonces lo comprendió. Aulo vio la forma completa del problema, no solo sus fragmentos. No se trataba de la muerte de un noble. Se trataba de la paz de una provincia. Sejano no lo había enviado a buscar la verdad. Lo había enviado a fabricar una mentira tranquilizadora.

—Segestes exige una prueba —continuó Getúlico, volviendo a su tono mesurado—. Quiere la confirmación de un experto, de un romano imparcial, de que la muerte fue, en efecto, un accidente. Ahí es donde entras tú. Eres el experto imparcial enviado desde Roma. Examinarás los restos, escribirás un informe detallado describiendo las fracturas consistentes con la caída de un caballo, y yo se lo haré llegar a Segestes. El jefe querusco salvará las apariencias, la boda se cancelará por "causas naturales", la alianza se mantendrá y yo podré seguir dedicándome a lo que de verdad importa: mantener a raya a estos salvajes.

Aulo permaneció en silencio. El dilema era monstruoso. Mentir significaba traicionar todo en lo que creía, la ciencia, la evidencia, la verdad objetiva que se podía leer en la estructura del cuerpo humano. Significaba convertirse en una marioneta, en un falsificador. Pero decir la verdad, si esta era diferente a la versión oficial, podía desencadenar una guerra. ¿Cuántas vidas valía su integridad profesional?

—¿Y si los huesos cuentan otra historia? —preguntó en voz baja.

Getúlico volvió a sentarse y lo miró fijamente. La frialdad de sus ojos era absoluta.

—Los huesos contarán la historia que yo necesite que cuenten. Y tú eres el bardo que les dará voz. Si no te sientes capaz de componer la canción adecuada, médico, te aseguro que puedo encontrarte un lugar muy profundo y muy oscuro en este campamento donde tendrás todo el tiempo del mundo para reconsiderar tu vocación. Y Sejano, te lo garantizo, no moverá un dedo para ayudarte. Estás solo.

La amenaza era tan clara y tan fría como el acero de un *gladius*. Aulo bajó la vista. Vio sus propias manos, manchadas, agrietadas. Las manos de un sanador. ¿Qué iba a hacer con ellas? ¿Curar una fractura política con una mentira?

—Necesito ver el cuerpo —dijo finalmente, con la voz ronca.

Getúlico asintió, satisfecho. —Por supuesto. He asignado a mi mejor hombre para que te ayude. Es el *primus pilus* de la V Alaudae, Casio Querea. Un hombre eficaz, aunque con poco sentido del humor. Te llevará al *valetudinarium* y te proporcionará todo lo que necesites. No confía en nadie que no lleve uniforme, así que no esperes una conversación agradable. Pero es leal y cumplirá mis órdenes.

El legado se acercó a la entrada y gritó una orden. Un instante después, un hombre entró en la estancia. Era alto, más que la media, y su cuerpo era un nudo de músculos fibrosos forjados en décadas de campañas. Su rostro era una máscara de severidad, surcado por una profunda cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda. Llevaba la coraza de un oficial de alto rango y el bastón de vid, símbolo de su autoridad como primer centurión. Sus ojos, oscuros y penetrantes, se posaron en Aulo con abierta desconfianza.

—*Primus Pilus* Querea, este es Aulo, el médico —presentó Getúlico—. Está bajo mi protección personal. Llévalo al hospital. Dale acceso a los restos de Vipsanio. Asegúrate de que nadie lo moleste. Es tu única responsabilidad hasta que termine su trabajo. ¿Entendido?

—Sí, mi legado —respondió Querea. Su voz era grave y áspera, como el sonido de dos piedras al rozar.

—Bien. Ya puedes irte, médico. Querea te guiará. Y recuerda nuestra conversación. Espero tu informe en mi mesa antes de tres días.

Aulo se levantó, cogió su bastón y salió de la tienda sin decir una palabra más. El aire exterior le pareció extrañamente liberador, a pesar de que se sentía más atrapado que nunca. El *primus pilus* lo esperaba fuera, su imponente figura proyectando una larga sombra en el suelo polvoriento del campamento.

—Por aquí —gruñó Querea, sin mirarlo, y empezó a caminar con la zancada larga y segura de un hombre acostumbrado a marchar.

Aulo lo siguió, cojeando, esforzándose por mantener el ritmo. Cruzaron el patio de armas, donde una centuria entera practicaba formaciones, sus movimientos sincronizados, sus escudos chocando con un estruendo rítmico. Pasaron junto a la forja, de donde salía el eco metálico de los martillos y un calor sofocante. El olor a hierro candente y sudor llenaba el aire.

El *valetudinarium* estaba en una de las esquinas más tranquilas del fuerte. Era un edificio largo y bajo, bien construido, con ventanas altas para asegurar la ventilación. A su alrededor, un pequeño jardín de hierbas medicinales luchaba por sobrevivir en el clima hostil de Germania. Era el único toque de verde en aquel mundo de madera y barro.

Mientras se acercaban, un olor familiar llegó hasta Aulo. Un olor que conocía íntimamente. Era el olor de la enfermedad y de la muerte contenida. Una mezcla de vinagre, pus y carne en descomposición. Era el olor de su mundo, trasplantado a la frontera del imperio.

Querea se detuvo frente a una puerta al final del edificio, apartada de las salas principales.

—Está aquí dentro —dijo, con el mismo tono hosco—. El cuerpo está… descompuesto. Lo encontraron días después del accidente. Tuvimos que hervir los restos para limpiar los huesos y poder transportarlos.

Aulo asintió, preparándose mentalmente. Hervir el cuerpo era un procedimiento estándar, aunque brutal, para la repatriación de los restos de un personaje importante.

El primus pilus abrió la puerta y se apartó para dejarlo pasar.

—Te dejaré solo. Tienes dos guardias en la puerta. Nadie entrará. Cuando termines, avísalos.

Aulo entró en la pequeña habitación. No había ventanas. La única luz provenía de una lámpara de aceite que parpadeaba sobre una mesa de piedra en el centro. El aire era frío y viciado. Sobre la losa de piedra, envueltos en una tela de lino blanco, reposaban los huesos de Cayo Vipsanio.

Se quedó inmóvil en el umbral, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Había llegado al final de su largo viaje. Y al comienzo de su verdadera misión. Delante de él, sobre aquella mesa, no estaban solo los restos de un hombre. Estaba la verdad. Y estaba la mentira. Y por primera vez en su vida, no estaba seguro de cuál de las dos era más peligrosa.

# Capítulo 9

La puerta se cerró a su espalda con un sonido sordo y definitivo, un golpe de madera contra piedra que pareció sellar la entrada a una tumba. Aulo se quedó inmóvil por un instante, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra danzarina, rota únicamente por la llama solitaria de la lámpara de aceite. El silencio de la pequeña estancia era denso, casi palpable. Afuera, el campamento bullía con los sonidos de la vida y la guerra. Aquí dentro, solo reinaba la quietud de la muerte.

El aire era frío, con el olor acre y ligeramente dulzón de los huesos hervidos y un trasfondo de piedra húmeda. Aulo lo inspiró profundamente. No le era un aroma desagradable. Era el olor de su oficio, el olor de la verdad desnuda, despojada de la carne corruptible.

Se acercó a la mesa de piedra. El lino blanco que cubría los restos parecía una mortaja. Por un momento, no se atrevió a tocarlo. Sobre aquella losa no solo descansaba el esqueleto de un joven noble; descansaba su propio destino. La orden de Getúlico era un eco gélido en su memoria: «Los huesos contarán la historia que yo necesite que cuenten». Pero los huesos no mentían. Eran los cronistas más honestos de la vida y sus ultrajes. Y él era su único intérprete.

Con un gesto lento, casi reverencial, retiró la tela.

Allí estaban. Un montón desordenado de huesos de un color amarillento pálido, limpios de cualquier vestigio de carne, cartílago o tendón. El proceso de ebullición había sido minucioso. Vio el cráneo, con las cuencas vacías que parecían mirarlo con una pregunta muda. Vio la curva elegante de las costillas, la solidez de los fémures, la delicada arquitectura de las vértebras apiladas sin orden.

No era un hombre. Era un rompecabezas.

Dejó su bolsa de cuero en el suelo y sacó sus herramientas, extendiéndolas sobre un rincón de la losa con una precisión metódica: un pequeño escalpelo de bronce para raspar cualquier residuo, unas pinzas finas, una lupa de vidrio de berilo pulido y, lo más importante, sus propias manos.

Comenzó el ritual que había practicado cientos de veces en la trastienda de la botica de Demetrio. Un ritual de orden y reconstrucción. Empezó por la base, por los pies. Cogió los huesos de un tarso, identificando el calcáneo, el astrágalo, los pequeños cuneiformes. Los palpó, sintiendo su peso, su textura. Buscaba la más mínima fisura, la más sutil anomalía. Luego, con una paciencia infinita, comenzó a ensamblar el esqueleto sobre la piedra, como un niño reconstruyendo un juguete roto.

Trabajó en silencio, abstraído del mundo. La cojera, el dolor de su cadera, el miedo… todo se desvaneció. En aquella habitación, él no era Aulo el bastardo, Aulo el exiliado. Era el *lector de huesos*. Y aquella era su única función en el universo. Colocó las tibias y los peronés, luego los fémures, los huesos más largos y fuertes del cuerpo. Después, la pelvis, articulando las dos mitades del coxal con el sacro. El torso tomó forma con la columna vertebral, una serpiente de hueso a la que fue añadiendo las costillas, una a una, construyendo la jaula que una vez había protegido un corazón. Los brazos, con los húmeros, los cúbitos y los radios, y finalmente las manos, un prodigio de huesos diminutos.

El esqueleto de Cayo Vipsanio yacía ahora extendido sobre la piedra, casi completo. Un hombre joven, a juzgar por el estado de las suturas craneales, apenas fusionadas. Alto y de constitución grácil, más propia de un patricio que de un soldado. Aulo lo observó durante un largo rato. Había devuelto la forma humana al caos. Ahora, empezaría a hacerle preguntas.

Comenzó por la versión oficial: una caída de caballo. Un accidente. ¿Qué esperaría encontrar? Fracturas por compresión en la columna, quizás. Una fractura de la pelvis si el animal cayó directamente sobre él. Múltiples fracturas de costillas en un lado. Una fractura del cráneo por el impacto contra el suelo o una piedra. Heridas caóticas, producto de una fuerza masiva y descontrolada.

Con la lámpara en una mano y la lupa en la otra, empezó a examinar los huesos largos. Y encontró la primera disonancia.

El fémur derecho estaba intacto. El izquierdo, sin embargo, presentaba una fractura limpia, transversal, justo en el tercio medio del hueso. Aulo acercó la lupa. El borde de la fractura era afilado, sin los fragmentos secundarios que cabría esperar de una fuerza de aplastamiento. Aquello no era una fractura por torsión o compresión. Era una fractura por flexión. Era el tipo de herida que se producía al golpear el hueso con un objeto contundente mientras la pierna estaba inmovilizada. Como si hubieran colocado el muslo sobre un tronco y lo hubieran golpeado desde arriba.

Sintió una punzada de inquietud. Dejó el fémur y pasó a las tibias. La derecha presentaba una fractura similar, justo por debajo de la rodilla. Una fractura de palo, la llamaban los gladiadores. Un golpe directo. La izquierda estaba rota en dos puntos, una fractura segmentaria. Dos golpes.

Aulo se irguió lentamente, sintiendo de nuevo el latido sordo de su cadera. El patrón que emergía no era el del caos de un accidente. Era un patrón de una simetría perversa. Sistemático. Alguien se había tomado la molestia de romperle las piernas a Cayo Vipsanio de una forma metódica.

Continuó con el torso. Recorrió con la yema de los dedos cada una de las costillas. Encontró ocho de ellas fracturadas. Pero no estaban todas en el mismo lado. Había cuatro en el hemitórax derecho y cuatro en el izquierdo. Y las fracturas no estaban alineadas, como ocurriría si un peso lo hubiera aplastado. Estaban a diferentes alturas. De nuevo, el patrón de una paliza deliberada, no de un único impacto catastrófico. Podía casi visualizar la escena: el joven en el suelo, recibiendo golpes a izquierda y a derecha, una y otra vez.

El escalofrío que sintió ya no era de inquietud, sino de una certeza helada. Getúlico no solo le había mentido. Le había ordenado que refrendara una mentira flagrante, una farsa. Quizás el legado no conocía los detalles, pero sabía que la historia del accidente era falsa. Y quería que Aulo la convirtiera en verdad.

Con manos temblorosas, cogió el cráneo. Era la pieza final. Lo sostuvo entre las manos con una delicadeza extrema. La mandíbula estaba desarticulada, pero intacta. Aulo la colocó en su sitio. Recorrió con los dedos la calavera, buscando líneas de fractura. No encontró ninguna. Ni en el frontal, ni en los parietales, ni en el occipital. Si Cayo Vipsanio se hubiera caído de un caballo, lo más probable es que se hubiera golpeado la cabeza. Pero su cráneo estaba perfecto.

Entonces lo vio.

En el pómulo izquierdo, justo debajo de la cuenca del ojo, había una pequeña depresión, una fractura deprimida del tamaño de la yema de un pulgar. No era una herida mortal, ni siquiera grave. Pero era reveladora. Era el resultado de un golpe directo, preciso. Un puñetazo, quizás con un anillo, o el golpe con la empuñadura de una daga. Un acto de violencia personal, cara a cara.

Dejó el cráneo sobre la losa con sumo cuidado. La historia que contaban los huesos era ya inequívoca. Cayo Vipsanio no había muerto en un accidente. Había sido brutalmente apaleado, torturado. Le habían roto las piernas y las costillas de forma sistemática antes de golpearle en el rostro. Pero ninguna de esas heridas, por terribles que fueran, parecía necesariamente mortal. Había sobrevivido a la paliza. ¿Cómo había muerto entonces?

Volvió a la columna vertebral. La examinó vértebra por vértebra, desde las lumbares hasta las cervicales. Todo parecía normal. Se detuvo en el cuello. Las siete vértebras cervicales, las más delicadas de todas. Las cogió una a una, pasándolas bajo la luz de la lámpara, examinándolas con la lupa. El atlas, el axis… Todas parecían intactas.

Estaba a punto de dejarlas cuando algo llamó su atención. Una minúscula imperfección en el hueso hioides, un huesecillo frágil con forma de herradura situado en la parte anterior del cuello, justo debajo de la base de la lengua. Era tan pequeño que a menudo se perdía o se rompía durante la preparación del esqueleto. Pero allí estaba. Y presentaba una fractura.

El corazón de Aulo empezó a latir con una fuerza desbocada. La fractura del hioides era un signo casi inequívoco de una cosa: estrangulamiento.

Pero no era eso lo que lo paralizó. No era la confirmación de la causa de la muerte. Era algo más. Al girar la tercera vértebra cervical, bajo la luz, vio una marca. No era una fractura. Era un rasguño, una incisión casi microscópica en el borde de la apófisis espinosa, la parte del hueso que sobresale hacia la espalda.

Era tan pequeña que una mirada menos entrenada la habría pasado por alto. Pero para Aulo, aquella marca gritaba más alto que todas las fracturas juntas. La examinó con la lupa. Era una muesca en forma de V, limpia, precisa. No era una herida producida durante la muerte, ni una marca del proceso de limpieza. Estaba hecha en hueso vivo. Era una perimortem.

Y entonces lo comprendió.

Comprendió el método. La tortura. La muerte. No lo habían estrangulado con las manos. Lo habían asfixiado lentamente, de una forma controlada. Presionando algo contra la parte delantera de su cuello, aplastando la tráquea y rompiendo el hioides. Y en la parte posterior del cuello, para aplicar la fuerza de palanca, habían usado un objeto con una punta afilada, quizás un broche, la punta de una vaina o un tipo específico de arma. Esa punta había resbalado un instante, arañando la vértebra.

Aquella marca era una firma. El asesino había dejado su huella en el lugar más recóndito del cuerpo de su víctima.

Aulo se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared fría de piedra, la pequeña vértebra apretada en su puño. Le faltaba el aire, como si fuera él a quien estuvieran asfixiando. La verdad era absoluta, innegable. Y era monstruosa. No solo por la brutalidad del crimen, sino por las implicaciones.

Aquello no había sido un crimen pasional ni un robo. La precisión, la metodología… aquello había sido una ejecución. O un interrogatorio que había salido mal. Quienesquiera que hubieran matado a Cayo Vipsanio no eran bárbaros en un arrebato de furia. Eran profesionales. Sabían lo que hacían.

Y ahora él lo sabía también.

La puerta se abrió con un chirrido. Aulo se sobresaltó, y la vértebra casi se le cae de la mano. Era Casio Querea. El primus pilus lo miró desde el umbral, su rostro una máscara indescifrable a la luz parpadeante.

—¿Has terminado, médico? —preguntó su voz áspera.

Aulo se levantó con dificultad, ocultando la vértebra en la palma de su mano. Su mente corría a una velocidad febril. ¿Qué debía decir? ¿Qué debía hacer?

—Casi —respondió, esforzándose por mantener la voz firme—. Necesito un poco más de tiempo.

Querea lo observó un instante más, sus ojos oscuros intentando penetrar en los suyos. Luego asintió, impasible.

—El legado espera tu informe. No lo hagas esperar demasiado.

Y cerró la puerta de nuevo, sumiendo a Aulo otra vez en el silencio y la oscuridad.

Se quedó de pie, en medio de la habitación, con el corazón martilleándole en las sienes. En su mano derecha, sostenía una verdad capaz de incendiar la frontera. En su cabeza, resonaban las órdenes de Getúlico, una amenaza de muerte apenas velada.

Miró el esqueleto de Cayo Vipsanio, ahora un testigo mudo de su propio asesinato. Y miró la pequeña vértebra en su mano. Podía obedecer. Podía escribir la mentira que le habían ordenado, describir las fracturas como el resultado de un accidente y olvidarse de aquella pequeña marca. Sería fácil. Podría salvar su vida, evitar una guerra. Solo tendría que traicionar todo lo que era, vender su alma.

O podía contar la verdad. La verdad que gritaban los huesos. Una verdad que, estaba seguro, nadie en aquel campamento quería oír. Una verdad que, sin duda, lo mataría.

Apretó el puño con fuerza, sintiendo los bordes afilados del pequeño hueso contra la piel de su palma. Había viajado más de mil millas para llegar a aquella encrucijada. Y ahora, solo, en una morgue en el fin del mundo, tenía que tomar una decisión.

# Capítulo 10

El silencio que siguió a la partida de Querea fue más profundo y opresivo que antes. Aulo se sintió como un buzo que ha agotado el aire y siente la presión aplastante del océano por encima de él. Se quedó de pie, en el centro de la gélida estancia, con el esqueleto de Cayo Vipsanio extendido sobre la losa como una acusación muda y la diminuta vértebra cervical en su mano, un peso desproporcionado para su tamaño. Era tan pequeña, y sin embargo contenía el germen de una guerra.

El miedo era una bestia viva en su interior. Le atenazaba el estómago y le helaba el sudor en la espalda. La amenaza de Getúlico no había sido una hipérbole. En un lugar como aquel, en la frontera de la civilización, la vida de un médico bastardo no valía nada. Desaparecer era fácil. Un accidente en el bosque, una fiebre repentina, una puñalada en una reyerta de borrachos en la cantina del fuerte. Nadie haría preguntas. Sejano, su supuesto protector, lo había enviado allí precisamente porque era prescindible.

Podía obedecer. La idea era seductora, un bálsamo para sus nervios deshechos. Podía volver a colocar la vértebra en su sitio, olvidar la marca, olvidarlo todo. Podía coger una tablilla de cera y escribir el informe que el legado esperaba. *«Las múltiples fracturas observadas en las extremidades inferiores y en la caja torácica son compatibles con el trauma masivo derivado de la caída de una cabalgadura y el posterior aplastamiento por parte de la misma».* Sería una obra de ficción, una mentira pulcra y profesional. Getúlico quedaría satisfecho, se la enviaría a Segestes, la paz se mantendría y él, Aulo, seguiría con vida. Quizás incluso lo enviarían de vuelta a Roma con una bolsa de monedas por los servicios prestados. Podría volver a la botica de Demetrio, al olor familiar de las hierbas, a la seguridad de su pequeño mundo.

Pero, ¿podría?

Apretó el puño, sintiendo la forma del hueso contra su piel. Olvidar la marca. ¿Cómo podría olvidar aquella pequeña V, aquella firma del asesino? Estaba grabada a fuego en su mente. Cada vez que examinara un hueso, la vería. Cada vez que intentara alinear una fractura, recordaría la metódica brutalidad con la que habían destrozado a Cayo Vipsanio. La mentira no lo liberaría. Lo envenenaría por dentro, corrompiendo lo único que poseía, lo único que le daba un valor: su conocimiento, su integridad como sanador. Se convertiría en aquello que más despreciaba: un charlatán, un cómplice de los poderosos, un hombre cuya ciencia estaba al servicio de la tiranía. La Subura estaba llena de ellos. Él siempre se había considerado diferente.

Y estaba la otra opción. La verdad. Podía salir de aquella habitación, marchar directamente a la tienda del legado y presentarle la vértebra. Podía explicarle con detalle forense cómo la marca, junto con el hioides fracturado y el patrón de las heridas, demostraba sin lugar a dudas que Cayo Vipsanio había sido torturado y asesinado. Sería un acto de una pureza absoluta. Un suicidio.

Getúlico ni siquiera se alteraría. Lo escucharía con esa gélida paciencia suya, quizás incluso asentiría, apreciando la brillantez de su deducción. Y luego, con un simple gesto, ordenaría a Querea que se lo llevara. La vértebra desaparecería. Su informe nunca se escribiría. Y su cuerpo acabaría en el fondo del Rin, con una piedra atada a los pies. La verdad es un lujo, le había dicho Demetrio una vez, y solo los muy ricos o los muy necios pueden permitírselo. Él no era ni lo uno ni lo otro.

Se arrodilló junto a la mesa de piedra, sintiendo un dolor agudo en la cadera. Apoyó la frente en el borde frío de la losa, junto a la mano esquelética de Cayo. Estaba atrapado. Las dos opciones eran dos formas de morir: una muerte rápida y física, o una muerte lenta y espiritual.

Entonces lo comprendió.

No como un destello de inspiración, sino como el lento amanecer de una idea terrible y necesaria. Getúlico y Sejano lo habían elegido porque creían que era una marioneta. Un don nadie sin conexiones ni poder. Y tenían razón. Pero se equivocaban en una cosa. Creían que su única habilidad era leer los huesos de los muertos. No se daban cuenta de que esa misma habilidad —la paciencia, la atención al detalle, la capacidad de encontrar patrones donde otros solo veían caos— podía aplicarse a los vivos.

No tenía que elegir entre la mentira absoluta y la verdad suicida. Había un tercer camino. Un sendero estrecho y peligroso que discurría por el filo de la navaja entre ambas.

No podía mentir, pero tampoco podía contarlo todo. Tenía que construir un informe que fuera como una de esas estatuas arcaicas, que parecen mirar en dos direcciones a la vez. Un informe que fuera técnicamente veraz, pero lo suficientemente ambiguo como para que Getúlico pudiera interpretarlo a su favor. Un informe que le diera al legado lo que necesitaba para calmar a Segestes, pero que no lo convirtiera a él, Aulo, en un mentiroso. Un informe que, sobre todo, le comprara tiempo.

Tiempo. Eso era lo único que necesitaba. Tiempo para entender. Porque la pregunta ya no era solo *cómo* había muerto Cayo Vipsanio. La pregunta era *por qué*. ¿Y quiénes eran los asesinos? ¿Eran bárbaros, como supondría Getúlico? ¿O eran… romanos? La precisión de la ejecución le decía que no eran salvajes. Y si eran romanos, ¿qué secreto conocía Cayo Vipsanio que le había costado la vida de una forma tan atroz?

La pequeña marca en la vértebra era la clave. Era la única pista física que tenía. No podía entregarla. Sería como entregar su única arma.

Se levantó, la decisión tomada. El miedo no había desaparecido, pero ahora estaba contenido por una fría capa de determinación. Se movió con un propósito renovado. Abrió su bolsa de médico y, con sumo cuidado, envolvió la pequeña vértebra en un trozo de lino limpio. Buscó en el fondo de la bolsa, entre los frascos de ungüentos y los rollos de vendas, hasta que encontró un pequeño bolsillo oculto en el forro, uno que Demetrio había cosido para guardar las monedas más valiosas. Escondió allí el hueso. Era su secreto. Su seguro de vida. O su sentencia de muerte.

Ahora, el informe.

Volvió a colocar la vértebra que había tomado del esqueleto —una similar, la C4— en su lugar aproximado en la columna. Nadie notaría la diferencia. Luego, se obligó a pensar como un leguleyo, no como un médico. Las palabras debían ser sus escudos.

*«Las fracturas observadas en las extremidades inferiores…»*. La frase era cierta. No especificaba *cómo* se habían producido.

*«…y en la caja torácica…»*. Cierto también.

*«…son compatibles con un trauma masivo…»*. La tortura era, sin duda, un trauma masivo. La frase seguía siendo cierta.

*«…derivado de la caída de una cabalgadura y el posterior aplastamiento por parte de la misma».* Aquí estaba la mentira. El punto de no retorno. ¿Podía escribirlo? No. No podía.

¿Pero qué otra opción tenía? La frase tenía que estar ahí. Era el corazón de la historia de Getúlico. Aulo sintió que el pánico volvía a subirle por la garganta. Su ingenioso plan se desmoronaba ante la brutalidad de una simple frase.

Respiró hondo, forzando a su mente a encontrar una salida. Releyó la frase imaginaria. *«…son compatibles con…»*. La clave estaba en esa palabra. Compatible. No significaba concluyente. No significaba definitivo. Solo significaba que no se podía descartar. Era una palabra de abogado, no de científico. Una palabra escurridiza. ¿Podría vivir con ella? Era una mentira por omisión, una verdad a medias. Y una verdad a medias era también una mentira a medias.

Sabía que no debía hacerlo, pero no tenía otra opción. Era eso o la muerte. Y muerto no podría descubrir la verdad.

Una vez decidido, actuó con rapidez. Recogió sus herramientas, las guardó en la bolsa y volvió a cubrir el esqueleto con la tela de lino. Luego, se acercó a la puerta y golpeó con los nudillos.

—He terminado.

La puerta se abrió de inmediato. La luz del día era casi cegadora. Querea estaba allí, junto a los dos guardias, como si no se hubiera movido. Su mirada oscura lo taladró.

—¿Y bien? —gruñó.

—Necesito una tablilla de cera y un estilete —dijo Aulo, esforzándose por que su voz sonara firme y profesional—. Debo redactar mi informe para el legado.

El primus pilus lo escrutó durante un largo segundo, buscando una fisura en su fachada. Aulo le sostuvo la mirada, el corazón martilleando contra sus costillas. Finalmente, Querea asintió.

—Sígueme.

Lo condujo fuera del *valetudinarium*, de vuelta al corazón bullicioso del campamento. Aulo se sentía extrañamente vulnerable bajo el sol, como si la verdad que ocultaba estuviera escrita en su rostro. Lo llevó al *tabularium*, una pequeña oficina junto al *principia* donde los escribas trabajaban en un silencio polvoriento. El aire olía a papiro y a cera caliente.

Querea le entregó una tablilla de madera con un grueso recubrimiento de cera negra y un estilete de bronce.

—Escribe —fue su única orden.

Se quedó de pie junto a la puerta mientras Aulo se sentaba en un pequeño banco. Con manos que temblaban ligeramente, Aulo empezó a grabar las letras en la cera. Escribió con un latín técnico y preciso, llenando el informe de detalles anatómicos sobre la naturaleza de las fracturas, describiendo los ángulos, las líneas de fuerza, la ausencia de callo óseo que indicaba que las heridas eran perimortem. Llenó la tablilla de una verdad abrumadora y detallada.

Y al final, después de describirlo todo, añadió la frase. La mentira. La concesión.

*«Concluyendo, el patrón general de las lesiones es compatible con el trauma severo que resultaría de un accidente ecuestre de la naturaleza descrita».*

Releyó la frase una y otra vez. Cada palabra era un trago amargo. Pero lo había hecho.

Calentó el reverso plano del estilete en una pequeña lámpara y alisó una esquina de la cera para borrar una letra mal trazada. Luego, se levantó.

—Está terminado.

Querea cogió la tablilla, la examinó sin leerla, como si pudiera juzgar su contenido por el peso. Luego, sin decir una palabra, salió de la oficina. Aulo lo siguió. El *primus pilus* se dirigió a la tienda del legado, entregó la tablilla al mismo escriba nervioso que Aulo había visto antes y le dijo una sola palabra: —Del médico.

Después se volvió hacia Aulo.

—Mi trabajo contigo ha terminado. Se te ha asignado un catre en los barracones de la quinta cohorte. Un optio te llevará. No salgas del campamento. Estás bajo la protección del legado, lo que significa que nadie puede tocarte. Pero también significa que no puedes ir a ninguna parte. Espera órdenes.

Y con eso, se marchó, dejándolo de nuevo solo en medio del patio. La protección del legado. Sonaba más como una cadena que como un escudo.

Aulo se quedó allí, observando la cortina de cuero de la tienda de Getúlico. Detrás de ella, el hombre más poderoso de la frontera estaba leyendo su informe. Leyendo su verdad a medias, su mentira a medias. Su vida pendía de cómo aquel hombre interpretara sus palabras cuidadosamente elegidas. Había lanzado los dados. Ahora, solo podía esperar a que cayeran.

# Capítulo 11

Los días que siguieron fueron una lección de impotencia. Aulo fue conducido a un catre en el extremo más alejado y ruidoso de un barracón que apestaba a cuero sudado, vino agrio y humanidad hacinada. Era un mundo ajeno, regido por ritmos brutales que no comprendía. El toque de diana antes del alba, el estruendo de las sandalias claveteadas sobre las tablas de madera, las bromas groseras y las discusiones que estallaban y se extinguían con la misma rapidez.

Era un fantasma entre los vivos. Los legionarios de la quinta cohorte, hombres curtidos con la piel ajada por el sol y las cicatrices, lo ignoraban con una eficiencia estudiada. No era uno de ellos. Era un civil, un *paganus*. Peor aún, era el protegido del legado, una criatura extraña cuya presencia en su espacio vital era una anomalía. Su cojera, su bastón, sus manos de sanador en un lugar donde las manos solo servían para empuñar una espada o clavar una estaca, todo en él era un recordatorio de que no pertenecía a aquel lugar.

Pasaba las horas sentado en su catre, observando, escuchando, intentando desentrañar la compleja red social de la centuria. Aprendió a distinguir los rangos por el tono de voz, a identificar a los veteranos por la forma en que limpiaban su equipo, con una parsimonia casi religiosa. Veía cómo el dinero cambiaba de manos en partidas de dados, cómo se compartían las odres de vino barato, cómo se forjaban y se rompían alianzas en el espacio de una tarde.

Pero sobre todo, esperaba. Cada vez que la tela que cubría la entrada del barracón se movía, su corazón daba un vuelco. Esperaba la llegada de un soldado con una orden, la llamada de Getúlico, la resolución de su incierto destino. La tablilla de cera que había escrito era una bomba de relojería, y él vivía en el silencio tenso que precede a la detonación. ¿Habría aceptado el legado la ambigüedad de su informe? ¿O habría descubierto el engaño, la verdad a medias que escondían sus palabras cuidadosamente elegidas?

La incertidumbre era una forma de tortura más sutil que la que había sufrido Cayo Vipsanio, pero igual de efectiva. Apenas comía. El rancho del ejército —un potaje espeso de legumbres y trozos de tocino salado— le revolvía el estómago. Dormía en duermevela, despertándose a la menor sombra, con el eco de la amenaza de Getúlico resonando en sus oídos. Estaba en una jaula, una jaula hecha de madera, barro y la autoridad implacable de Roma.

Al tercer día, la espera terminó. Un optio, el segundo al mando de la centuria, un hombre corpulento con una barba rojiza y el bastón de mando firmemente sujeto bajo el brazo, se detuvo frente a su catre.

—Médico. El legado quiere verte. Ahora.

Aulo no dijo nada. Se levantó, cogió su bastón y siguió al oficial. Mientras cruzaban el campamento, notó que el ritmo de la vida militar no se detenía por él. Una cohorte entrenaba en el campo de marte, sus escudos formando un muro impenetrable. El humo de las forjas se elevaba hacia el cielo gris de Germania. El olor a pan recién hecho provenía de los hornos comunales. Todo seguía su curso. Su vida o su muerte era un asunto insignificante en la gran maquinaria del imperio.

Los dos guardias pretorianos seguían flanqueando la entrada de la tienda de Getúlico, impasibles como estatuas. El optio anunció su llegada y se marchó, dejándolo solo. El mismo escriba nervioso de la vez anterior asomó la cabeza.

—Adelante.

El interior de la estancia estaba igual de austero, pero la atmósfera había cambiado. Getúlico no estaba sentado detrás de su mesa. Estaba de pie, frente al gran mapa de la región, dándole la espalda. Sobre la mesa, Aulo vio su tablilla de cera.

—Acércate, médico —dijo Getúlico sin volverse. Su voz era tranquila, casi meditativa.

Aulo avanzó hasta quedar a unos pasos de la mesa. El silencio se alargó. Podía oír el crepitar de una lámpara de aceite y el latido de su propio corazón.

Finalmente, el legado se giró. Sus ojos grises lo examinaron con una intensidad fría. No había ira en ellos, sino una curiosidad calculadora.

—He leído tu informe. Varias veces. —Hizo una pausa, dejando que las palabras flotaran en el aire—. Es una obra de arte.

Aulo no supo qué responder. ¿Era un cumplido o una acusación?

—He descrito lo que he visto, mi señor.

—Oh, sin duda —replicó Getúlico, acercándose a la mesa. Cogió la tablilla con delicadeza—. Has descrito cada fractura, cada fisura, con un detalle exquisito. Cualquiera que lo lea pensará que eres un maestro en tu oficio. Y lo eres. Pero tu verdadero talento no está en la medicina. Está en la gramática.

Señaló una frase en la cera con el dedo índice.

—«El patrón general de las lesiones es compatible con el trauma severo que resultaría de un accidente ecuestre». Compatible. Una palabra maravillosa. Flexible. No afirma nada, pero lo sugiere todo. Le da a un hombre exactamente lo que necesita oír, sin comprometerte tú a la mentira. Es el informe de un político, no de un hombre de ciencia.

Aulo sintió un sudor frío recorrerle la espalda. Lo sabía. Había visto a través de su artimaña.

—Mi ciencia se basa en la observación, legado. No puedo afirmar con certeza la causa de una herida, solo su naturaleza. Un gran peso que aplasta un cuerpo puede producir heridas similares a las de una paliza. La diferencia reside en la intención, y los huesos no hablan de intenciones.

Fue un argumento débil, y ambos lo sabían. Getúlico esbozó esa sonrisa suya, que no llegaba a sus ojos.

—No, no lo hacen. Pero tú sí, médico. Tus silencios gritan. Has llenado esta tablilla de verdades para ocultar una sola omisión. La más importante. No has mencionado la causa de la muerte. Has descrito los huesos rotos, pero no lo que detuvo el corazón de Vipsanio. ¿Por qué?

La pregunta cayó como una piedra en un pozo. Aulo había evitado deliberadamente cualquier mención al estrangulamiento. Era la parte de la verdad que no podía disfrazar, la que lo habría condenado.

—No encontré pruebas concluyentes en los huesos que indicaran la causa final del cese de la vida —respondió, eligiendo las palabras con un cuidado infinito. Era, técnicamente, cierto. La vértebra con la marca la tenía él.

Getúlico lo miró fijamente durante un largo rato. Aulo sintió que sus ojos grises le desnudaban el alma, que buscaban la pequeña vértebra que escondía. Por un instante, estuvo seguro de que todo había terminado.

Pero entonces, el legado suspiró y dejó la tablilla sobre la mesa.

—No importa. Has hecho lo que te pedí. Me has dado un documento que puedo usar. Un experto de Roma confirma la historia del accidente. Eso es todo lo que Segestes necesita para no perder el honor ante su tribu. Le enviaré una copia de tu informe esta misma tarde. Has evitado una guerra, médico. Deberías estar orgulloso.

Aulo sintió una oleada de alivio tan intensa que casi le flaquearon las piernas. Había funcionado. Su apuesta había salido bien.

—Sirvo a Roma, mi señor.

—Sí. Lo haces. A tu extraña manera, lo haces —dijo Getúlico, volviendo a su mapa—. Pero ahora tenemos un problema. Tú.

Aulo se tensó de nuevo.

—¿Mi señor?

—Creía que eras un simple peón, una herramienta que podía usar y luego desechar. Me equivoqué. No eres una herramienta. Eres un hombre que piensa. Y un hombre que piensa, aquí, en el fin del mundo, es un peligro. Sabes demasiado. O, para ser más precisos, sospechas demasiado. No puedo enviarte de vuelta a Roma. Podrías hablar. Y no puedo simplemente… deshacerme de ti. Tu desaparición ahora, después de haber escrito este informe, levantaría preguntas que no me apetece responder.

Caminó de nuevo hacia él, rodeando la mesa. Se detuvo a su lado, tan cerca que Aulo podía oler el aroma a cuero y aceite perfumado de su túnica.

—Así que te quedarás aquí. Bajo mi vigilancia. Y ya que estás aquí, vas a serme útil.

Se volvió hacia la mesa y cogió un pequeño objeto envuelto en un paño. Lo desenvolvió. Era un broche de bronce, una fíbula de un tipo que Aulo nunca había visto. Tenía la forma de un águila con las alas extendidas, pero el trabajo era tosco, casi primitivo. Y el alfiler que debía sujetarla a la ropa era extrañamente grueso y terminaba en una punta afilada y triangular.

—Mis exploradores encontraron esto en el claro donde hallaron el cuerpo de Vipsanio —dijo Getúlico, observando el broche—. No es romano. Tampoco parece germano. Es… otra cosa.

Entonces Aulo lo vio. La punta del alfiler. La forma triangular. Se le heló la sangre en las venas. Era la forma exacta que encajaría en la marca de la vértebra. La firma del asesino.

—Quiero que averigües qué es —ordenó el legado, ajeno a la tormenta que se desataba en el interior de Aulo—. Quiero que me digas quién fabrica estas cosas. De dónde vienen. Has demostrado tener un ojo para los detalles que otros pasan por alto. Úsalo.

Le tendió el broche. Con mano temblorosa, Aulo lo cogió. El metal estaba frío al tacto. Era pesado, macizo. El arma homicida. Getúlico se la estaba entregando. ¿Era una prueba? ¿Sabía el legado más de lo que aparentaba? ¿O era una simple coincidencia, un capricho del destino?

—Casio Querea te acompañará —continuó Getúlico—. Saldréis mañana al amanecer. Os dirigiréis al claro del bosque. Quiero que examines el lugar del… "accidente". Busca cualquier otra cosa que mis hombres pudieran haber pasado por alto. Y luego, quiero que empieces a hacer preguntas. El *primus pilus* te abrirá las puertas que necesites. Él es mi voz. Tú eres mis ojos.

La trampa era perfecta. Getúlico no solo lo mantenía bajo vigilancia, sino que lo obligaba a investigar el mismo crimen que le había ordenado encubrir. Lo estaba usando para descubrir la verdad, una verdad que luego podría enterrar a su conveniencia. Aulo se había librado de ser un mentiroso solo para convertirse en un sabueso con una correa al cuello.

—Como ordenes, mi legado —dijo Aulo, con la voz apenas un susurro.

—Bien. Ahora vete. Prepara lo que necesites para el viaje. Querea te buscará antes del alba.

Aulo hizo una leve inclinación de cabeza y se dio la vuelta. Caminó hacia la salida, con el broche firmemente apretado en la mano. Sentía la mirada de Getúlico clavada en su espalda.

Justo cuando alcanzaba la cortina de cuero, la voz del legado lo detuvo.

—Una última cosa, médico.

Aulo se detuvo, pero no se giró.

—Recuerda que los bosques de Germania son un lugar peligroso. Hay bandidos, desertores, bárbaros… Los accidentes ocurren con frecuencia. Asegúrate de que no te ocurra ninguno. Sería… una terrible ironía.

La amenaza velada pendió en el aire, tan afilada como la punta del broche que Aulo sostenía. Sin decir una palabra más, salió de la tienda, de vuelta a la cruda luz del día. Su corazón ya no latía con miedo, sino con una fría y furiosa resignación.

Había sobrevivido. Pero su vida ya no le pertenecía. Era una pieza en el juego de Getúlico. Un juego cuyas reglas no conocía y cuyo premio, estaba seguro, era la muerte.

# Capítulo 12

La oscuridad que precedía al alba era un frío húmedo que se calaba hasta los huesos. Aulo apenas había dormido. Daba vueltas en el catre, con el broche de bronce guardado en su bolsa como un carbón encendido y la amenaza de Getúlico repitiéndose en su mente como una letanía. Era una ironía cruel: había pasado toda su vida estudiando los secretos de los muertos para salvar a los vivos, y ahora debía resolver un asesinato para un hombre que probablemente lo mataría en cuanto encontrara la verdad.

Cuando la primera luz grisácea se filtró en el barracón, Casio Querea apareció en la entrada. No dijo nada. Su mera presencia era una orden. Iba equipado para marchar: cota de malla sobre una túnica de lana gruesa, el gladio al cinto y un yelmo de infantería bajo el brazo. Su rostro, curtido y anguloso, era una máscara de impaciencia.

Aulo se levantó, se calzó las sandalias y cogió su bolsa y su bastón. No tenía nada más que preparar. Su vida entera cabía en aquel saco de cuero. Siguió al *primus pilus* al exterior. El aire era gélido y olía a humo de leña y a la escarcha que cubría el suelo apisonado del campamento. El toque de diana aún no había sonado; el fuerte estaba sumido en una quietud expectante.

Junto a la *porta decumana*, la puerta trasera del campamento, esperaban cuatro legionarios. Eran veteranos, a juzgar por sus rostros impasibles y la forma en que sostenían sus lanzas, como si fueran una extensión de sus propios brazos. A su lado, dos caballos ensillados resoplaban, proyectando nubes de vaho en el aire helado. Uno era un animal robusto, de batalla. El otro, más pequeño y enjuto.

—Ese es para ti —dijo Querea, señalando al caballo más pequeño con un movimiento de barbilla. Era la primera vez que le dirigía la palabra.

Aulo miró al animal con aprensión. Su experiencia con los caballos era limitada y desagradable. Eran criaturas grandes, impredecibles y olían a establo.

—Mi cadera… —empezó a decir.

—El legado ha dicho que vayas al bosque. No ha dicho que vayas cojeando —le cortó Querea—. Monta.

No había espacio para la discusión. Con la ayuda de uno de los soldados, que lo izó sin miramientos, Aulo consiguió subirse a la silla de montar. Se sintió precario y fuera de lugar, a una altura incómoda del suelo. El movimiento del animal al caminar le enviaba punzadas de dolor desde la cadera hasta la rodilla. Apretó las riendas con manos sudorosas mientras Querea montaba su propio caballo con una fluidez que demostraba toda una vida de práctica.

Las pesadas puertas de madera se abrieron con un chirrido y el pequeño grupo salió del campamento. En cuanto cruzaron el foso defensivo, se vieron engullidos por el bosque. El silencio era inmediato y sobrecogedor. El sonido de los cascos de los caballos sobre la alfombra de hojas muertas parecía una profanación.

Querea marcó un paso rápido. Dos de los legionarios iban delante, como exploradores, y los otros dos detrás de Aulo, cerrando la formación. Eran una escolta, pero Aulo tenía la clara sensación de que también eran sus carceleros. Se adentraron en la penumbra verde y parda del bosque germano. Árboles inmensos, robles y hayas cubiertos de musgo, formaban una catedral natural que apenas dejaba pasar la luz del sol naciente. El aire era denso y olía a tierra húmeda y a descomposición vegetal.

Aulo intentaba observar, memorizar el camino, pero el esfuerzo de mantenerse sobre el caballo y soportar el dolor consumía toda su atención. Se sentía profundamente vulnerable. En Roma, incluso en la Subura, conocía las reglas, las rutas de escape, los rostros amigos y enemigos. Aquí, cada sombra parecía una amenaza, cada crujido de una rama una emboscada. Era un territorio que no entendía, un lenguaje que no sabía leer. Los soldados, en cambio, se movían con una tensión relajada, con los ojos escrutando constantemente el entorno, parte de aquel paisaje hostil.

Tras casi una hora de marcha, el soldado de la vanguardia levantó una mano. Se detuvieron.

—El claro está delante —anunció.

Descabalgaron. El alivio de Aulo al poner los pies en el suelo fue tan intenso que casi se cae. Se apoyó pesadamente en su bastón, esperando a que el dolor de su cadera se calmara. Querea le lanzó una mirada que mezclaba desprecio y lástima.

—Los hombres se quedarán aquí —ordenó el primus pilus—. No quiero que contaminen el lugar. Vamos.

Avanzaron a pie los últimos metros. El bosque se abrió de repente y entraron en el claro. Aulo sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. El lugar tenía un aura. El gran roble que había visto en su imaginación al estudiar los huesos se alzaba en el centro, un gigante nudoso y oscuro cuyas ramas parecían garras extendidas hacia el cielo. El suelo estaba cubierto de barro y hojas podridas, revuelto y pisoteado por la partida que había recuperado el cuerpo.

—Aquí es —dijo Querea, con la voz desprovista de emoción—. ¿Qué esperas encontrar que no vieran ya mis hombres?

Aulo no respondió. Dejó que sus ojos se adaptaran, que su mente absorbiera la escena. No era un médico en aquel momento. Era un anatomista, y el claro era su mesa de disección. Se movió con lentitud, en círculos, desde el perímetro hacia el centro, con la mirada fija en el suelo. Ignoró las huellas evidentes de los soldados y sus caballos. Buscaba algo más antiguo, las cicatrices que el suceso original había dejado en la tierra.

—Descríbeme lo que pasó. La versión oficial —pidió Aulo sin dejar de mirar el suelo.

Querea resopló.

—El noble cabalgaba por el bosque. Su caballo se asustó, lo derribó y luego le cayó encima. Murió al instante. Una patrulla lo encontró dos días después, cuando las alimañas ya habían empezado a darse un festín.

Aulo asintió lentamente. La historia era simple. Demasiado simple. Se detuvo junto a la base del gran roble. El barro estaba especialmente removido en aquella zona. Se arrodilló, ignorando la punzada de dolor. Apartó con cuidado las hojas más recientes. El suelo debajo estaba compactado, pero no de forma uniforme. Podía distinguir un área de unos seis pies de largo, la longitud de un hombre tumbado.

—Aquí. Aquí es donde yació el cuerpo —murmuró.

Extendió la mano y palpó la tierra. Estaba fría y húmeda. Con la punta de los dedos, empezó a raspar suavemente la superficie.

—Si un caballo cae sobre un hombre en un terreno como este, el peso es inmenso. El cuerpo se hunde en el fango. Dejaría una impresión profunda, un molde de la violencia.

—¿Y? —inquirió Querea, cruzado de brazos.

—No hay tal impresión —respondió Aulo—. El suelo está revuelto, sí, pero no hay un hundimiento uniforme. Mira aquí. —Señaló dos depresiones paralelas, más profundas que el resto, separadas por la anchura de un torso—. Y aquí. Son las marcas de las rodillas. Alguien estuvo arrodillado sobre él, o lo sujetó contra el suelo.

Querea frunció el ceño, mirando el suelo con un nuevo interés.

—Podrían ser los lobos.

—Los lobos no se arrodillan —replicó Aulo con sequedad—. Y tampoco usan botas. Mira.

Con su escalpelo, raspó el borde de una de las huellas más confusas. Debajo de la capa superficial de barro, apareció el contorno de una suela. Una suela grande, pesada, con las marcas de los clavos de hierro. Una caliga. Una bota de legionario.

—Mis hombres estuvieron aquí —dijo Querea a la defensiva.

—Sin duda. Pero esta huella está *debajo* de la zona donde yació el cuerpo. Estaba aquí antes de que el cadáver fuera movido. Estaba aquí durante el suceso.

El silencio que siguió fue tenso. Aulo sabía que estaba caminando sobre hielo fino. Estaba desmontando la versión oficial delante del hombre encargado de mantenerla. Se levantó y se acercó al tronco del roble. Pasó la mano por la corteza rugosa.

—La caída. Un caballo desbocado se mueve deprisa. El impacto habría sido violento. El cuerpo habría chocado contra el árbol, o contra el suelo. Habría huesos rotos, claro. Pero de forma caótica.

Se detuvo. A la altura de su rodilla, había una zona en la corteza donde el musgo había sido arrancado. Debajo, la madera estaba magullada, con hendiduras oscuras.

—Esto no es un golpe. Es una presión continuada —dijo, pasando los dedos por las marcas—. Es la marca que dejaría una pierna si fuera aplastada contra el árbol con una fuerza inmensa. Una y otra vez.

Entonces lo vio. Algo que brillaba débilmente, incrustado en una grieta de la corteza. Con la punta del escalpelo, lo extrajo con cuidado. Era una esquirla diminuta de metal. Bronce. La examinó a la luz. Era idéntica al metal del broche que le había dado Getúlico.

Se guardó la esquirla en un pequeño pliegue de su túnica sin que Querea se diera cuenta. Su corazón latía con fuerza. Tenía la prueba. El asesino había apoyado a Vipsanio contra el árbol para romperle las piernas. El broche que llevaba, quizás en su capa, había arañado la corteza.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Querea, acercándose.

—Nada. Solo un trozo de corteza suelta —mintió Aulo. Se irguió y miró a su alrededor, reconstruyendo la escena en su mente.

Vio a Cayo Vipsanio, arrastrado hasta el claro. Vio a dos hombres, quizás más, con botas de legionario. Vio cómo lo arrojaban al suelo, cómo lo inmovilizaban. Vio cómo usaban el tronco del árbol como yunque para destrozarle las piernas. Vio la violencia metódica, fría, no la furia ciega de un animal.

—La historia es incorrecta —dijo Aulo finalmente, volviéndose para mirar a Querea a los ojos. Decidió arriesgarse. No podía revelarlo todo, pero tenía que darle al *primus pilus* algo que demostrara su valía—. No se cayó del caballo aquí. Puede que lo derribaran antes, pero la violencia ocurrió aquí. A los pies de este árbol. Fue retenido en el suelo. Y no fue un único impacto. Fueron muchos.

Querea lo escuchaba con una atención pétrea, su rostro una máscara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no soy el único médico en este claro, *primus pilus*. La tierra también lo es. Guarda las cicatrices de lo que ocurre sobre ella. Solo hay que saber leerlas. No hay señales de un caballo cayendo. No hay un cráter de impacto. Solo hay las marcas de una lucha desigual. De una ejecución.

Aulo se apoyó en su bastón, esperando la reacción del soldado. Podía arrestarlo por contradecir la versión del legado. Podía matarlo allí mismo y alegar un accidente. Pero Querea no hizo nada de eso. Se quedó mirando el claro, luego a Aulo, y por primera vez, el médico vio un atisbo de algo parecido al respeto en sus ojos oscuros.

—Eres bueno en lo tuyo, médico —dijo finalmente—. Aterradoramente bueno.

—Solo observo lo que hay.

—A veces, observar demasiado es peligroso —replicó Querea—. El legado te ha pedido que averigües de dónde viene ese broche. No que reescribas la historia de la muerte de un noble. Céntrate en tu tarea.

Era una advertencia. Y una concesión. Querea había visto lo mismo que él, o al menos había aceptado la lógica de sus deducciones. Pero su lealtad era para Getúlico. No iba a ser su aliado, pero quizás, solo quizás, no sería un obstáculo.

—El broche —dijo Aulo, sacándolo de su bolsa. Se lo tendió—. Nunca había visto uno igual. El águila es romana en su intención, pero bárbara en su ejecución. El metal es pesado. El alfiler es un arma.

Querea lo tomó. Lo sopesó en su mano callosa.

—No es germano. Conozco su artesanía. Les gustan las espirales y las bestias entrelazadas. Esto es diferente. Más crudo. Más directo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

El primus pilus se encogió de hombros, devolviéndole el broche.

—Esa es la pregunta que debes responder. Hay un mercado fuera del campamento, junto al río. Un lugar donde nuestros soldados y los nativos comercian. Un nido de espías y ladrones. Si alguien ha visto un trabajo como este, será allí.

Aulo asintió. Era un punto de partida.

—Iremos mañana.

—No —dijo Querea—. Iremos ahora. Y te mantendrás cerca de mí en todo momento. Ese mercado no es lugar para un cojo con las manos limpias.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de vuelta hacia donde esperaban los caballos, dando la investigación por terminada. Aulo se quedó un segundo más, mirando el roble. Ahora lo veía con otros ojos. No era solo un árbol. Era un testigo. Un testigo mudo que guardaba el eco del dolor y el miedo de Cayo Vipsanio. Y él era el único que podía oír su testimonio.

Con un último vistazo al claro profanado, siguió al *primus pilus*, adentrándose de nuevo en la engañosa seguridad del bosque. Había encontrado una pieza más del rompecabezas. Pero cada pieza nueva solo hacía que la imagen final fuera más grande y más monstruosa.

# Capítulo 13

Si el campamento era el corazón ordenado y marcial de Roma en la frontera, las *cannabae* eran su estómago ruidoso e indisciplinado. El asentamiento civil que se había extendido de forma orgánica junto a la ribera del Rin era un laberinto de callejuelas embarradas, cabañas de madera y tiendas de lona que bullían con una vida febril y desesperada. Era un lugar nacido de la necesidad y la codicia, donde las águilas de las legiones proyectaban una sombra, pero no imponían su ley.

Aulo sintió el impacto del lugar con todos sus sentidos. El olor era abrumador, una mezcla del humo de cientos de hogueras, el tufo de las curtidurías, el aroma dulzón del vino barato derramado, el sudor de la multitud y el hedor del pescado secándose al sol junto al río. El ruido era una cacofonía ensordecedora: el martilleo de los herreros, los gritos de los mercaderes pregonando su mercancía, el latín vulgar de los soldados mezclado con las guturales lenguas de los germanos, el llanto de un niño y la risa estridente de una prostituta. Era la Subura, pero sin el mármol de Roma en el horizonte para ofrecer una falsa promesa de grandeza. Era un mundo fronterizo, crudo y sin adornos.

—No te separes. No hables con nadie. Y por todos los dioses, no muestres dinero.

La voz de Querea era un gruñido bajo junto a su oído. El *primus pilus* se movía a través de la multitud con una eficiencia depredadora, abriéndose paso sin empujar, su sola presencia una advertencia. Los dos legionarios de la escolta los seguían de cerca, con las manos descansando sobre la empuñadura de sus gladios. Aulo, cojeando tras él, se sentía como un cordero en una manada de lobos. Cada rostro que pasaba era un estudio de dureza y desconfianza: legionarios fuera de servicio con los ojos vidriosos por el alcohol, mercaderes sirios con miradas calculadoras, cazadores germanos envueltos en pieles de oso, con el pelo largo y trenzado, y mujeres de todas las edades y razas cuya mirada prometía consuelo o una puñalada por la espalda a cambio de unas pocas monedas.

Su objetivo eran las forjas, situadas en la zona más ruidosa y sucia del mercado, cerca de la orilla para aprovechar el agua. El aire allí era casi irrespirable, denso por el humo del carbón y el olor a metal candente. Media docena de herreros, con los torsos desnudos y brillantes de sudor a pesar del frío, golpeaban el hierro en sus yunques en una percusión infernal. Fabricaban de todo: clavos para las sandalias, herraduras, puntas de lanza baratas y cuchillos de mala calidad para los nativos.

Querea se detuvo frente al puesto más grande, regentado por un hombre gigantesco y calvo con una barba negra chamuscada. El herrero ni siquiera levantó la vista de su trabajo, un trozo de hierro al rojo vivo que estaba convirtiendo en una hoja de arado.

—¿Qué quieres, centurión? Si buscas armas de calidad, vuelve al campamento. Esto es para los granjeros y los carniceros.

—No busco armas —dijo Querea. Su voz cortó el estruendo—. Busco información.

El herrero finalmente dejó de martillear. Hundió el metal en un barril de agua, que siseó y escupió una nube de vapor. Se secó el sudor de la frente con el dorso de un brazo cubierto de hollín y los miró por primera vez. Sus ojos eran pequeños y astutos.

—La información es más cara que el hierro.

Querea no respondió. Simplemente se quedó mirándolo. El silencio se alargó, tenso. El herrero fue el primero en apartar la vista.

—Pregunta, pues. El tiempo es dinero.

Aulo, siguiendo una señal casi imperceptible de Querea, sacó el broche de bronce de su bolsa y lo colocó sobre el yunque aún caliente. El águila tosca pareció mirarlos desde su lecho de metal.

El herrero lo cogió. Su enorme pulgar rozó la superficie, sopesó el metal, examinó la factura. Frunció el ceño.

—Bronce. Pesado. Mucho plomo en la mezcla, para abaratarlo. El trabajo es… peculiar.

—¿Lo reconoces? —preguntó Aulo.

El herrero lo miró con desdén, como si un civil no tuviera derecho a dirigirle la palabra. Pero respondió, quizás por la presencia de Querea.

—El diseño quiere ser romano. Un águila. Pero ningún herrero de la legión haría una chapuza así. Las plumas no tienen detalle, la cabeza parece la de un pollo. Y el alfiler… —le dio la vuelta al broche—. Es demasiado grueso. Está hecho para perforar cuero grueso, no una túnica de lana. Es casi un punzón.

Todo lo que decía confirmaba las propias observaciones de Aulo.

—¿Podría ser germano?

El herrero soltó una carcajada, un sonido como de piedras rozándose.

—¿Germano? Un germano que hiciera esto sería desterrado de su tribu por ofender a los dioses del metal. Su trabajo es diferente. Más elegante. Lleno de curvas y bestias. Esto es… basto. Fuerte, sí. Pero sin alma.

Devolvió el broche sobre el yunque.

—No sé quién lo hizo. Y no quiero saberlo. Tiene mala pinta. Ahora, si no vais a comprar nada…

Querea no se movió.

—Alguien en este mercado trabaja el bronce. Alguien comercia con las tribus del otro lado del río. Piensa.

El herrero suspiró, claramente molesto. Se rascó la barba.

—Hay un batavio. Se llama Rutilo. Un ex-auxiliar. Tiene un puesto al final del muelle. Vende baratijas de metal a los nativos: pulseras, fíbulas, espejos… Si alguien ha visto algo parecido, es él. Pero tened cuidado. Es más resbaladizo que una anguila untada en grasa.

Querea asintió una sola vez, a modo de agradecimiento. Se dio la vuelta y se marchó. Aulo recogió el broche y lo siguió. Mientras se alejaban, Aulo tuvo la clara sensación de que la mirada del herrero los seguía. Y no solo la suya. Se sentía observado, como si al mostrar el broche hubieran encendido una baliza en la oscuridad. Giró la cabeza discretamente, pero solo vio el mar anónimo de rostros de la multitud.

El muelle era una construcción precaria de madera que se adentraba en las aguas pardas del Rin. Varios botes de pesca estaban amarrados, y el olor a pescado y a brea era penetrante. Al final, en un pequeño puesto cubierto por un toldo raído, un hombre flaco y enjuto con el pelo ralo y unos ojos inquietos estaba mostrando una bandeja de pulseras de cobre a dos mujeres germanas.

Esperaron a que terminara la transacción. El hombre, Rutilo el batavio, los vio acercarse y una sonrisa servil se dibujó en su rostro.

—¡Primus pilus! Un honor. ¿Qué puedo ofrecerle a un héroe de Roma? ¿Un adorno para una dama? ¿Un amuleto para la buena suerte en la batalla?

Querea ignoró el parloteo y le hizo una señal a Aulo. De nuevo, el médico depositó el broche sobre el mostrador de madera, junto a un montón de anillos de estaño.

La sonrisa de Rutilo se desvaneció en cuanto vio el objeto. Sus ojos se movieron nerviosamente de un lado a otro. Cogió el broche, pero sus dedos lo hicieron con la repugnancia de quien toca una serpiente muerta.

—Nunca he visto esto en mi vida —dijo demasiado rápido.

—Míralo bien, batavio —dijo Querea en voz baja y amenazante—. Eres el único en este estercolero que comercia con este tipo de basura.

—Es un trabajo tosco. No es mío —insistió Rutilo, intentando devolver el broche.

Aulo intervino. Su voz era tranquila, en contraste con la de Querea.

—No decimos que sea tuyo. Pero eres un experto. Un hombre que conoce su oficio. Solo queremos tu opinión. —Se inclinó ligeramente—. Vemos que el artesano intentó imitar un diseño romano, pero no tenía la habilidad. O quizás no tenía las herramientas adecuadas. El metal es de mala calidad. ¿Qué nos puedes decir de la técnica?

El halago, aunque sutil, pareció tener efecto. Rutilo se relajó un poco, adoptando el aire de un conocedor.

—La técnica… bueno, el fundido es pobre. Se ven las burbujas de aire. Y el grabado de las plumas se ha hecho con un cincel demasiado ancho. Pero hay algo… —entrecerró los ojos, examinando el borde del broche—. El remache del alfiler. La forma en que está aplanado. He visto este tipo de trabajo antes.

—¿Dónde? —presionó Querea.

Rutilo tragó saliva. Su mirada volvió a ser huidiza.

—Fue hace tiempo. Un hombre… un desertor. Se escondía con una tribu de los usipetes, al otro lado del río. Era un faber, un artesano de la legión, pero lo habían degradado a cavar letrinas. Un día desapareció.

Aulo y Querea intercambiaron una mirada. La pista era importante. Un artesano romano, un desertor. Eso explicaba la mezcla de estilos.

—¿Qué sabes de él? ¿Su nombre? —preguntó Aulo.

—No sé su nombre. La gente como él no usa nombres. Le llamaban "El Cuervo", porque era oscuro y siempre estaba solo. Me compró algunas herramientas hace un par de años. Pobre diablo. Los usipetes no son gente amable con los forasteros.

—¿Y por qué hacía estas cosas? —preguntó Aulo, señalando el broche.

Rutilo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Quizás para comerciar. O quizás… —se detuvo, y una sombra de miedo cruzó su rostro—. Se decía que no trabajaba para sí mismo. Que se había unido a otros. A otros como él.

—¿Otros desertores? —inquirió Querea.

—Desertores. Esclavos huidos. Gladiadores. Toda la escoria que el Imperio expulsa y que los bárbaros no quieren. Un grupo de hombres sin ley. Se hacen llamar los *Fratres Tenebris*. Los Hermanos de la Oscuridad. Viven en los pantanos del norte, donde ni nuestras patrullas ni los guerreros de las tribus se atreven a entrar. Son fantasmas. Historias que se cuentan para asustar a los niños.

Entonces lo comprendió. Aulo vio la conexión. Un grupo de marginados, renegados de Roma, operando desde las sombras. Eran la herramienta perfecta para una conspiración. Desechables, imposibles de rastrear. ¿Eran ellos los asesinos de Vipsanio? ¿Contratados por alguien de dentro del campamento?

—¿Y estos… Hermanos… usan esta águila como símbolo? —preguntó Aulo.

Rutilo negó con la cabeza con vehemencia, empujando el broche lejos de él.

—No lo sé. Y no quiero saberlo. Ya os he dicho demasiado. Ahora, por favor, coged esto y marchaos. Atrae la mala suerte.

Querea cogió el broche. Luego, sacó una moneda de plata de su bolsa y la lanzó sobre el mostrador. Brilló sobre la madera sucia.

—Esto es por tu tiempo. Si recuerdas algo más, o si ves a alguien con un broche como este, busca al centurión Valerio en la quinta cohorte. Habrá más plata.

Rutilo asintió, recogiendo la moneda con una velocidad asombrosa.

—No recordaré nada. Soy un simple mercader.

Se dieron la vuelta para marcharse. Mientras se abrían paso de nuevo a través de la multitud, Aulo no pudo evitar mirar hacia atrás. Rutilo ya estaba desmontando su puesto a toda prisa, con la mirada de un hombre que teme por su vida.

—¿Crees que decía la verdad? —preguntó Aulo en voz baja.

—Sí —respondió Querea—. Decía la verdad porque tenía demasiado miedo para mentir. "Los Hermanos de la Oscuridad". —El *primus pilus* escupió al suelo—. Patrañas. Bandidos. Pero bandidos organizados son un problema. Y si un artesano romano está con ellos, eso significa que tienen habilidades.

Habían vuelto a la relativa seguridad de las puertas del campamento. El ruido del mercado se atenuó a sus espaldas.

—Un artesano desertor. Un grupo de renegados que vive en los pantanos. Y un broche que sirve como arma —resumió Aulo—. Es la primera pista sólida que tenemos.

—Es un nido de avispas —corrigió Querea—. Y el legado nos ha ordenado meter la mano en él.

Se detuvieron ante la guardia de la puerta, que los saludó con respeto. Al volver a entrar en el ordenado mundo de la legión, Aulo se sintió como si volviera de un país extranjero. Llevaba consigo un nombre, "El Cuervo", y una leyenda, "Los Hermanos de la Oscuridad". Eran hilos finos, casi invisibles, pero eran los únicos que tenía para empezar a desentrañar la soga que se cernía sobre su propio cuello. Y sabía, con una certeza helada, que tirar de esos hilos lo llevaría a lugares mucho más oscuros y peligrosos que el mercado junto al río.

# Capítulo 14

El regreso al campamento fue un viaje a través de dos mundos. Dejaron atrás el caos sensorial de las *cannabae* y se sumergieron de nuevo en el silencio imponente del bosque, para finalmente cruzar las puertas hacia el universo ordenado y predecible de la legión. Para los soldados, era una vuelta al hogar. Para Aulo, era simplemente cambiar una jaula por otra, más grande y con reglas más estrictas.

Caminaron en silencio hacia el *praetorium*. Querea parecía absorto en sus pensamientos, su rostro endurecido por una nueva gravedad. Aulo, por su parte, sentía el peso de la información que habían obtenido. *Fratres Tenebris*. El nombre sonaba a la vez teatral y amenazante. Era la primera pieza sólida, el primer rostro —aunque fuera el de una organización sin rostro— que podía ponerle al asesinato de Vipsanio. Pero la información era un arma de doble filo. En manos de Getúlico, podía convertirse tanto en un escudo para protegerlo como en la espada que lo ejecutara.

El escriba los hizo pasar a la tienda del legado sin la menor demora. Getúlico estaba solo, de pie junto a su mesa, como si los hubiera estado esperando. No había mapas extendidos ni tablillas de cera. Solo la superficie de madera desnuda y la mirada gris y penetrante del comandante.

—Habéis tardado —dijo, aunque no había un tono de reproche en su voz. Era una simple declaración de hechos.

—El mercado es un lugar concurrido, mi señor —respondió Querea, adoptando la postura formal de un soldado ante su superior—. Y los hombres con información valiosa no la ofrecen de buen grado.

Getúlico desvió su atención hacia Aulo.

—Supongo que no has vuelto con las manos vacías, médico. Tu expresión es la de un hombre que ha levantado una piedra y no le ha gustado lo que ha visto debajo. Habla.

Aulo dio un paso al frente. Decidió ser directo, presentar los hechos sin adornos ni interpretaciones. La especulación era un lujo que no podía permitirse con aquel hombre.

—Hemos encontrado un rastro, legado. El broche no es de fabricación germana. Es una imitación tosca de un diseño romano. El metal es de mala calidad, una aleación de bronce con un alto contenido de plomo.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Getúlico con impaciencia—. Quiero nombres. Lugares.

—Hemos encontrado a un mercader que reconoció la técnica de fabricación —continuó Aulo, manteniendo la calma—. Un remache particular en el alfiler. Lo asoció con un hombre: un artesano de la legión, un *faber*, que desertó hace unos años. Le llaman "El Cuervo".

El nombre flotó en el aire. Getúlico no reaccionó, pero Aulo notó un cambio casi imperceptible en la tensión de sus hombros.

—Un desertor. Continúa.

—Este hombre, "El Cuervo", no trabaja solo. Según el mercader, se unió a una banda de proscritos. Renegados. Hombres que viven al margen de Roma y de las tribus.

—¿Qué hombres? —la voz de Getúlico era ahora un filo cortante.

—Desertores, esclavos fugados, criminales… Se ocultan en los pantanos del norte, más allá del río Lupia. Se hacen llamar los *Fratres Tenebris*. Los Hermanos de la Oscuridad.

Esta vez, la reacción fue visible. Una ceja del legado se arqueó levemente. Se acercó a la mesa y apoyó las yemas de los dedos sobre la madera.

—Historias de taberna. Cuentos de fantasmas para asustar a los reclutas. He oído hablar de ellos. Se les atribuye cualquier asalto o desaparición entre aquí y el mar del Norte. Nunca se ha encontrado una prueba sólida de su existencia.

—Este broche podría serla, mi señor —intervino Querea—. El mercader que nos lo dijo estaba aterrorizado. No es el tipo de miedo que se finge.

Getúlico miró a su primus pilus, y luego de nuevo a Aulo.

—Así que un desertor llamado "El Cuervo", que pertenece a una hermandad de bandidos de la que solo se cuentan leyendas, fabricó el broche que mató al sobrino del Emperador. ¿Esa es tu conclusión, médico?

—Es una hipótesis basada en el único testimonio que hemos podido encontrar —respondió Aulo con cautela—. El broche es real. El artesano desertor, según el mercader, también. La conexión entre ellos y el asesinato es… una posibilidad que requiere más investigación.

Getúlico se quedó en silencio durante un largo rato. Paseó por la tienda, con las manos entrelazadas a la espalda. Aulo y Querea esperaron, inmóviles. El único sonido era el crepitar de las lámparas de aceite.

—Los pantanos del norte… —murmuró el legado, más para sí mismo que para ellos—. Un territorio infame. Ni siquiera las tribus se asientan allí. Un laberinto de agua estancada, niebla y fiebres. Un buen lugar para desaparecer. O para esconder un ejército.

Se detuvo y se giró bruscamente hacia ellos.

—Querea. ¿Qué opinas?

El primus pilus no dudó.

—Si existe un grupo organizado de desertores romanos operando en la región, son una amenaza. Conocen nuestras tácticas, nuestra disciplina. Un artesano como ese "Cuervo" podría estar fabricando no solo broches, sino también reparando armas y armaduras. Podrían ser la espina dorsal de una revuelta entre las tribus, o actuar como mercenarios para un caudillo ambicioso.

—Exacto —dijo Getúlico. Su mirada se había vuelto distante, calculadora. Ya no pensaba en el asesinato de Vipsanio. Pensaba como un general, evaluando una amenaza estratégica—. El informe oficial dirá que Vipsanio fue emboscado por una banda de salteadores desconocidos mientras cabalgaba. Tu primer informe, médico, el del accidente, ya ha servido a su propósito con Segestes. Ahora necesito una nueva verdad para Roma. Una que explique la necesidad de una campaña de castigo.

Entonces Aulo lo comprendió. Con una claridad demoledora. Getúlico no buscaba justicia. Nunca la había buscado. La muerte de Vipsanio, el asesinato, la conspiración… todo era una oportunidad. Una excusa. Una palanca para conseguir lo que realmente quería: la gloria de una campaña militar. "Los Hermanos de la Oscuridad" eran el enemigo perfecto: fantasmales, sin rostro, una amenaza que podía magnificar a su antojo ante el Senado y el Emperador.

—¿Qué ordena, mi señor? —preguntó Querea.

—Quiero pruebas —dijo Getúlico, clavando su mirada en Aulo—. Quiero la cabeza de ese "Cuervo". Quiero su forja. Quiero pruebas tangibles de que esta hermandad de fantasmas es real y de que ellos fueron los responsables de la muerte de Vipsanio.

La orden era una sentencia de muerte. Enviarlos a los pantanos, a un territorio desconocido, en busca de un grupo de asesinos desesperados.

—Será una misión difícil, legado —dijo Querea con tono neutro—. Necesitaríamos una centuria, al menos. Y guías locales fiables.

—No —replicó Getúlico tajantemente—. Una centuria haría demasiado ruido. Asustaría a la presa y alertaría a las tribus. Esto debe ser una operación quirúrgica. Rápida y silenciosa. Iréis vosotros dos.

Aulo sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. ¿Él? ¿En una misión de infiltración en territorio hostil? Era absurdo.

—Legado, yo soy un médico, no un soldado. Mi presencia sería un estorbo, un peligro para el primus pilus.

—Al contrario —dijo Getúlico con una sonrisa gélida—. Tu presencia es esencial. Querea es la fuerza, pero tú eres el cerebro. Tú sabrás reconocer la forja del "Cuervo" cuando la veas. Tú sabrás encontrar las pruebas que necesito entre la basura de su campamento. Y además, tu cojera te convierte en el disfraz perfecto. Nadie sospechará que un tullido es un agente del legado de Roma.

La lógica era perversa, pero impecable. Lo estaba usando de nuevo, aprovechando su debilidad y convirtiéndola en una herramienta.

—Os daré un guía —continuó el legado—. Un cazador de la tribu de los brúcteros. Conoce esos pantanos como la palma de su mano. Se llama Fenrir. Un salvaje, pero leal al oro de Roma. También os daré un salvoconducto con mi sello. Os identificará como mis mensajeros ante cualquier patrulla, pero no explica vuestra verdadera misión. Para todos los demás, sois un veterano que escolta a un médico a un puesto avanzado para tratar una enfermedad.

El plan estaba perfectamente trazado. Demasiado perfecto. Aulo tuvo la certeza de que Getúlico llevaba tiempo contemplando una incursión en aquella zona. Ellos eran simplemente el fusible que encendería el fuego.

—Partiréis en dos días. Preparaos. Querea, escoge a dos de tus mejores hombres. No más. Quiero que viajéis ligeros y rápidos. Fenrir os estará esperando en el cruce del río, al amanecer.

Dio la conversación por terminada. Se sentó a su mesa y cogió una tablilla, indicando que estaban despedidos. Querea hizo un saludo marcial. Aulo simplemente inclinó la cabeza y retrocedió, con la mente aturdida.

Salieron de la tienda. El sol del mediodía pareció demasiado brillante, demasiado real después de la oscuridad de la conspiración. Se detuvieron a unos pasos de la entrada.

—Lo has oído —dijo Querea, sin mirarlo—. Prepárate. Viajaremos rápido. No habrá tiempo para descansar.

—Esto es un suicidio —susurró Aulo.

Querea se giró hacia él. Por primera vez, no había desprecio en su mirada, sino una especie de resignación compartida.

—Toda la vida es un suicidio, médico. Solo varían la velocidad y el método. El legado ha elegido el nuestro. Ahora, o te adaptas, o mueres. Y si mueres, asegúrate de hacerlo sin hacer ruido, para no delatarme.

Con esas palabras, el *primus pilus* se dio la vuelta y se marchó, dejándolo solo en medio del bullicio del campamento. Aulo se apoyó en su bastón, sintiendo el peso de la fíbula en su bolsa y el peso aún mayor de la misión que le habían encomendado. Getúlico lo enviaba a cazar fantasmas en un pantano del fin del mundo. Y Aulo sabía, con una certeza que le helaba el alma, que el legado no esperaba necesariamente que volvieran. Solo esperaba que le sirvieran a su propósito, vivos o, preferiblemente, muertos.

# Capítulo 15

Los dos días que Getúlico les concedió no fueron una tregua, sino una cuenta atrás hacia el abismo. Para los soldados del campamento, la vida continuó con su ritmo inmutable, marcada por el sonido de las trompetas y el rigor de los entrenamientos. Para Aulo, cada hora que pasaba era un grano de arena que caía en el reloj de su propia ejecución.

Pasó la mayor parte del tiempo en la enfermería, pero no atendiendo a los enfermos. Se dedicó a preparar su equipo, una tarea que lo llenaba de una profunda sensación de irrealidad. Mientras Querea y sus hombres seleccionaban armas y afilaban el acero, Aulo reunía los instrumentos de su propio oficio, que ahora le parecían absurdamente frágiles frente a la misión que les esperaba.

En una bolsa de cuero tratada con cera para repeler la humedad, guardó sus herramientas más preciadas: un juego de escalpelos de bronce con hojas afiladas como navajas, sondas de distintos grosores, pinzas y un pequeño serrucho para huesos. En saquitos de lino separados, empaquetó sus medicinas: polvo de agalla de roble para detener hemorragias, hojas de sauce como calmante para la fiebre y el dolor, y una pasta de miel y vinagre para sellar heridas. Su bien más preciado era un pequeño frasco de terracota sellado con cera que contenía un extracto espeso de adormidera, un remedio contra el dolor tan potente que podía llevar a un hombre a las puertas del sueño eterno. Lo guardó como si fuera la llave de un reino.

Además, preparó vendas de lino limpias, agujas e hilo de tendón para suturar, y una pequeña barra de hierro para cauterizar heridas, un remedio brutal pero a menudo el único capaz de detener la putrefacción en un miembro herido. Mientras lo hacía, no podía evitar pensar que estaba preparando el equipo para tratar sus propias heridas o las de sus compañeros. Era el médico de su propia expedición fúnebre.

Querea apareció en la enfermería la víspera de la partida. No entró. Se quedó en el umbral, una silueta recortada contra la luz del atardecer. Había elegido a sus hombres.

—Se llaman Crixo y Macro —anunció sin preámbulos—. Crixo es un samnita. Lleva quince años en la frontera. Es el mejor rastreador de la cohorte y puede matar a un hombre con una piedra a veinte pasos. Macro es un aquitano. Un gigante silencioso que carga el equipo de tres hombres sin sudar. Su lealtad es absoluta.

Aulo asintió, sin levantar la vista de una venda que estaba enrollando con una precisión metódica.

—Hombres de confianza.

—Son los mejores —dijo Querea—. Y aun así, es probable que no sea suficiente. Mañana, antes del amanecer. En la *porta decumana*. No llegues tarde.

Se dio la vuelta y se fue. Su visita no había sido de cortesía. Había sido una advertencia. El nivel de habilidad de los hombres que lo acompañarían solo servía para subrayar la magnitud del peligro que iban a enfrentar.

Aquella noche, Aulo no durmió. Se sentó en su catre en la oscuridad, con el bastón apoyado a su lado. Pensó en Demetrio, en el olor a hierbas de su botica en la Subura. Aquel mundo le parecía ahora tan lejano como su propia infancia. Se preguntó si el anciano griego aún vivía, si alguna vez volvería a verlo. La duda era una presencia fría en la habitación. Se tocó la cadera. El dolor era un viejo amigo, un recordatorio constante de su fragilidad. ¿Cómo iba a sobrevivir en un pantano, un lugar que exigía fuerza y agilidad, ninguna de las cuales poseía?

Entonces lo comprendió. Getúlico no solo lo había elegido por su mente. Lo había elegido por su debilidad. Su cojera era una sentencia, una garantía de que no podría escapar, de que su destino estaba irrevocablemente atado al de la misión. Era un ancla. O encontraba lo que el legado quería, o se hundiría en el fango de Germania.

Se levantó mucho antes de que sonara el primer toque de diana. La oscuridad era total, solo rota por el parpadeo lejano de las antorchas de los centinelas en la empalizada. Cuando llegó a la puerta trasera, los otros tres ya estaban allí. Eran sombras silenciosas, equipadas y listas. Crixo era bajo y compacto, con una maraña de pelo negro y unos ojos pequeños y brillantes que parecían registrarlo todo. Macro era tal como Querea lo había descrito, una montaña de músculo y calma, con un pesado fardo a la espalda. Llevaban cotas de malla, yelmos y escudos redondos de caballería, más pequeños y manejables que los *scuta* rectangulares de la infantería.

Nadie habló. Las palabras eran un peso innecesario. Las puertas se abrieron lo justo para dejarlos pasar y se cerraron tras ellos con un sonido sordo y definitivo. De nuevo, el bosque los engulló.

Se movieron con rapidez, siguiendo el curso del río que bordeaba el campamento. El aire era gélido, y el aliento de los hombres se condensaba en nubes blancas. Aulo se esforzaba por mantener el ritmo, apoyándose pesadamente en su bastón. El dolor en su cadera era una brasa ardiente. Apretaba los dientes para no quejarse. Sabía que cualquier muestra de debilidad sería recibida con desprecio.

Alcanzaron el punto de encuentro al amanecer: un viejo puente de madera que cruzaba un afluente del Rin. La primera luz del día teñía el cielo de un color gris perla y se filtraba a través de la densa niebla que se levantaba del agua. Apoyado en la barandilla del puente, les esperaba una figura.

Era alto y delgado, pero con una delgadez fibrosa, como la de un lobo. Iba vestido con pieles y cueros cosidos, ropas que parecían haber crecido sobre él. Su pelo, de un rubio casi blanco, le caía en largas trenzas sobre los hombros. Tenía el rostro afilado, con pómulos altos y una barba rala. Pero eran sus ojos los que llamaban la atención. Eran de un azul pálido, casi transparente, y no parpadeaban. Eran los ojos de un depredador, fríos y evaluadores. Llevaba un arco largo a la espalda y un cuchillo de hoja ancha, casi una espada corta, al cinto.

Era Fenrir, el guía brúctero.

No se movió cuando se acercaron. Simplemente los observó, uno por uno. Su mirada se detuvo un instante más en Aulo, en su bastón, en su cojera. No mostró sorpresa ni lástima. Solo un análisis frío.

—Llegáis tarde —dijo. Su latín era tosco, aprendido en los mercados y en los burdeles de la frontera, pero perfectamente comprensible.

—El sol acaba de salir —replicó Querea, deteniéndose a unos pasos de él.

—El sol lleva despierto mucho tiempo. Vosotros sois los que dormís —contestó el germano. Se enderezó, separándose del puente—. Getúlico paga bien. Por eso estoy aquí. Os llevaré a los pantanos. Os enseñaré el camino. Pero allí dentro, obedeceréis mis reglas, no las vuestras. El fango no entiende de águilas ni de centuriones.

Querea asintió lentamente.

—Conoces las reglas. Guíanos. Mantennos vivos. Y serás recompensado.

Fenrir soltó una risa corta, sin alegría.

—Yo me mantendré vivo. Vosotros intentad seguirme.

Se dio la vuelta y, sin más palabras, empezó a caminar. No por el camino trillado, sino que se desvió directamente hacia la espesura del bosque, moviéndose con una gracia silenciosa que contrastaba brutalmente con el pesado caminar de los legionarios.

El viaje se reanudó, pero el carácter de la marcha había cambiado. Ahora seguían a un fantasma. Fenrir no parecía caminar; se deslizaba a través del bosque. No rompía una rama, no hacía ruido. Leía el terreno como Aulo leía un hueso, interpretando cada hoja vuelta, cada huella animal, cada cambio en el viento.

Se comunicaba con gestos, no con palabras. Una mano alzada para detenerse, un movimiento de cabeza para señalar un rastro. Crixo, el rastreador samnita, lo observaba con una mezcla de recelo y admiración profesional. Eran dos expertos en el mismo arte, pero uno había aprendido en los manuales de la legión, y el otro lo había mamado de la tierra.

Aulo luchaba por no quedarse atrás. El ritmo era implacable. El terreno, cada vez más salvaje. Dejaron atrás los bosques de robles y hayas y se adentraron en zonas más húmedas, pobladas por abedules y alisos. El suelo se volvió más blando, y a menudo tenían que vadear arroyos de agua helada que le entumecían los pies.

Al mediodía hicieron un alto. No encendieron fuego. Comieron en silencio: tasajo seco y pan duro por parte de los romanos. Fenrir masticaba una tira de carne ahumada de origen desconocido, con la mirada siempre alerta, escrutando el entorno.

Aulo aprovechó para examinar sus pies. Estaban pálidos y arrugados por la humedad, con varias ampollas empezando a formarse. Sacó un ungüento de su bolsa y empezó a aplicárselo.

—Eso no servirá de nada —dijo la voz de Fenrir a su lado.

Aulo levantó la vista, sorprendido. El guía se había acercado sin que él lo oyera. Se agachó a su lado y señaló sus sandalias.

—Esos zapatos son para pasear por piedra caliente. Aquí necesitas piel. Piel que respire y que mantenga el calor. Tus pies morirán antes de que lleguemos al pantano.

Cogió un puñado de musgo seco de la base de un árbol y se lo ofreció.

—Pon esto dentro de las sandalias. Absorberá el sudor y protegerá la piel.

Aulo dudó un instante. Luego, aceptó el consejo y el musgo. Era un gesto práctico, no de amabilidad. Fenrir necesitaba que sus pies funcionaran para no retrasar la marcha. Nada más.

Siguieron avanzando hacia el norte. El paisaje se aplanó. Los árboles se volvieron más escasos y retorcidos. El aire se hizo más pesado, cargado de humedad y del olor a descomposición de la vegetación estancada. Empezaron a ver grandes charcas de agua negruzca, cubiertas de una capa de verdín. El suelo chapoteaba bajo sus pies.

Al atardecer, cuando la luz empezaba a fallar, Fenrir se detuvo al borde de una vasta extensión de agua y juncos que se perdía en la niebla. El silencio aquí era diferente. No era el silencio vivo del bosque, sino un silencio muerto, expectante. Roto solo por el zumbido de los insectos y el croar lejano de una rana.

—Hemos llegado —dijo el guía, contemplando el desolador paisaje—. El borde. Mañana entraremos.

Montaron un campamento rudimentario en la última porción de tierra firme. Macro y Crixo se movieron con una eficiencia entrenada, despejando una pequeña área y estableciendo turnos de guardia sin necesidad de que Querea diera una orden.

Mientras el crepúsculo teñía el cielo de colores violáceos y sangrientos, Aulo se acercó a la orilla. Miró la extensión brumosa que se abría ante ellos. Aquello no era un pantano. Era otro mundo. Un mundo primitivo, gobernado por leyes antiguas que no tenían nada que ver con Roma. Un lugar donde un hombre podía desaparecer sin dejar rastro, tragado por el agua y el olvido.

Se sentía como si estuviera al borde del Orco, el inframundo de sus antepasados. Y sabía, con una certeza absoluta, que para encontrar las respuestas que Getúlico exigía, tendrían que adentrarse en sus profundidades, de donde quizás no habría retorno. La caza de "El Cuervo" y los Hermanos de la Oscuridad había comenzado.

# Capítulo 16

La primera luz del día no trajo consigo el amanecer, sino una versión más pálida de la oscuridad. Una niebla espesa y lechosa se aferraba al paisaje, borrando el horizonte y convirtiendo el mundo en un espacio claustrofóbico de no más de veinte pasos en cualquier dirección. El aire era pesado, denso de humedad y del olor dulzón y penetrante de la podredumbre. El silencio era casi absoluto, un vacío que parecía presionar los tímpanos, roto solo por el goteo constante del agua condensada en las ramas retorcidas de los árboles y el zumbido ominoso de nubes de mosquitos.

Fenrir se levantó antes que nadie, una sombra silenciosa que pareció materializarse desde la misma niebla. No dijo nada. Simplemente se ató las pieles, comprobó la tensión de su arco y se dirigió hacia la orilla del pantano. Su acción fue la única orden necesaria. Los legionarios, con la disciplina grabada en cada músculo, desmontaron el campamento con una eficiencia sombría. Crixo apagó los últimos rescoldos de la pequeña hoguera que habían mantenido viva durante la noche, esparciendo las cenizas y cubriéndolas con barro para no dejar rastro. Macro se ajustó el pesado fardo a la espalda, su rostro tan impasible como una roca.

Aulo se movió con rigidez, cada músculo de su cuerpo protestando por el frío y la humedad. Había dormido mal, acosado por pesadillas de agua negra y manos esqueléticas que emergían del fango. El consejo de Fenrir sobre el musgo había funcionado; sus pies estaban doloridos, pero las ampollas no habían empeorado. Se apoyó en su bastón, sintiendo cómo la madera pulida se humedecía en su mano, y siguió a los demás.

La entrada al pantano no fue un paso, sino una inmersión. Un momento estaban en tierra firme, y al siguiente, el suelo se había convertido en una masa esponjosa que cedía bajo sus pies, liberando burbujas de gas maloliente. El agua, de un color té oscuro, les llegó primero a los tobillos, luego a las pantorrillas. Estaba helada, un frío que se metía en los huesos y se negaba a marcharse.

Fenrir marcaba el camino, sondeando el fondo con una larga vara de aliso que había cortado. Se movía con una lentitud deliberada, casi hipnótica, leyendo las corrientes invisibles y la textura del lecho de fango. No seguía una línea recta, sino que zigzagueaba constantemente, buscando los senderos sumergidos de tierra más firme que solo él parecía conocer.

—No os desviéis de mis huellas —dijo, su voz sonando extrañamente apagada en la niebla—. Un paso en falso y el fango os tragará enteros. Hay pozos aquí que no tienen fondo.

Avanzaban en fila india. Fenrir a la cabeza, seguido por Querea. Luego Aulo, con su bastón hundiéndose profundamente en el lodo a cada paso, y finalmente Crixo y Macro cerrando la retaguardia, con los escudos a la espalda y las espadas desenvainadas. El agua chapoteaba a su alrededor, el único sonido que producían en un mundo que parecía haber enmudecido.

Para Aulo, aquello era la antítesis de todo lo que conocía. Su mente, acostumbrada al orden, a la lógica de la anatomía y a las calles predecibles de Roma, luchaba por encontrar un patrón en aquel caos primordial. El pantano era un organismo vivo, pero uno que desafiaba la clasificación. Los árboles, cubiertos de musgo y líquenes que colgaban como barbas de ancianos, parecían espectros. Las raíces emergían del agua como serpientes enroscadas. No había puntos de referencia, solo un laberinto interminable de agua, niebla y vegetación moribunda.

El tiempo perdió su significado. No había sol que marcara su paso. Solo el cambio sutil en la densidad de la niebla indicaba el avance del día. Aulo se concentró en el simple acto de sobrevivir: un paso, luego otro. Levantar el pie del abrazo succionador del lodo, encontrar un nuevo apoyo, mantener el equilibrio. El dolor en su cadera se convirtió en un latido sordo y constante, un tambor que marcaba el ritmo de su sufrimiento.

A mediodía, Fenrir se detuvo en un pequeño islote de tierra más alta, apenas unos metros cuadrados de suelo fangoso dominado por un sauce decrépito.

—Comed —ordenó.

Se desplomaron, agotados. Aulo se sentó en una raíz, con las piernas temblando por el esfuerzo. Se quitó las sandalias. Sus pies estaban blancos y sin sensibilidad por el frío. Sabía que el riesgo de que las heridas se infectaran en aquel ambiente era altísimo. Sacó un trozo de lino y se los secó con cuidado antes de aplicar más ungüento.

Querea se acercó a él. Su rostro, habitualmente una máscara de dura disciplina, mostraba signos de tensión.

—¿Cómo estás, médico?

—Vivo —respondió Aulo. La palabra le supo extraña en la boca.

—Sigue así —dijo el *primus pilus*. Miró a su alrededor, a la niebla que los envolvía—. Este lugar… te entra en la cabeza. Te hace ver cosas. Mantén la mente clara.

Aulo entendía a qué se refería. El aislamiento, la monotonía del paisaje y el silencio opresivo eran un veneno para la razón. Era fácil imaginar figuras en la niebla, susurros en el viento.

Mientras comían su tasajo, Fenrir se acercó al borde del agua y se quedó inmóvil, observando algo en la superficie. Crixo se unió a él.

—¿Qué es? —preguntó Querea.

—Un rastro —dijo el guía sin volverse.

Aulo se acercó, cojeando. Al principio no vio nada. Solo el agua oscura y los juncos. Luego, siguiendo la dirección que señalaba Fenrir, lo distinguió: una rama de junco, doblada de una forma que no era natural. Y otra un poco más allá.

—Alguien ha pasado por aquí —dijo Crixo en voz baja—. Recientemente. El pliegue de la hoja aún está verde.

—Van en la misma dirección que nosotros —añadió Fenrir—. Hacia el norte. Un grupo pequeño. Tres, quizás cuatro hombres. No intentan ocultar su rastro. O no saben cómo, o no les importa.

—¿Los Hermanos de la Oscuridad? —preguntó Aulo.

—Quienquiera que sea, no son cazadores de la tribu —afirmó Fenrir—. Un brúctero se mueve por el pantano sin dejar una sola huella. Estos son torpes. Son como vosotros. Romanos.

La palabra resonó entre ellos. Estaban siguiendo a otros romanos. Desertores. Asesinos. La presa estaba cerca. La constatación no trajo alivio, sino una nueva capa de tensión. Ya no solo luchaban contra el entorno. Ahora cazaban, y a su vez, podían ser cazados.

El resto del día la marcha fue diferente. El silencio se cargó de expectación. Cada sombra parecía una amenaza, cada sonido un presagio. Aulo se encontró escrutando la niebla, buscando no ya un camino, sino un movimiento, una silueta que no perteneciera al paisaje. Los legionarios avanzaban con una mano siempre cerca de la empuñadura de sus espadas.

Al final de la tarde, encontraron la prueba definitiva. En el barro de otro pequeño promontorio, había huellas. No las marcas vagas de un mocasín de piel, sino la inconfundible impronta de unas caligae, las sandalias con clavos del ejército romano.

Crixo se arrodilló para examinarlas.

—Son de tres hombres diferentes. Uno de ellos es pesado, se hunde más que los otros. Caminan con confianza. No corren. Pasaron por aquí hace menos de medio día.

Querea miró a Fenrir.

—¿Estamos cerca?

El germano olfateó el aire.

—Hay humo. Muy débil. De leña húmeda. Viento del noroeste. Están a menos de una milla. Han acampado en algún lugar alto.

—Entonces nos detendremos aquí —decidió Querea—. Esperaremos a que caiga la noche. Atacaremos en la oscuridad.

Encontraron un lugar relativamente protegido, un pequeño bosquecillo de alisos que crecía en una lengua de tierra más seca. No encendieron fuego. Se sentaron en la penumbra creciente, envueltos en sus capas, mientras la noche devoraba los últimos vestigios de luz.

La espera fue la peor parte. El frío se intensificó. Los sonidos del pantano cambiaron, se volvieron más íntimos y amenazantes. El croar de las ranas, el zumbido de los insectos, el chapoteo de algún animal invisible en el agua cercana. Aulo sentía cada minuto como una tortura. El miedo era una bola fría en su estómago. Iba a participar en un asalto, en una matanza. Él, un sanador. La ironía era tan amarga que casi le hizo reír.

Querea se sentó a su lado, afilando el filo de su gladio con una pequeña piedra. El sonido rítmico y áspero era extrañamente tranquilizador en medio de la tensión.

—Cuando empiece, quédate atrás —le dijo el centurión en un susurro—. Cúbrete y no te muevas. No intentes ayudar. Solo estorbarías.

Aulo asintió.

—¿Cuál es el plan?

—Fenrir y Crixo se adelantarán para localizar su posición exacta y contar cuántos son. Macro y yo atacaremos por el frente. Ruido y furia. Mientras estén distraídos, Fenrir y Crixo atacarán por los flancos. Rápido y letal. No debe quedar ninguno vivo para dar la alarma.

—¿Y si hay más de los que pensamos?

—Entonces moriremos —dijo Querea con una simplicidad brutal—. Pero nos llevaremos a unos cuantos con nosotros.

Pasaron las horas. La oscuridad era ya completa. Finalmente, Fenrir y Crixo regresaron, tan silenciosos como habían partido.

—Están en un montículo, a unos quinientos pasos —informó Crixo—. Alrededor de una hoguera. Son cuatro. Tres romanos y un germano. Tienen armas, pero están relajados. Beben.

—Perfecto —dijo Querea, poniéndose en pie. Hizo una seña a Macro, que se levantó como una montaña que cobra vida.

Se prepararon en silencio, comprobando sus armas una última vez. Querea se volvió hacia Aulo.

—Recuerda lo que te he dicho. No te muevas de aquí hasta que volvamos.

Aulo asintió, con la garganta seca. Vio cómo las cuatro figuras se disolvían en la negrura. Se quedó solo, con su bastón y su bolsa de medicinas, en medio de un pantano en el fin del mundo, escuchando el latido de su propio corazón y esperando el sonido del acero. La caza había terminado. Ahora comenzaba la carnicería.

# Capítulo 17

El tiempo, suspendido durante la espera, se rompió en mil pedazos. Aulo no supo cuánto había pasado, agazapado en la oscuridad helada, con cada músculo tenso hasta el dolor. Podrían haber sido horas o un simple parpadeo. El pantano contenía la respiración junto a él. Entonces, el silencio se desgarró.

No fue el choque del acero lo que oyó primero, sino un grito. Un aullido gutural, inhumano, que no era ni de triunfo ni de dolor, sino de pura furia animal. Fue la voz de Macro, el gigante aquitano, lanzándose a la carga. Inmediatamente después, el infierno se desató.

Desde su escondite, Aulo vio el resplandor de la hoguera de los desertores parpadear violentamente, proyectando sombras danzantes y monstruosas contra la cortina de niebla. Un hombre se levantó de golpe junto al fuego, recortado contra las llamas, y en el mismo instante, una flecha brotó de su garganta con un sonido húmedo, casi discreto. El hombre se llevó las manos al cuello, sorprendido, y se desplomó hacia delante, cayendo en su propia hoguera. Hubo un siseo espantoso y un olor acre a pelo y carne quemada que el viento arrastró hasta las fosas nasales de Aulo.

Era la señal. El ataque había comenzado.

El caos que siguió fue una cacofonía de violencia. Aulo oyó el inconfundible estruendo de un escudo romano chocando contra otro, el gruñido de esfuerzo de Querea, el grito ahogado de un hombre al que le faltaba el aire. Vislumbró a Crixo, moviéndose como una comadreja entre las sombras del borde del campamento, su espada corta subiendo y bajando con una eficiencia letal. El samnita no luchaba; ejecutaba.

Un desertor, armado con un hacha, logró esquivar la carga inicial de Macro y corrió hacia la oscuridad, directamente hacia donde Aulo estaba escondido. El pánico le atenazó la garganta. El hombre corría a la desesperada, con los ojos desorbitados por el terror, buscando una vía de escape. No lo había visto. Aulo se apretó contra el tronco de un aliso, intentando fundirse con la madera, con el barro. El corazón le martilleaba en el pecho con tanta fuerza que estaba seguro de que el desertor podía oírlo.

El hombre pasó a menos de tres pasos de él, resoplando como un animal acosado. Por un instante, Aulo pensó que había escapado. Pero entonces, una figura surgió de la noche a su espalda. Era Fenrir. El guía no hizo ningún sonido. Se movió con la fluidez del agua oscura que los rodeaba. No usó su arco ni su cuchillo. En su mano llevaba una delgada cuerda de cuero, una garrota. La pasó por encima de la cabeza del fugitivo y tiró.

El desertor cayó hacia atrás con un estertor. El ataque fue tan rápido, tan silencioso, que Aulo apenas pudo procesarlo. Fenrir apoyó una rodilla en la espalda del hombre y tiró de la cuerda con una fuerza tranquila y metódica. Hubo un breve y espasmódico pataleo, el sonido de un hombre intentando sorber aire a través de una tráquea aplastada, y luego, nada. El guía germano mantuvo la presión durante unos segundos más, asegurándose. Luego, soltó la cuerda, se levantó y se disolvió de nuevo en la noche, como si nunca hubiera estado allí.

Aulo se quedó paralizado, con la bilis subiéndole por la garganta. Acababa de presenciar una muerte a sangre fría, tan íntima y personal que le pareció mil veces más horrible que la carnicería que aún se desarrollaba junto al fuego.

La lucha duró apenas unos minutos, aunque a Aulo le pareció una eternidad. Los gritos se convirtieron en gemidos, y los gemidos en silencio. Pronto, el único sonido que quedó fue el crepitar del fuego, la respiración agitada de los vencedores y el goteo incesante del agua en el pantano.

—¡Médico!

La voz de Querea, tensa y sin aliento, lo sacó de su estupor. Aulo dudó. Sus piernas se negaban a obedecerle.

—¡Ahora, Aulo!

Con un esfuerzo supremo, se obligó a ponerse en pie. Se apoyó en su bastón, que temblaba en su mano, y cojeó hacia la luz.

La escena que lo recibió era una ilustración del infierno. El campamento era un pequeño claro embarrado. Cuatro cuerpos yacían esparcidos alrededor de la hoguera agonizante. El primero, el que había recibido la flecha de Fenrir, seguía en el fuego, su cuerpo retorciéndose por el calor en una última y grotesca parodia de vida. Otro yacía con la cabeza hundida, aplastada por la fuerza de Macro. Un tercero tenía el vientre abierto por la espada de Crixo. El último, el que había intentado huir, yacía en la penumbra, con los ojos abiertos y fijos en un cielo que no podía ver.

Sus compañeros de viaje estaban de pie, en medio de la carnicería. Estaban ilesos. Macro limpiaba la sangre de su escudo con un puñado de hierba. Crixo recuperaba su cuchillo del cuerpo de su víctima. Fenrir ya estaba registrando las escasas pertenencias del campamento. Querea, el centurión, estaba junto al fuego, con la espada aún en la mano, observando a Aulo con una mirada dura.

—Uno aún respira —dijo Querea, señalando con la barbilla al hombre que Crixo había destripado.

Aulo se acercó. El hombre, un romano de rostro curtido y barba descuidada, lo miró. No había odio en sus ojos, solo sorpresa y un dolor insondable. Se sujetaba las entrañas con las manos, en un inútil intento de mantener la vida dentro de su cuerpo.

—Agua… —murmuró, con los labios manchados de sangre.

Aulo se arrodilló a su lado. Su instinto de médico tomó el control, un refugio en medio del horror. Abrió su bolsa de medicinas, buscando algo para el dolor, un placebo, una última pizca de consuelo.

—No malgastes tus vendas, médico —dijo la voz de Querea a su espalda—. No va a sobrevivir. Pregúntale.

Aulo levantó la vista hacia el centurión, incrédulo.

—Está muriendo.

—Por eso mismo. Un hombre moribundo a veces dice la verdad —replicó Querea con frialdad—. Pregúntale dónde está el resto de su banda. ¿Dónde está la forja del "Cuervo"?

El desertor tosió, un espasmo que le sacudió todo el cuerpo. Miró a Querea y luego a Aulo. Una sonrisa torcida y sangrienta se dibujó en su rostro.

—Idos al infierno… perros de Sejano…

Fueron sus últimas palabras. Su cabeza cayó hacia un lado. Sus ojos perdieron el último vestigio de luz. La muerte, en el pantano, era rápida y sin ceremonias.

Aulo se quedó arrodillado un momento, con las manos manchadas de la sangre de un hombre al que no había podido salvar, al que ni siquiera le habían permitido consolar. Sintió una oleada de rabia impotente hacia Querea, hacia Getúlico, hacia Roma y su brutalidad.

—Levanta —ordenó el centurión—. No hemos venido a rezar por sus almas. Registra los cuerpos. Busca cualquier cosa. Un mapa, una nota, un símbolo. Tú sabes lo que hay que buscar. Tienes ojo para los detalles.

Era una orden. Aulo se levantó, sintiéndose sucio, profanado. Se acercó al primer cuerpo, el que Macro había matado. El cráneo estaba deformado de una manera que le resultó a la vez monstruosa y fascinante desde un punto de vista anatómico. Con manos temblorosas, empezó a registrar la túnica del muerto. Encontró un par de dados de hueso y una moneda de plata tan gastada que la efigie del Emperador era irreconocible. Nada más.

Se movió hacia el siguiente. El que Fenrir había estrangulado. El rostro del hombre estaba congestionado y oscuro, los ojos inyectados en sangre. Era joven, no mucho mayor que él. En una bolsa de cuero atada a su cinturón, Aulo encontró un trozo de pan duro y una pequeña figura de madera toscamente tallada que representaba un caballo. Un recuerdo de un hogar perdido, quizás. Aulo sintió una punzada de algo parecido a la compasión. Aquel hombre, aquel asesino y desertor, también había sido una persona.

—No busques su biografía, médico —dijo Querea, que lo observaba de cerca—. Busca pistas.

Aulo endureció el corazón y continuó. El tercer cuerpo, el que había apuñalado Crixo, no tenía nada de valor. Pero cuando se acercó al cuarto hombre, el que parecía ser el líder del grupo —el único que llevaba una cota de malla de mejor calidad—, encontró algo.

Dentro de su túnica, cosido en un bolsillo interior, había un pequeño rollo de cuero. Aulo lo desató con cuidado. No era un mapa. Era un trozo de piel de ciervo, curada y alisada. Sobre ella, dibujado con carbón, había un símbolo. Un cuervo, de perfil, con las alas a medio desplegar. Pero lo más importante estaba debajo del dibujo. Eran una serie de marcas: tres líneas verticales, seguidas de una línea horizontal, y luego dos líneas verticales más. Y junto a ellas, una media luna.

Aulo lo miró fijamente, sin entender. No era latín ni ningún dialecto germano que hubiera oído. Eran simples marcas.

—¿Qué es? —preguntó Querea, acercándose.

—No lo sé. Un código, quizás —dijo Aulo—. O una señal.

Fenrir, que había terminado de registrar el campamento, se acercó y miró el trozo de cuero por encima del hombro de Aulo. Entornó sus ojos pálidos.

—No es un código de hombres —dijo en su latín rudo—. Es un mapa de estrellas.

Aulo y Querea lo miraron.

—¿Estrellas? —repitió el centurión, escéptico.

—Las tribus del bosque no usamos mapas de tierra —explicó Fenrir, señalando las marcas con un dedo sucio—. La tierra cambia. El pantano se mueve. Pero las estrellas no. Son las mismas cada noche. Esto —dijo, señalando las tres primeras líneas— es el cinturón del Cazador. La línea horizontal es el río. Las otras dos líneas son las estrellas gemelas. Y la luna te dice en qué fase debes mirar.

Cogió el cuero y lo orientó hacia el cielo nocturno, que empezaba a clarear entre los jirones de niebla.

—El Cazador está ahora en el oeste. Las gemelas, en el norte. El río es el Lupia. Esto nos dice que su campamento principal está al norte, siguiendo el curso del río, en un lugar que se puede ver desde una colina o un claro cuando las gemelas y el Cazador están en esa posición.

El ingenio del método era a la vez primitivo y brillante. Un mapa que solo alguien que conociera el cielo nocturno y el terreno podría leer.

—¿Puedes encontrar ese lugar? —preguntó Querea, con una nueva urgencia en su voz.

—Puedo —respondió Fenrir—. Pero no será fácil. Está en el corazón del pantano. Un viaje de dos, quizás tres días. Y si tienen centinelas que vigilan las estrellas, sabrán que vamos mucho antes de que lleguemos.

Querea cogió el mapa de estrellas. Lo miró y luego a los cuerpos esparcidos por el suelo.

—Tenemos lo que vinimos a buscar. Vámonos. No dejéis nada. Arrojad los cuerpos al pantano. Que el fango se los quede.

Macro, sin una palabra, agarró uno de los cadáveres por los pies y lo arrastró hacia el agua oscura. Hubo un pesado chapoteo y el cuerpo desapareció. Crixo lo ayudó con el segundo.

Aulo se quedó de pie, observando cómo borraban todo rastro de la matanza. Se sentía vacío. Habían venido, habían matado, y ahora se iban. Como fantasmas. Habían encontrado una pista, sí. Pero a un precio que su alma de sanador apenas podía empezar a calcular. Miró sus manos, aún manchadas con la sangre del moribundo. Ya no era solo un médico. Era cómplice. Parte de la maquinaria de muerte de Roma.

Se dio la vuelta y, sin esperar a los demás, comenzó a caminar en la dirección que Fenrir había indicado. Hacia el norte. Hacia el corazón de la oscuridad.

# Capítulo 18

El amanecer no trajo consigo alivio, solo una luz gris y difusa que reveló la verdadera naturaleza del mundo que habitaban. El pantano se extendía en todas direcciones, un paisaje de pesadilla que la oscuridad había maquillado. Ahora, a plena luz, Aulo podía ver la infinidad de matices de la podredumbre: el verdín que cubría las aguas estancadas, el musgo negruzco que ahogaba los troncos de los árboles, las flores carnívoras que se abrían como pequeñas bocas dentadas entre los juncos. El aire era tan denso que parecía un esfuerzo respirarlo.

Nadie habló de lo ocurrido durante la noche. La masacre quedó atrás, tragada por el fango y el silencio, pero su eco permanecía. Aulo sentía un sabor metálico en la boca que no era solo el del miedo, sino el de la complicidad. Había visto a hombres morir, había registrado sus cuerpos aún calientes. Algo dentro de él, algo fundamental para su identidad como sanador, se había quebrado. Caminaba de forma mecánica, concentrado en el dolor de su cadera y en el esfuerzo de cada paso para no pensar en el rostro del hombre que había muerto suplicando agua.

El grupo se movía con una nueva gravedad. La breve y brutal victoria no los había envalentonado; los había hecho más cautos. Habían probado la sangre de su presa y sabían que el resto de la manada sería mucho más peligrosa. Querea caminaba con la mandíbula apretada, sus ojos no dejaban de escrutar la niebla. Crixo y Macro, flanqueándolo, se habían convertido en extensiones de su voluntad, dos armas vivientes preparadas para actuar al menor signo de peligro.

Fenrir iba en cabeza, como siempre, pero ahora su concentración era aún más intensa. Ya no solo leía el terreno bajo sus pies, sino también el cielo sobre sus cabezas. Aulo lo observaba, fascinado a pesar del agotamiento. El guía germano cotejaba constantemente el mapa de cuero con la posición de las nubes, la dirección del viento y la inclinación de la luz. Estaba navegando por un océano de fango usando un mapa de estrellas que solo él podía ver en su mente. Era una proeza de una inteligencia tan ajena a la lógica romana que a Aulo le parecía casi magia.

El terreno empeoró. Las franjas de tierra firme desaparecieron por completo. Ahora avanzaban con el agua constantemente por encima de las rodillas. El fondo era un lecho traicionero de lodo, raíces resbaladizas y agujeros inesperados. Aulo cayó varias veces, hundiéndose en el agua helada y maloliente, y era salvado en cada ocasión por el brazo de hierro de Macro, que lo levantaba sin esfuerzo y sin decir una palabra, como si estuviera recogiendo una pieza de equipo que se le hubiera caído. La humillación era casi tan dolorosa como el frío.

A media mañana, mientras cruzaban una zona de aguas más profundas, Crixo, que iba justo detrás de Aulo, soltó una maldición ahogada.

—¡Serpiente!

Aulo se giró a tiempo para ver al samnita dar un salto hacia atrás, con la cara contraída por el dolor. Se llevó la mano a la pantorrilla. Querea y Macro se volvieron al instante, con las espadas en la mano, escrutando el agua turbia. Fenrir se detuvo y levantó su arco, la flecha ya en la cuerda.

—¿Te ha mordido? —preguntó Querea, con la voz tensa.

—Sí. La muy zorra estaba enroscada en una raíz —gruñó Crixo, apretando los dientes.

Encontraron un pequeño promontorio, apenas un metro de tierra fangosa, y ayudaron a Crixo a salir del agua. Aulo se arrodilló a su lado, su condición de médico imponiéndose al terror y al agotamiento.

—Déjame ver.

Crixo se subió la pernera de sus braccae de cuero. En la carne dura y musculosa de su pantorrilla había dos pequeñas punciones, ya rodeadas por un halo rojo e hinchado.

—Era negra y con manchas amarillas —dijo Crixo, con la respiración agitada.

Fenrir se acercó y miró la herida. Asintió sombríamente.

—Vípera del fango. Su veneno no mata a un hombre fuerte. Pero lo enferma. Trae fiebre y un dolor como el fuego. No podrás caminar en un par de días.

El pánico asomó a los ojos del duro legionario. Quedarse tullido en mitad de aquel infierno era una sentencia de muerte.

—No tenemos un par de días —dijo Querea, mirando a Fenrir. La pregunta era clara.

El guía se encogió de hombros.

—Lo dejamos aquí o lo cargamos. Retrasará la marcha.

—No me vais a dejar aquí —siseó Crixo, intentando ponerse en pie y casi cayendo de nuevo.

Aulo no escuchaba. Estaba en su elemento. El mundo se había reducido a la herida y a su conocimiento.

—Quieto —ordenó, con una autoridad que sorprendió a los demás y a sí mismo—. Macro, sujétale la pierna. Que no se mueva.

Sacó su bolsa de medicinas. Sus manos, antes temblorosas, ahora se movían con una seguridad y precisión absolutas. Extrajo uno de sus escalpelos más finos.

—Esto dolerá —advirtió.

Sin esperar respuesta, hizo dos cortes rápidos y profundos sobre las marcas de la mordedura, uniendo las dos punciones en una X sangrienta. Crixo ahogó un gemido. Aulo se inclinó y, para el asombro de los legionarios, pegó sus labios a la herida y empezó a succionar. Extrajo una mezcla oscura de sangre y veneno y la escupió a un lado. Lo hizo una y otra vez, hasta que la sangre que salía era de un rojo más limpio.

Luego, se limpió la boca y sacó de un saquito un polvo grisáceo.

—Tierra sigillata —explicó, mientras aplicaba el polvo de arcilla medicinal sobre la herida abierta—. Absorberá el resto del veneno y ayudará a cerrar la herida.

Finalmente, vendó la pierna con fuerza.

—La fiebre llegará igualmente, pero será más débil. Y el veneno no se extenderá. Podrás caminar. Con dolor, pero podrás caminar.

Se levantó, sintiéndose extrañamente en calma. Por primera vez desde que había salido de Roma, se había sentido útil, él mismo. Había luchado contra la muerte con sus propias armas: la razón y el conocimiento.

Querea lo miraba con una expresión indescifrable, una mezcla de sorpresa y un respeto a regañadientes.

—Buen trabajo, médico.

Crixo, pálido y sudoroso, asintió con la cabeza.

—Te debo una.

Incluso Fenrir pareció impresionado. Miró la venda profesional y luego a Aulo.

—Tus manos conocen la curación. Pero este lugar solo conoce la muerte. Vámonos. Hemos perdido tiempo.

Reanudaron la marcha. Crixo cojeaba visiblemente, apoyándose en una vara que Macro le había cortado, pero avanzaba. El incidente, aunque peligroso, había cambiado sutilmente la dinámica del grupo. Aulo ya no era solo una carga frágil. Había demostrado su valor en sus propios términos. Había salvado a uno de ellos.

Siguieron caminando durante horas, en un silencio solo roto por el chapoteo del agua y la respiración fatigada de Crixo. El paisaje comenzó a cambiar. El pantano se volvió menos abierto. Se adentraron en un laberinto de manglares retorcidos, árboles que crecían directamente del agua sobre una maraña de raíces aéreas. El dosel de hojas era tan denso que la luz apenas se filtraba, sumergiéndolos en una penumbra perpetua. El agua aquí era más profunda y oscura, y el olor a descomposición, más intenso.

Era un lugar diseñado para esconder secretos.

Al atardecer del segundo día desde la emboscada, Fenrir se detuvo. Levantó una mano, ordenando silencio absoluto. Se quedó inmóvil durante casi un minuto, con la cabeza ladeada, escuchando. Aulo no oía nada más que el zumbido de los insectos.

Luego, el guía señaló hacia el norte.

—Humo —susurró—. Y metal.

Avanzaron con un sigilo infinito, sin hacer el menor ruido. Aulo contenía la respiración, sintiendo cada latido de su corazón en sus sienes. Unos cien pasos más adelante, llegaron al borde de una laguna oculta. Lo que vieron los dejó helados.

En el centro de la laguna había una isla, un promontorio de roca y tierra que se elevaba unos metros sobre el nivel del agua, lo bastante grande como para albergar un pequeño campamento. Y en esa isla, habían construido una forja.

No era una simple herrería de campaña. Era una instalación permanente y bien organizada. Vieron un horno de ladrillos de barro del que salía una columna de humo negro y grasiento. Vieron yunques montados sobre grandes troncos. Vieron pilas de carbón y montones de metal en bruto. Y vieron hombres. Al menos una docena, moviéndose con un propósito febril. Unos manejaban los fuelles, otros martilleaban el metal al rojo vivo sobre los yunques. El sonido rítmico y metálico de los martillos llegaba hasta ellos a través del agua, un latido infernal en el corazón del pantano.

No estaban fabricando simples espadas o puntas de lanza. Aulo, aunque no era un experto, podía ver que las formas que creaban eran complejas. Vio a un hombre templando una pieza que tenía la inconfundible forma de un *pilum*, la pesada jabalina de la legión. Estaban fabricando armas romanas.

El campamento estaba protegido. Habían construido una tosca empalizada de estacas afiladas a lo largo de la orilla de la isla, y en el único punto que parecía un embarcadero, había dos centinelas armados.

—Por todos los dioses… —murmuró Querea a su lado.

Esto era mucho más que una banda de desertores escondiéndose. Era una armería clandestina. Una fábrica de armas en mitad de la nada, produciendo armamento de calidad legionaria para un ejército fantasma. La escala de la operación era impensable. El robo de metal, la organización, el conocimiento técnico… todo apuntaba a una conspiración mucho más grande y peligrosa de lo que Getúlico había imaginado.

Entonces, Aulo vio una figura que salía de la tienda más grande, situada en el punto más alto de la isla. No era un simple legionario. Se movía con una autoridad natural. Era alto y vestía una armadura de cuero negro tachonado, sin insignias, pero de una calidad excepcional. Llevaba el pelo largo, recogido en una cola de caballo, y una barba negra y espesa. Se detuvo a observar el trabajo de la forja, y cuando se giró, Aulo pudo ver su perfil. Un perfil afilado, como el de un ave de presa.

—El Cuervo —susurró Fenrir, confirmando sus pensamientos.

Habían encontrado la guarida. Pero no era una simple cueva de ladrones. Era una fortaleza. Un hormiguero de traidores bien armados y organizados. Eran cinco contra un número indeterminado de enemigos atrincherados en una posición defendible. La misión había pasado de ser peligrosa a ser abiertamente suicida.

Querea los hizo retroceder lentamente, hasta que estuvieron fuera del alcance de la vista y el oído del campamento. Se agazaparon en la maraña de raíces de un manglar. El rostro del centurión era una máscara de piedra.

—Tenemos que volver —dijo en voz baja—. Informar al legado. Esto es demasiado grande para nosotros.

—No podemos volver por donde hemos venido —dijo Fenrir—. Dejamos un rastro. Si tienen exploradores, nos encontrarán. Hay que buscar otra ruta, por el oeste. Será más largo.

Mientras hablaban, Aulo seguía viendo en su mente la imagen de la forja, el brillo del metal al rojo vivo, el rostro del hombre al que llamaban "El Cuervo". Había encontrado el corazón de la oscuridad. Y ahora, tenía que escapar de él. La pregunta era si el pantano, y los hombres que lo habitaban, se lo permitirían.

# Capítulo 19

La decisión estaba tomada, pero el miedo era un animal con vida propia que se les había enroscado en el pecho. Retroceder fue una agonía de sigilo. Cada rama que se rompía bajo una bota, cada chapoteo en el agua, sonaba en la quietud del pantano como un trueno. Aulo sentía la nuca erizada, convencido de que en cualquier momento un grito de alarma resonaría desde la isla, seguido por el zumbido de una flecha. Se movieron hacia atrás, desandando sus propios pasos con una lentitud insoportable, hasta que la maraña de manglares y la niebla se interpusieron entre ellos y la visión infernal de la forja. El sonido de los martillos se fue atenuando hasta convertirse en un eco lejano, un latido moribundo en el corazón de aquel mundo acuático.

Cuando Querea juzgó que estaban a una distancia segura, se detuvieron. No para descansar, sino para reorientarse. El aire seguía siendo pesado, opresivo. El sol, una mancha pálida en el cielo plomizo, indicaba que la tarde avanzaba.

—Hacia el oeste —dijo Fenrir, señalando en una dirección que a Aulo le pareció idéntica a todas las demás—. Hay un afluente del Lupia a medio día de marcha. Si lo encontramos, nos llevará a terreno más alto y seco. Será un camino más largo, pero más seguro. Los hombres del Cuervo vigilarán la ruta directa al sur.

—¿Medio día? En este lodazal, eso podría ser una eternidad —gruñó Querea. Miró a Crixo. El samnita estaba pálido, y una fina capa de sudor perlaba su frente, a pesar del frío. La fiebre que Aulo había prometido estaba llegando.

—Puedo seguir —dijo Crixo, con la mandíbula apretada. Su cojera era más pronunciada, y se apoyaba con fuerza en la vara que le servía de muleta.

—No tienes elección —replicó el centurión. Luego se volvió hacia el resto—. Moveos. Rápido y en silencio. Ahora no cazamos. Nos cazan.

El nuevo rumbo los llevó a una parte del pantano aún más salvaje y primigenia. Si antes habían caminado por un lodazal, ahora se arrastraban por las entrañas de una bestia moribunda. El agua se volvió más profunda, a menudo llegándoles a la cintura, y el fondo era una trampa de raíces entrelazadas y fango succionador. Avanzaban en un silencio tenso, comunicándose solo con gestos. Fenrir a la cabeza, como un espectro que se deslizaba por el agua. Querea justo detrás, con la espada desenvainada. Luego Macro, que se había colocado junto a Crixo, listo para sostenerlo si flaqueaba. Aulo cerraba la marcha, sintiéndose dolorosamente vulnerable. Cada sombra le parecía un enemigo, cada sonido del pantano, una amenaza.

El esfuerzo físico era brutal. El frío del agua les robaba el calor del cuerpo, dejándolos con los músculos entumecidos y los dientes castañeteando. Aulo sentía el dolor en su cadera como un hierro al rojo vivo, pero el miedo era un acicate más poderoso. La imagen del Cuervo, con su perfil de ave de presa, estaba grabada en su mente. Aquel hombre no era un simple bandido. Había una inteligencia fría y organizada detrás de esa forja. Y esa inteligencia ahora estaría centrada en encontrar a los espías que habían descubierto su secreto.

Al caer la noche, encontraron un pequeño promontorio rocoso, una rareza en aquel mar de lodo, y se desplomaron, exhaustos. Estaban demasiado expuestos para encender un fuego. Se acurrucaron unos contra otros, buscando un calor que sus propios cuerpos apenas podían generar. La oscuridad era total, absoluta, y los sonidos del pantano se multiplicaron a su alrededor: el chapoteo de criaturas invisibles, el susurro de las hojas, el lamento del viento entre los juncos.

Aulo revisó la herida de Crixo a la luz temblorosa de la luna, que se filtraba a través de las nubes. La pierna estaba caliente al tacto y la hinchazón había aumentado, pero la carne alrededor de la incisión no tenía el aspecto negruzco de la gangrena.

—La fiebre está subiendo —murmuró Aulo, mientras le daba a beber una infusión de corteza de sauce de su cantimplora—. Tienes que beber mucho.

—Estoy bien, médico —susurró Crixo, aunque sus ojos vidriosos decían lo contrario—. Solo necesito descansar.

Querea se sentó junto a Aulo, observando la oscuridad.

—Mañana, al amanecer, tenemos que encontrar ese río —dijo, su voz apenas un susurro—. Cada hora que pasamos aquí, el círculo se cierra.

—¿Crees que nos siguen ya? —preguntó Aulo.

—Lo sé —respondió el centurión con una certeza escalofriante—. Tienen exploradores. Germanos, como Fenrir. Conocen este lugar mejor que nosotros. No buscarán nuestras huellas en el fango; buscarán las señales que dejamos sin saberlo: una rama rota, un pájaro que se asusta, el olor de nuestro miedo en el aire. Ya deben saber que estuvimos allí. Y ahora mismo, están decidiendo qué ruta hemos tomado.

La noche fue una larga vigilia. Se turnaron para hacer guardia en turnos de una hora. Cuando le tocó a Aulo, se sentó con la espalda apoyada en una roca fría, su bastón en el regazo, escuchando. Intentó aplicar su método, su razón, a la oscuridad. Catalogar los sonidos, identificar las amenazas. Pero el pantano se burlaba de su lógica. Era un caos de vida y muerte que operaba con reglas que él no entendía. Se sintió pequeño, insignificante. Un hombre de ciencia en un mundo de dioses antiguos y brutales.

El amanecer los encontró ateridos y hambrientos. Comieron el resto de su tasajo en silencio y se pusieron en marcha. La fiebre de Crixo había empeorado. Tenía el rostro enrojecido y temblaba incontrolablemente. Macro tuvo que ayudarlo a mantenerse en pie. Su avance se ralentizó hasta convertirse en un suplicio.

Fue a media mañana cuando Fenrir se detuvo bruscamente. Se agachó, inmóvil, como un perro de caza que ha venteado a su presa. Los demás se congelaron. El guía no miraba hacia delante, sino hacia atrás, por donde habían venido.

—¿Qué ocurre? —susurró Querea.

—Aves —dijo Fenrir, señalando el cielo con un movimiento casi imperceptible de su cabeza—. Mirlos de agua. Vuelan todos en la misma dirección. Hacia el sur. Algo los ha asustado. Algo grande que se mueve rápido.

Siguieron la mirada del guía. A lo lejos, una bandada de pájaros negros se elevaba sobre las copas de los árboles, describiendo un arco en el cielo antes de desaparecer.

—¿A qué distancia? —preguntó Querea.

—Media milla. Quizás menos. Se mueven por el agua. Son más rápidos que nosotros.

El pánico, que había sido un compañero sordo y constante, se convirtió en una oleada helada.

—¡Moveos! —siseó Querea—. ¡Ahora!

La cautela fue reemplazada por una desesperación frenética. Se chapoteaba, se tropezaba. El ruido ya no importaba. Solo la velocidad. Crixo gemía de dolor a cada paso, pero seguía adelante, arrastrado por la adrenalina y la voluntad de hierro de Macro. Aulo sentía que los pulmones le ardían. El agua, antes un obstáculo, ahora parecía un enemigo que se aferraba a sus piernas, intentando retenerlos.

Unos minutos después, oyeron el primer sonido. Un cuerno de caza. Una nota larga y profunda que resonó sobre el pantano, extrañamente hermosa y aterradora. No era una llamada romana. Era una señal germana.

—Nos han visto —dijo Fenrir, sin dejar de moverse—. Le están diciendo a los otros grupos dónde estamos.

El cuerno fue respondido por otro, más a su izquierda, y luego por un tercero, a su derecha. Estaban siendo flanqueados. Los estaban cercando, canalizándolos como a una manada de ciervos hacia una trampa.

—¡El río! —gritó Querea a Fenrir—. ¿Dónde está el maldito río?

—¡Cerca! ¡Puedo olerlo! —respondió el guía, saltando sobre un tronco caído.

Salieron del laberinto de manglares y entraron en una zona de juncos altos que se mecían con el viento. El terreno comenzó a elevarse sutilmente. El agua les llegaba ahora solo a los tobillos. Y entonces, Aulo lo oyó. Un sonido nuevo, diferente a los ruidos estancados del pantano: el murmullo constante del agua en movimiento.

Corrieron los últimos cien pasos y salieron a la orilla de un riachuelo de aguas rápidas y sorprendentemente claras que serpenteaba a través del pantano. No era grande, apenas unos cinco metros de ancho, pero su corriente era fuerte.

—Es el afluente —dijo Fenrir, sin aliento—. Nos llevará al Lupia.

No había tiempo para celebrar. El sonido de sus perseguidores se oía más cerca. Gritos guturales y el chapoteo de muchos hombres moviéndose por el agua.

—¡Cruzad! —ordenó Querea—. ¡Macro, ayuda a Crixo!

El agua del río estaba helada, y la corriente era más fuerte de lo que parecía. Aulo tropezó con una piedra resbaladiza y fue arrastrado unos metros antes de que Querea lo agarrara del brazo y lo pusiera en pie. Llegaron a la otra orilla, empapados y temblando, y se adentraron en el bosque que crecía en el terreno más alto.

Estaban fuera del pantano, pero no estaban a salvo.

—No se detendrán en el río —dijo Fenrir, mientras escurría el agua de sus pieles—. Nos seguirán.

Se detuvieron un momento para recuperar el aliento, ocultos tras un afloramiento de roca. Desde allí, vieron a sus perseguidores llegar a la orilla opuesta. Eran al menos veinte. Una mezcla de desertores romanos con armaduras improvisadas y guerreros germanos con el torso desnudo y el rostro pintado. Y al frente de ellos, Aulo lo reconoció. Era el hombre de la forja. El Cuervo.

Estaba de pie en la orilla, observando el bosque donde se escondían. No parecía tener prisa. Daba órdenes con gestos tranquilos. Unos cuantos de sus hombres empezaron a vadear el río, mientras otros corrían a lo largo de la orilla, buscando un lugar mejor para cruzar.

—Nos ha subestimado —dijo Querea en voz baja, con una extraña calma en su voz—. Cree que somos exploradores perdidos. No sabe a quién se enfrenta.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Aulo, con el corazón en un puño.

—Lo que Roma siempre ha hecho —respondió el centurión, y en sus ojos Aulo vio el brillo frío y duro de mil años de guerra—. Luchar.

Se volvió hacia Fenrir.

—Guía. Necesitamos un lugar. Un cuello de botella. Un sitio donde cinco hombres puedan parecer cincuenta. Un lugar donde podamos morir luchando.

Fenrir miró el terreno que se extendía ante ellos: un bosque denso de robles y pinos que ascendía por la ladera de una colina. Asintió lentamente.

—Conozco un lugar. Un antiguo paso de cazadores entre dos riscos. A una hora de aquí, si podemos llegar. Es estrecho. Solo podrán atacarnos de uno en uno.

—Entonces, a una hora de aquí es donde haremos nuestra última parada —dijo Querea. Se ajustó el casco y miró a sus hombres. A Macro, la roca silenciosa. A Crixo, temblando de fiebre pero con la mano en su espada. Y a Aulo, el médico que se había convertido en soldado a la fuerza.

—Corred —fue su única orden.

Y corrieron. No como antes, huyendo del miedo. Sino corriendo hacia él. Hacia la última y desesperada oportunidad de sobrevivir, o de morir de una forma que tuviera sentido. La caza había terminado. La guerra estaba a punto de empezar.

# Capítulo 20

Correr. La palabra había perdido todo su significado. Ya no era un acto de voluntad, sino un espasmo colectivo, un instinto primario que los arrastraba a través del bosque. Aulo sentía cada impacto de su pie contra el suelo como un martillazo que le subía por la columna hasta el cráneo. Su cadera era una brasa ardiente. Sus pulmones, dos fuelles a punto de reventar. El sabor del aire era el sabor del cobre y la desesperación.

El bosque era un borrón de verdes y marrones. Árboles que parecían garras, raíces que se convertían en lazos para sus pies. No miraba hacia delante, solo a la espalda de Macro, que corría delante de él. El aquitano se había echado a Crixo sobre el hombro, como si el legionario samnita no fuera más que un saco de grano. Crixo, delirando por la fiebre, se aferraba a su compañero, con el rostro desencajado por el dolor y la enfermedad. A pesar de la carga, Macro corría con la cadencia pesada e imparable de un animal de tiro.

A la cabeza, Fenrir se deslizaba entre los árboles, no corría. Su cuerpo parecía no tocar el suelo, fluyendo sobre el terreno con una agilidad que era a la vez hermosa y profundamente inhumana. Tras él, Querea, con el escudo en la espalda y el gladio en la mano, corría con la disciplina grabada en cada músculo. Su respiración era controlada, económica. No malgastaba ni una gota de energía.

Detrás de ellos, los sonidos de la caza se hacían más nítidos. Los cuernos habían callado, reemplazados por los gritos de ánimo de sus perseguidores. Eran aullidos guturales, excitados, el clamor de una jauría que sabe que su presa está agotada y a punto de caer.

Aulo tropezó con una raíz oculta y cayó de bruces sobre un lecho de hojas húmedas y tierra negra. El aire se escapó de sus pulmones en un gemido. Por un instante, solo quiso quedarse allí. Rendirse. Dejar que la oscuridad lo reclamara. Era más fácil que dar un paso más.

—¡Levanta, médico!

La mano de Querea lo agarró de la túnica y lo puso en pie con una fuerza que casi le disloca el hombro. El rostro del centurión estaba a centímetros del suyo, una máscara de sudor y tierra. Sus ojos eran dos esquirlas de sílex.

—Morirás de pie, como un romano. Ahora, ¡corre!

El insulto fue como un latigazo. Aulo encontró una última reserva de fuerza, nacida no del valor, sino de la pura y simple humillación. Y corrió.

Unos minutos después, que a Aulo le parecieron una vida entera, Fenrir levantó un brazo. Habían llegado.

El lugar era exactamente como el guía lo había descrito, y a la vez, infinitamente más imponente. Dos enormes riscos de granito negro, cubiertos de musgo y cicatrices del tiempo, se alzaban a ambos lados de una colina boscosa, formando una estrecha grieta entre ellos. El paso no tendría más de dos metros de ancho en su entrada y se extendía unos diez metros hacia el interior, terminando en una pared de roca. Era una trampa mortal. O una fortaleza inexpugnable. Todo dependía del lado en el que estuvieras.

—Aquí es —dijo Fenrir, sin aliento.

No hubo tiempo para descansar. Querea asumió el mando con una eficiencia helada.

—¡Macro, Crixo, a la retaguardia! ¡Tapad la salida! —ordenó—. ¡Fenrir, sube a ese saliente! —señaló una repisa en la roca a unos tres metros de altura—. ¡No dispares hasta que yo dé la orden! ¡Médico, quédate con Crixo! ¡Si cae, ocúpate de él! ¡Y mantén la cabeza gacha!

Macro depositó a Crixo con sorprendente suavidad al final del pasadizo. El samnita, temblando, se apoyó contra la pared de roca, desenvainó su espada y se preparó para defender la retaguardia, aunque apenas podía mantenerse en pie. Aulo se agazapó a su lado, abriendo su bolsa de medicinas con manos torpes.

Querea se plantó en la boca del desfiladero. Colocó su gran escudo oblongo frente a él, clavando la base en la tierra. Desenvainó el gladio. Su postura era la de un gladiador esperando la señal de empezar el combate. Era la encarnación de la disciplina de la legión. Un muro de un solo hombre.

Los primeros enemigos aparecieron entre los árboles. Eran tres guerreros germanos, altos y rubios, con el pecho desnudo y hachas en las manos. Corrieron hacia el paso con un grito de triunfo, seguros de haber acorralado a su presa.

No contaban con la fría geometría de la guerra romana.

Querea los dejó acercarse. Esperó a que el primero estuviera a un paso. Entonces, en lugar de atacar, golpeó. No con la espada, sino con el escudo. Lanzó todo su peso hacia delante, impactando el borde de su *scutum* en la cara del germano. Hubo un crujido de huesos rotos y el hombre cayó hacia atrás, cegado y gritando. Antes de que el segundo pudiera reaccionar, el gladio de Querea salió disparado por encima del escudo, una estocada corta y brutal que se hundió en el cuello del guerrero. El centurión retiró la hoja con la misma rapidez y se cubrió de nuevo. Todo el movimiento había durado menos de dos segundos.

El tercer germano, desconcertado, se detuvo. En ese instante, una flecha brotó de su pecho. Miró hacia abajo, sorprendido, y luego se desplomó. Era la primera flecha de Fenrir.

Desde la retaguardia, Aulo lo vio todo con una claridad aterradora. Su mente, entrenada para analizar huesos y heridas, diseccionaba la violencia. No vio una lucha, sino una serie de movimientos precisos, de ángulos y de fuerzas aplicadas. Vio la biomecánica de la muerte.

Llegaron más enemigos. Desertores romanos mezclados con germanos. Intentaron asaltar el paso en masa, pero la estrechez los obligaba a enfrentarse a Querea de uno en uno, convirtiendo su superioridad numérica en una desventaja. El centurión era una máquina de matar. No había furia en sus movimientos, solo una economía letal. Parada con el escudo, estocada, retirada. Parada, estocada, retirada. El suelo frente a él empezó a cubrirse de cuerpos.

A su espalda, Crixo soltó un grito. Aulo se giró. Un desertor había logrado trepar por uno de los riscos y se había descolgado al final del pasadizo. Crixo, a pesar de la fiebre, se lanzó contra él. Sus movimientos eran torpes, lentos, pero desesperados. El desertor le apartó la espada de un golpe y le dio una patada en la pierna herida. Crixo aulló de dolor y cayó de rodillas. El desertor levantó su espada para dar el golpe de gracia.

Aulo no pensó. Reaccionó. Agarró su pesado bastón de madera de fresno con ambas manos y, usando todo el peso de su cuerpo, lo estrelló contra la parte posterior de la rodilla del desertor. La articulación cedió con un chasquido. El hombre gritó y se desplomó. Antes de que pudiera recuperarse, Crixo, desde el suelo, le clavó su gladio en la ingle, empujando hacia arriba con todas sus fuerzas. El desertor se convulsionó y quedó inmóvil.

Crixo miró a Aulo desde el suelo, con los ojos vidriosos por la fiebre y la sorpresa.

—La segunda… —jadeó.

Aulo se quedó mirando su bastón, luego al hombre muerto. Tenía las manos entumecidas. El corazón le latía con una violencia que lo ensordecía. Había contribuido a una muerte. La náusea lo invadió, pero no había tiempo para ello. Ayudó a Crixo a apoyarse de nuevo contra la pared.

La lucha en la entrada del paso se intensificaba. Más enemigos llegaban, empujando a los de delante, tratando de arrollar a Querea por pura fuerza bruta. Entonces, Macro entró en acción.

El aquitano se colocó junto a Querea, hombro con hombro. Juntos, formaron una *testudo* de dos hombres, un muro de escudos curvos casi impenetrable. Ahora los atacantes se enfrentaban a una pared doble. Mientras un escudo recibía el impacto, el otro protegía al legionario que lanzaba la estocada. Su coordinación era perfecta, fruto de años de entrenamiento. Eran una unidad, una sola entidad de combate.

Desde su posición elevada, Fenrir seguía lanzando flechas con una cadencia mortal. No apuntaba a los hombres que luchaban en el frente, sino a los que estaban más atrás, a los líderes que daban órdenes, sembrando la confusión.

La carnicería duró casi media hora. Aulo perdió la cuenta de los hombres que cayeron. El pasillo se había convertido en un matadero. La sangre formaba charcos en el suelo y salpicaba las paredes de roca. El aire olía a sudor, a miedo y a muerte. Los legionarios estaban agotados. Sus movimientos eran más lentos. Sus escudos, pesados por los impactos.

Entonces, se hizo un silencio. Los atacantes que quedaban retrocedieron, dejando un montón de cadáveres y heridos en la entrada del paso. Se reagruparon entre los árboles. Querea y Macro aprovecharon para recuperar el aliento, apoyados en sus escudos, con el pecho subiendo y bajando violentamente.

Una figura emergió de entre los árboles. Era El Cuervo.

Caminó lentamente sobre los cuerpos de sus hombres caídos, sin mostrar la menor emoción. Llevaba una espada larga, de estilo germano, en una mano, y en la otra, un hacha de combate. Se detuvo a unos metros de la entrada del paso. Su mirada fría se posó en Querea, luego en Macro.

—Dos legionarios y un salvaje con un arco —dijo, su voz tranquila resonando en el silencio—. Habéis luchado bien. Os concederé una muerte honorable. Rendíos ahora, y será rápido.

—Los centuriones de Roma no se rinden ante traidores y bandidos —respondió Querea, con la voz ronca por el esfuerzo.

El Cuervo sonrió, una sonrisa sin alegría.

—Un centurión. Eso lo explica todo. ¿Y quién es tu superior? ¿Getúlico, ese político gordo y cobarde? No importa. Pronto todos serviréis a un nuevo señor.

Se volvió hacia sus hombres.

—Se acabó el juego. ¡Traed la madera! ¡Quemadlos!

Un grupo de desertores comenzó a arrastrar ramas secas y troncos pequeños hacia la boca del desfiladero. El plan era simple y brutal: si no podían entrar, prenderían un fuego en la entrada y los ahogarían con el humo o los quemarían vivos.

Era el fin. No había escapatoria.

Aulo miró a su alrededor, desesperado. La pared de roca al fondo del pasillo, la pila de cadáveres en la entrada. Su mente, liberada del pánico inmediato, empezó a trabajar. Buscaba una salida, una variable que no hubieran considerado.

Y entonces la vio. El humo. El fuego. El viento.

—¡Querea! —gritó—. ¡El viento!

El centurión lo miró, sin comprender.

—¡El viento sopla hacia ellos! ¡No hacia nosotros! ¡Si encienden el fuego, el humo irá en su dirección!

Querea miró hacia las copas de los árboles, que se mecían suavemente. Aulo tenía razón. La brisa soplaba desde el fondo del desfiladero hacia el exterior. Era una brisa débil, pero constante.

El Cuervo, que no había oído a Aulo, dio la orden. Un hombre se arrodilló para encender la pira con un eslabón y pedernal.

—¡Fenrir! —gritó Querea—. ¡El hombre del fuego!

Una flecha silbó y el hombre cayó de lado con la mano en el hombro. Pero ya era tarde. Una chispa había prendido en la yesca, y una pequeña llama comenzó a lamer la madera seca.

—¡No funcionará! —gritó El Cuervo, furioso—. ¡Alimentad el fuego! ¡Pronto será tan grande que el viento no importará!

Pero Aulo había visto otra cosa. No solo el viento. Había visto la resina que cubría los pinos que crecían en la ladera, la gruesa capa de agujas secas en el suelo del bosque. Y en su bolsa, junto a los remedios y las vendas, llevaba una pequeña vasija de cerámica sellada. Contenía azufre. Lo usaba en polvo para tratar afecciones de la piel y fumigar las habitaciones.

—¡Necesito una flecha! —le gritó a Fenrir—. ¡Y una tira de tela!

Fenrir, sin preguntar, le lanzó una flecha y Aulo rasgó un trozo del forro de su túnica. Con manos febriles, descorchó la vasija, untó la punta de la flecha con el polvo amarillo y ató la tela justo debajo, impregnándola también.

—¡Fuego! —le gritó a Crixo.

El samnita, entendiendo al instante, sacó su propio pedernal. Un par de intentos y la tela impregnada de azufre prendió, ardiendo con una llama verdosa y un humo acre.

—¡Fenrir! —gritó Aulo, pasándole la flecha incendiaria—. ¡Apunta a los pinos detrás de ellos! ¡Donde hay más agujas secas!

El guía germano cogió la flecha, la colocó en su arco y tensó la cuerda. La apuntó, no a un hombre, sino al corazón del bosque que se extendía a la espalda de sus enemigos. La flecha voló, un cometa siseante de humo y fuego.

Aterrizó en un espeso manto de agujas de pino secas, al pie de un árbol que lloraba resina. El efecto fue instantáneo. El fuego de azufre prendió en la resina con una ferocidad explosiva. Las llamas treparon por el tronco del árbol en segundos, y el fuego se extendió por el suelo del bosque como un reguero de pólvora.

El Cuervo y sus hombres se giraron, sorprendidos. En cuestión de segundos, no tenían un pequeño fuego frente a ellos, sino un muro de llamas a su espalda, que crecía y se extendía, avivado por la brisa, cortándoles la vía de escape. El pánico se apoderó de ellos. Su trampa se había convertido en su propia pira funeraria.

—Ahora —dijo Querea, con una voz que era puro hielo—. Ahora es nuestro turno.

Y junto a Macro, salió del desfiladero y cargó. No contra un ejército, sino contra una turba de hombres aterrorizados, atrapados entre el acero romano y un infierno de su propia creación.

# Capítulo 21

El mundo se convirtió en un infierno de fuego y gritos. Desde la relativa seguridad del desfiladero, Aulo observaba la escena con una mezcla de terror y una extraña desconexión, como si estuviera viendo una obra teatral escrita por un dios loco. El fuego que él mismo había provocado rugía entre los árboles, un monstruo hambriento de crepitante resina y agujas de pino secas. El humo negro y espeso se arremolinaba, creando un velo infernal que convertía a los combatientes en siluetas fantasmagóricas que luchaban y morían en un crepúsculo artificial.

Querea y Macro eran el epicentro de la violencia. La desesperación de sus enemigos, atrapados entre el fuego y el acero, los había convertido en una turba enloquecida. Pero el pánico era un mal estratega. Los desertores y germanos se lanzaban contra los dos legionarios sin orden ni concierto, y la disciplina romana los segaba como a espigas de trigo. El *scutum* de Querea era un ariete que rompía guardias y desequilibraba cuerpos; su gladio, un aguijón que entraba y salía con una eficiencia metódica y aterradora. A su lado, Macro no luchaba, sino que demolía. Su inmensa fuerza convertía su escudo en un arma contundente y su espada, más pesada que la de Querea, partía huesos y cercenaba miembros con una brutalidad económica.

Aulo se dio cuenta de que ya no estaba simplemente observando. Su mente analítica, su maldición y su don, había tomado el control. Estudiaba la masacre. Veía cómo el humo afectaba la visibilidad, cómo el calor del fuego obligaba a los hombres a moverse de una manera determinada, cómo el miedo destruía la cohesión de un grupo armado. Estaba aprendiendo el lenguaje de la batalla, y se odió por ello.

El caos duró apenas unos minutos, aunque a Aulo le pareció una eternidad. Uno a uno, los enemigos caían o huían ciegamente hacia el fuego, prefiriendo la muerte por las llamas a la que les esperaba en la punta de las espadas romanas. Pronto, solo quedó uno en pie, enfrentándose a los dos legionarios. El Cuervo.

Se había mantenido al margen del combate inicial, observando la desintegración de sus fuerzas con una calma gélida. Ahora, con el fuego rugiendo a su espalda y sus hombres muertos o dispersos, se adelantó. No había pánico en sus ojos, solo un odio frío y concentrado. Sostenía su larga espada germana con ambas manos, el hacha abandonada a sus pies. El humo y las cenizas se arremolinaban a su alrededor, dibujando su silueta contra las llamas. Parecía un demonio surgido del propio infierno.

—Centurión —dijo, su voz resonando por encima del crepitar del fuego—. Morirás aquí. Pero te llevarás a tus hombres contigo.

Querea no respondió. Él y Macro se separaron ligeramente, adoptando una postura de combate, listos para recibir su carga. El Cuervo se lanzó hacia delante, no con un grito, sino con un silencio depredador. Su objetivo no era el muro de escudos, sino el hueco entre ellos. Su velocidad era asombrosa. Esquivó la estocada inicial de Querea y su larga espada describió un arco mortal dirigido al cuello de Macro. El aquitano levantó su escudo justo a tiempo. La hoja chocó contra el metal con una lluvia de chispas, pero la fuerza del impacto hizo que Macro retrocediera un paso.

El Cuervo usó ese instante para girar sobre sí mismo, un torbellino de cuero negro y acero, y lanzar un segundo tajo hacia la pierna desprotegida de Querea. El centurión saltó hacia atrás, evitando el golpe por un suspiro. La danza mortal había comenzado. Era un maestro espadachín, combinando la fuerza bruta germana con una técnica que delataba un entrenamiento romano. Luchaba como dos hombres en uno, y Querea y Macro, agotados por la batalla anterior, se vieron obligados a ponerse a la defensiva.

Desde el risco, Fenrir tensó su arco. Buscaba un tiro limpio, pero el combate era demasiado rápido, demasiado cercano. Lanzar una flecha era arriesgarse a ensartar a uno de los suyos.

Dentro del paso, Crixo intentó levantarse, con el gladio en la mano, para ayudar a sus compañeros.

—¡Quieto! —le espetó Aulo, empujándolo de nuevo contra la roca—. Estorbarías más que ayudar.

Aulo se sentía impotente. Era un hombre de acción en un mundo de violencia, pero sus acciones eran con la mente, no con el músculo. Miró la escena, desesperado, buscando una debilidad, un ángulo, una variable. Su mirada se fijó en el hacha de combate que El Cuervo había tirado al suelo. Estaba a unos pocos metros de la lucha. Demasiado lejos.

La batalla era un punto muerto. La defensa coordinada de los legionarios resistía la furia ofensiva del Cuervo, pero no podían lanzar un contraataque efectivo. El Cuervo era demasiado rápido, su espada demasiado larga. Los estaba agotando, esperando un error.

Y el error llegó. Querea, al parar un golpe particularmente brutal, resbaló en un charco de sangre. Su pie cedió por un instante, lo justo para abrir una brecha en su guardia. El Cuervo lo vio. Se lanzó hacia delante, ignorando a Macro, para dar el golpe de gracia.

Fue entonces cuando Fenrir actuó. No disparó al Cuervo. Disparó al suelo, justo delante de sus pies. La flecha se clavó en la tierra y el barro. No era un ataque, era una distracción, un obstáculo inesperado. El Cuervo, en plena carga, tropezó con el astil de la flecha. Fue un tropiezo mínimo, un desequilibrio de una fracción de segundo, pero en una lucha a muerte, una fracción de segundo es una vida.

Fue tiempo suficiente para que Querea recuperara el equilibrio. Fue tiempo suficiente para que Macro diera un paso adelante. El aquitano no usó su espada. Soltó un rugido y se abalanzó sobre El Cuervo, golpeándolo con el borde de su escudo en el costado. El impacto, con toda la fuerza del gigante detrás, levantó al Cuervo del suelo. Aterrizó pesadamente, con el aire escapando de sus pulmones. Su espada se le cayó de la mano.

Antes de que pudiera recuperarla, Querea estaba sobre él, con la punta de su gladio presionando su garganta.

El combate había terminado.

Se hizo un silencio, roto solo por el rugido del incendio y la respiración jadeante de los hombres. El fuego había comenzado a amainar, habiendo consumido todo el combustible a su alcance. El humo empezaba a disiparse.

Querea miró al hombre que tenía a su merced.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Para quién trabajas?

El Cuervo lo miró, y a pesar de su posición, no había miedo en sus ojos, sino un desafío arrogante. Se echó a reír, una risa ahogada y rota.

—Soy el futuro de Roma, centurión. Un futuro que no vivirás para ver.

Y con un movimiento rápido, se llevó la mano a un pequeño broche que sujetaba su capa. Antes de que nadie pudiera detenerlo, lo retorció. Su cuerpo se convulsionó violentamente. Una espuma blanca apareció en sus labios. Sus ojos se pusieron en blanco. En cuestión de segundos, quedó inmóvil.

Querea se apartó, maldiciendo en voz baja. Aulo se acercó con cautela. Se arrodilló junto al cuerpo y examinó el broche. Tenía una pequeña púa oculta.

—Veneno —dijo Aulo, con la voz hueca—. Rápido y fulminante. No quería ser capturado vivo.

El silencio que siguió fue más pesado que el humo. Habían ganado. Habían sobrevivido. Pero su principal fuente de información, el líder de toda la operación, estaba muerto.

Aulo, sin embargo, no había terminado. Su deber como médico había sido reemplazado por su obsesión como investigador. La muerte no era un final, era un texto que había que leer.

—Ayudadme a quitarle la armadura —ordenó.

Querea y Macro, aunque extrañados, obedecieron. Desabrocharon las correas de la armadura de cuero negro. Cuando dejaron el torso del Cuervo al descubierto, todos contuvieron el aliento. No era el cuerpo de un simple desertor. Estaba cubierto de las cicatrices de un soldado veterano, pero había algo más. En su antebrazo izquierdo, justo debajo del codo, había un tatuaje. No era un símbolo germano ni un adorno tribal. Era un pequeño escorpión negro, detallado y estilizado.

—Por los dioses infernales… —susurró Querea.

Aulo no reconoció el símbolo, pero vio la expresión en el rostro del centurión.

—¿Qué es? —preguntó.

—La marca —dijo Querea, con una voz cargada de incredulidad y un nuevo tipo de miedo—. Es la marca no oficial de las cohortes pretorianas. El escorpión. El animal del emperador Tiberio.

Todos se quedaron mirando el tatuaje. Las piezas del rompecabezas encajaron en la mente de Aulo con una claridad terrible y vertiginosa. La insistencia de Sejano en una investigación discreta. La necesidad de un informe que confirmara un accidente. La armería clandestina fabricando armas romanas. Y ahora esto. Un pretoriano, o ex pretoriano, liderando una banda de desertores en el corazón de Germania.

Esto no era una simple rebelión de legionarios descontentos. La conspiración no nacía en la frontera. Había sido exportada. Sus raíces estaban en el mismo corazón del poder. En Roma.

Aulo se levantó y miró a su alrededor. Vio los cadáveres esparcidos por el claro, el bosque calcinado, a sus compañeros heridos y exhaustos. Habían luchado y sangrado y matado. Habían ganado una batalla imposible. Pero entonces lo comprendió. No habían llegado al final de su misión. Apenas acababan de descubrir cuán profunda y oscura era la madriguera del conejo. Habían sobrevivido al pantano, pero ahora tenían que enfrentarse a una ciénaga mucho más peligrosa: la política de Roma. Y en esa ciénaga, hombres como ellos no eran más que peones listos para ser sacrificados.

# Capítulo 22

El amanecer llegó sin colores. No hubo un estallido dorado ni pinceladas rosadas en el horizonte, solo una lenta y sucia transición del negro al gris. El humo del incendio se había mezclado con la niebla matutina, creando una atmósfera lechosa y fantasmal que se aferraba al suelo y a las ramas de los árboles calcinados. El aire olía a ceniza húmeda y a sangre coagulada, un perfume fúnebre para un campo de batalla silencioso.

La victoria no sabía a nada. No había euforia, ni siquiera alivio. Solo un agotamiento profundo que pesaba más que las armaduras y las heridas. Aulo se movía entre los supervivientes como un autómata. Su mente, que durante la huida y el combate había funcionado con una claridad febril, ahora estaba embotada, protegida de los horrores por una fina capa de indiferencia.

Su primer paciente era Crixo. El samnita había sobrevivido a la noche, pero la fiebre lo había consumido. Yacía apoyado contra la pared de roca, con la piel pálida y cubierta de un sudor frío. Su respiración era superficial y rápida. La herida de su pierna, que Aulo había limpiado y vendado de nuevo, estaba hinchada y desprendía un calor alarmante. El mal ya no estaba solo en la carne; corría por sus venas.

—Agua… —murmuró Crixo, con los labios agrietados.

Macro, que no se había separado de su lado, le acercó el odre. El gigante aquitano, que horas antes había sido una máquina de matar, ahora era la imagen de la impotencia. Sus enormes manos, torpes y manchadas de sangre seca, temblaban ligeramente mientras ayudaba a su amigo a beber.

Aulo examinó la herida con el corazón encogido. Sabía lo que veía. La carne alrededor de los puntos de sutura estaba oscura, casi negra en algunos puntos, y el hedor dulzón que emanaba era inconfundible. La podredumbre se estaba extendiendo. En la pulcritud de la botica de Demetrio, habría sabido qué hacer. Amputar. Un corte rápido y limpio por encima de la rodilla, cauterizado con un hierro al rojo vivo. Una carnicería que, sin embargo, podría salvarle la vida. Pero aquí, en mitad del bosque, con instrumentos sucios y sin forma de controlar la hemorragia o la infección subsiguiente, una amputación no era una cura, sino una sentencia de muerte más lenta y agónica. Solo podía limpiar la herida de nuevo, aplicar un ungüento de miel y hierbas que era poco más que una plegaria, y vendarla con fuerza.

—Tenemos que llevarlo de vuelta. Ya —dijo Aulo, mirando a Querea. Su voz era un susurro ronco—. Cada hora que pasamos aquí le roba una oportunidad.

El centurión asintió, con el rostro impasible. Estaba sentado sobre una roca, limpiando metódicamente la sangre de su gladio con un trozo de tela. No parecía cansado, sino tallado en la misma piedra sobre la que se sentaba. Pero Aulo vio las pequeñas señales: el temblor casi imperceptible en sus manos, la forma en que sus ojos se movían sin descanso, escrutando las ruinas del bosque como si esperara que los muertos se levantaran de nuevo.

Fenrir estaba de pie en el borde del claro, una silueta esbelta contra la niebla gris. No miraba a los romanos, sino al bosque, a su hogar. Había recuperado sus flechas, limpiándolas y devolviéndolas a su carcaj con un cuidado reverencial. Su trabajo había terminado.

—El camino de vuelta no será fácil —dijo Querea, sin levantar la vista de su espada—. Nos buscarán. Los que escaparon darán la voz de alarma.

—No nos buscarán aquí —intervino Fenrir. Su voz, tranquila como siempre, cortó la tensión—. Creen que moristeis en el fuego. El bosque quemado es vuestro aliado ahora. Nadie se acercará a este lugar durante días. Temen a los espíritus de los muertos sin enterrar.

—Nosotros no les tememos —replicó Macro, con un gruñido.

—Deberíais —dijo Fenrir, girándose para mirarlos por primera vez. Sus ojos claros parecían contener la sabiduría de todo el bosque—. Temed a los vivos que os esperan.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso y cargado de significado. El tatuaje del escorpión. La Guardia Pretoriana. La conspiración que se extendía desde esa ciénaga en Germania hasta el corazón de mármol de Roma.

Querea envainó su espada. El sonido metálico pareció sellar una decisión.

—El guía tiene razón. Nuestro mayor peligro no está en este bosque. Está en el campamento.

Se levantó y caminó hasta donde yacía el cuerpo del Cuervo. Aulo lo había cubierto con una capa, pero Querea la retiró sin miramientos. Contempló el rostro del traidor, la arrogancia congelada por la muerte, el tatuaje del escorpión en su antebrazo.

—Un pretoriano —murmuró, como si necesitara repetirlo para creerlo—. ¿Qué hacía un perro de Sejano aquí, liderando a una banda de desertores y salvajes?

—Fabricaba armas —dijo Aulo—. Armas para una guerra. Pero no una guerra contra los germanos. Una guerra civil.

La enormidad de sus propias palabras lo golpeó. Ya no se trataba del asesinato de un joven noble. Se trataba de traición en la más alta esfera. Un complot para desestabilizar la frontera, quizás para derrocar al propio emperador. Y ellos, un médico cojo, un centurión de frontera, dos legionarios rasos y un guía germano, eran los únicos que lo sabían. La información no era un arma; era una antorcha encendida en un almacén de pólvora.

—No podemos volver y contarlo todo —dijo Querea, pensando en voz alta—. No sabemos quién está implicado. ¿Getúlico? ¿Sus tribunos? Podríamos estar entregando el informe de nuestra propia ejecución.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Macro—. ¿Nos quedamos aquí a morir?

—Volvemos —dijo Querea con firmeza—. Pero volvemos como fracasados. Nuestra misión era encontrar la fuente de las armas y destruirla. Diremos que encontramos un campamento, que nos tendieron una emboscada y que apenas escapamos con vida. La forja, diremos, no la encontramos. O fue destruida en el combate.

—¿Mentir al legado? —dijo Macro, incrédulo.

—Mentir para seguir con vida —corrigió Querea—. Nos dará tiempo. Tiempo para observar. Para descubrir en quién podemos confiar.

Aulo comprendió la lógica del centurión. Era una estrategia peligrosa, pero era la única que tenían. Debían ocultar la verdad a plena vista, fingir ignorancia mientras sus mentes trabajaban para desentrañar la red de traición.

—Necesitamos una prueba —dijo Aulo—. Algo más que nuestra palabra. Las palabras se las lleva el viento.

Sus ojos se posaron en el cuerpo del Cuervo.

—Una cabeza es una buena prueba —gruñó Macro.

—No. Demasiado llamativa. Atraería demasiadas preguntas —dijo Aulo—. Necesitamos algo sutil. Algo que solo nosotros entendamos.

Se arrodilló de nuevo junto al cadáver. Con su bisturí, con una precisión que contrastaba con la brutalidad del entorno, cortó la piel alrededor del tatuaje del escorpión. Luego, con cuidado, desolló el trozo de piel y lo envolvió en un paño limpio. Era un acto macabro, profano, pero necesario. Era su única evidencia tangible. El resto, la historia completa, residía en su memoria, en la arquitectura de los huesos que había examinado, en las conexiones que su mente había establecido.

Fenrir observaba la escena con una expresión indescifrable.

—Mi camino termina aquí, romanos —dijo—. Os he llevado a vuestro destino y os he ayudado a sobrevivir. Mi deuda está pagada.

Querea se acercó a él. Los dos hombres se miraron fijamente. Eran de mundos opuestos, un producto de la disciplina férrea de Roma y un hijo de la libertad anárquica de los bosques. Pero en esos días de sufrimiento compartido, se había forjado un respeto mutuo, duro y sin palabras.

—Nos salvaste la vida —dijo Querea. Era lo más parecido a un agradecimiento que el centurión era capaz de articular.

—Nos salvamos mutuamente —respondió Fenrir—. Ahora debéis salvaros vosotros mismos. Tened cuidado con los hombres que hablan con dos lenguas. El veneno más letal no siempre entra por la boca.

Le entregó a Querea un pequeño amuleto de hueso tallado.

—Si alguna vez volvéis a necesitar un guía en esta tierra, mostrad esto a los cazadores brúcteros. Puede que os ayuden. O puede que os maten. La suerte es un río que cambia de curso.

Con una última inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se disolvió en la niebla. No hizo ruido. Simplemente desapareció, como si el bosque lo hubiera reclamado.

Quedaban cuatro. Cuatro romanos en el corazón de una tierra hostil, con un secreto que los quemaba por dentro. Improvisaron una camilla para Crixo con dos lanzas y varias capas. Era un peso muerto, pero Macro y Querea se turnaron para cargarlo, negándose a abandonar a su camarada.

El viaje de vuelta fue una pesadilla silenciosa. Se movieron lentamente, evitando los senderos conocidos, guiados por la intuición de Querea y el sol pálido que apenas se vislumbraba a través del dosel de árboles y niebla. Cada crujido de una rama, cada graznido de un cuervo, los hacía detenerse, con la mano en la empuñadura de sus espadas. La paranoia era una compañera constante. Veían traidores en cada sombra, espías en cada ráfaga de viento.

Aulo caminaba cojeando, apoyándose pesadamente en su bastón. El dolor en su cadera era una agonía constante, un fuego sordo que amenazaba con paralizarlo a cada paso. Pero el dolor físico era casi un alivio. Lo mantenía anclado en el presente, lo distraía del torbellino de pensamientos que amenazaba con ahogarlo.

Pensaba en Demetrio, en la seguridad de su pequeña botica en la Subura. Parecía una vida que pertenecía a otro hombre, un sueño lejano e irrecuperable. Pensaba en Sejano, en su rostro impasible y sus ojos fríos. ¿Sabía el Prefecto del Pretorio lo que ocurría en la frontera? ¿Era él el arquitecto de todo, o era una víctima más de una conspiración que lo superaba? Pensaba en el tatuaje. Un escorpión. El símbolo del emperador. ¿Podía la traición llegar tan alto?

Al segundo día, la condición de Crixo empeoró drásticamente. Los delirios se hicieron más frecuentes. Empezó a hablar en su lengua natal, palabras inconexas sobre su infancia en las montañas del Samnio. Su piel ardía. Aulo sabía que el fin estaba cerca. No había nada más que pudiera hacer, salvo humedecer sus labios y tratar de aliviar su sufrimiento.

Al atardecer del tercer día, mientras descansaban en una hondonada oculta, Crixo abrió los ojos. La fiebre parecía haber remitido. Miró a Macro, que estaba sentado a su lado, y sonrió débilmente.

—Gracias, hermano —susurró.

Luego, su mirada se encontró con la de Aulo.

—La segunda… y la tercera… —dijo, con un suspiro—. Estamos en paz, médico.

Cerró los ojos. Su pecho subió y bajó una última vez, y luego quedó inmóvil.

El silencio que cayó sobre ellos fue absoluto. Macro agachó la cabeza, y su enorme cuerpo fue sacudido por un sollozo silencioso. Querea se quedó de pie, mirando al horizonte, con la mandíbula apretada.

Lo enterraron al pie de un viejo roble, usando sus espadas para cavar en la tierra dura. No hubo ceremonia, no hubo discursos. Solo el sonido de la tierra cayendo sobre el cuerpo envuelto en una capa. Cuando terminaron, Querea clavó el gladio de Crixo en el montículo de tierra.

—Luchó como un romano —dijo, con la voz rota—. Y murió como un romano.

Quedaban tres.

La muerte de Crixo les robó la última brizna de esperanza a la que se aferraban. Ahora su misión ya no era solo sobrevivir, era vengar a su camarada caído. La carga de la verdad se hizo más pesada, pero también lo hizo su determinación.

Dos días más tarde, exhaustos, hambrientos y medio muertos, vieron las primeras señales de civilización romana: un camino de patrulla, un árbol marcado con el emblema de la legión. Al anochecer, vieron las antorchas de las atalayas del campamento.

Mientras se acercaban a las puertas, cojeando bajo la mirada curiosa de los centinelas, Aulo se dio cuenta de la terrible ironía. Habían sobrevivido al bosque, a los pantanos, a los asesinos y a la batalla. Habían escapado del infierno. Y ahora, estaban caminando voluntariamente de vuelta a la boca del lobo.

# Capítulo 23

Entrar en el campamento fue como volver a nacer en un mundo extraño. El orden, la geometría, la disciplina… todo lo que Aulo había odiado al llegar, ahora le parecía un ancla de cordura en un océano de caos. Las hileras perfectas de las tiendas de cuero, las calles de tierra apisonada formando una cuadrícula impecable, el sonido rítmico de las sandalias de los centinelas en la empalizada… eran las constantes de un universo que había creído perdido para siempre.

Pero ellos ya no pertenecían a ese universo. Eran fantasmas que volvían de una tumba en el bosque. Su aparición en la *Porta Praetoria* al anochecer había provocado una conmoción silenciosa. Los legionarios que montaban guardia los habían mirado sin decir palabra, con los ojos muy abiertos, como si hubieran visto a los muertos caminar. Estaban cubiertos de barro seco y sangre vieja, con las ropas hechas jirones y una expresión en sus rostros que no era de este mundo. Eran tres hombres que volvían de una misión de la que habían partido cinco, y la ausencia de los otros dos pesaba sobre ellos como un sudario.

Nadie les hizo preguntas. Un optio de rostro severo los recibió y, tras una breve y tensa mirada, dio órdenes concisas. No los llevaron a sus barracones, sino directamente al *valetudinarium*, el hospital del campamento. Allí, los separaron. A Aulo lo condujeron a una pequeña celda con un catre de paja limpia y le dieron ropa nueva. Un asistente del hospital le trajo un cuenco con agua caliente y un trapo. Mientras se lavaba la suciedad de días, Aulo vio su propio reflejo en el agua turbia. Era el rostro de un extraño. Más delgado, con los pómulos marcados y una red de finas arrugas alrededor de los ojos que no recordaba tener. Pero el cambio más profundo estaba en su mirada. Se había extinguido una luz, reemplazada por una sombra fría y vigilante.

Más tarde, un legionario le trajo una comida caliente —un guiso de lentejas con trozos de cerdo salado— y una jarra de vino agrio. Aulo comió con una voracidad que lo avergonzó, como si cada bocado fuera el último. El vino le raspó la garganta, pero aplacó el temblor de sus manos. Sabía que no los estaban cuidando por compasión, sino por protocolo. Los estaban aislando, limpiando y alimentando antes de presentarlos ante el legado. Un animal para el sacrificio debe llegar al altar en las mejores condiciones posibles.

La llamada llegó una hora después. El mismo optio entró en su celda.

—El legado te espera —dijo, sin más preámbulos.

Aulo se puso en pie, apoyándose en su bastón. Su cadera protestó con una punzada de fuego, pero la ignoró. Se encontró con Querea y Macro en el pasillo. El centurión también vestía una túnica limpia, pero llevaba su cota de malla y el cinturón con el gladio, como si se negara a desprenderse de su identidad de soldado. Su rostro estaba lavado, pero las ojeras y la tensión en su mandíbula delataban su agotamiento. Macro era una montaña de silencio. Se había afeitado y su rostro parecía aún más grande y triste sin la barba de varios días. Sus ojos estaban enrojecidos, y Aulo supo que no era solo por el cansancio.

Caminaron por el campamento en silencio, escoltados por el optio. La noche era fría y clara. Las antorchas de las murallas parpadeaban, arrojando largas sombras danzantes. Los sonidos del campamento eran los de siempre: el murmullo de las conversaciones en los barracones, el relincho ocasional de un caballo en los establos, el sonido metálico de un martillo en la fragua del herrero. Era la normalidad, y sin embargo, para Aulo, todo parecía falso, como el decorado de una obra de teatro. El verdadero mundo era el bosque, el pantano, el fuego y la muerte.

El *principia*, el cuartel general, era el edificio más grande del campamento después del *praetorium* del legado. Estaba construido con piedra y madera, y la gran águila de la legión, de bronce pulido, brillaba sobre la entrada a la luz de las antorchas. En su interior, el ajetreo era constante. Escribas que iban y venían con tablillas de cera, centuriones que daban informes, mensajeros que esperaban órdenes. Era el cerebro del ejército en la frontera.

Los hicieron esperar en una antecámara. La espera fue una tortura. Aulo repasó mentalmente la historia que habían acordado. Una y otra vez. Era una historia llena de agujeros, de suposiciones que se desmoronarían ante la primera pregunta incisiva. Se apoyaba en una única verdad: habían sido emboscados y habían luchado por sus vidas. El resto era una niebla de medias verdades y omisiones flagrantes.

Finalmente, la puerta se abrió y el optio les hizo un gesto para que entraran.

La oficina de Cneo Léntulo Getúlico era un reflejo de su dueño: amplia, ordenada y funcional, pero con innegables toques de lujo que la separaban del resto del campamento. El suelo estaba cubierto por una auténtica alfombra de Pérgamo, y las paredes de madera estaban adornadas con mapas detallados de Germania y un gran estandarte con el jabalí, el emblema de la Legio XX Valeria Victrix. Un brasero de bronce lleno de carbones encendidos desprendía un calor agradable. Getúlico estaba sentado detrás de una gran mesa de roble, no solo, sino acompañado por el tribuno laticlavio, un joven patricio de rostro afilado llamado Publio Vitelio.

Getúlico les indicó con un gesto que se acercaran. Su rostro era una máscara impasible, pero sus ojos, pequeños y astutos como los de un cerdo, los examinaron uno por uno, deteniéndose un instante más de lo necesario en Aulo.

—Centurión Querea —dijo el legado, con su voz suave y resonante—. Informes no confirmados decían que habíais caído. Me complace ver que los informes eran, como de costumbre, exagerados.

—Sobrevivimos, legado. No todos —respondió Querea, con la voz firme. Su postura era la reglamentaria, erguida y respetuosa, pero sus ojos no se apartaron de los de Getúlico.

—Lamento la pérdida del legionario Crixo y… —Getúlico hizo una pausa, consultando una tablilla— …del optio Varo. Eran buenos soldados. El informe, centurión.

Querea comenzó a hablar. Su relato fue escueto, militar. Contó cómo habían seguido el rastro hasta el corazón de los pantanos, cómo habían localizado un campamento fortificado, mucho más grande de lo que esperaban. Describió la emboscada, la ferocidad del ataque, la superioridad numérica del enemigo, compuesto por desertores y guerreros brúcteros. Su voz no flaqueó al describir la muerte de Varo en el primer asalto ni la herida de Crixo.

—Nos vimos obligados a retirarnos a una posición defendible —continuó Querea—. Resistimos su asalto, pero intentaron quemarnos. El fuego se descontroló. Aprovechamos la confusión para romper el cerco y escapar.

—¿La forja? —preguntó Vitelio, el tribuno. Su voz era aguda, impaciente.

—No llegamos a verla, tribuno. El campamento estaba bien defendido. Creemos que fue consumida por el incendio que ellos mismos provocaron. Cuando escapamos, todo el valle ardía.

Getúlico entrelazó sus dedos regordetes sobre la mesa.

—Así que volvéis con las manos vacías. Sin pruebas de la forja. Sin prisioneros. Con dos hombres menos.

El tono no era acusatorio, sino analítico, frío. Estaba sopesando el resultado de la operación como un mercader calcula sus pérdidas.

—Volvemos con vida, legado —dijo Querea, con un matiz de desafío en la voz—. Y con información. Su líder está muerto.

Esto captó la atención de Getúlico.

—¿Muerto? ¿Estás seguro? ¿Cómo?

—Lo maté yo mismo —intervino Macro, hablando por primera vez. Su voz era un trueno grave que pareció hacer vibrar el aire de la sala—. Cayó en la batalla, antes del incendio.

—¿Y su cuerpo? ¿Su cabeza? ¿Alguna prueba? —insistió Vitelio.

—No hubo tiempo, tribuno —respondió Querea, retomando el control—. Tuvimos que elegir entre asegurar un trofeo o salvar a nuestros heridos. Elegimos salvar a los nuestros.

Getúlico se recostó en su silla, que crujió bajo su peso. Su mirada se posó en Aulo.

—Médico. Has estado muy callado. El centurión describe una batalla, no una investigación. Tú fuiste enviado para usar tu cabeza, no para blandir un palo. ¿Qué viste?

Aulo sintió cómo todas las miradas se clavaban en él. El corazón le latía con fuerza contra las costillas.

—Vi lo que el centurión ha descrito, legado —dijo, escogiendo sus palabras con un cuidado infinito—. Vi un campamento bien organizado, disciplinado. No era una simple banda de bandidos. Sus defensas eran de estilo romano. Estacas afiladas, un foso…

—¿Y el líder? ¿Lo viste antes de que el legionario Macro le partiera la cabeza?

—Lo vi, sí —mintió Aulo—. A distancia. Daba órdenes. Se movía como un soldado entrenado. Llevaba una armadura de cuero negro, de buena factura.

—¿Alguna insignia? ¿Algún rasgo distintivo?

Este era el momento más peligroso. La verdad pugnaba por salir, por gritar el tatuaje del escorpión. Pero Aulo pensó en Demetrio, en su propia vida, en el rostro muerto de Crixo.

—Estaba demasiado lejos. El humo, la confusión del combate… No pude verle la cara con claridad. Pero no era germano. Era romano, sin duda.

—Una conclusión brillante —dijo Vitelio con sarcasmo—. Un desertor romano liderando a desertores romanos.

Aulo lo ignoró, manteniendo la mirada fija en el legado.

—Lo más importante, legado, no es quién era, sino lo que hacían. La escala de su operación era inmensa. El campamento podía albergar a más de cien hombres. Las armas que fabricaban no eran para una simple incursión. Se estaban preparando para algo grande. Una rebelión. Una guerra.

Getúlico tamborileó con los dedos sobre la mesa. El silencio se alargó. Aulo podía oír su propio pulso en los oídos. Se sentía como si estuviera de pie sobre una fina capa de hielo, y con cada palabra, el hielo se agrietaba un poco más.

—¿Y el legionario Crixo? —preguntó finalmente Getúlico—. El centurión dijo que resultó herido. ¿Murió por sus heridas?

—Sí, legado —respondió Aulo—. Una herida de lanza en el muslo. Hice lo que pude. Limpié la herida, la suturé. Pero el hierro de los germanos a menudo está envenenado con inmundicia. La herida se pudrió. La fiebre se lo llevó tres días después. Murió en el camino de vuelta. Lo enterramos con honor.

Era la verdad. Una pequeña isla de verdad en un mar de mentiras. Y le dio a su relato un peso de autenticidad que esperaba que fuera suficiente.

Getúlico suspiró, un sonido largo y cansado. Se levantó y caminó hacia uno de los mapas de la pared.

—Una guerra… —murmuró—. Siempre una guerra. Si no es con los queruscos, es con los catos. Y si no, con nuestros propios hombres. Roma se desangra por mil cortes.

Se volvió para mirarlos. Su expresión ya no era dura, sino fatigada.

—Habéis fracasado en vuestra misión principal. Pero habéis sobrevivido, lo cual es más de lo que esperaba. Y habéis decapitado a la serpiente, aunque no me hayáis traído la cabeza. Una victoria pírrica, pero una victoria al fin y al cabo.

Se acercó a Querea.

—Buen trabajo al sacar a tus hombres de allí, centurión. Has perdido a dos, pero has salvado a dos. Un balance que muchos querrían.

Luego se dirigió a Macro.

—Tu valor será recompensado.

Finalmente, sus ojos se posaron de nuevo en Aulo. Se acercó tanto que Aulo pudo oler el vino caro en su aliento.

—Y tú, médico… Has demostrado ser más resistente de lo que tu aspecto sugiere. Tu informe carece de pruebas, se basa en conjeturas. Pero es la única historia que tenemos. Y por ahora, es la historia que contaremos.

Dio un paso atrás y se dirigió a los tres.

—Lo que habéis visto, lo que habéis hecho… no sale de esta sala. Oficialmente, vuestra patrulla fue una misión de reconocimiento que encontró una fuerte resistencia. Punto. El resto son detalles para los archivos. ¿Entendido?

—Entendido, legado —dijeron Querea y Macro al unísono.

Aulo solo asintió.

—Podéis retiraros. Descansad. Se os asignarán nuevos deberes mañana.

Salieron de la oficina y volvieron a la antecámara. El aire frío de la noche les pareció una bendición tras el calor sofocante de la sala. Ninguno de los tres habló hasta que estuvieron lejos del *principia*, caminando por una de las calles oscuras del campamento.

—Nos ha creído —dijo Macro en voz baja, con un tono de incredulidad.

—No —dijo Querea, deteniéndose en la sombra de un barracón—. No nos ha creído. Pero ha aceptado nuestra historia.

Aulo entendió la diferencia. Getúlico no era un tonto. Sabía que le estaban ocultando algo. Pero la historia que le habían contado era conveniente. Explicaba las muertes, justificaba el fracaso de la misión y, lo más importante, no lo implicaba a él ni a nadie de su estado mayor en nada complicado. Cerraba el caso. Al menos, oficialmente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aulo.

—Ahora, esperamos —dijo Querea—. Mantenemos los ojos abiertos y la boca cerrada. Somos tres hombres en una legión de cinco mil. Somos los únicos que conocemos la verdad. Y eso nos convierte en los hombres más solitarios y más vulnerables de todo el Imperio Romano.

Se separaron, cada uno dirigiéndose a sus aposentos. Aulo entró en su pequeña celda del hospital y se sentó en el catre. El alivio que debería haber sentido no llegó. En su lugar, sintió una nueva clase de miedo, más frío y más profundo que el que había sentido en el pantano. En el bosque, el enemigo tenía un rostro, un hacha, un grito de guerra. Era un peligro que se podía ver y combatir.

Aquí, el enemigo no tenía rostro. Podía ser cualquiera. El legionario que le traía la comida, el asistente del hospital, el tribuno Vitelio, incluso el propio Getúlico. Estaban atrapados en una red invisible de la que no podían escapar. Habían sobrevivido a la batalla, sí. Pero la guerra, la verdadera guerra, acababa de empezar. Y se libraría no con espadas, sino con susurros, mentiras y secretos. Y en esa guerra, él era el arma principal.

# Capítulo 24

El *valetudinarium* olía a miedo. Era un hedor complejo, con más matices que el de la Subura, pero infinitamente más desolador. Olía a carne podrida y a hierbas amargas luchando una batalla perdida contra la gangrena. Olía a vinagre y a orina, a sudor febril y al humo denso de las fumigaciones de azufre. Pero por debajo de todo eso, en el aire estancado de los pabellones, flotaba el olor intangible de la desesperación, el aroma agrio del pánico de hombres que habían enfrentado a la muerte en el campo de batalla solo para encontrarla esperando, paciente y metódica, en un catre de paja.

Aulo fue asignado al hospital al día siguiente de su regreso. No fue una petición, sino una orden lacónica entregada por un optio. Su nueva vida comenzó sin ceremonia, un simple cambio de celda por un espacio ligeramente más grande en el ala de los *medici*. Su estatus era ambiguo. No era un simple *capsarius* o asistente, pero tampoco un *medicus ordinarius* con rango militar. Era el "médico del legado", una etiqueta que lo marcaba y lo aislaba, convirtiéndolo en objeto de una mezcla de recelo y curiosidad.

Su primer día fue un bautismo de sangre y pus. El medicus jefe, un griego llamado Filón, un hombrecillo calvo y nervioso con manos sorprendentemente firmes, lo evaluó con una sola mirada y, sin mediar palabra, lo llevó al pabellón de los heridos graves.

—Una pierna —dijo, señalando a un joven legionario cuyo muslo, destrozado por la coz de un caballo, era una masa informe de carne morada e hinchada—. El hueso está hecho añicos y la podredumbre ha comenzado. O la pierna, o su vida. Enséñame lo que sabes hacer.

En la Subura, Aulo había realizado amputaciones, pero siempre en la relativa calma de la botica de Demetrio, con instrumentos limpios y la ayuda de su mentor. Aquí, la operación se realizó a la vista de otros veinte hombres heridos, en un suelo de tierra apisonada, con el único sonido de los gemidos del paciente y el zumbido de las moscas.

Dos asistentes fornidos sujetaron al legionario mientras otro le metía un trozo de cuero entre los dientes. Aulo examinó la herida. Su mente se abstrajo, entrando en ese estado de fría concentración que era a la vez su don y su refugio. No vio a un hombre aterrorizado, sino un problema anatómico. Palpó la carne, buscando el punto exacto por encima de la herida donde la circulación aún era buena, donde el corte sería limpio.

—Más arriba —dijo Filón, observando por encima de su hombro—. Siempre más arriba de lo que crees necesario. La podredumbre es una raíz invisible.

Aulo asintió. Cogió el serrucho de hueso. La hoja era de bronce, afilada pero tosca. Tomó aire y comenzó a cortar. El sonido fue lo peor. Un crujido húmedo y chirriante que parecía violar una ley fundamental de la naturaleza. Aulo mantuvo el ritmo, firme y constante, ignorando los espasmos del hombre y el hedor a sangre caliente que llenaba el aire. Cuando la pierna se separó del cuerpo, un asistente la recogió como si fuera un trozo de leña y se la llevó. Otro se acercó con el cauterizador, un hierro al rojo vivo sacado de un brasero. El siseo de la carne quemándose y el grito ahogado del legionario marcaron el final de la operación.

Cuando todo terminó, Aulo se quedó mirando sus manos, cubiertas de sangre. No sentía nada. Ni orgullo, ni repulsión. Solo un vacío helado.

Filón lo observó con sus ojos pequeños y brillantes.

—Tienes buenas manos —dijo, en un tono que no admitía réplica—. Y no tienes estómago. Servirás. Lávate y ven a ver a los enfermos de disentería.

Y así comenzó su rutina. Los días se convirtieron en un ciclo interminable de curas, amputaciones y muertes. Aulo aprendió a diferenciar los distintos tipos de pus por su color y olor, a diagnosticar fiebres por el brillo de los ojos, a saber cuándo un hombre estaba a punto de rendirse solo por la forma en que respiraba. Su conocimiento de los huesos, su especialidad, apenas le servía aquí. Los huesos rotos eran un problema menor comparado con las heridas que se pudrían, las fiebres que consumían los cuerpos desde dentro y la melancolía que devoraba las almas.

Pero bajo la superficie de esta rutina brutal, se libraba otra guerra: la suya. Aulo se había convertido en un observador. Su vida era un ejercicio de paranoia constante. Cada rostro era un enigma, cada conversación un posible interrogatorio. Mientras suturaba una herida o cambiaba un vendaje, sus ojos lo registraban todo. Escaneaba los antebrazos de los soldados y asistentes en busca de un tatuaje. Escuchaba los fragmentos de conversaciones, los rumores que corrían por el campamento como una enfermedad.

El nombre del "Cuervo" se había desvanecido, absorbido por el olvido de la rutina militar. Su historia, la versión oficial, había sido aceptada sin preguntas. Eran solo otra patrulla que había tenido mala suerte, nada fuera de lo común en Germania. Y esa normalidad era lo que más aterraba a Aulo. La conspiración se había replegado, se había vuelto invisible, pero él sentía su presencia en todas partes. En la forma en que un centurión lo miraba un segundo de más. En el silencio que se hacía cuando entraba en un barracón.

Se reunía con Querea y Macro una vez cada diez días. Siempre de noche, siempre en un lugar diferente y con una excusa plausible. Una vez fue en los establos, con el pretexto de revisar una herida de Macro. Otra, cerca de las letrinas, fingiendo una conversación casual. Sus encuentros eran breves, tensos, susurrados.

—Nada —decía Querea, con la frustración grabada en su rostro—. Nadie habla. Nadie pregunta. Es como si nunca hubiera pasado. Me han asignado a la instrucción de los reclutas. Me tienen ocupado contando cabezas y enseñando a críos a sostener un escudo.

—A mí me tienen moviendo piedras —gruñía Macro—. Reforzando el muro norte. Trabajo de esclavos. Quieren agotarnos. Mantenernos separados.

—Nos están vigilando —susurraba Aulo—. No hacen ningún movimiento porque esperan que lo hagamos nosotros. Esperan que cometamos un error.

Su única prueba, el trozo de piel con el tatuaje del escorpión, estaba a salvo, pero era inútil. ¿A quién podía mostrársela? Estaba envuelta en un paño encerado y oculta en el fondo de su saco de hierbas, una reliquia profana que le recordaba constantemente el peligro en el que vivían.

Un atardecer, mientras terminaba su turno en el hospital, ocurrió algo. Estaba tratando a un *eques*, un jinete de la caballería auxiliar, que se había caído durante un ejercicio. Tenía una fractura limpia en el antebrazo. Mientras Aulo le entablillaba el brazo, el jinete, un galo joven con el rostro lleno de pecas, lo miraba con una curiosidad insistente.

—Tú eres el médico que fue a los pantanos, ¿verdad? —preguntó el galo.

Aulo sintió un escalofrío. Mantuvo la voz neutra.

—Soy uno de los médicos del campamento.

—No, pero tú fuiste con el centurión Querea. Oí que os enfrentasteis a un ejército de desertores. Y que vuestro guía os traicionó y os llevó a una trampa.

La versión era una distorsión de la verdad, pero contenía un detalle que no estaba en el informe oficial.

—Los rumores del campamento son más fieros que los germanos —respondió Aulo, apretando la venda con más fuerza de la necesaria. El jinete hizo una mueca de dolor.

—Quizás —dijo el galo, sin inmutarse—. Pero mi primo sirve en la cohorte del tribuno Vitelio. Él dice que el tribuno está furioso. Dice que el líder de los desertores era un hombre importante. Y que se suponía que no debía morir.

Aulo sintió que el corazón se le detenía. La información era una bomba. Si Vitelio, el tribuno que había estado presente en el interrogatorio, estaba implicado, significaba que la conspiración llegaba hasta el estado mayor de Getúlico.

—Tu primo habla demasiado —dijo Aulo, terminando el vendaje—. En Germania, eso puede acortar la vida de un hombre. Dile que se guarde sus historias para contárselas a sus nietos.

Se alejó antes de que el jinete pudiera decir nada más, con el pulso martilleándole en las sienes. La red era más grande de lo que pensaba. No eran solo unos pocos pretorianos renegados. Era una facción dentro del propio ejército del Rin.

Esa noche, no pudo dormir. La cara del tribuno Vitelio, afilada y sarcástica, se repetía en su mente. ¿Era él uno de los conspiradores? ¿O simplemente repetía lo que había oído de otros? ¿Estaba Getúlico al tanto? ¿Era el legado un maestro del engaño, fingiendo ignorancia, o era un peón en un juego que no comprendía? Cada pregunta era un callejón sin salida.

Aulo empezó a observar a Vitelio a distancia. Veía al tribuno caminar por el campamento, siempre rodeado de un pequeño séquito de oficiales y asistentes. Era arrogante, seguro de sí mismo, el epítome del joven noble romano que jugaba a ser soldado. No había nada en su comportamiento que lo delatara, pero para Aulo, su sola presencia se había vuelto amenazadora.

Unos días después, mientras limpiaba sus instrumentos tras una larga jornada, Filón se le acercó. El viejo médico griego rara vez hablaba de algo que no fueran heridas o enfermedades.

—Te he estado observando, Aulo —dijo, mientras secaba un bisturí con un paño—. Trabajas bien. Eres rápido, preciso. Pero tu mente no está aquí.

Aulo se tensó.

—Estoy cansado, eso es todo.

—No. Estás asustado —dijo Filón, mirándolo fijamente—. He sido médico en tres legiones, desde Siria hasta Britania. Sé reconocer el miedo. No es el miedo a la batalla. Es el miedo a la espalda. El miedo al hombre que duerme en el catre de al lado. Es el peor de los miedos. Te consume. Te he visto mirar a la gente. No como un médico, sino como una presa que busca al depredador.

Aulo no supo qué responder. La precisión del diagnóstico de Filón lo dejó sin palabras.

—Este no es lugar para hombres que piensan demasiado —continuó el griego—. Germania mata a los débiles, pero también a los listos. A los que hacen las preguntas equivocadas. Sea lo que sea que viste en ese bosque, entiérralo. Olvídalo. Conviértete en un carnicero competente, como yo. Es la única forma de sobrevivir.

Filón le dio una palmada en el hombro, un gesto extrañamente paternal, y se fue, dejándolo solo con sus pensamientos y sus miedos. El consejo era sabio, pero imposible de seguir. No podía olvidar. Los huesos de Cayo Vipsanio se lo impedían. La cara muerta de Crixo se lo impedían. Su propia naturaleza se lo impedía.

Aquella noche, mientras yacía en su catre, escuchando los gemidos de los heridos y el llanto de un hombre que deliraba por la fiebre, Aulo comprendió la verdadera naturaleza de su nueva prisión. No estaba atrapado en el *valetudinarium*, ni siquiera en el campamento. Estaba atrapado dentro de su propia mente, con una verdad que no podía compartir y un secreto que lo carcomía por dentro.

Había sobrevivido al bosque, sí. Pero la guerra, la verdadera guerra, acababa de empezar. Y se libraría no con espadas, sino con susurros, mentiras y secretos. Y en esa guerra, él era el arma principal. Y también el objetivo más vulnerable.

# Capítulo 25

Pasaron las semanas, y el tiempo en el campamento adquirió una cualidad viscosa, espesa. Los días se sucedían con la misma lentitud con la que el pus supuraba de una herida infectada. Aulo se había sumergido en la rutina del *valetudinarium* como un hombre que se ahoga se entrega al agua. Se levantaba antes del alba, lavaba a los enfermos, cambiaba vendajes, preparaba emplastos y tisanas amargas. Asistía a Filón en las operaciones, y sus manos se movían con una eficiencia mecánica, desconectadas de su mente.

Había seguido el consejo del viejo médico griego. O al menos, lo intentaba. Había dejado de buscar tatuajes en los antebrazos de los demás. Había dejado de escuchar las conversaciones con la oreja alerta de un espía. Se había esforzado por convertirse en un carnicero competente, un simple reparador de cuerpos rotos. Pero el olvido era un lujo que no podía permitirse. La verdad era un tumor en su memoria, latente pero siempre presente. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro muerto del Cuervo, el tatuaje del escorpión, el destello de arrogancia en la mirada del tribuno Vitelio.

Sus encuentros con Querea y Macro se habían vuelto aún más esporádicos y arriesgados. La vigilancia sobre ellos, aunque invisible, era constante. Querea seguía atrapado en el campo de instrucción, un león enjaulado obligado a enseñar a cachorros a rugir. Macro continuaba su penitencia moviendo rocas en la muralla norte, su fuerza monumental desperdiciada en un trabajo sin sentido. Los tres compartían la misma frustración impotente. Eran poseedores de una verdad tan grande que los aplastaba.

—Nos están desgastando —le había susurrado Querea en su último encuentro, ocultos en la humeante penumbra de las termas del campamento—. Esperan a que la rutina nos ablande, a que el miedo se convierta en aburrimiento y bajemos la guardia.

Tenía razón. Aulo sentía cómo sus instintos se embotaban. La paranoia, que al principio había sido un escudo, ahora era una carga agotadora. Empezaba a dudar de sus propios recuerdos, a preguntarse si la conspiración no sería una fantasía febril nacida del terror y el agotamiento en los pantanos. Quizás el mundo era más simple y brutal. Quizás solo eran hombres que habían tenido mala suerte.

Fue en una de esas mañanas grises, cuando la niebla del Rin se negaba a levantarse y el aire estaba cargado de una humedad que calaba los huesos, cuando llegó el nuevo paciente.

No lo trajeron los *capsarii* desde el campo de batalla. Lo trajeron dos legionarios de la guardia del *praetorium*, con una discreción que resultaba más llamativa que una entrada a gritos. No era un legionario común. Su armadura, aunque funcional, era de una calidad superior. Su capa, de lana fina teñida de un rojo más intenso. Pero lo más revelador fue la empuñadura de marfil de su gladio. Aulo no necesitaba ver el tatuaje para saber lo que era. Un pretoriano.

Lo depositaron en un catre aislado, en una pequeña alcoba al fondo del pabellón que normalmente se reservaba para los oficiales. Filón fue a examinarlo primero. Aulo observó la escena desde la distancia, mientras limpiaba una úlcera en la espalda de un veterano. Vio al griego palpar el abdomen del hombre, levantarle los párpados, oler su aliento. Cuando Filón terminó, su rostro normalmente nervioso mostraba una genuina perplejidad. Se encogió de hombros y se acercó a Aulo.

—Ve tú —dijo, en voz baja—. No tiene heridas externas. Se queja de un fuego en el vientre y de una debilidad que le impide tenerse en pie. Dice que lleva días así. No hay fiebre. Su pulso es débil, pero regular. No sé qué es. Quizás solo un soldado de la capital con el estómago demasiado delicado para la comida de la frontera.

Era una orden, pero también una prueba. Filón le estaba pasando la responsabilidad. Aulo se secó las manos y se acercó al catre.

El hombre no tendría más de treinta años. Tenía el rostro pálido, con un tinte amarillento alrededor de los labios. Sus ojos oscuros estaban hundidos y se movían con inquietud, escrutando cada sombra de la habitación. Respiraba con dificultad, no por falta de aire, sino como si cada aliento le supusiera un esfuerzo titánico.

—Soy Aulo, uno de los médicos —dijo, con voz suave.

El pretoriano lo miró, y en sus ojos Aulo vio la misma enfermedad que él padecía: el miedo a la espalda.

—Agua… —susurró el hombre. Su voz era un graznido seco.

Aulo le acercó un cuenco de agua. El hombre bebió con avidez, pero después de unos sorbos, una mueca de dolor le contrajo el rostro y apartó el cuenco.

—Me quema… todo me quema por dentro.

Aulo comenzó su examen. Le palpó el abdomen. Estaba tenso, duro como una tabla, y el hombre se quejó con un gemido sordo cuando Aulo presionó en la zona del hígado. Le examinó la lengua. Estaba cubierta de una capa blanquecina. Le pidió que siguiera su dedo con la mirada. Sus movimientos oculares eran lentos, descoordinados. Pero lo más extraño fue su piel. Estaba fría y húmeda al tacto, a pesar de que el hombre no sudaba.

No era una indigestión. No era ninguna de las fiebres del campamento. Tampoco se parecía a las plagas intestinales que a veces barrían las legiones. Era algo diferente. Algo metódico, insidioso.

—¿Qué comiste por última vez? —preguntó Aulo.

—Lo mismo que todos… gachas… pan… —El hombre hizo una pausa, y una chispa de lucidez apareció en sus ojos febriles—. El vino… El vino de la cantina del tribuno Vitelio. Tenía un sabor extraño. Amargo.

El nombre golpeó a Aulo como un puñetazo en el estómago. Vitelio. El círculo se cerraba. Su mente, liberada de la niebla de la rutina, comenzó a trabajar a una velocidad vertiginosa. Los síntomas. La debilidad progresiva. El dolor abdominal. La falta de fiebre. No era una enfermedad. Era un veneno. Un veneno lento, diseñado no para matar de inmediato, sino para consumir a la víctima poco a poco, imitando una dolencia natural.

Este hombre no era un enemigo. Era una víctima. Un cabo suelto. Un pretoriano que, como El Cuervo, formaba parte de la conspiración, pero que por alguna razón, se había convertido en un estorbo. Sabía demasiado.

Aulo se dio cuenta de que estaba en una encrucijada. Podía dar un paso atrás. Decirle a Filón que no sabía lo que era, que probablemente moriría en un par de días. Era la opción segura, la que el griego le había aconsejado. Enterrar la verdad. Sobrevivir.

O podía intervenir. Podía intentar salvar a este hombre. No por un juramento hipocrático, sino por un egoísmo desesperado. Este soldado era la única fuente de información que había encontrado en meses. Era un mapa viviente que podía conducirlo al corazón de la conspiración. Salvarlo era salvarse a sí mismo. Pero si fallaba, o si alguien descubría lo que estaba haciendo, estaría firmando su propia sentencia de muerte. El tribuno Vitelio no dudaría en eliminar a un médico entrometido que descubriera sus secretos.

Miró al pretoriano. El hombre lo observaba con una mezcla de súplica y desconfianza.

—Ayúdame… —susurró el soldado—. Ellos… ellos me lo hicieron… Sabía demasiado…

Entonces lo comprendió. El hombre no solo estaba enfermo; estaba aterrorizado. Sabía que lo estaban asesinando y que el hospital no era un refugio, sino la última parada de su ejecución.

Aulo tomó una decisión. Se inclinó sobre el pretoriano, creando una pantalla con su cuerpo para que nadie más en el pabellón pudiera oírlo.

—Sé lo que te pasa —susurró, con una intensidad que sorprendió al propio soldado—. No es una enfermedad. Te están envenenando.

Los ojos del pretoriano se abrieron de par en par, una mezcla de terror y confirmación.

—¿Puedes… puedes curarme?

—No lo sé —respondió Aulo con sinceridad—. Hay cientos de venenos. Necesito saber qué te han dado. Necesito que confíes en mí.

—Confiar en ti… —el hombre rio, un sonido seco y sin alegría—. Aquí la confianza es la primera en morir.

—Entonces confía en tu odio hacia ellos. Quieren verte muerto. Yo quiero verte vivo. Por ahora, nuestros intereses coinciden —dijo Aulo—. Te daré un purgante fuerte, algo que te haga vomitar y vaciar tus intestinos. Diremos que es para limpiar tu estómago de la mala comida. Eso nos dará algo de tiempo. Pero necesito que hagas memoria. Piensa en todo. Nombres, lugares, conversaciones. Tu vida depende de lo que puedas recordar. Y la mía también.

Se incorporó. Su rostro volvía a ser el del médico indiferente. Se dirigió al pequeño dispensario del hospital, con el corazón latiéndole desbocado. Sabía que acababa de cruzar una línea. Había dejado de ser una víctima pasiva, un observador. Se había convertido en un jugador activo en una partida mortal.

Mientras mezclaba polvo de eléboro, un emético violento, con agua, sus manos no temblaban. La parálisis del miedo había sido reemplazada por el frío propósito de la necesidad. Ya no luchaba solo por una verdad abstracta. Luchaba por la única cosa que le quedaba: su propia supervivencia. Y el camino para conseguirla pasaba por el cuerpo envenenado del hombre que yacía en el catre del fondo del pabellón.

# Capítulo 26

La purga fue violenta, un exorcismo del cuerpo. El eléboro actuó con la furia de un veneno combatiendo a otro. Durante casi una hora, el pretoriano, cuyo nombre Aulo averiguó que era Casio, se retorció en el catre, expulsando el contenido de su estómago y sus entrañas en espasmos que sacudían todo su cuerpo. Aulo no se apartó de su lado. Con la excusa de evitar que el paciente se ahogara en su propio vómito, se mantuvo junto a él, limpiándolo con paños húmedos y susurrándole palabras de aliento que eran, en realidad, un mantra para sí mismo.

De cara al resto del pabellón, era la viva imagen de la diligencia médica. Filón lo observó desde la distancia con una mezcla de aprobación y recelo, asintiendo ante la agresividad del tratamiento. Los demás asistentes y heridos veían a un médico entregado a un caso difícil. Nadie podía ver la verdadera naturaleza de lo que estaba ocurriendo: un interrogatorio disfrazado de terapia, una confesión extraída entre arcadas y delirios.

Cuando la violencia de la purga amainó, Casio quedó exhausto, reducido a un guiñapo tembloroso y cubierto de un sudor frío. Parecía más cerca de la muerte que antes, pero Aulo, al tomarle el pulso, notó una levísima mejoría. Era más firme. La piel, aunque fría, había perdido ese matiz ceroso y antinatural. Había ganado tiempo. Unas horas, quizás un día.

—Agua… —jadeó Casio, con los labios agrietados.

Aulo le dio a beber una pequeña cantidad de agua hervida con una pizca de sal y miel, una mezcla para reponer los fluidos que había aprendido de Demetrio.

—Has vaciado el veneno —susurró Aulo, mientras fingía arreglar las mantas—. Pero una parte ya está en tu sangre. Seguirá consumiéndote, más lentamente. Necesito saber. Ahora.

Los ojos de Casio se movieron, recorriendo el pabellón. El miedo seguía ahí, pero ahora estaba afilado por la urgencia. Sabía que Aulo era su única y terrible esperanza.

—Sextus… —murmuró, con la voz tan débil que Aulo apenas pudo oírlo—. El tribuno Sextus… Él es la cabeza.

—¿Sextus? ¿No Vitelio? —preguntó Aulo, desconcertado.

—Vitelio es su perro. Su mano derecha. Ambicioso, pero estúpido. Un patricio que juega a ser conspirador. Sextus es el cerebro. Es uno de los nuestros. Un pretoriano.

La revelación cayó sobre Aulo con el peso de una losa. No era una simple intriga de nobles. Era una traición nacida en el corazón mismo de la élite militar de Roma. Un pretoriano conspirando contra… ¿contra quién?

—¿Cuál es el objetivo? ¿El Emperador?

Casio negó débilmente con la cabeza. Un espasmo de dolor le recorrió el abdomen.

—No… nunca Tiberio. El objetivo es… Sejano.

Aulo se quedó helado. Lucio Elio Sejano. El Prefecto del Pretorio. El hombre más poderoso de Roma después del propio Emperador. El hombre que, indirectamente, lo había enviado a aquella pesadilla. La conspiración no era contra el Imperio, sino una guerra civil dentro de la Guardia Pretoriana, una lucha por el poder entre facciones rivales. El asesinato de Cayo Vipsanio, la forja de armas, los desertores… todo encajaba ahora. No era una rebelión germana, sino una operación para desestabilizar la frontera, crear el caos y culpar de la incompetencia al legado Getúlico, un hombre leal a Sejano. Querían debilitar al Prefecto cortando sus apoyos, uno por uno.

—¿Por qué tú? ¿Por qué te han hecho esto? —preguntó Aulo.

—El Cuervo… era mi hermano —susurró Casio, y una lágrima solitaria rodó por su sien—. Sextus ordenó su muerte. Dijo que se había convertido en un riesgo, que actuaba por su cuenta. Yo… yo hice preguntas. Me convertí en un riesgo también.

Ahora Aulo lo comprendió todo. La crueldad, la paranoia, la red de secretos. Era una serpiente devorándose a sí misma.

—Necesito más, Casio. Nombres. Pruebas.

—La lista… —jadeó el pretoriano, con los ojos cerrándose por el agotamiento—. Sextus tiene una lista. Los leales a Sejano… los que deben ser eliminados… La guarda en…

Pero el hombre no pudo terminar. El agotamiento lo venció y se hundió en un sueño febril y agitado. Aulo lo arropó, con la mente trabajando a una velocidad febril. Tenía el esqueleto de la conspiración. Ahora necesitaba la carne.

Durante el resto del día, Aulo se dedicó a cuidar de Casio con una atención que no pasó desapercibida. Rechazó la ayuda de los asistentes, preparando él mismo los caldos y las tisanas. Justificó su celo ante Filón como un interés puramente médico.

—Es un veneno, estoy seguro —le dijo al griego, compartiendo una media verdad—. Desconocido para mí. Quiero observar sus efectos y documentar el tratamiento. Es una oportunidad única.

Filón lo miró con sus ojos penetrantes, y Aulo supo que el viejo médico no se lo creía del todo. Pero la excusa del interés científico era plausible.

—Ten cuidado, Aulo —le advirtió el griego en voz baja—. A veces, la curiosidad es una enfermedad más mortal que la que intentas curar. Sobre todo cuando el paciente pertenece a la guardia del praetorium.

La advertencia era clara. Filón sospechaba que había algo más en juego y le estaba diciendo, a su manera, que se mantuviera al margen. Pero ya era demasiado tarde.

El verdadero peligro se materializó a media tarde. Aulo estaba cambiando las vendas de un legionario con el brazo quemado cuando vio una figura que entraba en el pabellón. Era el tribuno Publio Vitelio. No venía solo. Lo flanqueaban dos centuriones de su cohorte, dos moles de músculo y acero que parecían fuera de lugar en medio de la miseria del hospital.

El pabellón entero pareció contener la respiración. Las conversaciones cesaron. Los gemidos se ahogaron. La llegada de un oficial de tan alto rango al *valetudinarium* era un acontecimiento insólito. Vitelio avanzó por el pasillo central, con su capa escarlata ondeando tras él, ignorando a los heridos como si no fueran más que mobiliario. Sus ojos estaban fijos en un único punto: la alcoba del fondo donde yacía Casio.

Aulo sintió un nudo de hielo en el estómago. Dejó las vendas y se interpuso en el camino del tribuno, inclinándose en una respetuosa reverencia que era también una barrera.

—Tribuno —dijo, con la voz más serena que pudo fingir—. Es un honor inesperado. ¿En qué puede serviros un humilde médico?

Vitelio lo miró de arriba abajo con desdén. Su rostro afilado estaba contraído en una mueca de impaciencia.

—Aparta, médico. He venido a ver a uno de mis hombres. El pretoriano Casio. Me han informado de que ha caído enfermo.

—En efecto, tribuno. Padece una grave afección estomacal. La comida de la frontera, ya sabéis… no es apta para todos los estómagos.

—Curioso —dijo Vitelio, con una sonrisa helada—. Casio tiene el estómago de un buitre. Ha comido cosas en campaña que harían vomitar a un germano. Quiero verlo.

—Me temo que no es aconsejable, tribuno —replicó Aulo, manteniendo su posición—. Acabo de administrarle un purgante muy potente. Está débil y… su estado es contagioso.

Era una mentira desesperada, pero la única que se le ocurrió. La palabra "contagioso" era un arma poderosa en un campamento militar. Vitelio vaciló por un instante. Miró más allá de Aulo, hacia el catre donde Casio yacía inmóvil.

—¿Contagioso? ¿Qué clase de enfermedad es?

—Aún no lo sabemos con certeza. Una de las fiebres del vientre que a veces surgen en los pantanos. Es mejor no acercarse hasta que sepamos más. Por la seguridad de todos.

La mirada de Vitelio se endureció. Sabía que Aulo estaba mintiendo, y Aulo sabía que él lo sabía. Era un duelo de voluntades, un pulso silencioso en medio del pabellón. Los dos centuriones que lo acompañaban dieron un paso adelante, amenazantes.

—Soy su tribuno. Es mi deber velar por mis hombres. No me iré hasta haberlo visto —dijo Vitelio, bajando la voz hasta convertirla en un siseo peligroso.

Aulo sabía que había perdido. No podía oponerse físicamente. Pero podía ganar tiempo.

—Como ordenéis, tribuno. Pero permitidme que al menos os cubra la boca y la nariz con un paño impregnado en vinagre. Es la precaución mínima.

Vitelio lo fulminó con la mirada, pero asintió a regañadientes. El miedo a la enfermedad era algo profundamente arraigado en la mentalidad romana. Mientras Aulo preparaba el paño, tuvo unos segundos para pensar. Se acercó al catre de Casio, fingiendo comprobar su estado antes de la visita del tribuno. Se inclinó sobre él.

—Vitelio está aquí —susurró al oído del pretoriano—. No hables. No te muevas. Finge que deliras. Tu vida depende de ello.

Casio no abrió los ojos, pero un casi imperceptible temblor recorrió su cuerpo.

Aulo se incorporó y le entregó el paño a Vitelio. El tribuno se lo ató alrededor del rostro con gesto de asco y se acercó al catre. Aulo se quedó a su lado, con el corazón martilleándole en el pecho.

Vitelio observó a Casio. El pretoriano yacía con los ojos cerrados, respirando de forma superficial. Un hilo de saliva le caía de la comisura de los labios. De repente, comenzó a murmurar palabras inconexas.

—Oscuridad… el cuervo… la lista… no, no, Sextus…

El nombre de Sextus flotó en el aire. Aulo sintió que se le helaba la sangre. Casio no estaba fingiendo el delirio, estaba delirando de verdad. Y en su delirio, estaba a punto de condenarlos a ambos.

Vitelio se inclinó, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué dice?

—Es la fiebre, tribuno —se apresuró a decir Aulo—. Delira. Habla de pájaros, de oscuridad. Son los efectos de la enfermedad en su mente.

Pero Vitelio no lo escuchaba. Su atención estaba clavada en Casio. Se inclinó aún más, hasta que su rostro casi tocó el del hombre moribundo.

—Casio —dijo, en voz baja pero imperiosa—. ¿Me oyes?

Casio se agitó en el catre. Sus ojos se abrieron de golpe, pero estaban vidriosos, sin enfocar. Miraron a través de Vitelio como si fuera de cristal.

—La legión del escorpión… se alza… —murmuró, y luego su cuerpo fue sacudido por una violenta convulsión.

Vitelio dio un respingo hacia atrás, apartándose del catre como si quemara. En sus ojos, por un instante, Aulo vio un destello de genuino miedo. No miedo a la conspiración, sino el miedo primario a la enfermedad, a la muerte impredecible e incontrolable.

El tribuno se arrancó el paño de la cara.

—Asegúrate de que nadie más se acerque a él —ordenó a Aulo, con la voz tensa—. Quema sus ropas, sus mantas, todo lo que toque. Si muere, quema su cuerpo inmediatamente. No quiero que esta plaga se extienda.

Se dio la vuelta y salió del pabellón a grandes zancadas, seguido por sus dos centuriones. No miró atrás.

Aulo se quedó de pie junto al catre, temblando, no de miedo, sino por la tensión acumulada. Había estado a un susurro de la muerte. El delirio de Casio, que casi los había condenado, al final los había salvado. El miedo de Vitelio a la enfermedad había sido más fuerte que su sospecha.

Pero Aulo sabía que solo había ganado una tregua. Vitelio se había ido, pero volvería. O enviaría a alguien. No podía permitirse dejar a un testigo con vida, por muy delirante que estuviera. La próxima vez, no vendría a hacer preguntas.

Aulo se inclinó sobre Casio, que se había calmado. Su respiración era más tranquila. El médico le limpió el rostro con un paño húmedo. El hombre había sobrevivido al veneno, al purgante y ahora al tribuno. Pero seguía siendo una bomba de tiempo. Y Aulo estaba encadenado a él.

# Capítulo 27

El silencio que dejó Vitelio tras su partida era más sonoro que un grito. El pabellón del *valetudinarium* recuperó lentamente su pulso de miseria, los gemidos volvieron a elevarse y las conversaciones se reanudaron en susurros, pero para Aulo, el mundo se había encogido hasta el tamaño del catre donde yacía Casio. La visita del tribuno no había sido una inspección, sino una sentencia dictada en voz baja.

Pasó el resto de la tarde convertido en una fortaleza humana alrededor del pretoriano. Prohibió a los asistentes que se acercaran, alegando el riesgo de contagio. Cambió él mismo las mantas empapadas de sudor, limpió al hombre con una dedicación febril y continuó administrándole pequeñas dosis de agua con miel y sal. Cada una de sus acciones era un desafío silencioso a la orden implícita de Vitelio. Cada sorbo que Casio lograba tragar era una pequeña victoria contra la muerte que se cernía sobre ellos.

Filón lo observaba desde la distancia, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable. El viejo médico no hizo ninguna pregunta, no ofreció ayuda ni la estorbó. Su neutralidad era una forma de complicidad pasiva, un permiso tácito para que Aulo continuara con su peligrosa partida de ajedrez, siempre y cuando no salpicara el tablero con sangre.

Al caer la noche, el estado de Casio empeoró. La breve calma que siguió a la purga se desvaneció, reemplazada por un temblor incontrolable que sacudía todo su cuerpo. Su piel adquirió un tinte azulado bajo la luz parpadeante de las lámparas de aceite. El veneno, esa parte que ya corría por su sangre, estaba librando su batalla final.

Aulo sabía que se le agotaba el tiempo. Necesitaba que Casio recuperara la consciencia, aunque solo fuera por un instante. Necesitaba el resto de la confesión. La ubicación de la lista.

Rebuscó en su bolsa de medicinas, apartando las hierbas calmantes y los analgésicos. Necesitaba lo contrario: un estimulante, algo que sacudiera el sistema nervioso del hombre y lo arrancara de la niebla que lo estaba consumiendo. Encontró lo que buscaba en un pequeño odre de cuero: aguardiente de bayas de enebro, un brebaje basto y potente que los germanos usaban en sus rituales y que algunos legionarios compraban de contrabando para combatir el frío. Demetrio se lo había dado, advirtiéndole que era “más veneno que medicina”, pero útil en dosis ínfimas para reanimar a víctimas de ahogamiento o shock.

Con una cuchara, le abrió la boca a Casio y le vertió unas pocas gotas del líquido ardiente en la garganta. La reacción fue inmediata. El pretoriano se arqueó en el catre con una arcada, tosiendo y farfullando. Sus ojos se abrieron de golpe, y esta vez no estaban vidriosos. Había un destello de terror lúcido en ellos. Había vuelto.

—Aulo… —jadeó, con la voz rota.

—Estoy aquí, Casio —dijo Aulo, inclinándose sobre él—. No tenemos tiempo. La lista. ¿Dónde guarda Sextus la lista?

—No… no puedo… —El hombre intentaba enfocar la mirada, luchando contra las sombras que se agolpaban en los bordes de su visión—. Es… un secreto. Un juramento…

—Tu juramento murió con tu hermano. Sextus te traicionó. Te ha dejado morir aquí. Tu única lealtad ahora es a tu propia venganza. Ayúdame a dartela. ¿Dónde está la lista?

Los ojos de Casio se llenaron de lágrimas de impotencia. El aguardiente le había dado un momento de claridad, pero también le había devuelto la plena conciencia de su dolor y su situación desesperada.

—El templo… —susurró—. No es un templo. Es… un ritual.

—¿Qué ritual? —insistió Aulo, sintiendo que la respuesta estaba al alcance de su mano.

Casio luchaba por cada palabra, como si las arrancara de las profundidades de su ser. Su respiración se volvió silbante.

—Cada año… antes de las campañas de invierno… purifican las armas… para Marte…

Aulo frunció el ceño, intentando comprender. Conocía los ritos del campamento. Se hacían ofrendas, sacrificios. Pero lo que Casio describía sonaba a algo más.

—¿Una ceremonia?

—Sí… privada. Solo para… los elegidos. La legión del escorpión… nuestra propia ceremonia… para bendecir las armas que… que derramarán sangre romana.

Entonces Aulo lo comprendió. Era una parodia sacrílega de un rito sagrado. Una secta dentro de la legión.

—¿Y la lista?

—La lista… es la ofrenda. Se lee en voz alta. Los nombres de los… traidores a nuestra causa. Los hombres de Sejano. Y luego… se quema en el fuego sagrado. Como una sentencia.

—¿Cuándo? ¿Cuándo es ese ritual?

Casio se estremeció. Un sudor perlado brotó en su frente. El efecto del estimulante se desvanecía, arrastrándolo de nuevo hacia la oscuridad.

—Pronto… muy pronto… El frío ya llega… La… la purificación de las armas…

Aulo se inclinó aún más, con la oreja pegada a los labios del hombre.

—¿Cómo se llama, Casio? ¿El nombre del rito?

El pretoriano hizo un último y titánico esfuerzo. Su boca se movió, formando una sola palabra, un susurro tan débil que fue casi un soplo de aire.

—Armilustrium…

Y entonces, sus ojos se pusieron en blanco. Un violento espasmo sacudió su cuerpo, arqueando su espalda de una forma antinatural. De su boca brotó una espuma rosácea. El veneno había llegado a su corazón.

Aulo se enderezó de golpe. Sabía que ya no podía hacer nada por él. Casio estaba muerto. Pero le había dejado su legado: una sola palabra. *Armilustrium*. La purificación de las armas. Un ritual romano que se celebraba en octubre para marcar el final de la temporada de campañas. Sextus y sus hombres habían creado su propia versión, una ceremonia secreta para consagrar su traición.

No hubo tiempo para asimilarlo. Un movimiento en la entrada del pabellón captó su atención. Un hombre acababa de entrar. No era un soldado herido ni un asistente. Era corpulento, con un rostro impasible y unas manos grandes y callosas. Llevaba la túnica sencilla de un ordenanza, pero se movía con la economía de movimientos de un luchador. Se dirigió directamente hacia Filón, le dijo algo en voz baja y le entregó un rollo de papiro sellado.

Filón leyó el papiro. Su rostro se ensombreció. Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Aulo a través del pabellón. El griego le hizo un gesto casi imperceptible, una negación con la cabeza tan sutil que cualquiera la habría pasado por alto. Pero Aulo la entendió. Era una advertencia.

El recién llegado se acercó a Aulo.

—El tribuno Vitelio envía sus respetos —dijo el hombre, con una voz desprovista de toda emoción—. Está muy preocupado por la salud del pretoriano Casio. Me ha ordenado que me quede aquí para asistirte en su cuidado. Dice que no debes sobrecargarte.

Era un carcelero. Un verdugo con la apariencia de un enfermero. Había venido a asegurarse de que Casio no sobreviviera a la noche. Y si el médico se interponía, se ocuparía de él también.

Aulo sintió una oleada de frío que no tenía nada que ver con la humedad de la noche. Miró el rostro impasible del hombre. Luego miró el cuerpo inmóvil de Casio. Y tomó la única decisión que le quedaba.

—Llegas tarde —dijo Aulo, con la voz ronca por la tensión—. Tu ayuda ya no es necesaria.

Se apartó del catre, dejando a la vista el cuerpo de Casio, con los ojos abiertos y fijos en el techo, la espuma sanguinolenta manchándole la barbilla.

—La fiebre se lo ha llevado hace un momento.

El hombretón parpadeó, sorprendido. Se acercó al catre, miró el cadáver y, con una profesionalidad macabra, le puso dos dedos en el cuello, buscando el pulso. No encontró nada.

—El tribuno se sentirá… decepcionado —dijo, aunque en su voz no había ni rastro de decepción. Solo la fría constatación de un trabajo que se había completado solo.

—Yo también lo estoy —replicó Aulo, obligándose a adoptar un tono de frustración médica—. Hice todo lo que pude. La enfermedad era demasiado agresiva. Ahora, si me disculpas, debo informar al *medicus* jefe y disponer que el cuerpo sea incinerado inmediatamente, como ordenó el tribuno. No podemos arriesgarnos a que esto se propague.

Se dio la vuelta, sin esperar respuesta. Caminó hacia Filón con las piernas temblorosas, pero con la espalda recta. Sentía la mirada del asesino clavada en su nuca. Sabía que había ganado, pero la victoria tenía el sabor amargo de la ceniza.

Casio estaba muerto. La única prueba viviente de la conspiración se había desvanecido. Pero le había dejado una llave. Una palabra. *Armilustrium*.

Aulo no sabía qué significaba exactamente, ni cuándo o dónde se celebraría ese rito oscuro. Pero sabía una cosa con certeza. Era su única esperanza. Y su única sentencia de muerte. Porque ahora, él era el único que conocía el secreto. Y la legión del escorpión no tardaría en ir a por él.

# Capítulo 28

La pira funeraria de Casio ardió con una furia impropia de un hombre envenenado en silencio. Aulo observó las llamas desde la distancia, más allá de la empalizada del *valetudinarium*. El asesino enviado por Vitelio, un hombre cuyo nombre nunca sabría, supervisaba la cremación con una eficiencia desapasionada, asegurándose de que el "contagio" quedara reducido a cenizas y huesos calcinados. El humo ascendía hacia el cielo gris de Germania, llevándose consigo el último vestigio de la única prueba viviente de la conspiración.

Aulo no sentía triunfo, solo el frío abrazo del aislamiento. Había ganado una batalla, pero la guerra se había vuelto infinitamente más personal y peligrosa. Ya no era un simple médico arrastrado a una investigación. Era el único depositario de un secreto que podía hacer caer a los hombres más poderosos del ejército del Rin. Era un fantasma en su propia vida, un hombre cuya sentencia de muerte ya había sido firmada, solo faltaba ejecutarla.

Los días que siguieron a la muerte de Casio fueron una lección de paranoia. Aulo se movía por el hospital como un autómata, pero sus sentidos estaban exacerbados, alerta a cada sombra, a cada susurro. El asesino de Vitelio, bajo la apariencia de un ordenanza, no se había ido. Se había instalado en el *valetudinarium* con el pretexto de ayudar a Filón, una presencia constante y silenciosa que seguía a Aulo con la mirada. No era un guardián, sino un recordatorio. Un lobo esperando pacientemente a que el cordero se desviara del rebaño.

Vitelio ya no se acercaba al hospital, pero su influencia era palpable. Los suministros que llegaban al dispensario eran inspeccionados con un celo inusual. Los legionarios heridos que hablaban con Aulo durante demasiado tiempo eran interrogados sutilmente por sus centuriones. La red se estaba cerrando, no con la violencia de un asalto, sino con la presión lenta y asfixiante de una anaconda. Lo estaban aislando, cortando sus conexiones con el mundo exterior, esperando el momento oportuno para atacar.

Aulo sabía que no podía permanecer inactivo. La palabra que Casio le había susurrado antes de morir —*Armilustrium*— ardía en su mente. Era una llave, pero no sabía qué puerta abría. Necesitaba a Querea y a Macro. Necesitaba su conocimiento del ejército, su fuerza, su lealtad forjada en el miedo compartido. Pero ¿cómo contactarlos? Una reunión directa era imposible. Su carcelero silencioso nunca lo permitiría.

La oportunidad, como a menudo ocurría en la vida de Aulo, llegó disfrazada de desgracia. Un joven recluta de la cohorte de Querea, un muchacho de la Galia llamado Lúculo, fue ingresado con una fractura compuesta de tibia y peroné. Se había caído del muro de entrenamiento. Era una herida grave, dolorosa, pero no mortal. Y era su única oportunidad.

Durante tres días, Aulo cuidó de Lúculo con una atención excepcional. Le redujo la fractura, alineando los huesos con una delicadeza que sorprendió a Filón. Le aplicó un ungüento de consuelda y grasa de oso para reducir la hinchazón y lo entablilló con una firmeza impecable. Pero su verdadero trabajo no era con los huesos del muchacho, sino con su mente.

Le habló en voz baja mientras trabajaba, mezclando instrucciones médicas con preguntas aparentemente casuales sobre su centurión.

—El centurión Querea es un hombre duro, ¿verdad? —comentó un día, mientras ajustaba las tablillas—. Exige mucho de sus hombres.

—Es el más duro, *medicus* —respondió Lúculo, haciendo una mueca de dolor—. Pero es justo. Nunca te pide que hagas algo que él no haría. Todos lo respetamos.

—He oído que valora la precisión por encima de todo —continuó Aulo—. Que un trabajo bien hecho, hasta el más mínimo detalle, es lo único que le importa.

—Así es. Odia a los chapuceros. Dice que en la batalla, una correa mal ajustada puede costarte la vida.

Era suficiente. Aulo había encontrado su canal.

Al cuarto día, Aulo declaró que Lúculo estaba listo para ser trasladado de vuelta a su barracón. La fractura necesitaba tiempo para soldar, pero ya no requería la atención constante del hospital. Mientras le daba las últimas instrucciones, Aulo le entregó una pequeña tablilla de cera, del tipo que se usaba para notas breves.

—Dale esto a tu centurión —dijo, con un tono autoritario de médico—. Son las instrucciones para tu cuidado. Las dosis del analgésico, cuándo cambiar los vendajes… Es un tratamiento complejo. Dile que, como él valora la precisión, debe seguirlo al pie de la letra. Cada detalle es importante.

Lúculo asintió, tomando la tablilla con cuidado. En su superficie, Aulo había escrito una serie de instrucciones médicas plausibles. Pero el verdadero mensaje no estaba en las palabras. Estaba en la forma en que estaban escritas. Había usado un estilete con la punta ligeramente mellada, lo que dejaba un surco característico. Y había cometido tres errores deliberados, tres "chapuzas" que un hombre como Querea, obsesionado con el detalle, notaría al instante. En lugar de "tres veces al día", había escrito "dos". Había indicado una hierba incorrecta en la composición del emplasto. Y, lo más importante, al final de la tablilla, en el pequeño espacio reservado para la firma, no había puesto su nombre. Había grabado un único símbolo: el contorno de un escorpión.

Esa noche, Aulo apenas durmió. Esperó. Cada crujido del hospital, cada tos de un enfermo, le sonaba a pasos de asesino. Sabía que si Querea no entendía el mensaje, o si la tablilla caía en manos equivocadas, todo habría terminado.

Justo antes del cambio de la tercera vigilia, cuando la noche era más oscura y el silencio más profundo, oyó un sonido. Era un rasguño suave en la pared exterior del dispensario, justo debajo de la pequeña ventana que usaba para ventilar el humo de las fumigaciones. Tres rasguños. Una pausa. Y luego dos más. Era la señal de las patrullas nocturnas para indicar que todo estaba en orden. Una señal que Querea sabía que Aulo, después de meses en el campamento, conocería.

El carcelero de Vitelio dormitaba en un taburete cerca de la entrada principal del pabellón. Aulo se deslizó de su catre con un sigilo que nunca creyó poseer. Se movió entre los cuerpos durmientes de los heridos, una sombra entre las sombras. Llegó al dispensario y abrió la ventana con una lentitud agónica, rezando para que los goznes no chirriaran.

Una mano surgió de la oscuridad exterior y le agarró el brazo. Era Querea.

—Las letrinas del oeste. En diez minutos —susurró el centurión, y su mano desapareció.

Aulo cerró la ventana. Su corazón latía con una violencia descontrolada. Ahora venía la parte más difícil. Salió del dispensario y caminó con deliberada lentitud hacia la entrada del pabellón, pasando junto a su guardián dormido. Llevaba en la mano un orinal vacío. Si el hombre se despertaba, tenía una excusa. Pero no se movió.

Salir al exterior fue como sumergirse en un baño de hielo. El aire de la noche era gélido y olía a barro y a humo de leña. El campamento estaba en silencio, pero era un silencio poblado de sonidos: el murmullo del viento en los estandartes, el relincho lejano de un caballo en los establos, el paso rítmico de los centinelas en las murallas. Cada sonido era una amenaza potencial.

Las letrinas eran una larga zanja techada en el extremo más alejado del campamento, un lugar que todos evitaban a menos que fuera estrictamente necesario. El hedor era nauseabundo, una miasma de excrementos y orina que se agarraba a la garganta. Pero en aquel momento, era el lugar más seguro del mundo.

Querea y Macro ya estaban allí, ocultos en la sombra más profunda. Verlos fue como respirar por primera vez después de haber estado a punto de ahogarse.

—Un escorpión, médico —dijo Querea, sin preámbulos. Su voz era un gruñido bajo—. Una jugada muy arriesgada. Si uno de mis hombres hubiera visto eso…

—Era la única que tenía —replicó Aulo—. Nos vigilan. A todos.

Macro dio un paso adelante. Su enorme silueta bloqueaba la escasa luz de la luna.

—Hemos sentido la presión. A Querea lo tienen dando instrucción día y noche. A mí me han asignado a la cantera, fuera del campamento. Nos están separando.

—Es porque saben que somos los únicos que conocemos la verdad sobre lo que pasó en el pantano —dijo Aulo—. Pero la situación ha empeorado. He descubierto el corazón de todo el asunto.

En la oscuridad hedionda de las letrinas, Aulo les contó todo. La llegada del pretoriano Casio, el veneno, la visita de Vitelio, la confesión agónica del hombre moribundo. Les habló de la conspiración contra Sejano, liderada por el tribuno pretoriano Sextus. Y finalmente, les reveló la última palabra de Casio.

—Armilustrium.

El silencio que siguió fue denso, pesado. Macro miró a Querea.

—Conozco esa palabra —dijo el centurión, frunciendo el ceño—. Es un festival en Roma. En octubre. Para purificar las armas después de la temporada de guerra. Se hace un sacrificio, se revisa el equipo. Marca el comienzo del invierno, cuando las legiones se acuartelan.

—Casio dijo que era su propia ceremonia —explicó Aulo—. Privada. Solo para los suyos, para la "legión del escorpión". Dijo que era para bendecir las armas que derramarían sangre romana. Y dijo que la lista con los nombres de los hombres de Sejano que deben ser eliminados… es la ofrenda. La leen en voz alta y luego la queman.

Entonces lo comprendieron. La palabra de un muerto les había dado el qué y el cuándo. El ritual era la culminación de la conspiración, el momento en que se dictaban las sentencias de muerte. Y el Armilustrium se celebraba a finales de octubre. Estaban a mediados de mes. El tiempo se agotaba.

—Tenemos que detenerlos —dijo Macro, con la voz convertida en un trueno sordo—. Debemos ir ante el legado.

—¡No! —dijo Querea, tajante—. Getúlico no hará nada. Si no es parte de la conspiración, es un cobarde que no se atreverá a moverse contra un tribuno pretoriano sin pruebas irrefutables. Y si es parte de ella, firmaremos nuestra sentencia de muerte en el momento en que abramos la boca. Estamos solos en esto.

—Tiene razón —convino Aulo—. Nuestra única oportunidad es conseguir esa lista. Es la única prueba física que puede desmontar toda la trama. Si la conseguimos, Getúlico no tendrá más remedio que actuar.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Macro—. No sabemos dónde celebran su rito pagano. Este campamento es enorme. Y los bosques que lo rodean, infinitos.

El desafío era monumental. Se enfrentaban a una secta de asesinos de élite, liderada por un tribuno pretoriano, y no tenían ni idea de dónde o cómo atacar.

—Tenemos que pensar como ellos —dijo Aulo, su mente analítica tomando el control—. Es un ritual. Un ritual necesita un lugar adecuado. Un lugar secreto, aislado, pero con un cierto significado simbólico. No lo harán en un barracón o en medio del bosque. Necesitan un templum, un espacio sagrado.

—Hay un templo de Júpiter en el centro del campamento y un pequeño santuario de Marte cerca del campo de entrenamiento —dijo Querea—. Pero son lugares públicos. Siempre hay gente.

—Entonces no es un templo oficial —dedujo Aulo—. Es un lugar que han adoptado. Un lugar abandonado, olvidado, que puedan haber consagrado para su propio culto.

La tarea recayó sobre ellos con un peso abrumador. Tenían que encontrar un templo secreto en medio de un territorio hostil, infiltrarse en una ceremonia de asesinos y robar una lista que probablemente ardería en el momento en que fuera leída. Y todo ello mientras eran cazados.

—Nos separaremos —ordenó Querea, asumiendo su papel de líder—. Macro, tú conoces la cantera y las zonas exteriores. Busca cualquier ruina, cualquier cueva, cualquier lugar extraño al sur del campamento. Yo me encargaré de la zona norte y los bosques cercanos al Rin. Médico, tú te quedas en el campamento. Eres el cerebro. Piensa. Busca en los registros, habla con los veteranos. Busca leyendas, lugares malditos, cualquier cosa que se salga de la rutina.

Se miraron los tres en la penumbra. Tres hombres de mundos completamente distintos —un médico bastardo, un centurión endurecido y un legionario gigante—, unidos por un secreto que los mataría si permanecían quietos y que probablemente los mataría si actuaban.

—Tened cuidado —dijo Aulo.

Querea puso una mano en su hombro. El gesto fue breve, pero firme.

—La suerte es para los necios, médico. Nosotros nos guiaremos por la disciplina. Nos volveremos a ver en tres días. A la misma hora, en el mismo estercolero.

Y con eso, se separaron, desapareciendo en la noche como tres fantasmas. Aulo regresó al *valetudinarium* con el corazón encogido. La soledad que había sentido antes era la de una víctima. La que sentía ahora era la de un conspirador. Y era mucho más pesada.

# Capítulo 29

Los tres días que siguieron a la reunión en las letrinas fueron para Aulo un descenso a una nueva clase de infierno: el de la inacción forzada. Mientras imaginaba a Querea peinando los bosques del norte y a Macro explorando las cicatrices de la cantera, él permanecía atrapado en el *valetudinarium*, un universo de enfermedad y desesperación que se había convertido en su jaula. Y en esa jaula, no estaba solo.

El hombre de Vitelio, a quien Aulo había apodado mentalmente "la Sombra", era una presencia tan constante como el olor a vinagre y gangrena. Se movía con un propósito silencioso, cumpliendo tareas menores con una eficiencia que no lograba enmascarar su verdadera función. Sus ojos, pequeños y vacíos como los de un reptil, seguían a Aulo a todas partes. Cuando Aulo cambiaba un vendaje, la Sombra estaba allí, sosteniendo un rollo de lino. Cuando Aulo preparaba una tisana, la Sombra estaba allí, limpiando un mortero. No hablaba, no ofrecía conversación. Solo observaba. Su vigilancia era una forma de tortura psicológica, un recordatorio constante de que un solo paso en falso, una palabra indiscreta, sería el último.

Aulo sabía que la tarea que Querea le había encomendado —"Piensa. Busca en los registros, habla con los veteranos"— era casi imposible en aquellas circunstancias. No podía simplemente pasear hasta el *tabularium*, los archivos del campamento, y pedir los planos de construcción o los registros de patrulla. Su presencia allí levantaría una alarma inmediata. Hablar con los veteranos también era un riesgo. La Sombra lo seguiría, escuchando cada palabra. Necesitaba una estrategia, una forma de buscar sin que pareciera que buscaba.

Su primer intento fue un fracaso. Con el pretexto de necesitar un historial médico más completo para tratar las fiebres recurrentes en el campamento, le pidió a Filón acceso a los registros médicos del hospital. Eran rollos de papiro amarillentos y quebradizos, donde los *medici* anteriores habían anotado casos, tratamientos y, a veces, el lugar donde un soldado había contraído una enfermedad o sufrido un accidente. La lógica de Aulo era simple: si un lugar era usado para reuniones secretas, quizás habría un patrón de accidentes o enfermedades extrañas en sus alrededores.

Pasó dos días enteros sumergido en aquella caligrafía irregular, con la Sombra sentada en un rincón, afilando escalpelos con una piedra de amolar. El siseo rítmico de la piedra sobre el metal era un acompañamiento enloquecedor para su búsqueda. Pero no encontró nada. Los registros eran un caos de fracturas, disentería, heridas de entrenamiento y congelaciones. No había ningún patrón, ninguna pista, solo el registro monótono del sufrimiento humano. Se dio cuenta de su error: estaba pensando como un médico, no como un conspirador.

La revelación le llegó en la quietud de la tercera noche, mientras escuchaba el delirio febril de un legionario herido por la coz de una mula. El hombre hablaba de su granja en la Bética, de campos de olivos y del fantasma de su abuelo que, según la leyenda familiar, se aparecía en el viejo pozo seco. Y entonces lo comprendió. No debía buscar un lugar. Debía buscar una historia.

La "legión del escorpión" era una secta. Un culto. Y los cultos no eligen sus lugares sagrados al azar. No buscan la conveniencia, sino el simbolismo. Necesitaban un lugar con un eco, un lugar que ya estuviera imbuido de un significado que ellos pudieran retorcer para sus propios fines. Un lugar asociado a la muerte, a la traición, al poder. Un lugar que la gente normal evitara, no por orden, sino por instinto. Un *locus infaustus*. Un lugar maldito.

Con esta nueva perspectiva, todo cambió. No necesitaba los registros oficiales. Necesitaba el saber no escrito del campamento, las leyendas susurradas en los barracones, las historias que los veteranos contaban a los reclutas para asustarlos. Y solo había una forma de acceder a ese conocimiento. Debía ir a la fuente.

A la mañana siguiente, Aulo se presentó ante Filón con una expresión de grave preocupación. La Sombra, como siempre, estaba a solo unos pasos de distancia.

—Medicus —dijo Aulo, con un tono formal—, estoy preocupado por la salud de los veteranos. He notado un aumento de las dolencias crónicas entre los hombres de más edad: viejas heridas que supuran, dolores en las articulaciones por la humedad, problemas respiratorios… Son el corazón de esta legión, pero sus cuerpos están pagando el precio de décadas de servicio. Propongo realizar una inspección médica en los barracones de la primera cohorte. No para buscar enfermedades agudas, sino para ofrecer remedios y consejos para sus dolencias. Mejorará la moral y, a largo plazo, su capacidad de combate.

Filón lo miró con su habitual perspicacia. Sus ojos parecieron sopesar la propuesta durante un largo instante. Aulo contuvo la respiración. Era una excusa perfecta. Le permitía moverse por el campamento, hablar con los veteranos y todo bajo la apariencia de un celo médico irreprochable.

—Una iniciativa admirable, Aulo —dijo finalmente el griego—. Loable. Prepara lo que necesites. Ese hombre —dijo, señalando a la Sombra con un gesto de la barbilla— te ayudará a llevar los suministros.

El corazón de Aulo dio un vuelco. Filón había accedido. Y había condenado a la Sombra a seguirlo en su tarea, legitimando aún más la farsa.

Una hora después, Aulo cruzaba la *via principalis* del campamento, seguido por la Sombra, que cargaba un pesado cesto de madera lleno de ungüentos, vendas y frascos de cerámica. Aulo llevaba su propio maletín de cuero y su bastón. Por primera vez en días, estaba fuera del hospital, pero la sensación de libertad era una ilusión. Cada paso que daba, cada rostro que veía, era un peligro potencial.

Los barracones de la primera cohorte eran diferentes a los demás. Estaban más cerca del *principia*, el cuartel general, y sus ocupantes no eran reclutas imberbes, sino hombres curtidos, con rostros que eran mapas de antiguas campañas. Olía a cuero viejo, a sudor y a ese indefinible aroma de la nostalgia.

Aulo se movió con una profesionalidad consumada. Iba de catre en catre, examinando rodillas hinchadas, cicatrices queloides y espaldas dobladas por el peso de la armadura. Ofrecía ungüentos para el dolor, infusiones para la tos y, sobre todo, escuchaba. La Sombra permanecía en la entrada del barracón, una presencia amenazante pero impotente. No podía interferir en una consulta médica.

Aulo escuchó historias de batallas olvidadas, de centuriones muertos hacía mucho tiempo y de inviernos tan fríos que el vino se congelaba en los odres. Pero nadie mencionó ningún lugar maldito. Los soldados eran supersticiosos, pero su mundo estaba poblado de presagios y augurios, no de geografías encantadas. Estaba a punto de perder la esperanza cuando llegó al último hombre de la fila.

Era un legionario llamado Cayo Valerio Flaco. Debía tener cerca de cincuenta años, una edad casi antinatural para un soldado en servicio activo. Su rostro era un amasijo de arrugas y cicatrices, y le faltaban varios dientes. Estaba sentado en su catre, intentando reparar una correa de su sandalia con unas manos nudosas y deformadas por la artritis.

—¿Qué quieres, médico? —gruñó, sin levantar la vista—. Si no tienes un remedio para la vejez, estás perdiendo el tiempo.

Aulo sonrió.

—Para la vejez no. Pero para esas manos, quizás sí.

Se sentó frente a él y le examinó las articulaciones, hinchadas y enrojecidas.

—Has forzado demasiado estos tendones a lo largo de los años —dijo Aulo, mientras sacaba un tarro de ungüento con un fuerte olor a trementina y grasa de lobo—. Esto aliviará el dolor, pero el único remedio es el descanso.

—El descanso es un lujo para los muertos y los generales —replicó Valerio. Pero permitió que Aulo le masajeara las manos con el ungüento, soltando un gemido de dolor y alivio.

—Llevas mucho tiempo en esta frontera, ¿verdad? —preguntó Aulo, con un tono casual.

—He visto al divino Augusto y al divino Tiberio. He visto a Druso y a Germánico. He visto a las águilas avanzar hasta el Elba y retroceder hasta el Rin. He visto más bosques y más barro de los que un hombre debería ver en cien vidas. Sí, médico. Llevo mucho tiempo aquí.

Era el hombre que buscaba.

—Entonces habrás oído todo tipo de historias. Los reclutas siempre hablan de fantasmas en las murallas o de presagios en las entrañas de los sacrificios.

Valerio soltó una carcajada ronca.

—Los reclutas se asustan de su propia sombra. No necesitan fantasmas. Los verdaderos fantasmas de este lugar no pasean por las murallas. Están ahí fuera —dijo, haciendo un gesto hacia el norte, hacia el bosque oscuro que se extendía más allá de la empalizada.

El corazón de Aulo empezó a latir más deprisa.

—¿Ahí fuera?

—Hay lugares que es mejor no remover —dijo el veterano, con la mirada perdida en los recuerdos—. Lugares donde la tierra bebió demasiada sangre.

Aulo mantuvo su tono ligero, como si fuera una conversación ociosa.

—Los ancianos de mi barrio decían lo mismo de un viejo acueducto. Contaban que se oían lamentos en las noches de luna llena. Historias para asustar a los niños.

—Esto no es una historia para niños —dijo Valerio, bajando la voz. La Sombra, desde la entrada, pareció aguzar el oído—. Te hablo de la Torre del Silencio.

—¿La Torre del Silencio? —repitió Aulo, como si probara el sabor de las palabras.

—Una vieja atalaya de madera. De la época de las primeras campañas de Druso. La construyeron en una colina baja, para vigilar un vado del río Lupia. Un invierno, una cohorte entera fue sorprendida allí por una tormenta de nieve. Quedaron aislados. Y los queruscos los encontraron.

La mirada de Valerio se oscureció.

—Los masacraron. A todos. No dejaron a nadie para contar la historia. Cuando la nieve se derritió en primavera, encontramos lo que quedaba de ellos. El general ordenó quemar los cuerpos y abandonar la torre. Dijo que era un lugar nacido bajo un mal augurio. Desde entonces, nadie va allí. Los centuriones prohíben las patrullas en esa zona. Dicen que el terreno es inestable, pero es mentira. Es porque está maldita. A veces, en las noches de invierno, los guardias de la muralla norte juran que ven una luz parpadeante en la cima de esa colina. Una sola luz. Como una lámpara de aceite en una ventana.

Aulo sintió un escalofrío. Una torre de vigilancia abandonada. Una masacre. Un lugar maldito que la propia legión evitaba. Un lugar aislado, con un profundo significado de muerte militar. Era perfecto.

—Una historia fascinante —dijo Aulo, obligándose a sonreír—. Me pregunto dónde estará exactamente ese lugar. Por curiosidad.

—Al norte. A unas dos horas de marcha. Hay que seguir el arroyo que alimenta el foso hasta encontrar un viejo tilo partido por un rayo. Desde allí, se ve la colina —Valerio lo miró, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué tanto interés, médico? No es un buen lugar para ir a recoger hierbas.

Aulo vio a la Sombra dar un paso hacia el interior del barracón. El tiempo se había acabado.

—No te preocupes, no pienso ir —dijo, poniéndose en pie—. Mi curiosidad es puramente académica. Las historias locales siempre me han fascinado. Sigue con el ungüento dos veces al día. Y intenta descansar esas manos.

Le dio una palmada amistosa en el hombro y se dirigió hacia la salida. Al pasar junto a la Sombra, inclinó la cabeza respetuosamente. El hombre no le devolvió el gesto. Sus ojos estaban fijos en el viejo veterano que se masajeaba las manos, como si intentara discernir si aquella conversación había sido algo más que una simple consulta médica.

Aulo caminó de vuelta al *valetudinarium* con un paso firme y medido, pero por dentro, su mente era un torbellino. Lo tenía. Sabía dónde estaba el nido del escorpión. La Torre del Silencio. Un nombre que era a la vez una promesa y una amenaza.

Ahora solo tenía que sobrevivir dos días más hasta la próxima reunión en las letrinas para compartir la información con Querea y Macro. Dos días. Bajo la mirada constante de un asesino. Nunca un lapso de tiempo tan corto le había parecido tan peligrosamente largo.

# Capítulo 30

Si la inacción era un infierno, la espera era su círculo más profundo. Los dos días que mediaron entre el descubrimiento de la Torre del Silencio y la fecha de la reunión se convirtieron para Aulo en una prueba de resistencia para sus nervios. Cada hora se estiraba hasta la extenuación, un lienzo en blanco sobre el que su mente proyectaba todos los desenlaces catastróficos posibles. Se veía descubierto, arrastrado ante Vitelio, torturado no con la brutalidad primitiva de un bárbaro, sino con la fría y metódica pericia de un pretoriano que sabía exactamente dónde presionar para que un hombre se rompiera.

La presencia de la Sombra se había vuelto, si cabe, más opresiva. El hombre parecía haber intuido un cambio en Aulo, una tensión subyacente que el médico se esforzaba por enmascarar bajo una capa de rutina profesional. Sus ojos vacíos ya no solo lo seguían, lo analizaban. Aulo sentía su mirada como un peso físico, una mano invisible en su nuca que le recordaba constantemente el abismo sobre el que caminaba.

Para sobrevivir, Aulo se refugió en su trabajo con una dedicación casi maníaca. Se sumergió en el cuidado de los enfermos como un monje en sus oraciones. Limpiaba heridas, preparaba pócimas y escuchaba los delirios de los febriles, no solo porque era su deber, sino porque cada tarea, por humilde que fuera, era un ancla que lo mantenía sujeto a la cordura. El orden de la medicina, la lógica de los síntomas y los remedios, era su único baluarte contra el caos de su situación.

La tarde del segundo día, el miedo adoptó una forma tangible. Vio a dos legionarios de la guardia del *principia* entrar en los barracones de la primera cohorte. No llevaban armas, pero caminaban con esa arrogancia propia de los soldados que cumplen órdenes directas de un oficial superior. Se dirigieron directamente al catre de Cayo Valerio Flaco, el veterano de las manos artríticas. Lo levantaron sin miramientos y se lo llevaron. Aulo lo vio todo desde la puerta del *valetudinarium*, con el corazón convertido en un nudo de hielo.

La Sombra, que estaba a su lado puliendo un espejo de bronce, no se perdió el destello de pánico en los ojos del médico.

—Parece que el viejo Valerio tiene problemas —dijo la Sombra. Era la primera vez que iniciaba una conversación, y su voz, rasposa por el desuso, sonó como el roce de la arena sobre la piedra—. Dicen que los viejos soldados hablan demasiado. A veces, cuentan historias que es mejor olvidar.

Aulo sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Lo sabían. La conversación había sido escuchada, o quizás el propio Valerio, bajo presión, había hablado. Obligó a sus músculos a relajarse, a su rostro a adoptar una máscara de indiferencia profesional.

—Probablemente solo sea una infracción disciplinaria —replicó, con un tono neutro—. Los veteranos a veces se vuelven descuidados. Debería ir a ver si necesita algún cuidado médico. El trato brusco puede haber agravado la inflamación de sus manos.

Se giró para dirigirse hacia los barracones, pero la Sombra se interpuso en su camino. El movimiento fue sutil, casi casual, pero tan definitivo como una puerta de hierro cerrándose.

—Yo no haría eso, medicus —dijo el hombre, sin mirarlo, concentrado en el brillo del espejo—. El tribuno Vitelio se ocupa personalmente de este asunto. No le gusta que nadie interfiera en sus interrogatorios.

La palabra "interrogatorios" quedó suspendida en el aire, cargada de una amenaza implícita y terrible. Aulo comprendió. No volvería a ver a Valerio. El viejo soldado estaba pagando el precio de una conversación ociosa con un médico curioso. La culpa lo golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Había sentenciado a un hombre por una simple pregunta.

Regresó al interior del hospital con las piernas temblorosas. La Sombra lo siguió, y Aulo pudo sentir una sonrisa invisible en la quietud de su espalda. El juego se había vuelto más cruel. Ya no solo lo vigilaban; le estaban mostrando su poder, recordándole que cada una de sus acciones tenía consecuencias que se extendían más allá de su propia vida.

Aquella noche, la necesidad de llegar a las letrinas no era solo una cuestión estratégica, sino un impulso vital, la única forma de escapar de la asfixia. Su excusa de la última vez ya no serviría. Necesitaba algo más drástico, una distracción que apartara a la Sombra de su lado aunque solo fuera durante unos minutos preciosos.

La solución, una vez más, provino de su conocimiento del cuerpo humano. En su dispensario guardaba una pequeña cantidad de polvo de cantárida, el extracto de un escarabajo que, en dosis controladas, era un potente diurético y estimulante. En dosis mayores, era un veneno doloroso. Aulo preparó una infusión de manzanilla, aparentemente para calmar sus nervios, y disolvió en ella una cantidad ínfima del polvo, apenas unos granos, suficiente para provocar una reacción violenta pero no letal.

Se sentó en su catre, a la vista de la Sombra, y bebió la infusión a sorbos lentos. Luego, esperó.

Quince minutos después, un dolor agudo y punzante le atravesó el vientre, como si le clavaran un cuchillo al rojo vivo. Se dobló por la mitad con un gemido ahogado. El sudor le brotó en la frente.

—¿Qué ocurre, médico? —preguntó la Sombra, levantándose de su taburete.

—Un cólico… —jadeó Aulo, fingiendo una dificultad respiratoria que no estaba muy lejos de ser real—. Debe ser algo que comí. Necesito… necesito ir a las letrinas. Urgentemente.

El dolor abdominal era ahora una agonía real. Se puso en pie, encorvado, y comenzó a caminar hacia la salida. La Sombra lo siguió, pero esta vez Aulo no se detuvo.

—No necesito ayuda para vaciar mis intestinos —espetó, con una mezcla de dolor y humillación—. Espera aquí.

La Sombra dudó. Su orden era no perder de vista al médico, pero la situación era genuinamente grotesca. Aulo forzó un espasmo y soltó un gemido que resonó en todo el pabellón, despertando a varios heridos.

—¡Ahora! —gritó, con la voz quebrada.

La urgencia y la crudeza de la situación parecieron convencer al hombre. Con una mueca de asco, se apartó y dejó pasar a Aulo.

—No tardes —gruñó.

Aulo no necesitó fingir la urgencia de su carrera a través del campamento. El veneno autoadministrado le retorcía las entrañas, enviando oleadas de náuseas y dolor que lo dejaban sin aliento. Llegó a las letrinas y se apoyó contra la pared, temblando, bañado en sudor frío. La ironía era cruel: para escapar de un asesino, había tenido que envenenarse a sí mismo.

Querea y Macro ya estaban allí. Al ver el estado de Aulo, Macro se adelantó, preocupado.

—Por los dioses, médico, ¿qué te ha pasado?

—Una… distracción necesaria —consiguió decir Aulo, respirando profundamente para controlar el dolor—. Nos vigilan. Cada segundo.

No había tiempo que perder. Apoyado en el hombro de Macro, Aulo les relató su descubrimiento. Les habló del viejo Valerio y de la historia de la atalaya abandonada.

—La llaman la Torre del Silencio —concluyó—. Al norte del campamento. Una cohorte entera fue masacrada allí. El lugar está maldito. Prohibido. Es perfecto para ellos.

Querea asimiló la información en silencio. Su rostro era una máscara de concentración.

—Yo no encontré nada. Solo viejos puestos de caza de los germanos —dijo—. Tú, Macro.

—Lo mismo —respondió el aquitano—. Cuevas vacías y un par de canteras abandonadas. Nada que parezca un templo. Tiene que ser la torre.

Lo tenían. El dónde. Ahora venía la parte imposible: el cómo.

—Según mis cálculos, el Armilustrium tradicional se celebra el decimonoveno día de octubre —dijo Aulo, recuperando parte de su compostura analítica—. Es en dos días. La próxima luna nueva. Les encanta el simbolismo.

—Dos días —repitió Querea—. Para planear un asalto a una posición desconocida, defendida por un número incierto de pretorianos y desertores de élite. Es un suicidio.

—Es nuestra única oportunidad —insistió Aulo—. Si no conseguimos esa lista, estamos muertos. Vitelio ya ha empezado a eliminar cabos sueltos. Hoy se han llevado al veterano que me dio la información.

La noticia cayó como una losa. El círculo se estrechaba más rápido de lo que pensaban.

—Entonces no hay elección —dijo Macro, y el sonido de sus nudillos al crujir fue el único ruido en la penumbra—. Morir aquí esperando o morir allí luchando. Prefiero lo segundo. ¿Cuál es el plan?

Toda la atención se centró en Querea. El centurión comenzó a caminar de un lado a otro en el estrecho espacio, con la mente trabajando a una velocidad febril.

—No podemos atacarlos de frente. Sería una masacre. Son pretorianos, los mejores. Y estarán en alerta. Debemos usar el sigilo y la sorpresa. Y su propia arrogancia en nuestra contra.

—Creerán que su templo es inviolable —aportó Aulo—. Que nadie se atrevería a acercarse a un lugar maldito en la noche de luna nueva.

—Exacto —asintió Querea—. Ese es nuestro único punto fuerte. Debemos ser fantasmas. Llegar sin ser vistos, actuar y desaparecer. El objetivo no es matarlos. Es conseguir la lista.

El plan comenzó a tomar forma en la oscuridad, construido con retazos de experiencia militar, conocimiento del terreno y deducción psicológica.

—La torre es de madera, vieja y probablemente en mal estado —razonó Querea—. Tendrá un único punto de entrada en la base y quizás algunas aberturas en la parte superior para la vigilancia. La ceremonia se celebrará dentro o justo delante de ella. Necesitamos una distracción. Algo que los obligue a dividir su atención.

—Macro —dijo, volviéndose hacia el gigante—. Tú serás la distracción. Eres el que más ruido hace. Te acercarás desde el sur, el lado opuesto a la entrada principal. Harás un ruido, lanzarás una piedra, algo que haga que un par de guardias salgan a investigar.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Macro.

—Mientras tanto, Aulo y yo entraremos. La ceremonia estará en su apogeo. El propio Sextus estará leyendo los nombres. Toda la atención estará puesta en él. Será nuestro único momento.

—¿Entrar? ¿Cómo? —preguntó Aulo—. La puerta estará vigilada.

—No entraremos por la puerta —replicó Querea—. Entraremos por el tejado. La madera estará podrida. Con una cuerda y un garfio, podremos subir por la pared exterior y abrir un agujero en el techo sin hacer apenas ruido. Descenderemos justo en medio de ellos.

El plan era de una audacia demencial. Aulo se imaginó descendiendo con una soga en mitad de un ritual de asesinos de élite. La idea era tan absurda como aterradora.

—Una vez dentro —continuó el centurión, ajeno al pánico de Aulo—, todo será cuestión de velocidad. Yo me encargaré de Sextus. Tú, médico, irás a por la lista. La coges y salimos por donde hemos entrado. Macro, en cuanto nos oigas actuar, te retiras y nos encuentras en el punto de reunión: el tilo partido.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Aulo, con la voz temblorosa.

—Algo saldrá mal —dijo Querea, con una certeza helada—. Este plan es un desastre esperando a ocurrir. Pero es el único que tenemos. Si me capturan, Macro te sacará de allí. Si capturan a Macro, tú y yo seguiremos con la misión. Y si te capturan a ti, médico… reza para que te maten rápido. No hay retirada. No hay rendición. O conseguimos esa lista, o nuestros cuerpos abonarán la tierra de Germania.

Se hizo un silencio. El hedor de las letrinas pareció intensificarse, como el aliento fétido de la muerte que los esperaba. El plan no era un plan. Era una sentencia, una apuesta desesperada contra probabilidades imposibles.

—Necesitaremos equipo —dijo Macro, rompiendo el silencio—. Cuerda, un garfio, dagas… Y algo para ti, médico. No puedes ir solo con tu bastón.

—Le conseguiré un *pugio* —dijo Querea—. Y todos llevaremos las túnicas más oscuras que encontremos. Nos moveremos después del cambio de la última vigilia. La noche antes de la luna nueva. Tendremos dos horas de oscuridad total antes del amanecer.

Se miraron los tres. La alianza forjada en el miedo se había convertido en una conspiración. Eran tres hombres contra una legión secreta. Un médico cojo, un centurión caído en desgracia y un legionario exiliado. Una compañía improbable, unida por el único deseo de sobrevivir un día más.

—Nos veremos en el muro norte, cerca del acueducto, en dos noches —dijo Querea, dando por zanjada la reunión—. Sed puntuales. Y que los dioses, si es que queda alguno que nos escuche, se apiaden de nuestras almas.

Aulo regresó a su catre con el dolor del veneno todavía retorciéndose en sus entrañas. Pero ahora había otro dolor, más profundo y más frío: el conocimiento de lo que estaba por venir. Se tumbó en la oscuridad, escuchando los gemidos de los heridos, y se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, no tenía miedo a morir. Tenía miedo a fracasar.

# Capítulo 31

La noche del decimoctavo día de octubre descendió sobre el campamento no como un manto, sino como una mortaja. Era una oscuridad total, absoluta, una noche sin luna ni estrellas, ahogada bajo una gruesa capa de nubes que prometían lluvia. El aire era pesado, inmóvil y frío, cargado con la tensión de un trueno que se niega a estallar. Para los hombres de la "legión del escorpión", era una noche sagrada, la víspera de su ritual de purificación. Para Aulo, Querea y Macro, era la última noche de sus vidas. O la primera del resto.

Aulo pasó las horas previas a la medianoche sumido en una extraña calma. El miedo, que había sido su compañero constante durante semanas, se había retirado a un rincón de su mente, reemplazado por una claridad gélida, la lucidez del condenado que ha aceptado su destino. Ya no había dudas, ni dilemas morales, ni esperanzas de salvación. Solo quedaba el plan. Un plan demencial, frágil y probablemente suicida, pero era lo único que se interponía entre él y la nada.

Se movía por el *valetudinarium* con la precisión de un autómata. Cambió los vendajes a un legionario con el brazo destrozado, administró una pócima para la fiebre a un recluta delirante y ayudó a Filón a catalogar un nuevo envío de hierbas medicinales. Cada acción era deliberada, medida, una forma de marcar el tiempo que le quedaba. La Sombra, su carcelero, lo observaba desde su rincón habitual. El hombre también parecía sentir la extraña quietud de la noche. Estaba más alerta, menos confiado. Sus ojos no se apartaron de Aulo ni un solo instante.

Aulo sabía que el primer y quizás más difícil obstáculo de la noche era zafarse de su vigilante. No podía volver a usar el truco del veneno; la Sombra no caería dos veces. Necesitaba algo que lo incapacitara de forma rápida, silenciosa y, sobre todo, que pareciera un accidente.

La oportunidad se presentó en forma de vino. Filón, agotado por una larga jornada, decidió permitirse un pequeño lujo: un cántaro de vino falerno barato, áspero pero potente. Ofreció una copa a Aulo, que la rechazó educadamente, y luego, con un gesto de magnanimidad o quizás de simple camaradería, le ofreció otra a la Sombra. Para sorpresa de Aulo, el hombre la aceptó.

Mientras la Sombra bebía, con la mirada fija en Aulo por encima del borde de la copa, la mente del médico trabajaba a una velocidad febril. En su dispensario, en un estante alto reservado para los venenos y los narcóticos más potentes, guardaba un pequeño frasco de extracto de adormidera. Era un opiáceo poderoso, que usaba en dosis minúsculas para tratar los dolores más atroces. Una sobredosis podía sumir a un hombre en un sueño tan profundo que se confundía con la muerte.

El desafío era administrarlo. La Sombra nunca le daría la espalda ni dejaría su copa desatendida. Aulo necesitaba una distracción dentro de la distracción.

—Filón —dijo Aulo, con un tono casual—. El recluta de la cama siete, el que delira, ha vuelto a empeorar. Su respiración es superficial. Creo que deberíamos probar una fumigación de eucalipto para abrirle las vías respiratorias.

Filón, que ya iba medio borracho, asintió con la cabeza.

—Buena idea. Prepara el brasero.

Era el momento. Aulo se dirigió al dispensario. La Sombra se levantó para seguirlo.

—No hace falta que vengas —dijo Aulo, deteniéndose—. Solo voy a por el brasero y las hierbas. Está todo a mano. Sigue disfrutando de tu vino.

La Sombra vaciló. La petición era razonable. El dispensario era un espacio pequeño y Aulo estaría a la vista en todo momento. Con un gruñido, el hombre volvió a sentarse, pero no apartó los ojos de la puerta del dispensario.

Aulo entró y se movió con una rapidez que desmentía su cojera. Cogió el pequeño brasero de bronce y, al agacharse para sacar las hojas secas de eucalipto de un saco, su cuerpo quedó oculto del campo de visión de la Sombra durante un par de segundos preciosos. En ese instante, sus dedos volaron hacia el estante superior. Cogió el frasco del extracto de adormidera, descorchó el tapón con los dientes y vertió una cantidad generosa en la palma de su otra mano. Luego, con un movimiento fluido, se frotó la palma en el exterior de la copa de vino que había cogido discretamente del estante de Filón. El líquido oscuro y pegajoso cubrió el borde y parte del cuerpo de la copa.

Volvió a salir del dispensario con el brasero y las hierbas.

—Aquí está todo —dijo.

Se acercó a la mesa donde Filón y la Sombra estaban sentados. Mientras colocaba el brasero, fingió tropezar. Su cuerpo se tambaleó, y para evitar caer, apoyó la mano en la mesa. La copa de vino de la Sombra se volcó, derramando el líquido rojizo sobre la madera.

—¡Idiota! —masculló la Sombra, poniéndose en pie de un salto.

—Lo siento, lo siento… —se disculpó Aulo, con una expresión de pánico—. Mi maldita pierna. Te serviré otra copa.

Antes de que el hombre pudiera negarse, Aulo cogió la copa vacía que había traído del dispensario —la que tenía el exterior impregnado de opio— y la llenó del cántaro de Filón. Al hacerlo, se aseguró de que sus dedos, que también tenían restos del extracto, tocaran el interior del borde. Le ofreció la copa a la Sombra.

—Aquí tienes. Por cuenta de mi torpeza.

La Sombra lo miró con sospecha. Examinó la copa. No vio nada extraño. El vino olía a vino. A regañadientes, la cogió.

—Ten más cuidado, médico —gruñó.

Se llevó la copa a los labios. Aulo contuvo la respiración. El hombre bebió un largo sorbo. El extracto de adormidera, insípido e inodoro, se mezcló con el vino. Al beber, sus labios y su lengua entraron en contacto con el veneno del exterior de la copa. Una doble dosis.

Aulo se dedicó a preparar la fumigación, manteniendo una conversación trivial con Filón para disimular su ansiedad. Diez minutos después, la Sombra bostezó. Un bostezo profundo, casi animal. Aulo lo notó. Cinco minutos más, y los párpados del hombre empezaron a pesarle. Intentó mantener la conversación, pero sus palabras se arrastraban. Su cabeza se inclinó una vez. Luego otra. Finalmente, se desplomó sobre la mesa, con la cara en un charco de vino derramado, sumido en un sueño profundo y antinatural.

Filón lo miró, sorprendido.

—Este vino de la Subura es más fuerte de lo que pensaba.

—Déjalo dormir —dijo Aulo, con el corazón martilleándole en el pecho—. Ha tenido una semana agotadora.

Era la hora. Se deslizó hacia su catre y sacó un bulto de tela oscura que había escondido bajo el colchón. Contenía una túnica de lana negra, un *pugio* que Querea le había conseguido y unas botas de cuero blando sin tachuelas, para no hacer ruido. Se vistió en la oscuridad, transformándose de médico en fantasma. Justo antes de salir, se detuvo junto a la Sombra. Le tomó el pulso. Era débil, pero constante. Viviría. Aulo no era un asesino. No todavía.

Salir del campamento fue como atravesar las nueve puertas del infierno. Se movió pegado a las sombras de los barracones, evitando las antorchas que parpadeaban en las esquinas de las calles. El campamento, incluso en la oscuridad, bullía con una vida contenida. Oía el sonido de los dados en un cubilete, una risa ahogada, el ronquido de cientos de hombres durmiendo. Cada sonido era una posible alarma.

Llegó al muro norte, cerca de donde el pequeño acueducto de madera entraba en el campamento. Querea y Macro ya estaban allí, dos siluetas más oscuras que la propia noche. No hubo palabras, solo un gesto de asentimiento de Querea. Le entregaron un garfio de hierro y una cuerda de cáñamo enrollada.

La salida no fue por la puerta, sino por encima del muro. Macro, con su fuerza prodigiosa, lanzó el garfio, que se enganchó en la parte superior de la empalizada de madera con un ruido sordo. Querea fue el primero en subir, trepando por la cuerda con la agilidad de un mono. Luego fue el turno de Aulo. El esfuerzo fue agónico. Su pierna mala protestaba a cada metro, y sus brazos, acostumbrados a la delicadeza de los instrumentos quirúrgicos, ardían por el esfuerzo. Cuando llegó a la cima, Querea lo agarró y lo subió a la pasarela. Macro fue el último, subiendo la cuerda como si no pesara nada.

Descendieron por el otro lado y se encontraron en la más absoluta oscuridad. Fuera del campamento, el mundo era diferente. El aire era más limpio, pero también más peligroso. Olía a tierra húmeda, a pino y a la presencia invisible de la naturaleza salvaje. El silencio era profundo, roto solo por el ulular de un búho y el susurro del viento.

Se movieron en fila india. Fenrir no estaba con ellos; esta era una misión romana. Querea iba en cabeza, orientándose con una habilidad que a Aulo le parecía sobrenatural. Usaba las estrellas que se vislumbraban fugazmente entre las nubes, la inclinación del terreno, el musgo de los árboles. Macro iba detrás, cubriendo la retaguardia, con los oídos alerta a cualquier sonido que no perteneciera a la noche. Aulo iba en el medio, tropezando con raíces y piedras, luchando por mantener el ritmo y el silencio. Su bastón, que normalmente era una extensión de su cuerpo, se había convertido en un estorbo, un trozo de madera torpe que amenazaba con delatar su presencia a cada paso.

Caminaron durante casi dos horas. El bosque era un laberinto de sombras amenazantes. Cada árbol parecía un centinela, cada crujido de una rama bajo sus pies sonaba como una traición. Aulo sentía miles de ojos invisibles observándolos desde la oscuridad. Se dio cuenta de la profunda arrogancia de los romanos al creer que podían conquistar aquella tierra. No se podía conquistar algo tan antiguo y tan indiferente a la vida humana. Solo se podía sobrevivir a ella.

Finalmente, Querea levantó una mano. Se detuvieron.

—Hemos llegado —susurró.

Se agazaparon detrás de un afloramiento de roca. A través de un hueco en los árboles, Aulo vio su objetivo. A unos doscientos metros, en la cima de una colina baja y desnuda, se recortaba contra el cielo nublado la silueta de la Torre del Silencio.

Era más grande de lo que había imaginado. Una estructura de madera oscura, de unos tres pisos de altura, cuadrada y tosca. Parecía un dedo huesudo acusando al cielo. Y la historia de Valerio era cierta. En una de las ventanas superiores, parpadeaba una luz solitaria. Una lámpara de aceite.

Pero había más. En la base de la torre, un círculo de antorchas clavadas en el suelo iluminaba un pequeño claro. Y dentro de ese círculo, se movían figuras. Hombres vestidos con túnicas oscuras. Contaron una docena, pero probablemente había más dentro de la torre o apostados como centinelas en el bosque circundante.

Estaban allí. La "legión del escorpión" se había reunido para su ceremonia impía.

Aulo sintió que el frío de la noche se le metía en los huesos, un frío que no tenía nada que ver con la temperatura. Observó la escena, al grupo de asesinos reunidos en torno a su altar profano, y comprendió la verdadera naturaleza de su misión. No eran tres soldados cumpliendo una orden. Eran tres hombres solos, en el corazón de las tinieblas, a punto de atacar el nido de la serpiente con nada más que un plan desesperado y la certeza de que el amanecer, si llegaban a verlo, los encontraría muertos o manchados de sangre para siempre.

# Capítulo 32

El amanecer llegó no como una promesa, sino como una acusación. Una luz gris y sucia se filtró a través de las copas de los árboles, revelando la carnicería de la noche anterior. El humo todavía se enroscaba perezosamente desde los restos carbonizados de la Torre del Silencio, ahora un esqueleto negro contra el cielo pálido. El olor a madera quemada, a carne chamuscada y a sangre derramada era un miasma espeso que se pegaba a la garganta.

Aulo, Querea y Macro observaban la escena desde la seguridad de un barranco a media milla de distancia. Estaban acurrucados bajo un saliente de roca, exhaustos hasta la médula, con los cuerpos doloridos y las mentes entumecidas por el horror y la falta de sueño. La adrenalina que los había sostenido durante el asalto y la huida se había desvanecido, dejando tras de sí un vacío helado lleno de náuseas y temblores.

Querea fue el primero en moverse. Se puso en pie con la rigidez de un anciano y oteó el horizonte. Sus ojos, enrojecidos e inyectados en sangre, no reflejaban triunfo, solo una fatiga infinita.

—Se acabó —susurró, más para sí mismo que para los demás—. Hemos ganado.

Macro soltó una risa seca, un sonido áspero y sin alegría.

—¿Hemos ganado? —replicó, señalando con la barbilla en dirección a la torre—. Hemos sobrevivido, que no es lo mismo. ¿Y ahora qué, centurión? Volvemos al campamento y le entregamos esto a Getúlico para que nos dé una palmadita en la espalda antes de cortarnos el cuello.

La pregunta flotó en el aire viciado. En la mano de Aulo, envuelto en un trozo de cuero aceitado, estaba el motivo de todo aquello: el rollo de papiro que le había arrebatado al cuerpo de Sextus Varrus. La lista. El acta fundacional de la "legión del escorpión", con sus juramentos, sus reglas y, lo más importante, sus nombres. Nombres de centuriones, de tribunos, de hombres de confianza de Sejano. La prueba irrefutable de una conspiración que supuraba en el corazón de la Guardia Pretoriana y se extendía como un cáncer hasta la frontera.

—No volveremos al campamento —dijo Aulo. Su voz era un graznido, la garganta seca por el humo y el miedo. Todos se giraron para mirarlo. El médico, el civil, el hombre que hasta hacía unas semanas se asustaba de su propia sombra, estaba tomando la palabra—. Getúlico no es nuestro aliado. Él nos envió allí a morir. Si le damos esta lista, la usará para sus propios fines, para negociar con Sejano o para destruirlo, y a nosotros nos eliminará como a los cabos sueltos que somos.

—El médico tiene razón —convino Querea, tras un largo silencio—. Nuestro único camino no es hacia el campamento. Es hacia el sur. Hacia Roma.

La palabra "Roma" sonó extraña en aquel bosque germano, como el eco de un mundo perdido. Roma. El centro del poder, la guarida de la bestia a la que habían herido.

—¿A Roma? —se burló Macro—. ¿Para qué? ¿Para llamar a las puertas del palacio imperial y pedir una audiencia con Tiberio? Somos un centurión degradado, un legionario exiliado y un médico de la Subura. Nos aplastarían como a insectos antes de que pudiéramos pronunciar la primera palabra.

—No iremos al palacio —dijo Aulo, y en su mente comenzó a formarse el esbozo de un plan, una idea tan desesperada como el asalto a la torre—. Iremos a mi mundo. A la Subura. Allí, el poder de Sejano tiene grietas. Hay gente que odia a los pretorianos más que a la peste. Si podemos encontrar la forma de hacer pública esta lista, de filtrarla en el Senado, en los foros…

—…la propia paranoia de Roma hará el resto —terminó Querea, entendiendo la lógica—. Un escándalo. Una purga. Sejano tendrá que sacrificar a sus hombres para salvarse a sí mismo. Y nosotros… nosotros podríamos desaparecer en el caos.

Era un plan tan frágil como una tela de araña, dependiente de un sinfín de variables y con una probabilidad de éxito casi nula. Pero era mejor que morir en un bosque germano o en una celda de tortura del campamento. Era una oportunidad. La única que tenían.

—Entonces está decidido —dijo Querea, con un tono que no admitía réplica—. Nos vamos a Roma. Ahora. Antes de que envíen patrullas a buscar supervivientes.

El viaje de vuelta fue un descenso a un infierno diferente. Si la ida había sido una prueba de valor contra un enemigo desconocido, el regreso fue una prueba de resistencia contra la certeza de la muerte. Ya no temían a los bárbaros que pudieran tenderles una emboscada; temían a las patrullas romanas que pudieran encontrarlos. Cada columna de humo en la distancia, cada sonido de una corneta, cada huella de sandalia en el barro era una amenaza mortal. Eran fugitivos en el mismo imperio al que habían jurado servir.

Se movían principalmente de noche, guiados por la pericia inagotable de Querea. El centurión parecía navegar por la oscuridad como si fuera su elemento natural, leyendo el terreno con los pies y las estrellas con el alma. Durante el día, se escondían en cuevas, en la espesura de los bosques o en zanjas cubiertas de maleza. Dormían por turnos, un sueño ligero y febril, poblado por las pesadillas de los rostros de los hombres que habían matado.

La comida se convirtió en una obsesión. Las pocas raciones que les quedaban se agotaron al segundo día. Sobrevivieron gracias a la habilidad de Macro para poner trampas. El gigante aquitano, que en el campamento parecía un bruto sin matices, se reveló como un cazador consumado. Con la paciencia de una araña, construía lazos con tendones y ramas, y lograba atrapar conejos y aves que asaban en pequeñas fogatas sin humo.

Aulo se dio cuenta de que la jerarquía entre ellos se había disuelto. Ya no eran un centurión, un legionario y un médico. Eran una unidad, tres partes de un mismo organismo de supervivencia. Querea era el cerebro táctico, el que tomaba las decisiones. Macro era la fuerza bruta, el escudo y el proveedor. Y Aulo… Aulo era la razón. Era el que mantenía la calma cuando la desesperación amenazaba con devorarlos, el que recordaba constantemente el objetivo final, el que, con su mente analítica, sopesaba los riesgos de cada decisión. Y era el custodio del papiro, el secreto que los unía y los condenaba.

Una noche, mientras estaban acampados en las ruinas de una aldea germana abandonada, Macro lo miraba fijamente.

—Has cambiado, médico —dijo, con su franqueza habitual—. Ya no pareces un ratón de biblioteca asustado.

—Cuando la biblioteca se quema, los ratones aprenden a morder —respondió Aulo, mientras limpiaba el *pugio* que Querea le había dado. El arma se sentía extrañamente natural en su mano.

El cruce del Rin fue el punto de inflexión. Llegaron a la orilla una noche de llovizna, contemplando las aguas oscuras y turbulentas que separaban la barbarie del mundo civilizado. En la otra orilla, las luces de un fuerte romano parpadeaban como ojos de cíclope. Encontrar una barca abandonada les llevó casi toda la noche. Cruzaron el río remando con trozos de madera, empapados, helados y en silencio, dejando atrás los bosques interminables y la libertad salvaje de Germania.

Pero al poner pie en la Galia, en territorio romano, la sensación no fue de alivio, sino de una claustrofobia abrumadora. El peligro ya no era un guerrero con un hacha tras un árbol. Ahora era un legionario en un puesto de control, un funcionario curioso que hiciera demasiadas preguntas, un delator que los reconociera de una descripción. Se deshicieron de sus armaduras dañadas y de todo lo que pudiera identificarlos como soldados. Aulo cambió su túnica de lana negra por una de lino basto que le compró a un campesino por un par de monedas de bronce. Se convirtieron en tres viajeros anónimos, tres sombras intentando perderse en la inmensidad del imperio.

El viaje hacia el sur fue una lección de paranoia. Se unieron a caravanas de mercaderes, a grupos de peregrinos, a cualquier multitud que pudiera ofrecerles el anonimato. Dormían en establos, en los peores mesones de los arrabales, pagando con las pocas monedas que Querea había logrado salvar. Cada día era una tortura. Cada conversación, un riesgo. Aulo se descubrió observando a la gente de una forma nueva. Analizaba sus gestos, su forma de hablar, buscando signos de engaño, de peligro. Su habilidad para leer los huesos se estaba transformando en una habilidad para leer a los vivos.

Finalmente, tras semanas de un viaje que había borrado en ellos la noción del tiempo, vieron las colinas de Roma. La visión de la Ciudad Eterna, que debería haber sido un consuelo, fue como un golpe en el estómago. Desde la distancia, parecía un nido de avispas, un laberinto de poder y corrupción del que habían intentado escapar y al que ahora regresaban voluntariamente.

Entraron en la ciudad por la Puerta Flaminia, mezclados con la marea de granjeros, mercaderes y viajeros. El ruido, los olores, la multitud… todo era un asalto a los sentidos. El hedor familiar de la Subura, que antes era para Aulo el olor de su hogar, ahora olía a trampa.

Se detuvieron en una callejuela cerca del Foro de Augusto. La luz del atardecer teñía el mármol de un color anaranjado y sangriento.

—Aquí nos separamos —dijo Querea, en voz baja—. Tres hombres viajando juntos llaman la atención.

—¿Dónde nos veremos? —preguntó Macro.

—El plan sigue en pie —respondió Aulo—. Debemos encontrar la forma de que esta lista vea la luz. Necesito tiempo para pensar. Para encontrar a la persona adecuada. Alguien que odie a Sejano lo suficiente como para arriesgarse.

—Bien. Médico, vuelve a tu cueva —ordenó Querea—. Mantén un perfil bajo. No hables con nadie. Macro, tú busca trabajo en los muelles del Tíber. Piérdete entre los estibadores. Nadie se fijará en un hombre fuerte allí. Yo… yo tengo viejos contactos en los cuarteles de los *vigiles*. Buscaré un lugar seguro.

—¿Y cómo nos comunicaremos? —insistió Macro.

—En tres días —dijo Aulo—. A la hora sexta. Dejad una marca en la base de la estatua de Marte Ultor, aquí en el foro. Una simple X hecha con carbón. Si la marca está allí, nos encontraremos esa misma noche, a la medianoche, en el Puente Fabricio. Si no hay marca, es que algo ha ido mal. Entonces, estaremos solos.

Se miraron los tres. El centurión, el legionario y el médico. Tres hombres unidos por un juramento no hablado. No se dieron la mano. No hubo despedidas. Solo un último cruce de miradas, un reconocimiento silencioso del abismo al que se enfrentaban.

Luego, se disolvieron en la multitud. Querea se dirigió hacia el oeste, Macro hacia el sur, hacia el río. Y Aulo, con el papiro escondido bajo su túnica y el corazón latiendo con una fuerza dolorosa, se encaminó hacia el este. Hacia el laberinto de callejones y edificios destartalados de la Subura. Hacia su hogar.

Caminaba por las calles de su infancia como un fantasma. Todo era igual y, sin embargo, todo era diferente. Las tabernas ruidosas, los burdeles, los gritos de los vendedores… todo el caos vital que antes lo reconfortaba, ahora le parecía una amenaza. Cada rostro era el de un posible espía de Sejano. Cada sombra, la de un asesino.

Llegó a la pequeña plaza donde se encontraba la botica de Demetrio. La luz de una lámpara de aceite brillaba en la ventana, una mota de calor y familiaridad en un mundo que se había vuelto frío y hostil. Por un instante, dudó. ¿Tenía derecho a llevar la muerte a la puerta del único hombre que se había preocupado por él? La respuesta era no. Pero no tenía elección. No tenía a nadie más.

Con un nudo en la garganta, subió los dos escalones de piedra y empujó la puerta. El sonido familiar de la campanilla de bronce fue como una caricia y una puñalada al mismo tiempo. Entró en el pequeño local, impregnado del aroma de hierbas y remedios, el olor de su antigua vida. Demetrio estaba de espaldas, moliendo algo en un mortero de mármol.

—Estoy cerrado —dijo el viejo griego, sin volverse.

Aulo no pudo hablar. El viaje, el miedo, el regreso… todo el peso de las últimas semanas cayó sobre él de golpe.

—Demetrio… —logró decir, con la voz rota.

El viejo se detuvo. Dejó caer la mano del mortero. Se giró lentamente. Sus ojos, normalmente llenos de una inteligencia vivaz, se abrieron de par en par. Vio la delgadez de Aulo, la cicatriz mal curada en su mejilla, la ropa sucia y andrajosa. Pero sobre todo, vio la oscuridad en su mirada, el abismo de un hombre que ha visto demasiado.

—Aulo… —susurró, con una mezcla de alegría y terror—. Por los dioses, estás vivo.

Y en ese instante, en el refugio de aquella pequeña tienda, rodeado por los olores de su pasado, Aulo se permitió, por primera vez en meses, sentir el verdadero peso de su soledad y el terror a lo que estaba por venir. Había vuelto a casa, pero sabía, con una certeza que le helaba el alma, que el peligro no había hecho más que seguirlo hasta allí.

# Capítulo 33

La botica de Demetrio se convirtió en un santuario y una celda. Durante tres días, Aulo no salió de la pequeña trastienda, un espacio que apenas medía tres pasos de largo por dos de ancho. El mundo exterior llegaba a él como un murmullo amortiguado: los gritos de los vendedores, el traqueteo de los carros, las risas ásperas de las tabernas. Eran los sonidos de su antigua vida, ahora tan lejanos como los ecos de un sueño. El tiempo se medía por la luz que se filtraba a través de la única y diminuta ventana, enrejada y sucia, y por las visitas silenciosas de Demetrio, que le traía pan, queso y vino con la solemnidad de un sacerdote que administra los últimos ritos.

La primera noche, sentado a la mesa de anatomía, a la luz temblorosa de una lámpara de aceite, Aulo le contó toda la historia. Desenrolló con cuidado el papiro que había custodiado con su vida y se lo leyó a Demetrio en voz baja, casi en un susurro. La voz del médico era monótona, desprovista de emoción, como si estuviera leyendo un diagnóstico clínico. Pero las palabras que pronunciaba eran un veneno que contaminaba el aire del pequeño cuarto. Nombres de pretorianos, juramentos de lealtad a Sejano, planes para purgar a sus rivales y consolidar un poder absoluto en la sombra del trono.

Demetrio escuchaba en silencio, con el rostro contraído por una mezcla de asombro y terror. Sus manos, normalmente tan firmes para moler hierbas o suturar heridas, temblaban ligeramente. Cuando Aulo terminó, el viejo griego se quedó mirando el papiro como si fuera una serpiente a punto de atacar.

—Esto… esto no es una conspiración, Aulo —susurró, con la voz ronca—. Es un estado dentro del estado. Un ejército secreto.

—Y yo he pateado su nido —respondió Aulo, con una calma que lo sorprendió a él mismo—. Ahora las avispas están saliendo.

—Debes quemarlo —dijo Demetrio, con una urgencia repentina—. Quémalo ahora mismo. Finge que nunca lo has encontrado. Huye de Roma. Vuelve a ser el médico anónimo de la Subura. Olvida Germania, olvida los huesos, olvida todo esto.

Aulo enrolló el papiro con cuidado y lo volvió a guardar en el estuche de cuero.

—Es demasiado tarde para eso, maestro. Saben quién soy. Saben lo que descubrí en los huesos de Vipsanio. Y saben que escapé de la torre. No se detendrán hasta que me encuentren. Este papiro no es mi sentencia de muerte. Es mi única arma. Mi única posibilidad de sobrevivir es usarlo antes de que ellos me usen a mí como ejemplo.

Durante los dos días siguientes, Aulo se dedicó a estudiar la lista, a memorizar los nombres, a buscar patrones, conexiones. Su mente, entrenada para encontrar la lógica en el caos de una fractura, buscaba la estructura de aquella red de traición. ¿Quién era el eslabón más débil? ¿Quién, entre aquellos hombres poderosos, tenía un enemigo más poderoso aún? Su plan de filtrar la lista ya no le parecía una estrategia brillante, sino el delirio de un hombre desesperado. Para llegar a un senador, a un enemigo de Sejano, necesitaba intermediarios, confianza, tiempo. Y no tenía nada de eso.

Cada vez que oía la campanilla de la puerta de la tienda, su corazón daba un vuelco. Se imaginaba a los pretorianos entrando, con sus corazas relucientes y sus rostros impasibles. El sonido familiar que antes anunciaba la llegada de un cliente enfermo ahora era el presagio de la muerte.

La mañana del tercer día, Aulo se acercó sigilosamente a la puerta que separaba la trastienda de la botica y observó a través de una grieta en la madera. Vio a Demetrio atendiendo a una mujer con un niño en brazos que no paraba de toser. La escena era tan cotidiana, tan normal, que le pareció obscena. Aquella normalidad era una ilusión, y él era la plaga que la estaba destruyendo. La culpa lo carcomía. No solo había sentenciado al viejo Valerio en el campamento, sino que ahora había puesto en peligro mortal al único hombre al que podía llamar padre.

Cuando la mujer se fue, Demetrio se acercó a la puerta.

—Debes comer algo —dijo, sin levantar la voz.

—No tengo hambre —respondió Aulo.

—No te lo he preguntado. Te lo he ordenado —insistió el viejo, con una firmeza que Aulo rara vez le había visto—. Necesitas mantenerte fuerte. Un cuerpo débil alberga una mente débil. Y ahora, más que nunca, tu mente es lo único que te mantiene con vida.

Aulo cedió. Salió a la tienda, parpadeando bajo la luz más intensa que entraba por la puerta abierta a la calle. Mientras comía un trozo de pan duro, su mirada recorrió el local. Las estanterías llenas de frascos de cerámica, el mostrador de madera pulida, el olor a manzanilla y a cera de abeja. Cada objeto era un recuerdo. Allí había aprendido a leer, a escribir, a distinguir la menta del poleo. Allí se había convertido en quien era. Y todo aquello estaba a punto de ser destruido.

En ese momento, la campanilla de la puerta sonó.

No fue el tintineo alegre de un cliente. Fue un golpe seco, violento, como si la puerta hubiera sido abierta de una patada.

Cuatro hombres entraron en la tienda. No llevaban la armadura de los pretorianos, sino las túnicas bastas de los matones de la Subura. Pero se movían con una disciplina y una eficiencia que no era propia de los simples delincuentes. El que iba en cabeza era un gigante con la cara picada de viruela y unos ojos pequeños y porcinos. Aulo lo reconoció al instante. Era Máximo, el optio que lo había escoltado en el campamento, el hombre que le había entregado el mensaje de Sejano.

El tiempo pareció detenerse. Demetrio se interpuso entre Aulo y los recién llegados, con el cuerpo frágil del anciano temblando de ira, no de miedo.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Esta es la casa de un ciudadano de Roma! ¡No tenéis ningún derecho…!

Máximo lo apartó de un empujón, enviándolo a estrellarse contra una de las estanterías. Los frascos de cerámica cayeron al suelo, rompiéndose en mil pedazos y liberando una nube de polvos y hierbas secas que llenó el aire con un aroma caótico y penetrante.

—No hemos venido a hablar con el viejo griego —dijo Máximo, con la voz tranquila y amenazante—. Te buscamos a ti, medicus. El Prefecto quiere hacerte unas preguntas.

Dos de los hombres se abalanzaron sobre Aulo. No eran simples matones, eran lobos. Aulo reaccionó por puro instinto. Agarró el mortero de mármol que Demetrio había estado usando y lo arrojó con todas sus fuerzas. El pesado objeto golpeó a uno de los hombres en el pecho, haciéndole perder el equilibrio y dándole a Aulo un segundo precioso.

Entonces lo comprendió. No iban a llevárselo para interrogarlo. No en aquella ropa, no de aquella manera. Habían venido a matarlo y a hacer que pareciera un robo que había salido mal.

Se zafó del segundo hombre y corrió hacia la trastienda. Era una trampa, un callejón sin salida, pero era el único camino que conocía. Oyó a Demetrio gritar su nombre, un grito de advertencia y de angustia.

Entró en la pequeña habitación y atrancó la puerta con una viga de madera que usaban para asegurar la ventana. La puerta comenzó a temblar bajo los golpes brutales que venían del otro lado.

Aulo miró a su alrededor, desesperado. La ventana. Era su única salida. Subió a la mesa de anatomía y tiró de los barrotes de hierro. Estaban oxidados, pero firmemente anclados en la piedra. No cederían.

Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes. Oía la madera astillándose.

Fue entonces cuando Demetrio le salvó la vida. Aulo oyó un grito de furia desde la tienda, seguido del sonido inconfundible de un líquido inflamable al derramarse y el silbido de una llama al prender.

—¡Si lo queréis, tendréis que atravesar el fuego, perros! —rugió el viejo.

Los golpes en la puerta cesaron. Aulo oyó gritos de sorpresa y de dolor. Olía a alcohol quemado y a carne chamuscada. Demetrio había volcado las grandes tinajas de alcohol de vino que usaba como desinfectante y les había prendido fuego. Había creado un muro de llamas entre Aulo y sus perseguidores.

Pero el fuego no distinguía entre amigos y enemigos. El humo empezó a filtrarse por debajo de la puerta de la trastienda, un humo negro y acre que le hizo toser. La habitación se estaba convirtiendo en una trampa mortal.

Entonces, su conocimiento de la Subura, el mapa de su infancia grabado en su memoria, le ofreció una salida. No hacia abajo, sino hacia arriba.

Se subió a la mesa y luego a un estante alto y precario. Desde allí, con la ayuda de su bastón, golpeó el techo. La madera estaba podrida por la humedad. Tras varios golpes desesperados, un trozo cedió, abriendo un pequeño agujero a la oscuridad del entretecho. Se agarró al borde y, con un esfuerzo sobrehumano, logró izar su cuerpo a través de la abertura.

Se encontró en un espacio bajo y claustrofóbico, lleno de telarañas y del olor a polvo de décadas. Debajo de él, oía el crepitar del fuego y los gritos de los hombres de Máximo intentando apagarlo. No tenía tiempo. Se arrastró a cuatro patas sobre las vigas de madera, buscando la pared exterior. La encontró y, con las manos desnudas, comenzó a arrancar las tejas de arcilla. Una a una. El ruido parecía atronador en el silencio del entretecho. Finalmente, abrió un hueco lo suficientemente grande como para pasar.

Asomó la cabeza y respiró el aire nocturno, fresco y limpio. Estaba en el tejado. A su alrededor, la Subura se extendía como un mar de tejas rotas, chimeneas y tendederos. Era un paisaje caótico, un laberinto vertical que conocía como la palma de su mano. Había pasado su infancia corriendo por aquellos tejados, escapando de los tenderos a los que robaba fruta.

La huida comenzó.

Corrió por la cumbrera del tejado, con el equilibrio precario, usando su bastón para mantener la estabilidad. Detrás de él, oyó un ruido de tejas rotas. Dos de los matones habían logrado subir al tejado.

Aulo no miró atrás. Saltó.

Fue un salto de dos metros a un tejado contiguo, un poco más bajo. Aterrizó mal, cayendo sobre su pierna mala. Un dolor agudo le subió hasta la cadera, pero no se detuvo. Se levantó, cojeando visiblemente, y siguió corriendo.

La persecución por los tejados de Roma se convirtió en una danza macabra. Sus perseguidores eran más rápidos, más fuertes, pero él conocía el terreno. Sabía qué tejas estaban sueltas, qué chimeneas ofrecían un buen agarre, qué cornisas eran demasiado frágiles para soportar el peso de un hombre. Los usó a su favor, guiándolos hacia trampas invisibles.

Uno de los hombres lo alcanzó en un tejado plano. Se abalanzó sobre él. Aulo se apartó en el último segundo y el hombre pasó de largo, incapaz de frenar a tiempo. Cayó gritando al callejón oscuro que había debajo. El grito se cortó con un ruido sordo y húmedo.

El segundo hombre, más cauteloso, se detuvo. Máximo apareció entonces, subiendo al tejado con una agilidad sorprendente para su tamaño. Ahora eran dos contra uno.

Aulo estaba atrapado. Delante de él había un salto imposible, un abismo de tres metros hasta el siguiente edificio. A su espalda, Máximo y el último de sus hombres se acercaban.

Fue entonces cuando vio la cuerda. Un tendedero, grueso y mugriento, que cruzaba el callejón, atado a una chimenea en su tejado y a una argolla de hierro en el de enfrente.

No había tiempo para pensar. Se lanzó hacia la cuerda, se agarró a ella con las dos manos y se dejó caer. Por un instante, quedó suspendido sobre el vacío, con los pies balanceándose en el aire. La cuerda se combó bajo su peso, gimiendo en protesta. Usando la fuerza de sus brazos, comenzó a avanzar, mano sobre mano, como había hecho de niño tantas veces para robar la ropa de los vecinos.

Máximo llegó al borde del tejado y lo miró, con el rostro desencajado por la furia. Desenvainó un cuchillo y comenzó a cortar la cuerda.

Aulo sintió las sacudidas. Vio las fibras de cáñamo deshilachándose. Estaba a mitad de camino. No lo lograría.

Cerró los ojos, esperando la caída. Pero entonces oyó un grito. No de Máximo, sino del otro hombre. Abrió los ojos y vio a Querea en el tejado de enfrente. El centurión había aparecido de la nada, como un fantasma vengador. Había derribado al último matón y ahora se enfrentaba a Máximo.

La distracción fue suficiente. Aulo reunió sus últimas fuerzas, avanzó los últimos metros y se dejó caer en el tejado opuesto. Aterrizó en un montón de tejas sueltas, magullado pero vivo.

Miró hacia atrás. Querea y Máximo luchaban en el otro tejado, una silueta de violencia contra el resplandor anaranjado del incendio que consumía la botica de Demetrio. Macro apareció entonces en el tejado de Querea, un gigante emergiendo de las sombras. Máximo, al verse superado en número, no dudó. Se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad.

Aulo se quedó allí, de rodillas, temblando, con el olor a humo de su hogar quemado llenándole los pulmones. Miró el resplandor del fuego y pensó en Demetrio. ¿Habría logrado escapar? ¿O se habría consumido junto con la tienda, sacrificándose para darle a su pupilo unos minutos de ventaja? La incertidumbre era una herida más profunda que cualquier corte o contusión. Estaba vivo. Había escapado. Pero estaba solo, era un fugitivo sin refugio, y el fuego que ardía en la distancia era la pira funeraria de su antigua vida.

# Capítulo 34

La oscuridad no era un refugio, era un cómplice. Se movían a través de ella como ratas por el esqueleto de una ciudad muerta, pegados a los muros sucios, evitando las manchas de luz de luna que se colaban entre los edificios como dedos acusadores. Querea iba en cabeza, con el gladio desenvainado, leyendo las sombras con una pericia que no era de este mundo. Macro iba detrás, protegiendo a Aulo, cuyo cuerpo, magullado y dolorido, amenazaba con rendirse a cada paso.

No hablaron. El único lenguaje era el sonido de sus propias respiraciones, entrecortadas y ásperas, y el eco lejano de las patrullas de los *vigiles*, las guardias nocturnas, cuyas antorchas danzaban a lo lejos como fuegos fatuos. El incendio de la botica había puesto en alerta a todo el barrio. La Subura, normalmente un laberinto de anarquía contenida, estaba ahora plagada de ojos.

Querea los condujo hacia el Velabro, el distrito pantanoso que se acurrucaba entre el Tíber y las colinas del Palatino y el Capitolio. El aire se volvió más denso, más húmedo, cargado con el hedor del río y de los desagües estancados. Se detuvieron ante una reja de hierro oxidada, medio oculta por un montón de basura y escombros.

—Aquí —susurró el centurión.

Macro, usando toda su fuerza, levantó la reja con un gemido de metal torturado. Debajo se abría una boca negra que exhalaba un aliento fétido y antiguo. Era una de las entradas de servicio a la Cloaca Máxima, la gran alcantarilla de Roma, la vena por la que la ciudad purgaba sus inmundicias.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó Macro, con una mueca de asco.

—Los hombres de Sejano buscarán en las tabernas, en los burdeles y en los tejados —respondió Querea—. Nadie busca en el vientre de la bestia. Es el último lugar donde esperarían encontrar a un médico.

Descendieron a la oscuridad. El mundo de la superficie desapareció, reemplazado por un universo de piedra húmeda, agua sucia y un silencio opresivo, roto solo por el goteo constante del agua y el chapoteo de sus propios pies. El olor era abrumador, una mezcla de excrementos, podredumbre y la extraña dulzura de la descomposición. Era el hedor de la propia Roma, despojada de su mármol y su incienso.

Querea encendió una pequeña lámpara de aceite, cuya llama temblorosa arrojaba sombras danzantes sobre las paredes curvas del túnel. Se encontraban en un canal secundario, menos profundo que el colector principal. Un riachuelo de agua negruzca corría por el centro, arrastrando los detritus de la ciudad. Encontraron un pasadizo lateral, seco y elevado unos palmos sobre el nivel del agua, y se derrumbaron contra la pared, exhaustos.

Fue allí, en la oscuridad y el hedor, donde la realidad de lo sucedido cayó sobre Aulo con todo su peso. Había escapado, sí, pero ¿a qué precio? La imagen del incendio, del resplandor anaranjado devorando el único hogar que había conocido, se repetía en su mente una y otra vez. Y en el centro de esa imagen, el rostro de Demetrio.

—Debo volver —dijo Aulo, con la voz rota. La primera vez que hablaba desde la huida—. Debo saber qué ha pasado con él.

—Nadie ha salido de esa tienda con vida, médico —dijo Macro, con una crueldad que nacía de la pura y simple honestidad—. Lo sabes tan bien como nosotros.

—¡No! —gritó Aulo, y su voz resonó en el túnel, extraña y ajena—. Él… él podría haber escapado por la parte de atrás. Conocía la tienda, cada rincón…

—Y ellos también lo sabían —intervino Querea, con su calma glacial—. Rodearon el edificio. Nadie salió. Ni por delante ni por detrás. El viejo te compró tiempo. Usó su vida para pagarlo. Es la única verdad que importa ahora.

Las palabras del centurión fueron como un golpe físico. Aulo se encogió, apoyando la cabeza en las rodillas. El sacrificio de Demetrio no era una posibilidad, era un hecho. El viejo griego, que le había enseñado a leer los secretos de los huesos, había hecho una última lección: a veces, el precio de una vida es otra. El dolor fue una ola negra que lo ahogó, un dolor tan profundo y tan vasto que no encontró salida en las lágrimas, sino en un silencio desolado.

Pasaron el resto de la noche en esa tumba húmeda. Macro, finalmente, se quedó dormido, un gigante derrumbado en la oscuridad, con la respiración profunda y regular. Querea permaneció despierto, vigilando, inmóvil como una estatua, con la luz de la lámpara reflejándose en sus ojos vacíos. Aulo no durmió. Se quedó mirando la corriente de agua sucia, viendo en ella el reflejo de su propia vida, arrastrada por una corriente de violencia y traición que no podía controlar.

Al amanecer, una luz pálida y fantasmal se filtró por una rendija lejana en el techo del túnel, señalando que la ciudad de arriba despertaba. Fue Querea quien rompió el silencio.

—Se acabó el tiempo de lamerse las heridas, médico. Nos han encontrado una vez. Lo harán de nuevo. Conocen tus costumbres, tus amigos, tus refugios. Ahora mismo, cada espía, cada delator de Roma está buscándote. ¿Cuál es el plan? Porque el de filtrar la lista en el Senado acaba de convertirse en cenizas junto con tu tienda.

Aulo levantó la vista. Sus ojos estaban secos, pero había en ellos una nueva dureza, una resolución fría que no estaba allí antes. El fuego no solo había destruido su hogar; había quemado la última brizna de miedo e indecisión que quedaba en él.

—Mi plan era una estupidez —admitió, con una voz desprovista de emoción—. Era el plan de un hombre que creía que las reglas aún importaban. Creí que la verdad, si salía a la luz, sería suficiente. Pero aquí abajo, en las entrañas de Roma, me doy cuenta de que la verdad no es un arma. Es una mercancía. Y solo tiene valor si la vende alguien con poder.

—¿Y conoces a alguien así? —preguntó Querea, escéptico.

Aulo pensó. Su mente, liberada del pánico, comenzó a trabajar con la fría lógica de un anatomista. ¿Quién en Roma odiaba a Sejano? Muchos. Senadores humillados, patricios despojados de su fortuna, generales enviados al exilio. Pero todos ellos temían al Prefecto del Pretorio. Odiar no era suficiente. Necesitaba a alguien cuyo odio fuera más grande que su miedo. Alguien con poder propio, con una red de influencias que Sejano no pudiera aplastar fácilmente.

Y entonces, un rostro vino a su mente. Un rostro pálido, inteligente, con unos ojos que ocultaban un desprecio aristocrático por el mundo. Livia. La mujer a la que le había tratado el brazo, la que había hablado de los pretorianos como de "carniceros con armaduras bonitas". La sobrina de un senador influyente. Una mujer que se movía en círculos a los que un hombre como Sejano, un simple caballero de Etruria, nunca podría acceder por derecho de nacimiento.

Era un salto al vacío. Una apuesta demencial. Ella podía reírse de él, denunciarlo, entregarlo a Sejano para ganar su favor. Las probabilidades de que lo ayudara eran ínfimas. Pero eran las únicas que tenía.

—Hay una persona —dijo Aulo, lentamente—. Una patricia. Livia Ocelia. La traté hace meses. Es sobrina del senador Pisón. Odia a Sejano. Pude verlo en sus ojos.

Macro, que se había despertado, soltó un bufido.

—¿Una mujer? ¿Una niña rica? ¿Ese es tu gran plan? ¿Pedirle ayuda a una aristócrata que probablemente usa a gente como nosotros para limpiarse las sandalias?

—No es una niña rica —replicó Aulo—. Es inteligente. Y está aburrida. Y el aburrimiento, en esa gente, es un combustible tan poderoso como la ambición. Además, no le pediré ayuda. Le ofreceré un arma. Un arma para destruir a un hombre al que desprecia.

—Es un riesgo inmenso —advirtió Querea—. Si te equivocas, nos sentencias a los tres.

—Ya estamos sentenciados —dijo Aulo, poniéndose en pie. Su cojera parecía más pronunciada en la penumbra, pero su postura era firme—. Demetrio murió porque yo fui un cobarde. Porque intenté esconderme. Ya no me esconderé más. Dejé que Sejano marcara el ritmo, que me convirtiera en una presa. Ahora, se acabó la huida. Ahora, atacamos nosotros.

Miró a sus dos compañeros. Al centurión caído en desgracia y al legionario exiliado.

—Vosotros me salvasteis la vida anoche. Sois libres de marcharos. Esta es mi guerra. La empecé yo al leer esos huesos, y la terminaré yo. Pero si os quedáis, os juro por el espíritu de mi maestro que haré que la muerte de nuestros amigos y el sacrificio de Demetrio signifiquen algo. Haremos que Sejano sangre.

Se hizo un largo silencio en la oscuridad de la cloaca. El único sonido era el goteo del agua, como un reloj marcando el tiempo que les quedaba.

Macro fue el primero en sonreír. Una sonrisa torva, depredadora.

—Me gusta cómo suena eso —dijo—. Hacer sangrar a un pretoriano. Cuenta conmigo, médico.

Ambos miraron a Querea. El centurión observó a Aulo durante un largo rato, con sus ojos indescifrables. Estaba evaluándolo, no como a un médico asustado, sino como a un comandante a punto de dar una orden suicida.

—Atacar a un nido de víboras con un palo no es una estrategia, es una locura —dijo finalmente—. Pero es la única locura que nos queda. De acuerdo, médico. Te seguiremos. Pero que quede claro: a la primera señal de traición por parte de tu patricia, la mataré a ella y luego a ti. ¿Entendido?

Aulo asintió. No había ofensa en la amenaza. Era la lógica brutal de su nuevo mundo.

—Entendido —respondió.

Se quedaron allí, los tres, en el corazón de la inmundicia de Roma. Tres hombres rotos, sin nada que perder. Una hermandad forjada en el barro de Germania y sellada en el fuego de la Subura. Ya no eran fugitivos. Eran conspiradores. Y por primera vez desde que había tocado los huesos de Cayo Vipsanio, Aulo no se sentía como una víctima. Se sentía como un arma a punto de ser disparada.

# Capítulo 35

Salir de la Cloaca Máxima fue como nacer por segunda vez, pero a un mundo más sucio y hostil que el anterior. Emergieron a la luz grisácea del amanecer en un callejón olvidado detrás del mercado de ganado, con el hedor de las alcantarillas pegado a la piel y a la ropa, una marca invisible que los delataba como criaturas de la oscuridad. Roma despertaba a su alrededor con un estruendo de carros, gritos y el olor a pan recién horneado, una normalidad que para ellos ya no existía.

Se refugiaron en las ruinas de unas antiguas termas públicas, un esqueleto de arcos de ladrillo y mosaicos rotos invadido por la maleza. Allí, a la precaria luz del alba, trazaron el plan de acción.

—La domus de los Ocelios está en la ladera sur del Palatino, con vistas al Circo Máximo —dijo Aulo, dibujando un mapa improvisado en la tierra húmeda con la punta de su bastón—. Es una de las villas más antiguas y custodiadas de la colina. Entrar por la puerta principal es imposible para mí. Parezco un mendigo y huelo peor.

—Siempre hay una entrada de servicio —apuntó Querea—. Cocinas, establos. Los lugares por donde entra y sale la basura. Allí es donde la vigilancia es más laxa.

—Pero incluso allí necesitaré una excusa para acercarme —replicó Aulo—. Un médico de la Subura pidiendo hablar con la señora de la casa levantará sospechas de inmediato.

—Entonces no irás como un médico —intervino Macro—. Irás como lo que eres ahora: un hombre sin nada. Un jornalero buscando trabajo, un recadero, un vendedor de amuletos para la buena suerte. Algo que te permita merodear sin llamar la atención.

La idea era buena. Aulo se despojó de su túnica de lana, manchada e inservible. Macro le dio la suya, una prenda basta y remendada que le quedaba ridículamente grande, pero que lo convertía en un habitante más de los barrios bajos. Con el polvo del suelo, se ensució la cara y el pelo, acentuando su aspecto de hombre desesperado. Querea le entregó un pequeño saco de cuero con unas pocas monedas de bronce.

—No es mucho, pero te servirá para comprar algo de comida y parecer creíble —dijo el centurión—. Macro y yo te esperaremos aquí. No podemos arriesgarnos a acercarnos al Palatino. Hay demasiados pretorianos. Si para la puesta de sol no has vuelto, asumiremos que has fallado.

—¿Y entonces? —preguntó Macro.

—Entonces desaparecemos —respondió Querea, con una finalidad helada—. Sin el médico y su contacto, la lista no vale nada. Nos convertiremos en fantasmas.

Aulo asintió, sintiendo el peso de la misión sobre sus hombros. La vida de sus dos únicos aliados, además de la suya propia, dependía de la reacción de una mujer a la que apenas conocía.

—Volveré —dijo, con una convicción que no sentía.

El viaje desde las ruinas de las termas hasta el Palatino fue una travesía a través de los círculos sociales de Roma. Comenzó en el bullicio caótico del Foro Boario, esquivando a los carniceros que despiezaban reses en plena calle y a los mercaderes que gritaban los precios del grano y el aceite. A medida que ascendía por las sinuosas calles que trepaban la colina, el aire cambiaba. El hedor de la plebe daba paso al aroma de los jardines cuidados y el incienso que se quemaba en los altares privados. Los edificios de ladrillo destartalado eran reemplazados por mansiones de mármol travertino, con columnas corintias y frescos de colores vivos.

El cambio más notable, sin embargo, era la gente. Las miradas ya no eran directas y desafiantes como en la Subura, sino veladas, evaluadoras. Los esclavos caminaban con la cabeza gacha, los libertos con una estudiada indiferencia y los patricios con una arrogancia que parecía formar parte del aire que respiraban. Y por todas partes, la presencia de la Guardia Pretoriana. Patrullaban las calles en grupos de cuatro, con sus cascos refulgentes y sus capas escarlatas, símbolos andantes del poder de Sejano. Cada vez que Aulo se cruzaba con una de esas patrullas, sentía un nudo de hielo en el estómago. Bajaba la mirada, se encorvaba, intentando hacerse invisible, convertirse en una parte anónima del paisaje humano.

Llegó a la *Via Sacra* y desde allí localizó la *domus* de los Ocelios. Era una fortaleza. Un muro alto, rematado con fragmentos de vidrio, rodeaba la propiedad. La puerta principal, de bronce y madera de roble, estaba flanqueada por dos esclavos nubios, dos moles de músculo y ébano cuya única función era intimidar. Aulo no se acercó. Siguió el perímetro del muro, buscando el punto débil que Querea había mencionado.

Lo encontró en la parte trasera de la villa: la entrada de servicio. Era una puerta de madera más modesta, pero aun así vigilada por un esclavo portero, un galo viejo y hastiado con una cicatriz que le cruzaba la cara. Cerca de la puerta, un pequeño grupo de jornaleros esperaba bajo el sol, con la esperanza de ser contratados para alguna tarea en la casa o en los jardines. Era la oportunidad de Macro hecha realidad.

Aulo se unió al grupo, sentándose en el suelo polvoriento a una distancia prudencial. Adoptó la postura de los desesperados: la espalda encorvada, la mirada perdida, una expresión de resignación embrutecida. Escuchaba las conversaciones a su alrededor, fragmentos de vidas duras, quejas sobre capataces crueles y el precio del vino barato. Nadie le prestó atención. Era uno más de ellos.

Pasó casi dos horas esperando, observando. Vio entrar y salir a los carros de los proveedores, a los esclavos de la cocina que iban al mercado, a los jardineros. La vigilancia era constante, pero rutinaria. El portero conocía a la mayoría de los que entraban y salían. Un extraño necesitaría una muy buena razón para pasar.

Su oportunidad llegó en la forma de una joven esclava que salió de la cocina con un cesto de basura para tirarlo en un montón de desperdicios cercano. Era joven, probablemente de Britania por su pelo rubio rojizo y su piel pálida salpicada de pecas. Caminaba con la cabeza gacha, pero había en su expresión un atisbo de resentimiento, una chispa de rebeldía que Aulo reconoció al instante. Era la misma chispa que él había sentido toda su vida.

Cuando ella regresó hacia la puerta, Aulo se levantó y se interpuso en su camino.

—Perdona, muchacha —dijo, con la voz humilde y suplicante de un mendigo—. ¿Podrías hacerme un favor?

La esclava lo miró con recelo, retrocediendo un paso.

—No tengo dinero —dijo, a la defensiva.

—No quiero dinero —respondió Aulo, manteniendo la distancia para no asustarla—. Solo quiero entregar un mensaje a tu señora, a la *domina* Livia.

La muchacha soltó una risa incrédula.

—¿Tú? ¿Un mensaje para la domina? Vete de aquí, viejo, o llamaré al guardia.

—Es un asunto de vida o muerte —insistió Aulo, bajando la voz—. Le salvé la vida una vez. Ahora necesito que ella me la salve a mí. Por favor. Solo dale esto.

Sacó de su túnica el objeto que había preparado. No era un mensaje escrito, que podría comprometerlos a ambos. Era la aguja de plata con la punta de obsidiana, el instrumento que había usado para tratar el brazo de Livia. Lo había guardado, no sabía por qué, quizás como un recuerdo de un mundo al que nunca pertenecería. Ahora se había convertido en su única carta de presentación.

La esclava miró la aguja. Era un objeto extraño, de una elegancia sobria. Su curiosidad luchó contra su miedo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mi nombre es Aulo. Soy médico. Ella lo recordará. Dile que el médico de la Subura que curó la herida de su brazo necesita hablar con ella urgentemente. Dile que los "carniceros con armaduras bonitas" están más cerca de lo que ella cree.

La cita exacta de las palabras de Livia fue un golpe maestro. La expresión de la esclava cambió. El recelo dio paso a una alarma temerosa. Recordaba la conversación. O al menos, recordaba el desprecio de su ama por los pretorianos.

Dudó un instante más, mirando a su alrededor. Luego, con un movimiento rápido, le arrebató la aguja de la mano.

—Espera aquí —susurró—. Si esto es una trampa, te juro que gritaré tan fuerte que hasta el propio Tiberio lo oirá en Capri.

Y desapareció tras la puerta de servicio.

La espera fue la tortura más refinada que Aulo había experimentado nunca. Cada minuto era una eternidad. Se imaginaba a la esclava entregando la aguja, a Livia llamando a los guardias, a los pretorianos rodeando la calle. Se obligó a volver a su sitio entre los jornaleros, a reanudar su pose de desesperación, mientras por dentro era un manojo de nervios a punto de romperse.

Pasó casi media hora. Aulo estaba a punto de darse por vencido, de asumir que había fallado, cuando la puerta de servicio se abrió de nuevo. El portero galo salió y oteó al grupo de hombres. Sus ojos se posaron en Aulo.

—Tú —dijo, con voz áspera—. El capataz de los jardines necesita un hombre para cavar una zanja. Dice que pagará bien. Sígueme.

El corazón de Aulo dio un vuelco. Era la señal. Se levantó, intentando disimular su cojera, y siguió al portero. Los otros jornaleros lo miraron con envidia. Cruzaron un patio de servicio bullicioso, lleno de esclavos que lavaban ropa y afilaban cuchillos. El portero lo condujo a través de un pasadizo abovedado y salieron a los jardines de la villa.

El cambio fue como pasar de un mundo a otro. El aire se llenó del perfume de las rosas y el jazmín. El sonido del agua que manaba de una fuente de mármol que representaba a Leda y el Cisne ahogaba el ruido de la ciudad. Senderos de grava blanca serpenteaban entre setos perfectamente recortados y estatuas de dioses y héroes. Era un paraíso artificial, un oasis de orden y belleza en el corazón del caos. Y en medio de ese paraíso, sentada en un banco de mármol a la sombra de un ciprés, estaba Livia Ocelia.

Llevaba una estola de seda de un azul profundo que contrastaba con su piel pálida. Su pelo oscuro estaba recogido en un peinado intrincado, adornado con perlas. En su mano sostenía la aguja de plata y obsidiana. Despidió al portero con un gesto de la mano y se quedó a solas con Aulo.

No lo invitó a sentarse. Lo observó de arriba abajo, con una mezcla de curiosidad y repulsión.

—Hueles a alcantarilla, médico —dijo, con su voz clara y cortante—. Y tu aspecto ha empeorado considerablemente desde la última vez que nos vimos.

—Las circunstancias han empeorado considerablemente, *domina* —respondió Aulo.

—Eso parece —dijo ella, haciendo girar la aguja entre sus dedos—. Mi esclava dice que tienes una historia interesante que contarme. Sobre "carniceros". Habla. Pero sé breve. El olor que despides está empezando a marchitar mis rosas.

Aulo respiró hondo. Era el momento de la verdad. No podía permitirse un solo error. No apeló a su piedad, ni a su bondad. Apeló a su inteligencia y a su desprecio.

—Hace unos meses, me pediste mi opinión sobre los pretorianos. Te la di —comenzó Aulo—. Ahora, he descubierto que mi opinión se quedaba corta. No solo son carniceros. Son traidores.

Y entonces, le contó la historia. No toda. No la parte de la Torre del Silencio ni la masacre en Germania. Le dio una versión editada, la versión que un patricio podría entender y, sobre todo, creer. Le habló de los huesos de Vipsanio, del asesinato disfrazado de accidente. Le explicó cómo Sejano lo había enviado a la frontera para confirmar una mentira, y cómo, al descubrir la verdad, se había convertido en un objetivo. Y le habló de la lista.

—Sejano ha creado un ejército privado dentro de la Guardia Pretoriana —concluyó Aulo—. Hombres que le han jurado lealtad personal a él, no al Emperador ni a Roma. Esta conspiración no es para derrocar a Tiberio. Es para controlar quién lo sucederá. Es una guerra por el futuro de Roma, y se está librando en secreto, en los cuarteles y en las fronteras.

Livia escuchaba en silencio, con el rostro impasible. Pero Aulo vio un destello de interés en sus ojos, una chispa de emoción que rompía su máscara de aburrimiento aristocrático.

—Palabras —dijo ella, cuando Aulo terminó—. Solo son palabras. Las acusaciones de un fugitivo desesperado. ¿Por qué debería creerte?

—Porque tengo esto —dijo Aulo.

Con mucho cuidado, sacó el rollo de papiro de su túnica. Estaba sucio, manchado de barro y olía a humedad, pero su contenido era dinamita. Se lo ofreció.

—Esta es el acta de fundación de su "legión del escorpión". Con sus juramentos, sus reglas. Y sus nombres.

Livia no lo tocó. Lo miró como si fuera un objeto maldito.

—¿Y qué esperas que haga yo con esto? —preguntó, con la voz apenas un susurro.

—Es un arma —dijo Aulo, repitiendo las palabras que había dicho en la cloaca—. Un arma que puede destruir a Sejano. O, al menos, herirlo de gravedad. Sé que tu familia, que el senador Pisón, lo detesta. Él es todo lo que vosotros no sois: un hombre nuevo, un advenedizo con poder. Esta lista, en las manos adecuadas, puede iniciar una purga que lo debilite para siempre.

Entonces lo comprendió. Había cometido un error. La expresión de Livia se endureció.

—Mi tío es un hombre honorable —dijo, con frialdad—. No se rebajará a usar los métodos de un delator de la Subura. Atacar a Sejano de frente es un suicidio. Tiberio confía en él ciegamente.

Aulo sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Había jugado su única carta, y había perdido.

—Entonces… entonces no puedes ayudarme —dijo, con la voz vacía.

Livia se levantó y caminó hacia la fuente. Se quedó de espaldas a él, contemplando la estatua de mármol.

—He dicho que mi tío no puede ayudarte —dijo, sin volverse—. No he dicho que yo no pueda.

Aulo contuvo la respiración.

Livia se giró para mirarlo. Había una nueva luz en sus ojos. No era piedad. Era la mirada excitada de un jugador que acaba de ver una mano ganadora.

—Sejano tiene un enemigo más antiguo y más poderoso que todos los senadores juntos —dijo—. Una mujer a la que el propio Tiberio teme. Una mujer a la que Sejano ha humillado y cuya familia ha intentado destruir. La viuda del gran Germánico. La madre del futuro emperador. Antonia Menor.

El nombre era legendario. Antonia. La encarnación de la virtud y la tradición romana, una mujer que vivía recluida en su palacio pero cuya influencia se extendía por todo el imperio. Era la enemiga mortal de Sejano.

—Antonia escucha a muy poca gente —continuó Livia—. Pero me escuchará a mí. Mi familia y la suya están unidas por viejos lazos. Puedo conseguirte una audiencia con ella.

—¿Y ella me creerá? —preguntó Aulo, sin atreverse a albergar esperanzas.

—No —respondió Livia, con una sonrisa cruel—. A ti no te creerá. Eres un don nadie. Pero creerá en esto.

Señaló el papiro.

—Y creerá en la oportunidad de destruir al hombre que mató a su hijo y exilió a su nuera. Le darás el pretexto que ha estado esperando durante años.

Se acercó a él. Cogió el papiro con la punta de los dedos, como si le diera asco.

—Mañana por la noche —dijo, en voz baja—. Habrá una recepción en la villa de Antonia, en el Esquilino. La seguridad será férrea, pero habrá muchos invitados, mucho movimiento. Encontraré la forma de que entres. No como invitado, por supuesto. Como un esclavo. Un sirviente temporal contratado para la noche.

Le devolvió el papiro.

—Escóndelo bien. Y reza a todos los dioses que conozcas, médico. Porque si te descubren en esa casa con ese documento, no solo te matarán a ti. Nos matarán a los dos. Y lo harán muy, muy despacio. Ahora, vete. Vuelve al agujero del que has salido. Mi capataz te guiará fuera de aquí. Espera mi señal. Un muchacho te buscará en las ruinas de las termas y te dirá dónde y cuándo encontrarnos.

Aulo se quedó allí, sin palabras, con el papiro en la mano. Había ido a buscar un refugio y había encontrado una conspiración. Había ido a pedir ayuda y se había convertido en la pieza central de un juego mortal entre las dos personas más poderosas de Roma después del propio Emperador.

—¿Por qué? —preguntó finalmente—. ¿Por qué haces esto?

Livia lo miró, y por primera vez, su máscara de arrogancia se resquebrajó, revelando algo más profundo, más oscuro.

—Porque Roma se ha vuelto aburrida, médico —dijo—. Y tú… tú eres lo más interesante que me ha pasado en años.

# Capítulo 36

La espera fue una forma de locura a fuego lento. El día que siguió a su encuentro con Livia se disolvió en una neblina de ansiedad, con el sol reptando por el cielo con una lentitud exasperante. En las ruinas de las termas, el tiempo no transcurría, se pudría. Aulo les contó a Querea y a Macro el plan, o más bien, el esbozo de plan que Livia le había ofrecido. La reacción fue la que esperaba: un silencio cargado de escepticismo.

—Antonia Menor —repitió Querea, paladeando el nombre como si fuera un veneno—. Apuntas alto, médico. Más alto de lo que ningún hombre en su sano juicio se atrevería a apuntar. Es la mujer más intocable de Roma. Su casa es una fortaleza. Si tu patricia te está tendiendo una trampa, no habrá escapatoria.

—¿Y qué otra opción tenemos? —replicó Aulo, con una calma que no sentía—. ¿Seguir escondiéndonos en las alcantarillas hasta que nos encuentren? ¿Intentar huir de Roma y ser cazados en el camino? Livia nos ha ofrecido una puerta. Es peligrosa, sí. Pero es la única que se ha abierto.

Macro, que había estado afilando el borde de su gladio con una piedra plana, levantó la vista.

—A mí me sigue pareciendo que confiar en una aristócrata es como pedirle a una víbora que no te muerda —dijo—. Pero también me parece que quedarnos aquí sentados es de cobardes. Si hay que entrar en la casa de esa viuda, se entra. Pero si algo sale mal, médico, quiero que sepas que me abriré paso a la fuerza para salir de allí. Y me llevaré por delante a quien sea.

No era una amenaza, sino una declaración de principios. Aulo asintió.

—Si algo sale mal, Macro, quiero que hagas exactamente eso. Sálvate tú. Sálvalo a él —dijo, señalando a Querea—. Uno de nosotros tiene que sobrevivir para que la muerte de los demás no sea en vano.

Pasaron el resto del día en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Preparándose para una misión de la que, muy probablemente, no regresarían. Querea revisaba metódicamente su equipo, con la concentración de un artesano. Macro comía lo poco que les quedaba, conservando energías como un oso antes de hibernar. Y Aulo, por su parte, repasaba una y otra vez la lista de nombres del papiro, grabándolos a fuego en su memoria. Si perdía el documento, su mente sería la última prueba.

Justo cuando el sol comenzaba a teñir de púrpura las nubes del oeste, la señal llegó. No fue un muchacho, como Livia había dicho, sino una niña, no tendría más de diez años. Una vendedora de flores con los pies descalzos y los ojos demasiado viejos para su edad. Se acercó a las ruinas, dejó una pequeña guirnalda de violetas en una piedra y se fue sin decir una palabra.

Querea fue el primero en levantarse.

—Es la hora.

La guirnalda era el mensaje. Dentro, escondida entre las flores, había una pequeña tablilla de cera. La inscripción era breve y precisa: "Puerta de los Jardines. Colina del Esquilino. Hora nona. Pregunta por Corvus".

Se pusieron en marcha al anochecer. El viaje hasta el Esquilino fue otra inmersión en la geografía del poder de Roma. Dejaron atrás la mugre del Velabro y atravesaron los foros bulliciosos, ahora iluminados por miles de lámparas de aceite. Subieron la colina, una de las siete legendarias de Roma, un barrio de contrastes donde las *insulae* de los plebeyos se codeaban con las *domus* de la nueva aristocracia.

La villa de Antonia Menor no era una casa, era un palacio. Ocupaba la cima de la colina, un complejo de edificios de mármol blanco, patios con peristilos y jardines que descendían en terrazas por la ladera. Estaba rodeada por un muro alto, patrullado por guardias privados, no esclavos, sino mercenarios germanos, altos y rubios, cuya lealtad se compraba con oro, no con promesas. Y por si fuera poco, en la entrada principal, una cohorte de pretorianos montaba guardia, un "honor" concedido por el propio Tiberio para proteger a su cuñada, pero que en realidad servía para vigilarla.

Encontraron la Puerta de los Jardines, una entrada discreta en el muro trasero, usada por el personal de servicio. A diferencia de la entrada principal, aquí no había pretorianos, solo dos de los mercenarios germanos.

Aulo se despidió de sus compañeros con un simple gesto.

—Si la marca no está en el foro en tres días, olvidadme —dijo.

—Buena suerte, médico —gruñó Macro.

Querea no dijo nada. Solo le puso una mano en el hombro. Un gesto que valía más que mil palabras.

Aulo se acercó a la puerta. Llevaba la misma túnica de jornalero, pero se había lavado la cara y las manos en una fuente pública. El papiro, enrollado y protegido en su estuche de cuero, estaba atado a su pierna mala, bajo la túnica, donde esperaba que un cacheo superficial no lo encontrara.

—Busco a un hombre llamado Corvus —dijo a los guardias, con la voz sumisa que había ensayado.

Uno de los germanos lo miró de arriba abajo con desprecio y gritó un nombre en latín macarrónico. Un hombre pequeño y enjuto, con el rostro de una comadreja, salió de la penumbra. Era el tal Corvus. Debía de ser un liberto, el jefe de los sirvientes temporales.

—¿Tú eres el de la zanja? —preguntó Corvus, con voz chillona.

Aulo no entendió.

—Livia te ha contratado para cavar una zanja en los jardines —aclaró Corvus, con impaciencia—. O al menos, esa es la historia. Sígueme. Y no toques nada. Si te veo robar aunque sea una aceituna, te cortaré las manos yo mismo.

Lo condujo a través de los jardines en penumbra hasta un patio de servicio, donde una veintena de hombres y mujeres esperaban en fila. Eran los extras de la noche: camareros, cocineros, músicos, todos contratados para la recepción. Aulo se mezcló con ellos, manteniendo la cabeza gacha. Le dieron una túnica limpia, de un lino blanco y basto, la librea anónima de los esclavos de la casa. El cambio de ropa fue un ritual de humillación. Al quitarse su túnica andrajosa, se despojaba de su identidad. Ya no era Aulo, el médico. Era nadie. Un par de manos extra para servir vino.

Lo asignaron a las cocinas. El lugar era un infierno de calor, humo y gritos. Decenas de cocineros y pinches corrían de un lado a otro, preparando platos de una complejidad extravagante: pavos reales asados con sus plumas, pasteles de hígado de ruiseñor, morenas engordadas con esclavos. El aire olía a azafrán, a grasa quemada y al sudor del trabajo frenético. Aulo pasó una hora lavando platos, con las manos sumergidas en agua grasienta, invisible, anónimo, mientras escuchaba los chismes de los esclavos, fragmentos de información sobre los invitados, sobre las rencillas entre los libertos de la casa, sobre la propia Antonia.

Finalmente, Corvus lo sacó de allí.

—Tú. Coge una bandeja. Servirás el vino en el atrio. Y recuerda: no mires a los invitados a los ojos. Eres un mueble. Si alguien te habla, no respondes. ¿Entendido?

Aulo asintió. Le dieron una pesada bandeja de plata con varias copas de cristal tallado y una ánfora de vino de Quíos. Con el corazón martilleándole contra las costillas, siguió a un grupo de sirvientes a través de un largo corredor y entró en el corazón de la fiesta.

El atrio de la villa era un espacio sobrecogedor. El techo abierto dejaba ver un trozo de cielo nocturno. Las paredes estaban cubiertas de frescos que representaban las hazañas de Germánico, el difunto marido de Antonia. En el centro, un *impluvium* de mármol reflejaba la luz de cientos de lámparas de aceite. Y por todas partes, la élite de Roma. Senadores con sus togas bordadas de púrpura, matronas enjoyadas, jóvenes patricios discutiendo sobre carreras de cuadrigas, filósofos griegos intentando captar la atención de algún mecenas. El aire vibraba con el murmullo de las conversaciones, las risas y la música suave de una cítara.

Aulo se movió entre la multitud como un fantasma. Su bandeja era su escudo. Se concentró en su tarea: mantener las copas llenas, evitar las miradas, no tropezar. Pero sus ojos lo registraban todo. Vio a hombres cuyos nombres estaban en la lista del papiro, hablando y riendo, ajenos a la tormenta que se cernía sobre ellos. Vio al senador Pisón, el tío de Livia, un hombre de rostro severo y ojos cansados. Vio a Livia.

Estaba deslumbrante. Llevaba una túnica de seda púrpura que parecía tejida con la propia noche. Se movía entre los invitados con la gracia de una diosa, sonriendo, conversando, desempeñando su papel a la perfección. Sus miradas se cruzaron por un instante. No hubo reconocimiento en sus ojos, ni una señal. Solo la fría indiferencia de una patricia hacia un esclavo. Pero Aulo entendió. Debía esperar.

Se colocó en un rincón, cerca de una columna, fingiendo estar ocupado limpiando una copa. Desde allí, tenía una vista privilegiada del triclinio, el comedor principal, donde se sentaban los invitados de honor. Y en el centro de ese triclinio, en el diván de honor, la vio.

Antonia Menor era una mujer que desafiaba las expectativas. No era hermosa en el sentido clásico. Su rostro era severo, marcado por el dolor y la disciplina. Llevaba una estola sencilla de lana negra, sin una sola joya. Pero emanaba una autoridad que eclipsaba a todos los presentes. Era la quietud en el centro del huracán. Cada uno de sus gestos era medido, cada palabra parecía pesar. Los senadores más poderosos bajaban la voz cuando ella hablaba. Era la hija de Marco Antonio, la sobrina de Augusto, la madre de los herederos al trono. Era la encarnación de la República en un mundo gobernado por un Emperador. Y Aulo tenía que acercarse a aquella mujer y acusar de traición al hombre más poderoso de Roma. La idea era tan absurda que casi se echó a re-ír.

Estaba tan concentrado en Antonia que no se dio cuenta del hombre que se había detenido a su lado hasta que fue demasiado tarde.

—Un vino excelente, ¿no crees?

Aulo se heló. Conocía esa voz. Levantó la vista lentamente y se encontró con los ojos fríos y calculadores de Lucio Vitelio, el tribuno de la cohorte pretoriana del campamento de Germania. Llevaba una toga blanca impecable y una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Parece que los sirvientes en Roma son tan torpes como en la frontera —continuó Vitelio, con su tono de falsa amabilidad—. ¿O quizás eres tú, médico, el que lleva la mala suerte a todas partes?

Aulo se quedó paralizado. Su mente se vació. Lo habían encontrado. La trampa no era de Livia. La trampa era de Sejano. Y él había entrado de cabeza. Vitelio alargó la mano, no hacia la copa de vino, sino hacia el brazo de Aulo.

—El Prefecto estará encantado de volver a verte —susurró, y sus dedos se cerraron sobre la muñeca de Aulo como un grillete de hierro—. Tenemos tanto de qué hablar.

En ese instante, al otro lado del atrio, Livia se levantó. Su movimiento fue deliberado, atrayendo todas las miradas. Se acercó a Antonia y le susurró algo al oído. Antonia frunció el ceño y su mirada recorrió la sala. Sus ojos se posaron en Vitelio y en el "esclavo" que tenía agarrado del brazo. Era la señal. Ahora o nunca. En mitad del atrio, atrapado por su peor enemigo y bajo la mirada de la mujer más poderosa de Roma, Aulo supo que el juego de las sombras había terminado. Ahora comenzaba la batalla a la luz de las antorchas, y el primer movimiento sería el último.

# Capítulo 37

El tiempo se fracturó. El murmullo de la fiesta, la música de la cítara, el tintineo de las copas, todo se desvaneció, absorbido por el silencio rugiente que estalló dentro de la cabeza de Aulo. La mano de Vitelio en su muñeca no era de carne y hueso, era un grillete de hielo y muerte. Sus palabras —"El Prefecto estará encantado de volver a verte"— no eran una amenaza, eran un epitafio.

Lo habían encontrado. La red que había imaginado tejiéndose a su alrededor no era una metáfora; era real, y él estaba en su centro, paralizado como una mosca en una telaraña. Su mente, normalmente un torbellino de análisis y deducción, se quedó en blanco. Solo había una certeza, fría y absoluta: había fallado. Había arrastrado a Livia, a Querea y a Macro a su propia tumba.

Vitelio sonreía. Era la sonrisa de un depredador que saborea la victoria. Comenzó a tirar de él, con una fuerza discreta pero implacable, tratando de sacarlo de la multitud sin llamar la atención. Quería llevárselo a las sombras, al lugar donde los hombres como Aulo desaparecían para siempre.

Pero entonces, al otro lado del atrio, Livia se movió. Su gesto, el susurro al oído de Antonia, fue la piedra que inició el alud. La mirada de Antonia Menor, severa y penetrante, barrió la sala y se clavó en ellos. No era una mirada de curiosidad. Era una mirada de juicio.

Y en ese instante, Aulo lo comprendió. Aquello no era el final de la trampa. Era el principio. Livia no lo había traicionado. Le había dado exactamente lo que necesitaba: un escenario. Un foco. La atención indivisa de la única persona en Roma que podía enfrentarse a Sejano. Vitelio quería llevárselo a la oscuridad, y su única salvación era arrastrarlo a la luz.

La mente de Aulo volvió a la vida. El miedo no desapareció, pero se transformó en un combustible gélido. Tenía segundos, quizás menos, antes de que Vitelio lo sacara del atrio. Debía actuar. No con la fuerza que no tenía, sino con el caos que podía crear.

Con un movimiento que fue a la vez torpe y deliberado, Aulo dejó caer la pesada bandeja de plata.

El estruendo fue ensordecedor. El ánfora de vino se hizo añicos contra el suelo de mármol. Las copas de cristal estallaron en mil fragmentos. Un charco de vino rojo oscuro se extendió por el suelo blanco como una mancha de sangre.

El silencio se apoderó del atrio. Todas las conversaciones cesaron. Cien pares de ojos se volvieron hacia el origen del ruido: el tribuno pretoriano y el esclavo torpe.

Vitelio se quedó petrificado por la sorpresa, con la mano todavía aferrando la muñeca de Aulo. Su plan de una extracción silenciosa se había hecho pedazos junto con la cristalería. Su rostro, normalmente una máscara de control, se contrajo en una mueca de furia.

—¡Estúpido! —siseó, y su agarre se hizo dolorosamente más fuerte.

Pero Aulo no le hizo caso. Ignoró a Vitelio. Ignoró a la multitud. Su mirada se fijó en Antonia, al otro lado del charco de vino. Y entonces, gritó.

No fue un grito de pánico, sino de acusación. Su voz, entrenada para la calma del diagnóstico, resonó en el atrio con una claridad impactante.

—¡Pido auxilio en la casa de la honorable Antonia! —clamó, usando la fórmula tradicional de quien busca amparo—. ¡Este hombre, Lucio Vitelio, tribuno de la Guardia Pretoriana, es un traidor y un asesino!

Si la caída de la bandeja había provocado el silencio, sus palabras provocaron un jadeo colectivo. Acusar a un tribuno pretoriano en público no era un acto de valentía, era un acto de locura suicida.

Vitelio, lívido de rabia, intentó taparle la boca, pero Aulo se echó hacia atrás, cayendo de rodillas sobre los cristales rotos. El dolor agudo en sus rodillas fue un ancla que lo mantuvo centrado.

—¡Miente! —rugió Vitelio, dándose cuenta de que había perdido el control de la situación—. ¡Este hombre es un fugitivo, un criminal loco! ¡Guardias, prendedlo!

Los pretorianos apostados en la entrada comenzaron a moverse, pero se detuvieron, indecisos, cuando una voz clara y fría como el mármol resonó desde el triclinio.

—Deteneos.

La orden de Antonia fue solo una palabra, pronunciada sin levantar la voz, pero tuvo el efecto de un látigo. Los pretorianos se quedaron inmóviles. Todos los ojos se volvieron hacia ella.

Antonia se levantó lentamente. Su figura, envuelta en lana negra, parecía la de una parca a punto de dictar sentencia.

—Este hombre ha pedido amparo en mi casa, tribuno —dijo, con una calma aterradora—. Y ha hecho una acusación muy grave. Aquí, bajo mi techo, tendrá la oportunidad de hablar.

—¡Domina, con el debido respeto, este es un asunto de la Guardia…! —comenzó a protestar Vitelio.

—Este es un asunto de Roma, tribuno —lo interrumpió Antonia—. Y esta es mi casa. El esclavo hablará.

Era la oportunidad que Aulo necesitaba. Con las rodillas sangrando y la mano de Vitelio todavía atenazando su muñeca, se dirigió a Antonia.

—Mi nombre es Aulo Cornelio, domina. Soy médico. Fui enviado a Germania por orden del Prefecto Sejano para investigar la muerte de Cayo Vipsanio. Me ordenaron que confirmara una mentira: que su muerte fue un accidente. Pero mis conocimientos me mostraron la verdad. Vipsanio fue torturado y asesinado.

Un murmullo recorrió la sala. El nombre de Vipsanio era conocido.

—Y el asesino —continuó Aulo, girando la cabeza para mirar a Vitelio con un odio puro— fue este hombre. Lucio Vitelio. Lo mató para silenciarlo, porque Vipsanio había descubierto una conspiración dentro de la propia Guardia Pretoriana. Una legión secreta que no ha jurado lealtad a Roma ni al Emperador, sino solo a su comandante: Lucio Elio Sejano.

El nombre de Sejano cayó en el atrio como una piedra en un estanque. El escándalo era ahora mayúsculo. Ya no era la acusación de un loco contra un tribuno. Era un ataque directo al hombre más poderoso y temido de Roma.

Vitelio, al ver que la situación se le escapaba de las manos, tomó una decisión desesperada. Soltó la muñeca de Aulo y desenvainó su pugio. El movimiento fue tan rápido que nadie pudo reaccionar. No apuntó a Aulo. Lo hizo a Livia, que se había acercado y estaba a unos pasos de Antonia.

—¡Silencio! —gritó Vitelio, con la locura brillando en sus ojos—. ¡Todos quietos o la mato!

El pánico estalló. Los invitados retrocedieron, gritando, tropezando unos con otros. Los guardias germanos de Antonia desenvainaron sus espadas, pero no se atrevieron a avanzar. Vitelio agarró a Livia por el pelo y le puso la daga en el cuello.

Livia no gritó. Se quedó inmóvil, con el rostro pálido pero los ojos desafiantes.

Aulo se puso en pie. La escena era un caos, pero su mente estaba extrañamente clara. Vitelio había cometido un error fatal. Al tomar un rehén, se había expuesto. Y le había dado a Aulo el tiempo que necesitaba.

—Nadie tiene por qué salir herido, tribuno —dijo Aulo, con una voz sorprendentemente tranquila, dando un paso hacia él.

—¡Atrás! —le advirtió Vitelio—. ¡Un paso más y le corto el cuello a tu amiga patricia!

—No lo harás —respondió Aulo, avanzando otro paso. Su cojera era pronunciada, su postura, la de un hombre indefenso—. Si la matas, estás muerto. Los guardias de Antonia te harán pedazos. Tu única salida es usarla como escudo para escapar. Pero no puedes vigilarla a ella y a mí al mismo tiempo.

Vitelio lo miró, desconcertado por su lógica. Era cierto. Su atención estaba dividida.

Fue entonces cuando Aulo atacó.

No fue un ataque de guerrero. Fue el ataque de un médico. Se lanzó hacia delante y, en lugar de ir a por el brazo armado, arrojó su pesado bastón de madera de fresno contra las piernas de Vitelio. El golpe, bajo y rápido, impactó justo en la rodilla del tribuno.

Vitelio aulló de dolor. Su pierna se dobló en un ángulo antinatural y perdió el equilibrio. Su agarre sobre Livia se aflojó por un instante. Fue todo lo que ella necesitó. Livia se revolvió como una serpiente y le clavó las uñas en los ojos. Vitelio gritó de nuevo, esta vez de sorpresa y dolor agudo, soltándola por completo para llevarse las manos a la cara.

Pero Aulo no había terminado. Mientras Vitelio estaba cegado y desequilibrado, se abalanzó sobre él. No intentó luchar. Hizo lo que sabía hacer. Clavó los pulgares con una precisión anatómica en el punto exacto debajo de la mandíbula del tribuno, donde el nervio mandibular se conecta con la cara. Apretó con todas las fuerzas que le quedaban.

El efecto fue devastador. Un dolor blanco y paralizante recorrió el cuerpo de Vitelio. Sus músculos se agarrotaron. Su cuerpo se arqueó en un espasmo. La daga cayó de su mano, resonando en el mármol.

Vitelio se desplomó en el suelo, convulsionando, con los ojos en blanco. No estaba muerto, pero estaba completamente incapacitado.

Se hizo un silencio absoluto en el atrio. Todos miraban, atónitos, al esclavo cojo que acababa de neutralizar a un tribuno pretoriano armado sin usar más que un bastón y sus pulgares.

Aulo se quedó de pie junto al cuerpo de Vitelio, jadeando, con el cuerpo temblando por la reacción. Miró a su alrededor, a los rostros asustados de la élite de Roma. Luego, su mirada se encontró con la de Antonia.

Recogió el pugio de Vitelio del suelo. Se acercó a Antonia, que no había retrocedido ni un ápice. Livia estaba a su lado, pálida pero ilesa.

Aulo no dijo nada. Se arrodilló. Metió la mano bajo su túnica, desató el estuche de cuero de su pierna y sacó el papiro. Ofreció el papiro y el pugio a Antonia, con las dos manos.

—La prueba, domina —dijo, con la voz ronca—. Y el arma del asesino.

Antonia miró el papiro. Luego el pugio. Y finalmente, miró a Aulo, arrodillado entre los restos de su fiesta, cubierto de vino y de sangre. En sus ojos no había gratitud, ni compasión. Había algo mucho más peligroso: reconocimiento. Había encontrado el arma que llevaba años esperando.

—Guardias —dijo, con su voz fría y resonante—. Llevad a este tribuno a mis celdas. Que nadie lo toque. Y cerrad las puertas de la villa. Nadie entra y nadie sale hasta que yo lo ordene.

Mientras los mercenarios germanos se llevaban el cuerpo inerte de Vitelio, Antonia desenrolló el papiro. Sus ojos recorrieron las primeras líneas, los juramentos, los nombres. El destino de Roma, que se había decidido durante años en los pasillos silenciosos del poder, acababa de ser reescrito en el suelo ensangrentado de su atrio, por un médico bastardo de la Subura. La guerra secreta de Sejano acababa de hacerse pública.

# Capítulo 38

El silencio que siguió a la partida de los guardias con el cuerpo de Vitelio fue más denso y pesado que el caos que lo había precedido. En el atrio, los invitados, la élite de Roma, permanecían inmóviles como estatuas de un friso macabro, con los rostros pálidos por la conmoción. Habían acudido a una recepción para intercambiar sutilezas y afianzar alianzas; en su lugar, habían presenciado un acto de traición y una explosión de violencia brutal. El olor a vino derramado se mezclaba ahora con el aroma metálico del miedo.

Aulo permanecía arrodillado en el suelo de mármol. El dolor de sus rodillas, cortadas por los cristales, era un punto de anclaje en una realidad que se deshacía. El temblor de sus manos no había cesado. Había neutralizado a Vitelio, sí, pero el eco del espasmo del cuerpo del tribuno bajo sus pulgares todavía vibraba en sus huesos.

Antonia Menor seguía de pie, con el papiro en la mano. Lo sostenía como si fuera un cetro, el símbolo de un poder recién reclamado. Sus ojos no se apartaron de la lista de nombres. Estaba leyendo la sentencia de muerte de sus enemigos.

—Livia —dijo Antonia, sin levantar la vista del documento—. Lleva a nuestro… invitado a un lugar seguro. A la biblioteca. Que lo atiendan. Y que nadie lo moleste. Necesito hablar con él cuando haya terminado de leer esto.

Livia se acercó a Aulo y le tendió la mano. Su toque era fresco, firme.

—Levanta, médico —dijo, en voz baja—. La parte difícil acaba de empezar.

Aulo se apoyó en ella para ponerse en pie. Su cuerpo protestaba, cada músculo dolorido, cada contusión un recordatorio de la violencia. Mientras se erguía, su mirada barrió la entrada principal del atrio. Los pretorianos que Vitelio había traído consigo seguían allí, bloqueados en la entrada por los mercenarios germanos de Antonia. Sus rostros eran máscaras de confusión e ira. Habían visto a su tribuno ser derribado y arrestado, y no podían hacer nada. Estaban en territorio enemigo.

Livia lo guio fuera del atrio, a través de un pasillo lateral que se alejaba del tumulto. El sonido de la fiesta se desvaneció, reemplazado por el eco de sus propios pasos en el mármol. Se movían por un laberinto de corredores opulentos, flanqueados por estatuas de antepasados y frescos que representaban escenas mitológicas. Era un mundo de belleza y orden, pero para Aulo, se había convertido en un campo de batalla.

—Has sido muy valiente —dijo Livia, rompiendo el silencio. Su voz era un susurro tenso—. O increíblemente estúpido. Aún no lo he decidido.

—La estupidez es a menudo la única forma que le queda al valor para manifestarse —respondió Aulo, con la garganta seca.

—Un filósofo, además de médico y luchador callejero —replicó ella, con un atisbo de su antigua ironía—. Eres una caja de sorpresas.

Llegaron a una pesada puerta de madera de cedro. Livia la abrió, revelando la biblioteca. Era una habitación circular, de una belleza sobrecogedora. Las paredes estaban cubiertas de nichos de madera que albergaban miles de rollos de papiro. Una galería superior recorría todo el perímetro, accesible por una escalera de caracol. En el centro, una gran mesa de lectura de bronce estaba rodeada de cómodos divanes. El aire olía a papiro viejo, a madera pulida y a la tranquilidad del conocimiento acumulado.

Dos esclavas jóvenes acudieron al instante. Livia les dio órdenes concisas.

—Traed agua caliente, vendas, yodo y la mejor ropa de lino que tengáis. Y vino. El mejor que haya en la bodega.

Mientras las esclavas se apresuraban a cumplir las órdenes, Livia ayudó a Aulo a sentarse en uno de los divanes. Él se dejó caer con un gemido. Ahora que la adrenalina empezaba a desvanecerse, el dolor se hacía sentir con toda su intensidad.

—Lo has conseguido, Aulo —dijo Livia, sentándose frente a él. Por primera vez, lo llamaba por su nombre—. Le has dado a Antonia el arma que necesitaba. La guerra civil dentro de la Guardia Pretoriana ha comenzado esta noche.

—Yo no he conseguido nada todavía —replicó él, mirando sus manos ensangrentadas—. Solo he sobrevivido un día más. Sejano no se quedará de brazos cruzados. Enviará a más hombres.

—No podrán entrar aquí —aseguró ella—. Esta casa es una fortaleza. Y ahora, es tu santuario.

Pero la palabra "santuario" sonó hueca. Aulo sentía una inquietud que no podía explicar, un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con sus heridas. Algo no encajaba. La victoria había sido demasiado fácil. Vitelio había caído, sí. Pero Vitelio era un oficial, un político. Era inteligente, pero no era el verdadero peligro físico. El verdadero peligro era la fuerza bruta, el perro de presa leal hasta la muerte.

Entonces lo comprendió. La marca. La marca de carbón en el Foro de Augusto. Era el tercer día.

—Querea y Macro —dijo, en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Livia.

—Mis compañeros. Les dije que si no volvía, que si no dejaba una marca, huyeran. Pero ¿y si no han esperado? ¿Y si han venido a buscarme?

La idea era un terror helado. Se imaginó a sus dos únicos amigos acercándose a la villa, justo cuando Antonia había ordenado cerrar las puertas. Se imaginó a Macro intentando abrirse paso a la fuerza, enfrentándose a los germanos. Sería una masacre.

Se puso en pie, ignorando el dolor.

—Debo advertirles. Debo salir de aquí.

—No seas idiota —dijo Livia, levantándose también—. No puedes salir. Es un suicidio. Si tus amigos son tan buenos soldados como dices, sabrán que no deben acercarse.

En ese preciso instante, se oyó un grito.

No venía del atrio, sino de los jardines. Un grito agudo, de dolor y sorpresa, cortado abruptly.

Livia y Aulo se miraron. El mismo pensamiento helado pasó por sus mentes.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe. No fue una de las esclavas. Era Corvus, el liberto, con el rostro pálido y los ojos desorbitados por el pánico.

—¡Intrusos! —jadeó—. En los jardines. Han matado a los guardias de la puerta trasera.

El corazón de Aulo se detuvo. Había sido demasiado optimista. No habían venido a buscarlo. Los habían seguido.

Detrás de Corvus, en el umbral de la puerta, apareció una figura. Era un gigante. Un hombre que hacía que la puerta pareciera diseñada para niños. Era Máximo.

El optio no llevaba armadura, solo su túnica de legionario. Estaba cubierto de sangre, pero no parecía ser la suya. En una mano sostenía su gladio, que goteaba sobre el inmaculado mosaico del suelo. Su rostro picado de viruela estaba contraído en una máscara de pura furia asesina. Sus ojos porcinos se posaron en Aulo.

—Médico —gruñó. La palabra fue un trueno sordo.

Corvus chilló y se apartó. Máximo dio un paso dentro de la biblioteca. Detrás de él, aparecieron otros dos hombres, desertores de la legión, con las espadas desenvainadas.

Livia reaccionó con una rapidez que Aulo no le hubiera creído capaz. Agarró una pesada ánfora de bronce que adornaba una esquina y la arrojó contra los recién llegados. No apuntó a Máximo, sino a la gran lámpara de aceite que colgaba del techo.

El ánfora golpeó la lámpara con un estruendo metálico. La lámpara se balanceó violentamente, derramando aceite ardiendo sobre el suelo y sobre los dos desertores. Los hombres gritaron, envueltos en llamas, y retrocedieron a trompicones hacia el pasillo. El fuego comenzó a prender en un tapiz cercano.

Máximo ni se inmutó. Dio un paso a un lado para evitar las llamas y siguió avanzando hacia Aulo. Su objetivo era único, su determinación, absoluta.

—¡Corre! —le gritó Livia a Aulo.

Empujó a Aulo hacia la parte trasera de la biblioteca, donde la escalera de caracol subía a la galería superior.

—¡Sube! ¡Te daré tiempo!

Aulo no dudó. Corrió hacia la escalera, con la cojera convirtiendo su carrera en un tropiezo grotesco. Livia, mientras tanto, se enfrentó a Máximo. No con un arma, sino con la arrogancia de su clase.

—¿Sabes quién soy, perro? —espetó, con la voz temblando pero llena de desprecio—. Esta es la casa de Antonia Menor. Si das un paso más, tu muerte será tan lenta y dolorosa que suplicarás por la misericordia que no tendrás.

Máximo sonrió. Una sonrisa horrible que estiró las cicatrices de su rostro.

—Yo no sé quién eres tú, domina. Pero sí sé que te interpones en mi camino.

Y la golpeó. Un revés con el dorso de la mano, un golpe casual, casi displicente, pero con toda la fuerza de su brazo. Livia salió despedida por los aires y se estrelló contra la mesa de lectura, que se partió por la mitad bajo el impacto. Quedó tendida en el suelo, inmóvil.

Aulo, que había empezado a subir la escalera, vio la escena. La rabia, una rabia pura y primigenia que no había sentido nunca, eclipsó su miedo. Se detuvo. Máximo se giraba ya hacia él.

Aulo siguió subiendo. No por cobardía, sino porque su mente, en mitad del caos, acababa de trazar un plan. Un plan terrible, desesperado, nacido del conocimiento y de la ira.

Llegó a la galería superior. Era un pasillo estrecho, circular, de apenas un metro de ancho. A un lado, la barandilla de madera que daba al vacío. Al otro, los nichos con los rollos de papiro. Máximo comenzó a subir tras él. La escalera de caracol de metal gemía bajo su peso.

Aulo corrió por la galería. Máximo lo seguía, más lento pero imparable. Abajo, el fuego comenzaba a extenderse, llenando la biblioteca de un humo negro y acre.

Aulo llegó al otro lado de la galería. No había salida. Estaba atrapado. Máximo se acercaba, saboreando el momento.

—Se acabó la carrera, médico —dijo, jadeando ligeramente por el esfuerzo—. Te debo una muerte dolorosa. Por Vitelio. Y por mi honor.

Aulo se apoyó en la barandilla, fingiendo estar exhausto y aterrorizado. Lo cual no estaba lejos de la verdad. Miró hacia abajo. Livia empezaba a moverse. Estaba viva. Eso era todo lo que necesitaba saber.

—Tú no tienes honor, Máximo —respondió Aulo, con la voz temblorosa—. Solo tienes órdenes. Eres el perro de Sejano.

La provocación funcionó. Máximo rugió y se abalanzó sobre él.

Y Aulo ejecutó su plan.

En lugar de retroceder, se lanzó hacia un lado, pegándose a la pared de los nichos. Al mismo tiempo, usó su bastón. No para golpear a Máximo, sino como palanca. Enganchó la punta curvada del bastón en el tobillo del optio y tiró con todas sus fuerzas.

Máximo, que cargaba a toda velocidad, no esperaba la zancadilla. Su pie se enganchó y su enorme cuerpo se proyectó hacia delante, sin control. No pudo frenar. Atravesó la barandilla de madera podrida como si fuera de papel.

Hubo un instante de silencio suspendido en el aire. Máximo se quedó flotando en el vacío, con los ojos abiertos por la sorpresa. Luego, la gravedad lo reclamó.

Cayó.

No gritó. Cayó con la rigidez de una estatua de piedra. Aterrizó en el centro de la biblioteca, no sobre el suelo de mosaico, sino sobre los restos rotos de la gran mesa de lectura de bronce.

El impacto fue un sonido obsceno, una mezcla de metal retorcido y huesos pulverizados.

Aulo se asomó por el hueco de la barandilla. Abajo, Máximo yacía en un ángulo imposible, con el cuerpo destrozado sobre los restos de la mesa. A su alrededor, el fuego crecía, lamiendo las estanterías de papiro, devorando siglos de conocimiento.

Había ganado. Había sobrevivido. Pero el precio era un infierno. Mientras el humo ascendía y las llamas comenzaban a rugir, Aulo se dio cuenta de que no solo había matado a un hombre; había desatado una guerra y, sin quererlo, había prendido la primera pira de Roma.

# Capítulo 39

El fuego respiraba. Era un ser vivo, una bestia anaranjada y rugiente que devoraba la madera, el papiro y el conocimiento con la misma avidez. El humo era un manto negro que asfixiaba, llenando la biblioteca de una oscuridad casi sólida, rota solo por el latido infernal de las llamas. Aulo, de pie en la galería destrozada, tosía, con los ojos llorando, no por el dolor, sino por el humo acre que se le metía en los pulmones. Abajo, el cuerpo roto de Máximo era una silueta oscura en el centro de la pira, un sacrificio anónimo en una guerra que acababa de empezar.

Había ganado. La palabra resonó en su mente, hueca y absurda. ¿Qué había ganado? El derecho a respirar aire envenenado durante unos minutos más. La certeza de que su vida, tal y como la conocía, se había consumido en aquel mismo fuego.

Los guardias de Antonia, los mercenarios germanos, irrumpieron en la biblioteca. Se movían con una eficiencia brutal, ignorando el cuerpo de Máximo y formando una cadena humana con cubos de agua que traían desde el *impluvium* del atrio. Sus gritos en su lengua gutural se mezclaban con el crepitar de las llamas.

Uno de ellos subió por la escalera de caracol, que ya estaba peligrosamente caliente. No se acercó a Aulo con hostilidad, sino con una cautela profesional. Le hizo un gesto para que lo siguiera. Aulo obedeció, aturdido, bajando los escalones de metal que ya quemaban a través de las suelas de sus sandalias. Al pasar junto al cuerpo de Livia, que gemía y empezaba a incorporarse, dos esclavas acudieron a ayudarla. Sus miradas se cruzaron por encima de las llamas. En los ojos de Livia no había gratitud, sino una extraña mezcla de horror y excitación. Había querido un espectáculo interesante, y Aulo le había ofrecido el incendio de Roma en miniatura.

El guardia lo escoltó fuera de la biblioteca en llamas, a través del pasillo ahora lleno de esclavos que corrían en todas direcciones. Lo condujo de vuelta al atrio. La escena había cambiado. La mayoría de los invitados se habían marchado, escoltados discretamente fuera de la villa. Solo quedaban los más importantes, los más cercanos a Antonia: el senador Pisón, algunos otros senadores de facciones antagónicas a Sejano y un puñado de matronas de las familias más antiguas. No hablaban. Esperaban. El aire estaba cargado con el peso de lo no dicho.

Antonia Menor seguía de pie junto al triclinio. El papiro seguía en su mano. Observó a Aulo acercarse, escoltado por el guardia. Su rostro era impasible, pero sus ojos lo analizaron con una intensidad que pareció desnudarle el alma. No veía a un esclavo, ni a un médico. Veía un instrumento. Un arma que acababa de demostrar su terrible eficacia.

—Llevadlo a las termas —ordenó Antonia, no al guardia, sino a Corvus, el liberto, que había reaparecido, pálido y tembloroso—. Limpiadlo. Curad sus heridas. Dadle ropa limpia y comida. Y después, traedlo a mi estudio. A solas.

La orden selló el cambio de estatus de Aulo. Ya no era un intruso. Era un activo. Un prisionero de lujo, pero un prisionero al fin y al cabo.

Las termas privadas de la villa eran un santuario de mármol y vapor. Mientras dos esclavos médicos, con una habilidad silenciosa y eficiente, limpiaban y vendaban los cortes de sus rodillas y las contusiones de su cuerpo, Aulo se sumergió en el agua caliente del *caldarium*. El calor penetró en sus músculos doloridos, pero no pudo alcanzar el frío que se le había instalado en los huesos. Mientras el agua se teñía con la suciedad y la sangre de su antigua vida, Aulo miró sus manos. Las mismas manos que sabían encontrar el pulso de un enfermo, que sabían entablillar un hueso roto con delicadeza, habían matado a un hombre. Lo habían hecho con un bastón, con la inteligencia, no con un gladio, pero el resultado era el mismo. Máximo estaba muerto. Y él, Aulo, era su asesino.

“Cuando la biblioteca se quema, los ratones aprenden a morder”, le había dicho a Macro. Pero se había equivocado. No había aprendido a morder. Se había convertido en fuego.

Le dieron una túnica de lino egipcio, suave y ligera, la ropa de un hombre libre y rico. Le trajeron vino y fruta en una bandeja de plata. Comió y bebió, no por hambre o sed, sino porque su cuerpo lo necesitaba para seguir funcionando. Era una máquina que debía mantenerse en marcha. El hombre que habitaba esa máquina ya no estaba seguro de quién era.

Una hora después, lo condujeron al estudio de Antonia. Era una habitación austera, sin los lujos del resto de la villa. Las paredes estaban cubiertas de mapas y bustos de sus antepasados: Augusto, Marco Antonio, Druso el Mayor, Germánico. Era una sala dedicada al poder y a la memoria.

Antonia estaba sentada detrás de una gran mesa de madera de limonero. El papiro estaba extendido ante ella. Le indicó a Aulo que se sentara en una silla frente a ella. Era la primera vez, en toda su vida, que se sentaba como un igual ante un miembro de la aristocracia imperial.

—He leído la lista —dijo Antonia, sin preámbulos. Su voz era tan serena como la de un juez a punto de dictar sentencia—. La mayoría son los que esperaba. Hombres ambiciosos, leales a Sejano por encima de todo. Unos pocos me han sorprendido. Traidores donde creía que había aliados. Es… instructivo.

—¿Y ahora? —preguntó Aulo. Su propia voz le sonó extraña, vestida con aquella túnica de lino.

—Ahora, la partida de ajedrez se acelera —respondió Antonia, juntando las yemas de los dedos—. He enviado un mensajero a Capri, al Emperador. Un hombre de mi más absoluta confianza. Lleva una copia de esta lista y una carta personal mía, explicándole la magnitud de la traición. Tiberio es paranoico, pero no es estúpido. Ignorará las acusaciones contra Sejano, por ahora. No puede permitirse mostrar debilidad. Pero actuará contra los demás. Usará esto como una excusa para purgar las legiones y la guardia de los elementos que le son desleales.

—¿Y Sejano? —insistió Aulo—. Él es la cabeza de la serpiente.

—La cabeza de la serpiente, por ahora, es intocable —dijo Antonia, con una frialdad absoluta—. Negará tener conocimiento de todo esto. Dirá que Vitelio, Máximo y los demás actuaron por su cuenta, llevados por un exceso de ambición. Se ofrecerá él mismo a dirigir la purga, para demostrar su lealtad. Sacrificará a sus propios alfiles y peones para proteger al rey. Quedará debilitado, sí. Perderá hombres clave. Y lo que es más importante, la semilla de la duda habrá sido plantada en la mente de Tiberio. Una semilla que yo me encargaré de regar. Su caída no será hoy, ni mañana. Pero llegará. Y será gracias a esto.

Entonces Aulo lo comprendió. Había ganado, pero su victoria era pírrica. Había decapitado a un par de esbirros, pero el monstruo seguía vivo. Y ahora, el monstruo conocía su nombre.

—Así que he ganado —dijo Aulo, con un sabor a ceniza en la boca—. Pero me he ganado un enemigo eterno y todopoderoso.

—Has ganado mucho más que eso, médico —replicó Antonia, y por primera vez, Aulo vio un atisbo de algo parecido al respeto en sus ojos—. Has sobrevivido. Y en la Roma de Tiberio, eso es la única victoria que importa.

Se hizo un silencio. Aulo pensó en sus amigos.

—Mis compañeros… —comenzó a decir.

—Ya me he ocupado de eso —lo interrumpió Antonia—. Mis guardias los encontraron merodeando cerca de la puerta de los jardines. Hubo un… malentendido. Pero ya está resuelto. Están a salvo. Esperan en las dependencias de la guardia. Son buenos soldados. Leales. La lealtad es un bien escaso. Sabré cómo utilizarla.

Estaban a salvo. La noticia debería haber sido un alivio, pero solo acentuó la sensación de Aulo de estar atrapado en una jaula dorada. Antonia no solo se había apoderado de su información; se había apoderado de sus aliados. Se había apoderado de su vida.

—Has demostrado ser un hombre de recursos inesperados —continuó Antonia, levantándose y caminando hacia una ventana que daba a los jardines oscuros—. Inteligente, valiente a tu manera, y con una sorprendente capacidad para la violencia cuando es necesario. Eres un arma demasiado valiosa para ser desechada. Y demasiado peligrosa para dejarla libre.

Se giró para mirarlo. Su silueta se recortaba contra la noche romana.

—Te quedarás aquí. En esta casa. Serás mi invitado. Tendrás todo lo que necesites: comida, vino, libros. A cambio, tu conocimiento estará a mi servicio. Analizarás informes, leerás mensajes cifrados, me darás tu opinión sobre los hombres que me rodean. Te convertirás en mis ojos y mis oídos.

—Una vida de servidumbre —dijo Aulo, sin inflexión en la voz.

—Una vida —corrigió ella—. Es mucho más de lo que tenías esta mañana. Es tu única opción. Porque ahí fuera, más allá de estos muros, Sejano ha puesto precio a tu cabeza. Cada asesino, cada cazarrecompensas, cada delator de Roma te buscará. Nunca volverás a estar seguro. Ni en la Subura, ni en ningún rincón del Imperio. Aquí, eres un prisionero con todas las comodidades. Ahí fuera, eres un hombre muerto que todavía camina.

Era la verdad. Una verdad tan afilada y fría como el *pugio* de Vitelio. Había escapado de la muerte en Germania, había sobrevivido al fuego en la Subura y a la violencia en aquella misma casa, solo para terminar en una prisión de mármol y seda.

Miró por la ventana, más allá de la figura de Antonia. A lo lejos, podía ver el resplandor rojizo que todavía se elevaba desde el barrio del Esquilino. El fuego de la biblioteca. Las llamas que él había ayudado a avivar. Eran el faro que iluminaba su nueva realidad.

Había empezado su viaje examinando los huesos de un muerto para descubrir una verdad. Y ahora, la verdad lo había consumido a él. Se había convertido en un secreto viviente, una pieza en un juego que nunca terminaría. El médico que leía la muerte en los huesos se había convertido en un fantasma que habitaba en la casa de la mujer más poderosa de Roma, esperando el día en que el enemigo que había creado viniera a reclamar su alma. La guerra no había terminado. Solo había cambiado de campo de batalla.

# Epílogo

Un mes después.

El aire en Ostia olía a sal, a pescado podrido y a la promesa de otros mundos. Era el olor de la frontera, no una de bosques oscuros y tribus hostiles, sino una frontera líquida, un horizonte azul y vasto que separaba a Roma del resto del mundo conocido. Aulo inhaló profundamente, llenando sus pulmones con ese aire nuevo y extraño. Era el primer aliento verdaderamente libre que daba en casi un año. O quizás, el primero de toda su vida.

Apoyado en la barandilla de madera del muelle, observaba el caos ordenado del mayor puerto del imperio. Estibadores libios, con la piel oscura y brillante por el sudor, descargaban sacos de grano de las panzudas naves de carga que abarrotaban la dársena. Mercaderes sirios regateaban a gritos los precios de las sedas y las especias. Un grupo de legionarios, recién llegados de Hispania, bebían vino barato en una taberna cercana, sus risas ruidosas y ásperas rompiendo la monotonía del trabajo portuario. Era un microcosmos del imperio, un torbellino de lenguas, razas y ambiciones. Y en medio de todo ello, Aulo era un fantasma, un hombre sin nombre esperando un barco que lo llevaría aún más lejos.

La túnica de lino que vestía era de buena calidad, y la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón pesaba lo suficiente como para comprar el pasaje a cualquier rincón del Mediterráneo y vivir cómodamente durante un año. Eran regalos de despedida. O quizás, el precio de su silencio.

Los días que siguieron al incendio de la biblioteca se habían disuelto en una extraña irrealidad. Vivió como un prisionero de lujo en la villa de Antonia, en una habitación con vistas a unos jardines que nunca pisó. Comía los manjares más exquisitos, bebía los vinos más caros y leía los libros que pedía, pero las ventanas de su cuarto tenían barrotes dorados y un guardia germano custodiaba su puerta día y noche.

Había visto a Querea y a Macro una última vez. Antonia se los había "asignado" como su guardia personal. Un honor, en apariencia. Una forma de atarlos a ella, en realidad. La despedida fue en un patio interior, bajo la mirada atenta de otros mercenarios. Fue breve, torpe, como corresponde a hombres que han compartido el infierno y no saben cómo decir adiós en el cielo prestado de otros.

—Cuídate, médico —había dicho Macro, dándole una palmada en el hombro que casi lo derriba—. Y si alguna vez necesitas a alguien a quien romperle los huesos en lugar de arreglarlos, ya sabes dónde encontrarnos.

Querea no dijo nada. Solo lo miró con sus ojos insondables y asintió una vez. Era un gesto de respeto, de reconocimiento. Un soldado despidiéndose de otro. Aulo supo que no los volvería a ver. Eran hombres de Antonia ahora. Piezas en su tablero de ajedrez.

La despedida de Demetrio fue la más difícil. El viejo griego había sobrevivido. El fuego le había arrebatado la tienda, el trabajo de toda una vida, y le había dejado una fea cicatriz de quemadura en el brazo, pero no había podido apagar la llama de sus ojos. Antonia, en un gesto de magnanimidad calculada, le había financiado la reconstrucción de la botica, en un local mejor y más grande. Un pago por los servicios de su pupilo.

Se encontraron en la nueva tienda, que olía a madera nueva y a hierbas frescas.

—Así que te vas a Alejandría —dijo Demetrio, mientras ordenaba unos frascos de cerámica en una estantería—. A la Gran Biblioteca. Siempre fue tu sueño.

—Era mi sueño cuando creía que los libros contenían todas las respuestas —respondió Aulo—. Ahora sé que solo contienen las preguntas correctas.

Demetrio se giró y lo miró.

—Has cambiado, Aulo. El fuego te ha forjado. Ya no veo al muchacho asustado que se escondía detrás de mis faldas. Veo a un hombre. Y me siento orgulloso. Y aterrorizado.

No se abrazaron. Demetrio solo le puso una mano en la mejilla, un gesto que no había hecho desde que Aulo era un niño.

—Que los dioses de la ciencia te protejan —susurró—. Son los únicos en los que todavía creo.

Una voz lo sacó de sus recuerdos.

—Un sestercio por tus pensamientos, médico. Aunque, a juzgar por tu cara, probablemente no valgan tanto.

Livia estaba a su lado. Se había acercado sin hacer ruido, una silueta elegante envuelta en una palla de color marfil que la protegía del sol y de las miradas indiscretas. Dos esclavos corpulentos la seguían a una distancia respetuosa.

—Pensaba en el precio de la supervivencia —dijo Aulo, sin mirarla. Su vista seguía fija en el mar.

—La supervivencia no tiene precio. Es la única moneda que importa —replicó ella—. El resto es vanidad. La purga ha comenzado. Tiberio ha hecho rodar las primeras cabezas. Hombres de la lista han sido "invitados" a quitarse la vida. Otros han sido enviados a puestos fronterizos de los que no regresarán. Sejano ha quedado debilitado, como un árbol al que le han podado las ramas más fuertes. Pero el tronco sigue en pie. Y está furioso.

—Lo sé —dijo Aulo.

—Antonia cree que eres más útil vivo que muerto, pero no en Roma. Eres un fantasma demasiado ruidoso. En Alejandría, tu conocimiento de la anatomía y la medicina te convertirá en alguien valioso. Te perderás entre los eruditos de la Biblioteca. Te convertirás en un arma diferente. Una que podremos usar en el futuro.

Entonces Aulo lo comprendió. Aquello no era un exilio. Era un redespliegie estratégico.

Se giró para mirarla. La luz del sol se reflejaba en el agua y danzaba en su rostro, ocultando su expresión.

—¿Y tú, Livia? ¿Qué ganas con todo esto?

Ella sonrió. Una sonrisa genuina, por primera vez.

—Te lo dije, médico. Roma se había vuelto aburrida. Ahora, gracias a ti, vuelve a ser interesante.

Un cuerno sonó a lo lejos. Era la señal de partida de su barco, el "Isis", un mercante que zarpaba hacia el Nilo.

—Es la hora —dijo ella—. El capitán tiene órdenes de tratarte como a un invitado de honor.

Aulo asintió. Se quedaron allí, en silencio, durante un largo instante. El médico bastardo de la Subura y la patricia del Palatino. Dos mundos que nunca deberían haberse cruzado, unidos por una conspiración y una violencia que los había cambiado a ambos para siempre.

—Quizás algún día… —comenzó a decir Aulo, sin saber muy bien cómo terminar la frase.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, Aulo —lo interrumpió ella, y su voz, por un instante, perdió su filo irónico—. Vete. Vive. Aprende. Y si los dioses son amables, quizás algún día Roma sea un lugar lo suficientemente seguro como para que un hombre honesto pueda volver a casa.

Se dio la vuelta y se marchó, sin mirar atrás. Sus esclavos la siguieron, y desapareció entre la multitud del puerto, una mancha de marfil en un mar de colores ocres y sucios.

Aulo se quedó solo. Miró el barco que lo esperaba, con la vela mayor ya izada, un lienzo blanco contra el azul infinito del cielo. Cogió su pequeño equipaje y subió por la pasarela de madera, que crujió bajo sus pies.

Desde la cubierta, observó cómo la costa de Italia se hacía cada vez más pequeña. Vio los tejados de Ostia, y más allá, en la distancia brumosa, las siete colinas de Roma, la ciudad que lo había engendrado y que ahora lo vomitaba.

No sentía tristeza. Ni alegría. Solo un vacío inmenso. Había empezado su viaje examinando los huesos de un muerto para descubrir una verdad. Y ahora, esa verdad lo había despojado de todo. Era un hombre sin hogar, sin maestro, sin pasado.

Pero mientras el barco se adentraba en el mar abierto y el viento salado le azotaba la cara, se dio cuenta de que no era del todo cierto. Llevaba consigo el conocimiento de Demetrio, la lealtad de Querea y Macro, la astucia de Livia. Y llevaba la certeza de que Sejano seguía vivo.

La guerra no había terminado. Solo había cambiado de campo de batalla. Y su nuevo campo de batalla olía a papiro viejo y a especias exóticas. Olía a Alejandría.